

ENCUADERNACION
«EUROPEA»
* Petrepat 32 *
SANTIAGO

www.archivopatriciaoaylwin.cl

1

POLITICA Y ESPIRITU

VOLUMEN II. AÑO I. N.º 7-12

★

ENERO - FEBRERO - MARZO

ABRIL - MAYO - JUNIO

SANTIAGO DE CHILE - 1946

3926

DIRECTOR

Manuel Fernández Díaz

COMITE DE COLABORACION

**Andrés Santa Cruz Serrano
Manuel Garretón Walker
Eduardo Frei Montalva
Alejandro Magnet Paguéguy
Radomiro Tomić Romero
Javier Lagarrigue Arlegui
Aquiles Savagnac Sánchez**

ADMINISTRACION - REDACCION

**Ahumada 57 — Teléfono 89166
Casilla 3126 - Santiago de Chile**

INDICE GENERAL
VOLUMEN II. AÑO I. N.ºS 7-12

	<u>N.º</u>	<u>Pág.</u>
ACTUALIDAD.— <i>Inauguración de la Librería «DEL PACIFICO»</i>	12	187
ARAMAYO ALZÉRRECA, Oscar.— <i>Encrucijada de una generación</i>	12	175
ATHAYDE, Tristán de.— <i>Paz</i>	7	3
— <i>Democracia y Demofilia</i>	10	105
— <i>Catolicismo Reaccionario</i>	11	133
BARCLAY CARTER, Bárbara.— <i>Los demócratas cristianos en Italia</i>	10	109
BERNSTEIN C., Enrique.— <i>Compromisos militares contraídos por Chile en Chapultepec y San Francisco</i>	8	53
BORNE, E.— <i>Acto de Esperanza</i>	7	8
— <i>El Trabajo y el Hombre</i>	11	135
CLAUDEL, Paul.— <i>¿Qué piensas de Cristo?</i>	8	40
COMENTARIOS	7	29
.....	8	61
CHENU, M. D.— <i>Jaque al capitalismo</i>	8	43
DÁVILA, Carlos.— <i>Bertrand Russell: Una historia de la filosofía occidental</i>	12	183
DOCUMENTOS.— <i>Declaración de los Cardenales y Arzobispos de Francia</i>	9	94
DUNNE S. J., George H.— <i>Socialismo y Socialismo</i>	10	112
EDITORIALES.— <i>El Cardenal-Arzobispo de Santiago</i>	7	1
— <i>La Gran Encrucijada</i>	8	33
— <i>Occidente</i>	9	65
— <i>Hora de Confusión</i>	10	97
— <i>Dos formas de acción</i>	11	129
— <i>Gernika</i>	11	130
— <i>Lo que debemos mirar</i>	12	157
— <i>León Bloy</i>	12	158
FERRANDO K., Ricardo.— <i>Francisco Javier Díaz: «La Batalla de Maipú»</i>	10	127
GONELLA, Guido.— <i>La Dignidad Política de la Persona</i>	9	67
HELLO, Ernest.— <i>La Conversión de San Pablo</i>	12	164
HENRY, F.— <i>Acto de Esperanza</i>	7	8
— <i>El Trabajo y el Hombre</i>	11	135
JOOS, Luis C. D.— <i>El Renacimiento en Holanda</i>	9	79
LEIGHTON G., Bernardo.— <i>La sustitución del capitalismo</i>	11	139

	N.º	Pág.
MAGNET P., Alejandro.— <i>Germán Arciniegas: «Biografía del Caribe»</i>	7	27
— <i>León Bloy: «El Desesperado»</i>	8	59
— <i>Orden Cristiano</i>	8	60
— <i>Humberto Muñoz: «Movimientos Sociales en el Chile Colonial»</i>	8	61
— <i>R. P. Vicente Ducattillón O. P.: «Dios y Libertad»</i> ..	9	91
— <i>Pierre-Henry Simon: «Los Católicos, la Política y el Dinero»</i>	9	92
— <i>Pedro de Basaldúa: «En España sale el sol»</i>	12	185
MARITAIN, Jacques.— <i>El fermento de la conciencia</i>	8	35
MARTÍNEZ, José Luis.— <i>Paul Valery: «Melange»</i>	10	126
MESA REDONDA: <i>Raúl Haya de la Torre habla de América y sus problemas con destacadas personalidades chilenas de la política y el mundo intelectual y económico</i>	11	153
MISTRAL, Gabriela.— <i>Recado sobre una maestra argentina</i> ..	10	99
— <i>Sobre la mujer chilena</i>	11	13
NOTAS.— <i>Entrevista a Gabriela Mistral</i>	7	31
— <i>La Falange Nacional juzga la crisis política</i>	9	96
— <i>Los Soviets y la Religión</i>	10	127
ORDÓÑEZ V., Manuel.— <i>La función educacional</i>	7	14
PANORAMA INTERNACIONAL	7	25
.....	8	57
.....	9	89
.....	10	119
.....	11	149
.....	12	181
.....	12	173
PALAFRUGEL.— <i>España en punto muerto</i>	9	71
PATEE, Ricardo.— <i>La conciencia católica en los Estados Unidos</i>	9	71
PAUWELS, M. Henry.— <i>Sindicalismo Cristiano</i>	12	168
PINTO S. C., Francisco A.— <i>Una política de la vivienda</i>	7	20
— <i>El regadío en nuestra economía</i>	9	83
— <i>Nuestros recursos forestales</i>	11	143
ROBERT, A.— <i>¿Qué sucede en Polonia?</i>	7	11
SANTA CRUZ B., Alfonso.— <i>Las bases económicas de la política</i>	8	46
SAVAGNAC S., Aquiles.— <i>Alejandro Magnet: «Orígenes y antecedentes del Panamericanismo»</i>	7	28
— <i>Raúl Aldunate Ph.: «3.000 delegados en San Francisco</i> ..	11	152
— <i>Sergio Vergara V.: «Decadencia o Recuperación»</i>	12	186
STURZO, Luigi.— <i>Partidos y País</i>	12	159
VERGARA V., Sergio.— <i>Raúl Haya de la Torre habla de América y sus problemas con destacadas personalidades chilenas de la política y el mundo intelectual y económico</i> ..	11	154
VER Y JUZGAR	10	122

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 1 - NUMERO 7

ENERO DE 1946

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO

Chile mira hoy a Roma con júbilo y gratitud.

Primero fué nuestra democracia, recibiendo, en la persona del Jefe del Estado, el homenaje de los pueblos de América.

Luego fué el genio de nuestra tierra, en su expresión más cálida y universal, recibiendo la consagración mundial del Premio Nobel.

Hoy es nuestro clero quien conquista, para toda la Nación, esta distinción emocionante de la púrpura cardenalicia, en la persona del Arzobispo de Santiago.

Es difícil expresar cómo estas cosas llenan el espíritu de los chilenos de alegría y de valor.

Nuestra empresa ha sido dura desde el primer instante; y ha sido humilde y silenciosa. Todo lo hemos conquistado en luchas de sangre y esfuerzo sostenidos hasta la desesperación. Este mismo y gravísimo momento de la vida política, parece poner a prueba todas las reservas de nuestra fe en el destino de Chile.

Jamás fuimos nacionalistas; pero talvez sea difícil encontrar un amor igual al nuestro por esta Patria. Tampoco ahora podemos dar paso a los pequeños orgullos ni a la tonta soberbia nacional, no podríamos hacerlo, porque cada uno de los homenajes que recibimos caen sobre una tradición continuada y nutrida de sacrificios dolorosos, de callados renunciamientos, de costosa generosidad.

Chile, como la Virgen, que es su Reina, debe sin embargo guardar estas cosas, ponderándolas en su corazón. Ponderándolas, porque son la señal de la vitalidad del pueblo y el signo de nuestro destino, que es, aunque pequeño entre los grandes de la tierra, la más noble misión humana y universal.

Cuando Su Eminencia, el Cardenal Caro, llegue a los pies del Pontífice Romano en la primera Ciudad del mundo, llevará con su emoción y su saludo los de Chile entero, que se une por encima de las peores luchas sociales y políticas de su historia y por encima de todas las diferencias ideológicas.

Su sola presencia explicará en silencio a la Santa Sede la bendición incalculable de nuestra paz religiosa, en medio del choque de las izquierdas radicales y marxistas con las derechas liberales y de tradición católica, cuyo estruendo resuena a veces en los templos y hasta en los Seminarios.

Su gloriosa ancianidad llevará escrita, en la piel curtida por los soles de una larga tarea y en la lumbre benévola de los ojos que han visto tanto de la tierra y del pueblo, la historia de un clero, cuyo honor es sembrar ocultamente, en la pobreza y la incomprensión, su semilla de angustia redentora.

Aportará la más completa representación popular, el más legítimo derecho para actuar, no sólo por sus fieles, sino por su país, en el Sagrado Colegio que debe abrir la marcha de la Cristiandad en una nueva era de la historia.

La escritura dice que el justo florece como las palmeras y se multiplica como el cedro del Líbano y aunque no querríamos herir la humildad de nuestro Prelado, no podemos dejar de pensar, como en oración ante El que, por medio de su Iglesia, se ha acordado de Chile, que en nuestro Cardenal florece lo mejor de nuestro espíritu y que, antes que de los proyectos y combinaciones de los gobernantes, el futuro del país depende de que su serena y cordial benevolencia se multiplique por el amor en todos los corazones.

POLÍTICA Y ESPÍRITU

TAN grandes son los días que estamos viviendo, tanta cosa del pasado y del futuro sentimos en ellos, comprimiéndose en la densidad de este presente, que aún no podemos destacar nuestro pensamiento de los sucesos que nos envuelven para lanzarlo de nuevo sobre los hombres, las obras, las ideas y los sentimientos con que lidiamos normalmente en este mundo. Sabemos bien, además, cómo ellos conviven con los acontecimientos e íntimamente participan de sus vicisitudes. Todo en ellos está hoy impregnado del misterio de la Paz, como en el tiempo que acaba de pasar estuvo empapado del misterio de la Guerra, sin perder jamás, entre tanto, el irreductible corazón de su independencia.

Si me preguntasen cuál fué la experiencia que me trajo la guerra, respondería—como todo el mundo—«el amor a la Paz».

La catástrofe en que nos vimos envueltos tan de cerca y en la cual, todavía, se hallan sumergidos tantos millares de seres humanos que se empeñan en el asalto al reducto final del Espíritu de la Guerra, esta catástrofe, se originó, precisamente, de la asimilación por las conciencias modernas del espíritu belicoso. La *militarización* de la Política, de la Economía, de la Pedagogía y hasta del Arte, la Moral y la Religión, es el signo de sangre que marcó nuestros tiempos desde 1914 y bajo el cual el genio sombrío de la antigua Germania descrita por Tácito, encontró su mejor expresión en la lógica inexorable de los sucesivos errores que vienen señalando la gradual descristianización de Occidente. Sí, el espíritu de Cristo—del cual, sin duda, la Democracia Cristiana es la más perfecta expresión en el orden político—es el propio espíritu de la Paz. Y si el mundo moderno vivió casi por seis años la mayor tragedia social de todos los tiempos fué, precisamente, porque el mensaje del *único* Salvador fué negado por los falsos salvadores. Y la sociedad está volviendo lentamente a la ley del paganismo y con ella muchos de aquellos que se pregonan defensores de la ley cristiana.

Tal repaganización del mundo moderno—culminada en este lustro de sangre y miseria—se realizó, precisamente, por la *militarización* de los diversos dominios de la cultura humana. Militarización en el sentido de sustitución de la ley natural por la disciplina impuesta; del crecimiento orgánico, por el dinamismo artificial; de la vida vivida según la naturaleza del hombre, por la vida encuadrada dentro de moldes inhumanos.

Esta deshumanización de la vida humana es propiamente el drama del cual ha surgido el monstruo de esta nueva guerra de los Treinta Años que se cuentan entre 1914 y 1945. Fué el drama del Fascismo, de todas sus modalidades y variadas denominaciones. El drama de toda autoridad que desconoce los derechos de la libertad. El de la corrupción de la Política, que trata de destruir los derechos naturales del Pueblo al Poder, haciendo del Poder imposición de autoridad al Pueblo, que la recibe así pasivamente. El de la corrupción del Derecho, que hace de la Justicia simple instrumento al servicio de las Fuerzas Dictatoriales, destruyendo su autonomía y viciando su finalidad. El de la corrupción del ideal pedagógico, que hace de la educación un medio opresivo de moldear a cada hombre de acuerdo con patrones impuestos de fuera hacia adentro por el medio social en que vive y por imposición del Estado Educador. El de la corrupción de la Estética cuando coloca al Arte al servicio de la Política y ve en las obras de Belleza un simple medio de realización de los fines colectivos, imponiendo al artista la obediencia o la muerte, según los «slogans» del Partido o de

(1) Artículo publicado en «O Jornal», de Río de Janeiro.

la Oportunidad. Es el drama de la corrupción de la Ética, que hace de la perfección humana, no un ideal que alcanzar libremente por la combinación de la gracia divina con la naturaleza responsable, sino la imposición regimentada de reglas y órdenes inexorables que procuran encajar en moldes las conciencias. El de la corrupción de la misma Religión, cuando, al dominio más puro de la libertad íntima del ser humano, el de sus relaciones con Dios, se procura llevar ese monstruoso espíritu de compulsión policíaca, con el que se anula inquisitorialmente aquella «ley perfecta de la libertad» evangélica, que es la esencia del catolicismo, según nos enseña Santiago: «Quien fije su vista en la doctrina (del Evangelio), que es la ley perfecta de la libertad, y en ella perseverare, . . . ese será bienaventurado en lo que hace». (Jac. I, 24).

La militarización de todos estos dominios de la vida personal y social—debida a una falsa concepción de la política, el derecho, la educación, el arte, la ética y la propia Fe Religiosa—es lo que hizo descender sobre el mundo el espectro del Totalitarismo, señaló el espíritu de esta Guerra de Treinta Años y puede, todavía, envenenar la Paz y provocar nuevas guerras en nuestro siglo.

El amor a la Paz no es el deseo del confort, de la comodidad, del respeto a la vida y la propiedad, por más justas que sean estas aspiraciones. El amor a la Paz es, de modo absolutamente particular, la substitución del espíritu belicoso por el espíritu pacífico en el modo de entender y realizar la vida. Si encontramos un sentido histórico en la derrota de la concepción hitlerista y mussoliniana de la vida, si realmente esta guerra fué *justa* y tuvo un resultado *justo*, no fué, evidentemente, porque participásemos de la victoria. La victoria, en sí, no tiene el más débil valor moral, como todo el mundo sabe, aunque no todo el mundo lo sienta; pues, justamente, una de las más graves herejías del totalitarismo antiburgués (como del pragmatismo burgués) es enseñarnos, explícita o implícitamente, que el *éxito* es un argumento de *valor*. Puede serlo de modo accidental, como lo es el argumento mayoritario en la democracia, pero, en sí, ontológicamente hablando, no representa cosa alguna. Una mentira afirmada por cien personas no se transforma nunca en una verdad. Aun cuando puede convertirse en una cosa aún más grave: en una Propaganda. Y uno de los males del Totalitarismo, en nuestro siglo, es, precisamente, el primado de la Propaganda. Desde la transformación de la Radio en intolerable agente de anuncios, hasta la inclusión de los órganos oficiales de propaganda política, al servicio de los regímenes de opresión, como medio de oficializar la Ilusión . . .

Si la guerra y su resultado fueron justos, es porque representan en la realidad una victoria del espíritu pacífico sobre el espíritu guerrero. Durante el dominio del nazismo, en la Alemania de estos últimos 25 años, hubo una palabra que tuvo un éxito inmenso: la palabra *Wehr*, que—como se sabe—significa *defensa*. Todo era allí dominado por el espíritu de *ataque* y de *defensa*, del *Sturm* y de la *Wehr*. Hasta se habló, como espíritu fundamental del nazismo, de una *Wehr-philosophie*, una filosofía *belicosa* (ataque y defensa) de la vida.

Esta belicosidad, esta primacía total de la idea de ataque y defensa—*Sturm und Wehr* de Adolfo Hitler, como fórmula política y nietzscheana del *Sturm und Drang* del siglo de Federico el Grande—es la que representó al *espíritu de guerra* que tentó dominar el mundo en 1914 y en 1945 y que, por mucho tiempo, lo envenenará.

Contra este espíritu de artificialización de la naturaleza de las cosas se levantaron la opinión pública del mundo y la conciencia moral de nuestros tiempos, haciendo de la Victoria, de esta victoria, una cosa cuya lección no podemos olvidar o desperdiciar. Y esta lección es que, precisamente, el Nuevo Orden que está naciendo, no tanto de la confusa Conferencia de San Francisco, cuanto de los deseos de toda la humanidad, no puede inspirarse, como el orden totalitario, en el espíritu de guerra y sí, en el espíritu de paz. Es el espíritu de

la ley natural de las cosas, el espíritu de naturalidad y autenticidad contra el espíritu de artificio, de mentira, de inhumanidad, que fué la gran infamia del mundo que acaba de ser aparentemente liquidado en los campos de batalla europeos y en los mares e islas del Extremo Oriente.

Este espíritu pacífico, de cooperación, respeto mutuo y fraternidad, que—bajo pena de que seamos una vez más vencidos por aquellos que vencimos—debe dominar el nuevo orden que ahora se inicia en el mundo, no excluye todas las *virtudes* que el espíritu guerrero despierta realmente en cada corazón bien formado. ¡Quién no se deja seducir por la gloriosa epopeya de un Alexander o un Montgomery, iniciada en los arenales de El Alamein, bajo el pleno prestigio de las armas germánicas, para terminar en la doble capitulación de Lunenburg y de Caserta! ¡Quién no se asombra ante los hechos de los héroes de Zukhov y su marcha triunfal desde las márgenes del Volga y desde la heroica Leningrado hasta las orillas del Spree...!

Las virtudes que el espíritu militar despierta, no deben ser desdeñadas, sino, al contrario, aprovechadas por el espíritu pacífico. Este, sin embargo, es el que debe asimilarlas, dirigir las e integrarlas en las virtudes de la Paz, que son las únicas capaces de construir un mundo a la medida del hombre y no de destruir al hombre por las deformaciones del espíritu del mundo.

Los hombres que hoy comienzan a elaborar la Paz, pueden y deben encontrar en los seis Mensajes de Navidad de Pío XII un verdadero código fundamental de los principios sobre los cuales puede ser construída una Nueva Civilización, más justa y feliz que la que acaba de perecer en los campos de la Europa Central. Ello es así porque el Papa nos dió en esos Mensajes un derrotero de Paz en el espíritu de Paz y no en el simple plano de las represalias o contempORIZACIONES con el enemigo. Fué también lo que Roosevelt y Churchill hicieron en la Carta del Atlántico. La Paz, para mucha gente—como todos sabemos—es sólo una vuelta a las condiciones de antes de la guerra. El hombre del pueblo, entre tanto, no espera eso. El pueblo espera realmente de la Paz lo que ella debe traer: esto es, un mundo mejor. La guerra fué una revolución social. Si los hombres de hoy no tuvieran conciencia plena de este hecho, todo estará perdido. Es una revolución social dentro del espíritu pacífico la que tenemos que emprender ahora. Y el espíritu pacífico es, justamente, lo opuesto al privilegio, a la injusticia, a la indolencia, a la pasividad, a la rutina y, mucho más, al espíritu reaccionario, a la opresión y la belicosidad. El espíritu de la Paz tiene que ser el del respeto recíproco, de la cooperación, de la distribución de los bienes terrenos, de la simplicidad de corazón; en fin, aquel espíritu que nos enseña el primado de la inteligencia sobre el cuerpo y el del carácter sobre la inteligencia.

Para eso es necesario comprender que habrá *Orden* social verdadero sólo si éste se basare en el predominio legal creciente de estos tres valores que la guerra nos enseñó a ver como símbolos de la Nueva Civilización: *el Trabajo, la Justicia y la Libertad*.

La nueva civilización será un orden social en que el capital será colocado al servicio del trabajo. Esta debe ser la ley fundamental de su economía, o sea, la democratización del orden económico. Tal es el sentido de la *humanización de la economía* que anhelamos desde hace tanto tiempo. No se trata de dar al trabajo una irresponsabilidad o una dictadura, lo que sería sólo un capitalismo a la inversa. Trátase de basar la nueva sociedad en el ejercicio real del trabajo—manual, intelectual y espiritual—y no como en la desastrosa experiencia a que asistimos, en la que el capitalismo no resolvió el problema de la miseria, que el supercapitalismo, al igual que el comunismo en su última etapa, resuelven por la burocratización estatal.

Es posible que este ideal se consiga sólo después de centralizaciones más integra-

es que las del capitalismo liberal. No importa. Las normas de conducta solamente pueden dictarse teniendo en vista el ideal por alcanzar. Y el ideal de la economía es colocar la riqueza al servicio de los hombres y no discriminar los hombres—como hoy—por la posesión de las riquezas. Tal es, precisamente, el sentido de esta civilización del trabajo humanizado, a la cual aspira toda conciencia verdaderamente cristiana.

La nueva civilización tendrá que hacer de la *Justicia* el puntal de su ordenamiento político. Este es el sentido de la auténtica democratización de la Paz. El orden político basado en el orden jurídico y éste, en el orden moral es la jerarquía natural de las cosas. Ese será también el medio de vencer al imperialismo, tanto en el orden interno como en el campo de las relaciones internacionales. El Estado democrático no es un mero espectador. *No se trata de abolir el Estado; se trata de legitimarlo.*

Pues la autoridad es tan natural como la libertad. Lo que es preciso, naturalmente, es evitar todo estatismo, toda usurpación de los derechos humanos por el abuso de la Fuerza—en la vida internacional—o del Poder—en la vida política interna. La justicia exige sacrificios del individuo en nombre del Bien Común.

Las injusticias de la actual sociedad fueron las que crearon el estado de inquietud presente. El espectáculo de la coexistencia del lujo y la miseria siempre fué la primera razón de la caída de todas las civilizaciones. El Poder Público del nuevo orden que está surgiendo tendrá que ser—por medio de la Ley—el guía, el realizador de la Justicia. La revolución por la ley o la revolución por las armas: he aquí el dilema ante el cual nos encontramos. Sólo la ley, basada en el derecho natural, en las exigencias de la naturaleza de las cosas, puede realizar el estado pacífico a que aspiramos.

Por eso mismo, la *Libertad* será el apoyo de este nuevo Orden de Paz. O no habrá sino un nuevo desorden constituido, como, en todas partes del mundo, acabamos de verlo con el ejemplo desastroso de las Dictaduras. La experiencia dictatorial fué moralmente desastrosa, no sólo en Italia o en Alemania, sino en todas aquellas partes en donde fué llevada adelante, a veces con éxitos sociales magníficos—como en Rusia—porque se trataba de corregir otras dictaduras mucho peores.

Hoy vemos a la Península Ibérica en un callejón sin salida normal y, tal vez, en vísperas de una situación caótica; a Argentina y el Brasil en plena agitación; a Francia, masacrada por la invasión y la traición de Vichy; a Italia, en las condiciones que sabemos, y a Alemania, completamente aniquilada, como jamás se viera caso igual en la historia. Todo eso es nada más que el fruto del espíritu dictatorial y belicoso. Tal espíritu es la propia negación de la Libertad, de la Dignidad Humana y de la participación real del Pueblo en el Poder Público.

La libertad es, de todos los valores humanos, por ventura, el más amenazado en estos días. El abuso de la *libertad de los privilegiados* llevó a los movimientos de ideas más actuales, aún cuando invoquen a la libertad, a hacer de ella un valor secundario. Es por eso que debemos estar vigilantes; para que la tendencia universal al socialismo, que marca a los nuevos tiempos, no venga a representar un nuevo triunfo del Totalitarismo bajo formas aparentemente anti-totalitarias. He ahí por qué defendemos siempre el pluralismo frente al monismo, los derechos de diversidad frente a los sofismas de una unidad que es apenas *unificación* y, por lo tanto, negación de los derechos naturales de la diversidad característica de todo orden social humano y cristiano.

Tales son algunos de los tópicos de la nueva cristiandad que anhelamos y por la que tenemos el deber de luchar pacíficamente, para que el verdadero espíritu de Paz venga a informar los tiempos nuevos que están surgiendo del aniquilamiento total de la concepción

belicosa de la vida, que Hitler y Mussolini representaron y cuyos ecos y satélites tentarán todavía de difundirla en el cadáver del Totalitarismo.

Que la Paz de Cristo—la única Paz que puede unir a los hombres por el Amor y no por el interés o el acaso—sea realmente el espíritu de los nuevos tiempos, es lo que debemos, no sólo desear, sino tornar una realidad en la alborada que ahora raya sobre las tumbas y en el silencio que ha descendido sobre el mundo al cesar el fuego de los cañones y la explosión de las bombas.

He aquí por qué la nueva cultura en que estamos entrando tiene que ser una reacción *humana* contra la deshumanización de los valores de la cultura totalitaria que el imperia- lismo germánico tentó imponer al mundo. Y que el imperialismo soviético puede querer imponer ahora.

El hombre es quien tiene que estar en el centro de esta nueva sociedad a la que vamos a ingresar. El hombre, no como fruto accidental de la sociedad, sino como portador de valores *absolutos*. Es verdad lo que dice el famoso sociólogo ruso Pitirim Sorokim, jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard:

«La cultura occidental está entrando en el período de transición de su super-sistema sensualista hacia una nueva fase ideacional o idealista... La mayor tarea de nuestro tiempo consiste evidentemente, si no en impedir la tragedia—lo que es difícilmente posible—al menos en tornar la transición lo menos dolorosa que se pueda... La preparación combinada para la transición implica el más profundo re-examen de los valores y premisas de la cultura sensualista, el rechazo de sus falsos valores, ya sobrepasados, y la restauración de los valores reales que ella repelió... El hombre no es solamente un organismo, sino también el portador de un valor absoluto y, como tal y sin excepción de sexo, raza o condición social, no puede ser usado como simple medio para alguna cosa o para alguien. Así también, los grandes valores de su cultura—ciencia y tecnología, religión y filosofía, ética y arte—son un reflejo, una realización de los valores absolutos en el mundo empírico». (1).

Tal debe ser el humanismo de la Nueva Edad.

(1) Pitirim Sorokim: «The crisis of our age», 1944. Página 317.



ACTO DE ESPERANZA (1)

Por E. BORNE y F. HENRY

Los análisis y las meditaciones de este libro serían infieles a la inspiración cristiana si no llegaran hasta el compromiso y la declaración, si no se terminaran por un acto de presencia en este mundo del trabajo cuya grandeza y miseria a la vez parecen aumentar de día en día. Las páginas precedentes estaban escritas hace varios meses, cuando los obreros franceses buscaron la liberación de su trabajo en un movimiento en que se mezclaron la violencia y la generosidad, ceguera espiritual y, sin embargo, sentido lúcido de la marcha de la historia. Una filosofía del trabajo que no intentare aclarar esta tentativa de revolución, que permaneciere indiferente ante la gravedad del momento presente, disfrazaría muy mal su cobardía con una ambición abstracta.

Si los conflictos que nos desgarran tuvieran la sencillez y la pureza de un gran combate entre el trabajo y el capital, se trazaría en seguida la norma de nuestra acción, puesto que la moral externa exige que el capital se ponga al servicio del trabajo. Es verdad que la revolución obrera tiene a su favor el querer devolver al trabajador su dignidad y su honor al trabajo; así como también el estar peligrosamente amenazada por un capitalismo que quisiera prolongar solapadamente sus injusticias; pero tiene en contra el hallarse inspirada por una metafísica atea y marxista que corre peligro de cambiar la voluntad liberadora presente en realidad opresora del mañana. Estamos en una fase decisiva de la historia del trabajo humano; trátase de salvar la revolución obrera, y de salvarla también de sí misma.

Hay, empero, pocas esperanzas humanas de salvación, se inició un duelo entre fuerzas cuyo espíritu parece retirarse siempre más y más. Pero basta el menor destello de esperanza para que descienda del cielo y venga a habitar entre nosotros la más joven de las Teológicas, la Divina Esperanza.

Por lo menos, los principios son claros: el trabajo no ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde en justicia. Exaltar el trabajo, sin esforzarse en dar al trabajador su parte legítima de bienes materiales y responsabilidades, su parte de cultura y de civilización, sería una total ausencia de valor y de lógica. Ascensión de la idea del trabajo y ascensión obrera, requiérense mutuamente. Desde luego, es dudoso que la conquista de la mayoría social por parte de la clase obrera se pueda asegurar con reformas empíricas que no interesaran a la estructura de la sociedad: hace falta crear una civilización que supere el régimen del salario, le quite su inseguridad, y para arrebatarse al capital egoísta y ciego la autoridad social y el poder económico.

NUESTRO ANTIMARXISMO NO ES CAPITALISTA

La mayor desgracia de estos tiempos es que esta figura nueva de civilización del trabajo se presenta bajo la forma del marxismo y con esperanza de los unos y odio para los otros. Y ¿cómo podría ser de otro modo? El marxismo es el único sistema sociológico popular que, de hecho, haya permitido a la clase obrera pensar sobre su misión social e imaginar su porvenir histórico. La falta de los cristianos es terrible en este punto, porque faltaron a la vez a sí mismos y a la clase obrera. No han merecido que la Providencia hiciera surgir entre ellos en estos cien años el Tomás Moro de los tiempos modernos, que al escribir el libro necesario sobre el capitalismo, el trabajo y el dinero, hubiera propuesto a las masas no ya una utopía, sino el ideal concreto de una civilización popular y cristiana. Sin embargo, nunca es demasiado tarde para pensar y para vivir las ideas necesarias; y para decir muy alto, aunque no sea más que para salvar el honor, que nuestra voluntad de edificar una

(1) Capítulo del libro «El Trabajo y el Hombre», de los mismos autores.

nueva Cristiandad y nuestra voluntad de ascensión de la clase obrera constituyen una sola y única Esperanza. Porque ¿qué sería una Cristiandad sin justicia social?

Así salvaremos la justa y grande idea prisionera de la metafísica materialista del marxismo, quiero decir este sentido de la vocación social de la clase obrera, esta fe en la ascensión del Cuarto Estado a plena luz de la Historia. Verdad no solamente cautiva, sino verdad amenazada de muerte. Nuestro rechazo del marxismo se apoya sobre cierto número de razones filosóficas y religiosas, pero también sobre una clara visión de las condiciones necesarias para la ascensión de la clase obrera. Ya es decir bastante afirmar que nuestro antimarxismo no debe confundirse con el antimarxismo de los defensores del capitalismo que precisamente detestan en el marxismo este esfuerzo hacia la liberación del trabajo, que constituye su más bella intención. Identificando arbitrariamente ascensión obrera con sórdido materialismo, uno se pone a poca costa una máscara de espiritualismo haciendo concordar admirablemente la defensa del interés con la elevación de la idea. Nuestro antimarxismo no tiene en su favor sino el ser honesto: el marxismo no puede ser vencido sino al verse superado y reemplazado por una filosofía social que sirva mejor a la ascensión obrera y que esté más limpia que él de todo compromiso con un régimen económico que hizo más que de sobra la prueba de su impotencia y de su inmoralidad. Sólo con esta difícil condición alcanzaría a la vez el antimarxismo de los católicos la exactitud en el tono y la justicia en la actitud.

EL MARXISMO ES HEREDERO DEL CAPITALISMO

El marxismo no puede librar al trabajo de las injusticias capitalistas porque él mismo es heredero directo del capitalismo. Acaso ¿no concibe al hombre—al modo terriblemente burgués—como un haz de necesidades, de intereses, como una potencia productora? El confinamiento del hombre en su trabajo, confinamiento denunciado por el marxismo como la gran injusticia capitalista, es, en último término, esencial a la naturaleza del hombre marxista que se identifica con su poder de trabajo, confundido con su función económica. El hombre será liberado, dice, cuando su trabajo no sea vendido a una minoría de explotadores, cuando sea el órgano de toda la colectividad. Sálvase el individuo por su adhesión a la masa de la sociedad, pero como se le quita toda vida personal, se le pierde en el momento en que se cree que está salvado; se convierte en una mera materia docilmente maleable, hecha según las consignas sociales; queda reducido al estado de mero objeto. Así, por su aversión a toda espiritualidad, el marxismo llega a comprometer el éxito de la revolución obrera. Pues aunque el comunismo librara al trabajo, y lo hiciera creador eficaz de una superabundancia de alimentos terrestres, aun así sería impotente para librar al obrero mismo, privado de vida interior, privado de su derecho al sosiego, a la investigación libre, a la verdad.

Además el marxismo está condenado a traicionar a la revolución obrera por su espíritu de violencia. Vemos al comunismo francés caer de violencia en violencia, que no renuncia a la guerra civil sino para mejor preparar una guerra extranjera. Le vemos alimentar las pasiones belicosas entre los trabajadores, orientar la voluntad de las masas hacia la destrucción de los fascismos más bien que hacia la edificación de una civilización del trabajo. En otro tiempo, para los burgueses radicales, el anticlericalismo era un medio de aplazar indefinidamente la solución de los problemas sociales. Podríamos preguntarnos si el neonacionalismo de nuestros comunistas no es igualmente un medio hábil de disimular su impotencia para destruir y reemplazar al capitalismo. Por las trazas parece una diversión apasionada. Es llamativo, en efecto, comprobar que la mayor parte de las leyes sociales aplicadas recientemente en Francia, en modo alguno preparan el advenimiento de una civilización nueva. La estructura esencial del régimen, la subordinación del hombre

a la producción y de la producción al dinero, quedan absolutamente igual a como estaban. Y en este mismo instante unos ministros marxistas hacen una tentativa contradictoria y desesperada para servir, a la vez, a dos señores enemigos, al pueblo y al dinero, es decir, según el Evangelio, a Dios y a Mammón. Se les ve volver a la economía liberal y esperar que algunas leyes económicas ciegas, como la libre circulación del dinero, afirmen la economía y triunfen de la crisis. Por consiguiente, ya no se trata de reemplazar al capitalismo, sino de darle un nuevo impulso de prosperidad. Se pretende solamente que los trabajadores no queden excluidos de los beneficios de esta prosperidad. En cuanto a la revolución necesaria, los unos ya no piensan en ella y los otros quieren diferirla para después de una cruzada antifascista victoriosa. El capitalismo venció al marxismo desde este momento. Está por hacerse la filosofía del trabajo que vencerá a ambos, al marxismo y al capitalismo.

MOTIVOS DE NUESTRA ESPERANZA

Ante esta derrota conviene afirmar la amplitud y la plenitud de nuestra Esperanza. Si es verdad que el cristianismo cambió al hombre interior, en cambio transformó muy poco al hombre social. En esta advertencia comprobada por veinte siglos de guerras y de injusticias, no hay nada que deba escandalizarnos. Ignoramos el número, quizá grande, de siglos y de milenios que reserva la divina Providencia a la acción de su gracia y a las libertades humanas. Mauriac lo decía un día: «Quizás somos nosotros los primeros cristianos». Los santos de los tiempos futuros habrían de meditar seguramente sobre este misterio del porvenir, acerca de esta inmensidad de lo desconocido para templar en ella su esperanza. No podemos imaginar siquiera la grandeza de las realizaciones sociales del Mensaje, posibles en los tiempos venideros. Por consiguiente, tenemos el derecho de esperar que el espíritu haya de inspirar una civilización del trabajo que sea al propio tiempo una civilización de la libertad. Este nuestro acto de esperanza es también un acto de esperanza en el pueblo trabajador. Las virtudes que le son propias, generosidad natural, franqueza de la amistad, pueden ser el alma de la sociedad del mañana, alma naturalmente cristiana. En la transformación necesaria del espíritu de ganancia por espíritu de servicio, las virtudes obreras pueden ser el instrumento de la gracia que realiza la justicia de los pueblos al mismo tiempo que la santidad de los corazones. El mundo obrero sufrió mucho del capitalismo. El sufrimiento no solamente merece redenciones: también abre los ojos. Pienso en la triste infancia de Juan de la Cruz, de donde salió una de las mayores clarividencias que jamás hayan deslumbrado a los hombres. Así en el anonimato y en la obscuridad de las miserias de la historia se elabora el conocimiento de la historia. El trabajador sabe porque ha sufrido. Creer en la Esperanza es creer que este sufrimiento y esta ciencia no pueden ser vanos, ya que contribuyen de modo verdadero a la unidad y realidad de la misión obrera con mayor eficacia que lo consiguieran identidades de intereses, y porque en el plan de la Divina Providencia no hay dolor inútil.

Pero nuestra Esperanza tiene una fuente aún más profunda y alentadora: el sufrimiento que vive en el corazón de algunos obreros cristianos. Sufrimiento al ver a los miembros de su clase, a quienes aman como a sus más inmediatos prójimos y con quienes comparten totalmente su destino, tan gravemente amenazados en su libertad y en sus más grandes esperanzas, por el materialismo capitalista y por el materialismo marxista. ¿Cómo podría ser vano este dolor? Tal sufrimiento es la mayor esperanza del mundo del trabajo, el sufrimiento puro que rescata los dolores impuros, el sufrimiento justo que rescata los dolores injustos, el sufrimiento libre y generoso que rescata los pesares absurdos, sufrimiento amasado con discernimiento y paciencia, y alimentado de fidelidad obrera y de caridad. ¡Sírvasen de ellas la gracia para hacer santos, y la civilización del trabajo saldrá al fin de las incertidumbres de la historia y de las angustias de los hombres!

QUÉ SUCEDE EN POLONIA? (1)

Por A. ROBERT

EVOLUCIÓN POLÍTICA EN DESARROLLO.—Una marcada evolución se ha señalado últimamente en los medios católicos y en la opinión pública entera por lo que se refiere a Polonia. La formación de la «Unión nacional» hubiera producido mayor efecto si Mikolajczyk hubiera sido el «premier». Pero un cierto «romanticismo» se ha disipado. Se admite ya más y más que la nueva guerra, que en Mayo se esperaba de día en día, no tendrá lugar, al menos tan pronto. La nueva insurrección, considerada segura por los nacionalistas intransigentes y los espíritus catastróficos, no se ha producido, felizmente. Ella no hubiera tenido otro efecto que el de reducir a toda Polonia al estado de su capital. Para el sentimiento nacional, tan susceptible y ferviente, la situación, sin ser insoportable, es dolorosa e intranquilizadora. La nación es considerada como un menor por sus libertadores. Para el gusto de los polacos, éstos no retornan con bastante rapidez a su país, tal vez por estar excesivamente despojados y embarazados en sus movimientos.

La correcta actitud y los gestos sinceros de las autoridades rusas no son aún bastante seguidos por la masa, a pesar de un real mejoramiento de las relaciones. Se desearía que la generosidad del vencedor se expresara en una franca amnistía de los patriotas que tanto han combatido a los alemanes y sufrido tanto a sus manos. Hay arrestos todavía numerosos y amplificadas por la voz pública que mantienen la desconfianza, el temor y la inquietud de muchos. El espíritu esencialmente democrático del país se acomoda mal al papel predominante concedido a los organismos de policía, milicia y seguridad, etc., tanto polacos como rusos.

Todo aquello no impide que los elementos más sensatos separen poco a poco el punto de vista político del sentimental. Es cierto que se va formando más y más el hábito de considerar la alianza rusa como una necesidad vital para Polonia. No han contribuído poco a ello las decepciones causadas por los ingleses y norteamericanos en quienes los polacos cifraran una esperanza mística. La masa de las familias, amputadas todas de algunos miembros, termina por desear, y vivamente, la vuelta de los prisioneros del Oeste para trabajar en la reconstrucción del país. Con el tiempo que pasa y la vida que renace de entre las ruinas, muchos renuncian a los ensueños del imposible éxodo hacia Francia. Es de desear que las elecciones favorezcan, no a la reacción o a la revuelta, sino a la evolución hacia la independencia. Es una tradición del país no dejar que se pierda nada de la libertad que se le concede. Pienso que la juventud, la juventud estudiantil, en particular, podrá seguir a sus guías más sabios, a personalidades como el arzobispo de Cracovia, Excmo. señor Sapieka, o el rector Dabroski, de Poznan. En este sentido obrarán, sin duda, el cardenal Hlon y las influencias católicas.

TRASTORNO MORAL.—La frase no es demasiado fuerte para caracterizar la situación actual. La vida moral es la que resulta más descentrada por una guerra moderna. Los efectos morales de la que ha terminado exceden a la imaginación y más que en ningún otro país son perceptibles en Polonia. Primeramente, porque ella estaba, hasta aquí, más «con-

(1) Impresiones de un periodista francés, católico, que vivió algunos días en la Polonia ocupada por los rusos,

servada». Luego, porque la voluntad satánica de Alemania se aplicó durante seis años a desmoralizar el país por todos los medios. No puedo citar sino algunos ejemplos, pues un cuadro detallado es imposible.

Un folleto clandestino, publicado bajo la ocupación, sin nombre de autor o de impresor, traza el cuadro más sombrío de los métodos alemanes ¡ay! demasiado conocidos: destrucción y deportación sistemática de las familias; en Alemania, esterilización de las mujeres y castración de los varones y promiscuidad organizada de la juventud polaca de los dos sexos; en Polonia, sabia propaganda del divorcio y el aborto, libertinaje y violación de las mujeres de los ausentes, difusión de la pornografía (en gran parte boycoteada) y, sobre todo, del alcoholismo (éste no boycoteado en absoluto).

Tales influencias provocaron en los últimos tiempos dos olas contrarias: una, de heroísmo y espíritu de sacrificio; otra, de poltronería, vida fácil y culto del placer. El paroxismo de la primera se manifestó en el curso de la insurrección. Pero, después, la ola de la desmoralización ha sido tan fuerte que el mayor número ha tentado la huida del sufrimiento por la vía de la facilidad moral. Hoy ya no actúan las mismas influencias pervertidoras: la pornografía es prácticamente desconocida; el teatro, el cine y la radio son harto mejores que en tiempo de los alemanes y, a pesar de la promiscuidad impuesta por las condiciones del alojamiento en Varsovia, la sana vida familiar recobra su curso. Pero las huellas de los años terribles son indelebles. La opinión, impresionada por las cuestiones del divorcio y el aborto, vacila, se divide y apasiona. El diario más grande de Varsovia, «Zycie Varsovy», revela, por una encuesta, un deseo bastante extendido del establecimiento del divorcio legal, que los medios eclesiásticos resisten con dificultad. La cuestión del aborto ha sido planteada por los millares de mujeres violadas. En Poznan, la dirección de la Cruz Roja y numerosos profesores de la Universidad lo propiciaban. Una intervención del rector y del obispo frenó el movimiento.

La movilización de las mujeres y niñas sin trabajo, obligatoria durante varios meses, hasta la intervención del Excmo. señor Sapięka, impulsado por la opinión, desarrollaba considerablemente la inmoralidad o—solución defectuosa—hacía huir a las refractarias hacia los bosques ya demasiado llenos.

Se señala, doquiera, una recrudescencia de las enfermedades venéreas, confesadas y tratadas, por lo demás, abiertamente.

Aún antes de la guerra se desarrollaba la propaganda neo-malthusiana. Se adivina que la estadía en Alemania y en el Oeste, particularmente entre los norteamericanos—muy «modernos» en este punto—de varios millones de polacos que finalmente regresarán a la patria, acrecentará en forma considerable la difusión de los medios anticoncepcionales.

Sobre la moral del comercio y el trabajo habría muchísimo que decir. Durante más de cinco años de ocupación, el ideal fué trabajar lo menos posible. Este ideal sigue vigente para un gran número de personas, lo que produce una impresión de abandono que contrasta con la actividad puesta por los alemanes en hacer desaparecer sus ruinas. Los polacos todavía temen trabajar para «otro rey de Prusia».

El ningún valor del zloty y los bajos salarios—dos factores mantenidos demasiado sistemáticamente por el gobierno actual—apartan a la mayoría del trabajo y la empujan hacia el comercio, la especulación y los negociados turbios. El mercado negro es aquí, pura y simplemente, el mercado libre normal. La venalidad y los enjuagues en todas las Oficinas y administraciones son asombrosas.

Por deseo de recuperación, compensación y desquite, y a imitación de los rusos, la ola polaca que refluye del Oeste trae abundantes despojos de Alemania. El ejército da el ejemplo. Ello mata todo respeto a la propiedad y hace posible la generalización del robo

como medio de subsistencia y enriquecimiento. La vida económica entera resulta así profundamente perturbada. El resurgimiento de los judíos—que antes de la guerra detentaban casi el monopolio del comercio—se ha realizado demasiado bien. Las decenas de miles de personas, incluso de la más tierna edad que pasan hoy toda la jornada en las aceras, con un ridículo azafate, a falta de tienda, no pueden aprender sino la indelicadeza y la haraganería. El renacimiento económico y financiero, el renacimiento liso y llano de Polonia, será harto difícil.

Todo eso y muchas otras causas provocan en la Polonia de hoy un choque moral de una gran violencia. La fe cristiana está demasiado ligada a la moralidad para no resentirse hondamente de ello.

PERSPECTIVAS.—Por el momento, Polonia ha llegado a ser más homogéneamente católica, como consecuencia de la masacre de más de tres millones de judíos, de la pérdida de fuertes minorías orientales, ortodoxas y greco-católicas y de la expulsión, de los territorios del Oeste, de los «Volkesdeutsch» y de los alemanes, en su gran mayoría protestantes.

Pero, en este momento también, por el influjo de ciertas propagandas antirreligiosas y, además, por el impulso de la historia, a la Iglesia Católica, hasta aquí privilegiada y oficial, se le plantea el mayor problema: el de la separación de la Iglesia y el Estado. El es discutido en muchas esferas y los cuatro grandes partidos autorizados no están lejos de ponerse de acuerdo sobre el programa recientemente propuesto por el Congreso del P. P. S. (Socialista) y ratificado ya por el partido democrático. Sin dejar de favorecer hábilmente (elección de los capellanes) a una cierta «Iglesia Católica Polaca», que tendría en todo el país once mil fieles y setenta y cuatro parroquias y alcanzaría, según parece, gran éxito en América, el gobierno tiende a federar todas las iglesias en cuatro grupos, a acordar a todas las confesiones las mismas libertades y a retirar todo privilegio a la Iglesia Católica, especialmente en lo que se refiere al matrimonio, el estado civil y las escuelas. Las tendencias de ciertos ministerios: Educación, Culturas y Artes, y Cultos, no lograrán su realización—Polonia es democrática—sin apasionadas discusiones y reacciones violentas. Por otra parte, ¿se alcanzará la realización de tales tendencias o se las rechazará con el próximo cambio de gobierno? Nadie lo sabe. ¿Cómo se adaptaría la Iglesia Católica a un régimen de separación y derecho común, en este caso, nuevo para ella? Es aún más difícil decirlo. La experiencia francesa, de todos modos, impide por adelantado el pesimismo absoluto, las lamentaciones o la rebelión, sin prohibir a los responsables una vigorosa defensa religiosa. También en tal caso más se trata de realismo que de romanticismo.

LA FUNCIÓN EDUCACIONAL

Por Manuel V. ORDÓÑEZ

EL mundo está saliendo de la guerra más grande que haya padecido nunca. Ha cesado la lucha en Europa, con lo que millones de seres podrán dedicarse, libres de temor, a reconstruir sus vidas y las de sus países.

Las naciones del Eje, que desencadenaron la guerra, han capitulado en el campo de batalla, ¿pero ha capitulado el espíritu que las movió a la guerra? «Sería ilusorio pensar, ha escrito Maritain, que el estado violento creado por la guerra ayude por sí mismo a encontrar respuesta a los problemas ético sociales planteados antes de ella; de suyo propio, a pesar del heroísmo que requiere de los combatientes, la guerra tiende a deprimir la moralidad de la retaguardia» (1). No cometamos el error de suponer que el espíritu totalitario, que antes de 1939 era de vastos sectores de diversos países y de la gran mayoría de algunos, haya desaparecido. Subsiste todavía, con los ecos y complicidades que ha encontrado aún en las conciencias de ciertos dirigentes de naciones democráticas.

Es cierto que la destrucción de las estructuras políticas que lo promovían e inspiraban significa la supresión de uno de los principales elementos de sustentación. Observaremos, sin embargo, que si halló tan grande y difundida aceptación fué porque ponía en movimiento, aunque desordenados y corrompidos, instintos y tendencias naturales del ser humano. No olvidemos que Hitler conquistó el gobierno y la mayoría necesaria para implantar su programa, en elecciones libérrimas.

NECESIDAD DE LA EDUCACIÓN

Algunos espíritus superficiales piensan que tan grandes males pueden desaparecer mediante redistribuciones territoriales, o medidas de fuerza, o un indefinido tutelaje extranjero de los vencidos. Tal posición es profundamente errónea: no haría sino exacerbar las dificultades.

En cambio, quienes creen que cuando el problema es de conciencia, es en las conciencias y no en los cuerpos sobre las que principalmente ha de actuarse, piensan que, sin excluir ciertas medidas militares, es a otro terreno al que los vencedores deben dedicar su mayor esfuerzo. Los que tenemos la certidumbre de que si la guerra es mala, hay algo peor, y es el espíritu totalitario, estamos de acuerdo en que ahora comienza la gran tarea, tarea afanosa que antes fué de algunos y que en adelante será de todos. Tal labor es la de desarraigar ese espíritu y reeducar el mundo para la libertad. La empresa no debe reducirse por cierto, al pueblo alemán, aunque en él debe ser más general; urge que alcance a todos los ambientes. Más aún, es necesario que de nuevo se explique el verdadero concepto de la libertad para que las falsas concepciones no vuelvan a poner en peligro de muerte a la humanidad. Por último, teniendo en cuenta que la crisis del mundo es principalmente una crisis de moralidad, es imprescindible una enseñanza universal y activa de los principios morales, impartida de tal modo que mueva a la práctica de los mismos.

Tan grandes beneficios se obtendrán mediante una conveniente educación de la humanidad. Los fines normales de toda educación se verán recargados durante esta época de regeneración de las naciones y las conciencias, con los trabajos suplementarios que acabamos de enunciar. Sólo si se la realiza adecuadamente, el mundo volverá a vivir en paz. Si pues, la gran tarea a realizar por todos es tarea educativa, importa sobremanera ponerse de acuer-

(1) «De la justice politique», págs. 41-42.

do sobre los principios fundamentales. Ellos se refieren: a quién corresponde la misión de educar; cuál es el sujeto de la educación; cuáles su fin y forma propia; y cuál el ambiente en que necesariamente debe desarrollarse.

En este estudio, expondré algunas consideraciones generales, de principio, acerca del primero de ellos, o sea, cuáles son las personas o entidades a las que pertenece la función educativa.

A QUIEN PERTENECE LA FUNCIÓN EDUCATIVA

Las direcciones extremas con que esta cuestión se encara son dos. Una de ellas procura la absorción por el Estado, tan amplia como sea posible, de la educación: lleva al monopolio estatal de la enseñanza y a la escuela única y obligatoria. Otra, pretende que la educación es asunto completamente privado. Una posición intermedia sostiene que la formación de los niños debe ser asegurada por la conjunción amistosa y leal de la familia, el Estado y la Iglesia, lo cual procura una educación completa e integral.

La intervención del Estado en la enseñanza fué renovada modernamente porque interesaba saber de qué manera se iba formando el «alma nacional», según frase del conde de Romanones (2). Más avanzado designio presidió la educación en los países totalitarios. Hitler dice en «Mein Kampf» (página 456 de la edición completa alemana), que «el primer deber del educador alemán es inculcar a su pupilo la convicción de que es en cuanto alemán absolutamente superior a todos los demás». Mussolini declaró, en Mayo de 1929, que «la educación de toda la juventud italiana debía estar asegurada integralmente por el Estado». El doctor Rosenberg escribía, el 9 de Marzo de 1937: «Un país que no quiere perder su alma, no puede tolerar diferentes sistemas de educación, mucho menos ser promotor de ellos»; y el doctor Ley: «El partido necesita la totalidad del alma del pueblo alemán». Este criterio estaba perfectamente de acuerdo con el Credo oficial del nacionalismo donde a la pregunta: «¿Cuándo mi vida marital será un servicio divino para Alemania?», se responde: «Cuando eduque a mis hijos para Alemania sola» (3). Es la continuación en el tiempo del pensamiento de Fichte que en su Discurso a la Nación Alemana de los años 1807-1808 se basaba en la educación para integrar al pueblo alemán en el Estado Nuevo.

Convengamos que el resultado que ha dado este sistema no es como para desear su repetición.

Por otra parte, observemos también que fué al amparo de un régimen de libertad que se crearon las primeras escuelas nacional-socialistas y que en ellas se formaron los dirigentes de hoy. A éstos se refería Goebbels en su discurso del 19 de Abril de 1934, con estas palabras: «No podemos creer que educaremos en una sola manera de pensar a quienes han crecido en un mundo de ideas diferentes a las nuestras. No es sino en la generación siguiente que podemos poner nuestra esperanza. Es ella la que dará su carácter definitivo a la Nación». Naturalmente que si el Estado hubiera impedido la enseñanza según esas ideas, otra hubiera sido la suerte del mundo.

Todo ello impone hoy un nuevo análisis del problema. Necesitamos acercarnos, comprendernos, respetando y valorizando todo lo que es justo para libertarlo. El ataque ha ido tan a lo hondo que realmente hay que rehacerlo todo, no con el critreio utilitarista del que quiere sacar partido para sí, sino con el afán generoso del que ansía una humanidad en la que todos puedan libremente tener su parte de felicidad. No dejemos de meditar en aquellas palabras escritas por Rousseau a Voltaire, el 18 de Agosto de 1756: «En cuanto a los in-

(2) Senado de España, sesión del 9 de Abril de 1902.

(3) Radio Vaticana, 14 de Diciembre de 1941.

crédulos intolerantes que quisieran forzar al pueblo a no creer en nada, no los condenaría menos severamente que a aquellos que quieren forzarlo a creer en lo que a ellos place; ya que se ve por el celo de sus decisiones, por la amargura de su sátira, que no les falta sino ser los gobernantes para perseguir tan cruelmente a los creyentes como ellos mismos son perseguidos por los fanáticos».

Más que un estudio de todas las posiciones teóricas, daré las razones que fundamentan la que comparto, seguro como estoy de que ella recoge cuanto hay de bueno en las otras.

DERECHO DEL NIÑO EN LA EDUCACIÓN

En primer lugar, sostenemos que el niño tiene un derecho esencial a la educación.

Múltiples son las manifestaciones favorables al derecho del niño a la educación. En el Congreso de la Infancia de Ginebra se hizo esta declaración:

1.º El niño debe ser puesto en condiciones de realizar normalmente su desarrollo físico y espiritual.

2.º El niño hambriento debe ser alimentado; el niño enfermo debe ser asistido; el niño retrasado en su educación debe ser alentado a proseguirla; el niño desviado de la buena ruta debe ser devuelto a ella; el huérfano y abandonado debe ser recogido y socorrido.

3.º El niño debe ser el primero en recibir socorros en toda calamidad pública.

4.º El niño debe ser puesto en condiciones de ganar la subsistencia y ser protegido contra toda clase de explotadores.

5.º El niño debe ser educado inculcándole el sentimiento del deber que tiene, de poner sus cualidades al servicio de sus hermanos.

El presidente Roosevelt, en su discurso del 7 de Enero de 1941, llamado de las Cuatro Libertades, ha dicho: «Las cosas básicas esperadas por nuestro pueblo de su sistema político y económico son simples. Son: igualdad de oportunidad para unos y para otros... terminación de especiales privilegios para algunos... preservación de las libertades civiles para todos». El Instituto de Planificación de los Recursos Nacionales de los Estados Unidos, proyectando en Enero de 1943 una nueva Declaración de Derechos, estableció como inherentes al niño: «El derecho a la educación preparatoria para el trabajo, a la capacidad ciudadana y al desenvolvimiento de la persona humana; el derecho a la posibilidad de acceder a los bienes de la vida y de participar en la marcha progresiva de la civilización». La Conferencia Internacional del Trabajo, en su 26.ª reunión tenida en Filadelfia el año pasado, declaró ser un fin de la organización, «la garantía de posibilidades iguales en el dominio educativo y profesional». El Cardenal Hinsley, los Arzobispos anglicanos de Canterbury y de York y el Moderador del Consejo Libre de las Iglesias Protestantes de Inglaterra, declararon públicamente el 21 de Diciembre de 1940: «Todos los niños, cualquiera que sea la raza o la clase a que pertenezcan, deben tener iguales oportunidades para la educación, según el desarrollo de sus condiciones peculiares». Ese movimiento fructificó más tarde en la segunda declaración dada el 28 de mayo de 1942, cuyo punto 3.º dice así: «Reconocemos que el cristianismo organizado, para poder realizar su función, debe gozar en todas partes de ciertas libertades esenciales. Una plena libertad significa libertad de adorar a Dios cada uno de acuerdo con su conciencia, libertad de predicar, de enseñar, de educar y persuadir (siempre dentro del espíritu de la caridad cristiana) y libertad de educar a los niños en el credo de sus padres. La vida cristiana vive en medio y por medio de la pertenencia a una sociedad religiosa, y su naturaleza corporativa, su libertad constitucional y su independencia, deben ser reconocidas y garantizadas por el Estado».

La corriente a la que pertenecen las ideas transcriptas tiene su fuente originaria en el cristianismo. El repudió la época en que se arrojaban desde el Taigeto o se abandonaban en

el Velabro los niños recién nacidos juzgados incapaces de ser buenos soldados o ciudadanos; y dijo Cristo: «Mirad que no despreciéis a ninguno de estos pequeñuelos» (4).

RAZONES Y CONTENIDOS DE ESE DERECHO

A la pregunta ¿qué es un hombre? contesta Maritain dando las ideas griegas, judía y cristiana del hombre: «El hombre es un animal dotado de razón, cuya suprema dignidad está en su entendimiento. El hombre es un individuo libre en relación personal con Dios, cuya suprema justicia consiste en la voluntaria obediencia a la ley de Dios. El hombre es una criatura pecadora y herida llamada a la vida divina y a la libertad de la gracia cuya suprema perfección consiste en el Amor» (5).

Este hombre, tan admirablemente definido por nuestro filósofo, es un ser que nace con la posibilidad de entender, querer amar, pero que necesita llegar a ello. Viene al mundo en inferioridad física con relación al resto de los animales, no tiene medios de defensa, y hasta el alimento debe serle dado, pues no sabe buscarlo.

Tampoco podría desarrollar adecuadamente su vida intelectual, moral y religiosa. Si el hombre es animal político, al decir de Aristóteles, lo es principalmente porque necesita de la vida societaria para el pleno desarrollo de la vida intelectual y moral que lo caracteriza.

Si, pues, éstas son las indigencias y aquélla la vocación del niño que nace, y si su felicidad y su misión consisten en el cumplimiento de esa vocación, quiere decir que el niño tiene derecho a la educación que le permitirá formarse «hombre tal cual debe ser y... portarse en esta vida terrena... de modo... de conseguir el fin sublime para el que fué creado». (6).

LA FUNCIÓN DE LOS PADRES

Al derecho del niño a la educación corresponde, en primer término, un deber de los padres.

El derecho del niño respecto a los padres proviene de que ellos han sido la causa directa de su existencia. El hijo no viene al mundo por su voluntad, sino por la de sus padres. A ellos les ha comunicado Dios «la fecundidad, principio de vida y consiguientemente principio de educación para la vida, junto con la autoridad, principio de orden». (7).

Los padres tienen para la tarea educativa condiciones como ninguno: la ternura que les ha dado la naturaleza; la proximidad, el conocimiento del hijo, de su constitución somática y temperamento de sus reacciones psíquicas, de su carácter. Además ellos son los más interesados en el desarrollo y perfección de los hijos, y les pertenece como autores llevar su obra a la mayor perfección posible. Los hijos son fruto de sus dolores y preocupaciones. Continúan la familia realizando así, en cierto modo, a través de generaciones sucesivas, la inmortalidad corporal. Todo ello configura un derecho de los padres y una obligación de los hijos a la gratitud y correspondencia por el beneficio recibido. Nosotros no negamos el derecho de los padres, pero si nos fundamos en el de los hijos es porque éste es primero por razón de tiempo y de finalidad, y porque el de los padres está en función de éste.

El derecho de los hijos trae como necesaria consecuencia el deber de los padres de proveer a esa educación. Santo Tomás lo fundamenta en que «el padre carnal participa singularmente de la razón de principio... y es principio de generación, educación, discipli-

(4) San Mateo, XVIII, 1.

(5) Education at the Crossroads, p. 7.

(6) Pío XI: Encíclica Divini Illius Magistri.

(7) Pío XI: Encíclica Divini Illius Magistri.

na y de todo cuanto se refiere al perfeccionamiento de la vida» (8). Este mismo concepto lo amplía cuando dice: «Es de derecho natural que el hijo antes del uso de razón esté bajo el cuidado del padre. Sería, pues, contra la justicia natural, que el niño antes del uso de razón fuese substraído del cuidado de los padres o de alguna manera se dispusiese de él contra la voluntad de los mismos» (9); y más adelante: «Porque la naturaleza no pretende solamente la generación de la prole, sino también su desarrollo y progreso hasta el perfecto estado del hombre en cuanto es hombre, o sea el estado de virtud» (10).

¿Qué carácter tiene esta obligación de los padres? Es de tal suerte que no puede ser abandonada ni aun con el pretexto de los padres de consagrarse a Dios (11). San Pablo dice que «quien no mira por los suyos, mayormente si son de su familia, niega la fe y es peor que un infiel» (12),

LA FUNCIÓN DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA

La obligación y derecho de los padres respecto a la educación, no significa que otras entidades no tengan también derechos y obligaciones en la materia. Ellas son, el Estado y la Iglesia.

El fin del Estado es la consecución del bien común. El bien común sólo se alcanza en la medida que se protegen los derechos. Además la debida formación de los futuros ciudadanos afecta vitalmente al bien común. «En la república perfecta—dice Aristóteles—la virtud cívica es condición indispensable de la perfección de la ciudad» (13); y agregará Santa Catalina de Siena: «La fuerza de conservación de las ciudades es la santa justicia». Por tanto es deber y derecho del Estado la protección y garantía del derecho del niño a ser educado para realizar tan perfectamente como sea posible su esencia y vocación de persona. Igualmente ampliará la acción e iniciativa de los padres en orden a la educación de los hijos. Los padres no tienen libertad para no educar, ni para educar mal. El Estado no consentirá una educación que no garantice la formación del hombre de acuerdo con su naturaleza y dignidad de persona y no le enseña a obrar como hombre civilizado en la vida social y política; lo cual es tanto más fácil cuando, como ocurre en la Argentina, tenemos la Constitución Nacional que define y sanciona esos derechos. El Estado urgirá al padre remiso y suplirá a los que no cumplan con sus obligaciones. Además removerá, en cuanto le sea posible, los obstáculos que dificulten o impidan la formación integralmente humana del niño.

El tercer agente que debe actuar en la educación de los niños que a ella pertenecen, es la Iglesia, sociedad universal de las almas, que tiene por misión hacer que fructifiquen en los hombres los valores sobrenaturales y eminentemente el Amor y la Caridad. Haciéndolo así dará entera y plena satisfacción al ansia de absoluto del alma humana, Para esta tarea, la Iglesia es la dispensadora de los auxilios espirituales que las almas necesitan, tiene experiencia milenaria, y le ha sido conferida su misión por Jesucristo.

De hecho, los padres no podrán llevar a cabo por sí solos la educación, La instrucción y educación son hoy complejas, técnicas y difíciles; y la escuela es un ambiente del que sólo en raras ocasiones puede prescindirse con provecho, para la formación social de los niños. La función de los padres se ejercerá con libertad en la medida en que puedan elegir

(8) Summa Theologica, 2.^a 2.^a, 2. 102, a 1.^o

(9) Ibid., 2.^a 2.^a, p. x, a 12.

(10) Ibid., 3.^a parte, p. 41, a 1.^o

(11) Summa Theologica. 2.^a 2.^a q. 189, a VI.

(12) S. Pablo. I a Tim. V, 8.

(13) Política, libro III, capítulo 2.^o

la escuela o los maestros. No gozarán de esa libertad si sobre ellos pesan coacciones físicas o morales que se la impidan, tales como la carencia de medios. Holanda, Dinamarca e Inglaterra han resuelto la cuestión con la distribución del presupuesto escolar mediante subsidios a las escuelas. La ley inglesa de 1944 ha mantenido este criterio, llevándolo hasta pagar gastos de reconstrucción de las escuelas particulares. La idea humanista nunca podrá ser lograda por un estado que monopolice la enseñanza, pues entonces negaría la libertad que aquélla incluye como elemento esencial.

El Estado también podrá, y si es menester, deberá fundar escuelas; algunas de mucho costo o en lugares apartados, de hecho no podrá establecerlas sino él. Cuidará sin embargo de no dar a las que establezca privilegios injustos, y obrará, aun en las oficiales, en el sentido de las líneas esenciales de la legítima formación que de sus padres reciban los niños. Todos los Estados tienen hoy escuelas y parece que tendrán aun más en el futuro. Pienso sin embargo que siempre que el Estado pueda obtener que la educación de los niños se preste por las escuelas particulares, sería preferible este sistema. De hecho los Estados se han sentido inclinados con frecuencia a hacer pesar conveniencias transitorias o ideologías políticas erróneas sobre lo permanente y substancial que es la formación de los niños.

Debemos establecer claramente que, ora la educación de los niños se realice en escuelas particulares, ora en las propias escuelas estatales, es fundamental que en todas se respete la función del Estado de cuidar que se imparta un mínimo razonable de enseñanza, que la formación tenga verdadero sentido humanista y que la preparación cívica sea debidamente atendida.

La formación cívica significa, no sólo el conocimiento de la lengua, la historia y geografía patrias, sino también preparar, incitar y mover las voluntades de los hombres para que, sin desmedro de su libertad, antes bien, por ella misma, sean buenos miembros de la democracia. El Estado de nuestros días tiene más urgencia de esta formación cívica precisamente porque aberraciones diversas han atacado la raíz y fundamento de la existencia y la convivencia ciudadanas. Sólo ciudadanos bien formados construirán un Estado capaz de sortear las dificultades del momento que vivimos.

CONCLUSIÓN

Tenemos así explicados los principios de la posición que al comienzo llamamos intermedia. Pensamos que ella respeta los derechos legítimos de los hijos, los padres, el Estado y la Iglesia, y que su aplicación leal creará el ambiente indispensable para que se establezca la paz social. Muchas de las reacciones que el mundo padece provienen de la conculcación de algunos de aquellos derechos legítimos o del temor de que fueran desconocidos.

En los países sajones y escandinavos y en el Canadá, practicantes leales de la libertad de enseñanza, han surgido las grandes fuerzas que han configurado el sentido profundo de esta guerra; en ellos la vida democrática ha llegado a un elevado desarrollo y su clima espiritual es de paz religiosa.

La democracia, que es el modo de vivir cívico que desea hoy el mundo, exige más que ningún otro la formación de los hombres con clara noción de los principios del derecho, la libertad y la justicia. Así lo dice el punto 14.º de la Declaración de México. Y lo exige más, porque el espíritu democrático deberá buscar en un mundo en ruinas, las fórmulas nuevas económicas, sociales y aun espirituales que permitan una vivencia real de aquellos principios.

Para esta tarea es necesario el concurso de todos, por la buena voluntad.

UNA POLITICA DE LA VIVIENDA

Francisco A. PINTO S. C.

I

NATURALEZA DEL PROBLEMA

Es un hecho indiscutible que el problema de la habitación reviste en nuestro país caracteres de enorme gravedad. Bien podría decirse que constituye tal vez el más agudo de aquellos que afligen a nuestra población. Se trata de un problema que afecta por igual a obreros y empleados y a elementos independientes de renta baja y media; todo lo cual en un país de riqueza limitada, y a la vez dispareja, vale decir que es un problema que alcanza al 75% u 80% de la población.

Se ha señalado, con razón, como elementos constitutivos del problema de la habitación: *a)* la escasez de las viviendas; *b)* el alto precio de ellas, y *c)* la insalubridad de las mismas. Pues bien, todos estos elementos golpean con igual fuerza en nuestro país, como para demostrarnos la necesidad de una acción inmediata y de gran envergadura. Tenemos así que la escasez de habitaciones es tal, que, según estadísticas muy recientes, se necesitan aproximadamente 9.000 viviendas por año con el solo objeto de que puedan albergar el aumento vegetativo de la población (la población obrera aumenta aproximadamente en 50.000 personas al año y la de empleados en 8.800 más o menos). Agreguemos a la necesidad indicada, que la construcción total llevada a cabo por medio de diversos organismos, que materialmente son los únicos dedicados a esta clase de construcciones no llega en los últimos diez años a 20.000 viviendas. En cuanto al déficit total de habitaciones, se ha calculado en más de 300.000.

El segundo elemento de aquellos que constituyen el problema, es el alto precio de las viviendas. Dentro del presupuesto popular, y al hablar de popular no me refiero sólo a obreros, sino igualmente a empleados, comerciantes, etc., de baja renta, tal vez para el 60 a 70% de la población, la habitación constituye hoy uno de los rubros más elevados de gasto. El precio de las viviendas está muy lejos de representar $1/5$ ó $1/6$ de las entradas como lo expresaban los autores clásicos. Hoy absorbe un $1/3$ y a veces más de ellas, de tal manera que el jefe de familia ve con horror que cada nueva alza disminuirá aún más lo disponible para los otros gastos igualmente indispensables, como la

alimentación y el vestido. En Santiago, por ejemplo, donde según cálculos, el promedio de nuestra población obrera gana hoy, en 1945, menos de \$ 950 mensuales, tenemos que el costo de una vivienda para 2 adultos y 2 niños cuesta un término medio de \$ 318 mensuales. Tratándose casi en su totalidad de construcciones anticuadas y anti-higiénicas, resulta que el costo de ellas cubre un porcentaje absolutamente desproporcionado de los salarios.

El tercer elemento es como hemos dicho el de la insalubridad de las viviendas. Las viviendas insalubres tienen una influencia definitiva en el desarrollo de las enfermedades. Una estadística norteamericana acreditó, por ejemplo, en la ciudad de Cleveland, que el 13% de las muertes por tuberculosis había ocurrido en un sector con viviendas insalubres, que cubría sólo el 0,73% del área de la ciudad y que contenía sólo el 2,4% de la población. Traslademos estas observaciones a nuestro país y veremos que la importancia es aún mayor: la epidemia del tifus exantemático que ha causado en el espacio de pocos años más de 8.000 víctimas, el incremento de la tuberculosis, que según estadísticas afecta a más de 200.000 personas de nuestra escasa población; la mortalidad general que alcanza a la cifra de un 26 por mil y que es superada por la mortalidad infantil que llega a 240 por cada mil niños, revelan a las claras las pésimas condiciones higiénicas de nuestras poblaciones obreras.

En cuanto a la trascendencia que el problema de la habitación representa para el elemento popular, es una cosa de sobra conocida.

Se habla de elevar el nivel cultural del pueblo, de la necesidad de inculcarle hábitos de orden, de economía y de higiene. Pero, veamos si es posible hacer estas cosas mientras vive en condiciones tan hostiles a todo mejoramiento. Parece en realidad evidente que es imposible obtener resultados positivos sin este elemento previo e indispensable de la vivienda. Es un hecho cierto que un pueblo no puede llegar a hacerse moralmente fuerte sin haber conquistado antes una vida físicamente sana. El abandono de la existencia física es el antecedente de toda degradación moral.

Y qué otra cosa puede esperarse de la habitación

estrecha, sin luz, sin aire, que sirve a la vez para todos los menesteres domésticos. Incluso el alcoholismo, que presenta tan enorme gravedad en nuestro país, tiene un espléndido aliado en las viviendas malsanas, que hacen que el trabajador no tenga interés alguno por volver a su hogar y a su familia, ya que mal puede llamarse tal a la habitación estrecha y húmeda que le sirve de albergue.

«No es virtud, sino heroísmo, ha dicho M. du Mesnil, lo que necesita el hombre obligado a vivir en esos tugurios, para no sentir odio contra la sociedad». Y esa es la verdad.

II

UNA POLÍTICA DE LA VIVIENDA

Bajo tal denominación se comprende el conjunto de medidas o medios para solucionar el problema. El objeto primordial de ella es evidentemente la construcción del máximo de viviendas, para albergar a la población que carece de casa o que habita en refugios insalubres. No es necesario insistir aquí en el hecho concreto de que, dada la naturaleza del problema—y la imposibilidad de que la Economía privada, «el impulso libre y generoso de los capitales», lo resuelva (1) corresponde al Estado intervenir en su solución, pues se trata de un mal social tan importante como la seguridad colectiva, la educación o la salud pública.

Sintetizando entonces los requisitos de una política de la vivienda, debemos señalar tres. Son: a) una entidad estatal planificadora, que organice la acción; b) medios técnicos, o sea, soluciones de planificación, materiales y sistemas de construcción; c) medios económicos, esto es, recursos y fórmulas de empleo de los mismos que aseguren una máxima disponibilidad de dineros para cubrir también la máxima construcción de viviendas. Analizaremos entonces estos tres puntos esenciales, relacionándolos al mismo tiempo con la realidad chilena.

1. ENTIDAD PLANIFICADORA.—La existencia de un organismo autónomo, que tenga a su cargo la política de la habitación, con un plan de conjunto, con representación de diversas entidades que cooperan en la campaña y que pone en marcha las diversas medidas, se encuentra en todos los países adelantados. En Finlandia, existe el Banco Hipotecario de la Habitación; en Noruega, el Banco de la Pequeña Propiedad; en Suecia, la Caja de la

(1) Aún en países como EE. UU. la actividad privada no ha construido viviendas populares. Una encuesta ordenada por el Presidente Roosevelt, acreditó que sólo un 8% de los edificios construidos entre 1930 y 1935, estaban al alcance de las familias con renta inferior a Dls. 1.500, las cuales representaban sin embargo el 65% de la población.

Habitación; en Estados Unidos, la Federal Housing Administration y la US. Housing Authority.

En nuestro país, la ley contempló también la creación de un organismo autónomo, la Caja de la Habitación, fundada en 1936, reformada en 1943, y en quien el país ha cifrado muchas esperanzas, que desgraciadamente hasta hoy sólo en parte se han hecho realidad.

La efectividad de lo recién expuesto está en el hecho de que, mediante su acción, en los últimos cinco años se han construido apenas poco más de 7.000 casas. Recordando la cifra de nuestro déficit de viviendas, tenemos el hecho concreto de que este organismo—con su acción actual—no soluciona el mal. El problema chileno no está en construir 2.000 ó 3.000 casas anuales de espléndida calidad (2), sino en realizar una edificación en gran escala, que permita en breve plazo rescatar aunque sea en viviendas de duración limitada, a más de dos millones de chilenos que vegetan en el conventillo, el rancho, la mediagua, la pocilga y demás especies de sub-vivienda.

La orientación que ha tenido nuestro organismo, de edificar viviendas para un sector determinado de la población, prescindiendo de otros igual o más necesitados, la hace en parte aparecer desvinculada de la realidad chilena, por más propaganda que se haga de su labor, que en ciertos aspectos es muy estimable. Para la masa enorme de individuos, que sube como hemos dicho del millón y que no dispone de vivienda alguna, resulta doloroso que se celebre la inauguración de 100 ó 200 casas, destinadas a durar 50 años, cuando para esa población se necesitarían miles de viviendas aunque fueran de peor calidad.

Pasemos a otro punto. La entidad estatal para poder realizar su objetivo de solucionar el problema, necesita de recursos adecuados.

Pues bien, la ley chilena estableció también una serie de arbitrios destinados a la Caja de la Habitación. En general, los contemplados en la actual ley 7.600 son adecuados, con la salvedad de que, en la discusión legislativa, no pudo obligarse a los agricultores a hacer un aporte tributario más efectivo, de manera que, en relación con las demás actividades económicas del país, aparecen ellos en un régimen privilegiado o de favor. Muchos de esos recursos asignados a la Caja han quedado desgraciadamente en el papel y el no haberlos podido percibir efectivamente ha sido motivo para que ésta haya retardado o limitado la construcción de viviendas.

Sin embargo, este punto de los recursos debe ubicarse en su verdadero alcance y no creer que

(2) El costo medio calculado de las casas de la Caja es de \$ 52.000 a \$ 55.000, al cual habría que agregar un porcentaje de los gastos administrativos, que las hace subir a \$ 60.000 aproximadamente.

por el solo hecho de haber fondos abundantes, la entidad estatal va a realizar una acción de gran importancia. Lo esencial al respecto es que se dé los recursos al mejor aprovechamiento, que su inversión esté orientada a servir el interés público que le fué asignado y no a hacer una política pequeña de capitalización y a asegurar la estabilidad administrativa del organismo.

Mas, precisamente, los recursos del organismo público chileno, Caja de la Habitación—que ojalá hubieran sido todos los que la ley le asignó—debieron invertirse con la mira de consumir un mínimo en gastos administrativos y el grueso de tales dineros en la construcción del máximo de viviendas. Para este objetivo, que es el esencial, debió recurrirse en especial a aquellas fórmulas técnicas y económicas que aseguran una edificación en gran escala. En el primero de estos aspectos, la industrialización de las construcciones, y, en el segundo, el financiamiento mixto que multiplica los recursos. La orientación de la Caja ha sido precisamente diferente. En el primer punto, o sea, los gastos administrativos, ante el hecho de que los recursos resultaron inferiores a los previstos, se edificó un mínimo, manteniendo sin embargo íntegramente una planta administrativa que llegó en uno de los años recientes a absorber más del 40% de las entradas. En cuanto al segundo punto, no ha existido, hasta hoy, sino una industrialización mínima en el sistema de construcciones, ni empleo de fórmulas económicas que permitan un mejor aprovechamiento de los recursos, puesto que la totalidad de los fondos se han destinado a edificación directa por la Caja, que es el sistema de menor rendimiento económico. Este punto se analiza en los párrafos siguientes.

Dejamos entonces analizado brevemente y en relación con la realidad chilena este primer elemento de una política de la vivienda, o sea, la existencia y orientación que debe tener el organismo estatal al través del cual se realiza la acción prevista.

2. MEDIOS TÉCNICOS.—Este es el segundo elemento y comprende la necesidad de contar con soluciones de planificación, de materiales, de sistemas de construcción, que permitan la edificación rápida y abundante de las viviendas requeridas.

El primero de estos aspectos es evidente y mira a la especialización arquitectónica. La planificación deberá ser de máxima sencillez, con el mejor aprovechamiento de los materiales y con miras a que deba invertirse el menor volumen de ellos, con el fin de asegurar un máximo de rendimiento en cantidad de viviendas, ya que éste es el punto esencial, proporcionar en pocos años albergue adecuado a la inmensa población que carece de casa.

La disponibilidad de materiales abundantes y de bajo costo es también esencial. La especie de éstos

dependerá del tipo de las construcciones, sea en los tradicionales, como madera, ladrillo, ripio y cemento, como en aquellos industrializados más modernos y económicos, como son las paneles para murallas, divisiones interiores y cielos, y los elementos standardizados que engloban todos los servicios sanitarios, de cocina, etc., y que ahorran las labores de conexión de cañerías y artefactos.

El tercer aspecto técnico mira a los sistemas de edificación, vale decir, en términos generales, a la industrialización de las construcciones, de manera que éstas, de acuerdo con el adelanto económico moderno, se realicen rápidamente y con bajos costos unitarios, que permitan un mejor aprovechamiento de los recursos, obteniendo un número elevado de viviendas. En general, este aspecto cuyo detalle escapa a la esfera de mis conocimientos, se orienta en los países que han abordado racionalmente el problema hacia la «industria de la casa», la cual,—según sean las facilidades de transporte—, podrá producir viviendas de los dos tipos principales, o sea, prefabricadas y montadas en el taller o prefabricadas y montadas en obra.

Si comparamos ahora los puntos precedentes con la realidad chilena, veremos que desgraciadamente es mínimo lo que se ha hecho en este capítulo. Con la sola excepción de la planificación y estudios, en que diversos técnicos que han investigado en Estados Unidos y otros países, tienen ideas y preparación suficientes,—en los otros dos aspectos, de materiales y de industrialización de las construcciones, estamos atrasadísimos.

Los materiales para la edificación siguen siendo los tradicionales, su disponibilidad es escasa y su costo elevado, pues se siguen produciendo en condiciones que alejan toda posibilidad de abaratar los costos. Ejemplos elocuentes tenemos a este respecto en el ripio y arena para las edificaciones, que se obtienen a un precio medio de \$ 80 el metro cúbico, en circunstancias que su producción industrializada permitiría venderlo a la mitad, lo cual significaría un ahorro de 25 millones de pesos anuales aproximadamente, que podrían financiar nuevas viviendas (3). Agréguese a lo anterior, que, la mala calidad de los materiales,—algunos de los cuales se obtienen en la misma forma que hace 80 años,—obliga a un mayor consumo de cemento, que se ha calculado en cerca del 20%.

Refiriéndonos ahora a los sistemas de construcción, vemos, desde luego, que no existe ninguna de las fórmulas o sistemas modernos de edificación. Esta sigue siendo una desarticulada combinación de contratista y sub-contratista, una complicada artesanía, en que faltan todos aquellos principios de

(3) Otro ejemplo suficientemente divulgado es del ladrillo que puesto en obra resulta a \$ 800 el mil como promedio. Su producción industrializada, permitiría un ahorro de 30 ó 40 millones anuales.

racionalización inherentes a la actividad económica moderna.

El organismo estatal, Caja de la Habitación, encargado de obtener la edificación del máximo de viviendas, poco ha hecho respecto a estos problemas, indispensables de considerar en una verdadera política de vivienda. De no abordarlos, se malogran las soluciones económicas, como tenemos el ejemplo en la zona devastada por el terremoto de 1939, con los créditos de la Corporación de Reconstrucción, que no produjeron el resultado deseado, pues fueron, desde luego, insuficientes los materiales de construcción.

En cuanto al sistema de edificaciones, la Caja ha seguido el sistema más o menos tradicional del país, obteniendo sí afortunadamente con la mayor práctica y la construcción standardizada, un menor costo por metro construido en comparación con el costo general en el país, y que, según la institución, llegó a ser del 41% en 1944.

3) MEDIOS ECONÓMICOS.—Este tercer requisito o elemento para desarrollar una política de vivienda, mira a obtener una disponibilidad máxima de recursos y a que éstos se inviertan en la forma más adecuada, con el fin de obtener el mayor número de las viviendas requeridas.

Para cubrir el costo de las casas en déficit, puede recurrirse o a los fondos de la economía privada, o a los recursos públicos o al sistema de financiamiento mixto, que indiscutiblemente es el más eficaz.

La primera fórmula, o sea, el financiamiento con recursos privados, es evidente que no sirve para una acción de gran envergadura. Recordemos el ejemplo indicado de Estados Unidos (1), país de abundantes capitales, y veremos que éstos no se destinan a esta clase de edificaciones.

La segunda fórmula es la construcción pública. Se trata aquí de que, con fondos públicos, sea que se administren directamente o por un organismo creado para ese efecto, el Estado se avoque a la construcción de todas las viviendas. El sistema en sí es eficaz y necesario, pero siempre que se mantenga en su debida esfera, porque el hecho concreto es que sería imposible que el Estado dispusiera de los recursos necesarios para hacer todas las viviendas que se necesitan. Con un cálculo simplificado se acredita la verdad de la afirmación. La construcción de 40.000 viviendas anuales con un costo unitario de \$ 50.000 (inferior al que obtiene actualmente nuestra Caja de la Habitación), requeriría disponer de dos mil millones de pesos, casi la mitad del presupuesto total de la Nación. O sea, concretamente, una cifra de recursos con que jamás podrá contarse. Indicando un cálculo más técnico, que considera los intereses compuestos y acumulaciones, aparece que por esta vía de la

construcción directa, financiada sólo con fondos públicos y con una disponibilidad de 100 millones anuales, se necesitaría esperar 20 años para enterar el costo de 50.000 nuevas viviendas, esta es, una cifra muy baja y de largo plazo en relación con las necesidades impostergables del país, que indicamos al comenzar.

Es por ello que afirmamos que el sistema de financiamiento con fondos públicos es eficaz, pero no puede emplearse con carácter de exclusividad si se desea una construcción en gran escala. El debe aplicarse para edificar las viviendas de aquel sector más necesitado de la población, o sea, aquel que requiere un tratamiento casi de beneficencia y respecto del cual no cabe pensar en recuperar las inversiones, sino en hacer labor de saneamiento, como en el caso de los hospitales o de combatir epidemias. Cuando se da a la Dirección de Sanidad recursos para estos objetivos, no piensa el Estado en recuperar el dinero, sino en solucionar un problema de morbilidad.

El tercer sistema de financiamiento, o sea, el que es llamado de política mixta, consiste en combinar los recursos públicos con los de la economía privada, que podrían proporcionar los Bancos, Compañías de Seguros, industriales, Cajas de Previsión, etc. que necesitan hacer inversiones. Este sistema tiene como característica muy importante la de que permite multiplicar los recursos que se invierten en viviendas económicas y por consecuencia necesaria, el número de estas viviendas se hace varias veces mayor que el que hubiera podido obtenerse con el solo financiamiento público.

Este financiamiento mixto, reviste diversas formas, que son: las primas o subsidios, los créditos de edificación a bajo interés, los créditos con seguro, la bonificación de intereses, la garantía de renta a los capitales invertidos y las franquicias, como exención de contribuciones y otras, que se acuerdan para las viviendas económicas.

Como un análisis detallado de estos sistemas excedería la naturaleza de esta publicación, me limitaré a señalar los puntos más salientes.

El primero de estos sistemas de financiamiento mixto es el de las primas o subsidios. Son éstas un pago que hace el Estado, por cada vivienda del tipo popular requerido, que construyen los particulares, Bancos, Compañías de Seguros u otros. Mediante este sistema, la construcción que costaría al Estado \$ 50.000, ocupando este sistema de primas le cuesta sólo al suma de \$ 10.000 si reconoce una prima de 20% del valor de la edificación. El gasto es a fondo perdido, pero se justifica ampliamente ante la posibilidad de construir un mayor número de viviendas.

En Inglaterra, donde no existen capitales tan abundantes como en Estados Unidos, se aplicó des-

de 1919 hasta 1938, al través de 8 leyes que tienen sólo pequeñas diferenciaciones. Se acordaron primas que eran de 130 a 160 £ por cada casa que hiciera la economía particular y obtuvieron espléndidos resultados. En la primera época, recién terminada la primera guerra, el costo medio por casa era de £ 750 y se otorgaban primas de £ 130 a £ 160. Se acordaron después primas de £ 230 a £ 260 por casa. He tomado la cifra total de las habitaciones construídas por este medio, de una publicación del Gobierno Inglés, que ha tenido aún durante la guerra una comisión especial destinada a formalizar el plan de vivienda de post-guerra. En dicha publicación, titulada «Private Enterprise Housing», aparece, que, entre 1919 y el 31 de Marzo de 1940, se habían edificado mediante el sistema de subsidios un millón quinientas doce mil casas.

Los créditos a bajo interés son una segunda forma de actuar en el financiamiento de un gran Plan de construcción de viviendas. Los créditos facilitan la edificación y además hay multiplicación de los recursos, por cuanto los solicitantes deben aportar también parte de los costos.

Un tercer sistema es el empleado recientemente en Estados Unidos y que se considera una de sus grandes realizaciones, la creación del crédito con Seguro del Estado.

Los Bancos, Compañías de Seguros, Mutuales, etc. efectúan préstamos de edificación, que son asegurados por el Estado, más propiamente por una entidad, la Federal Housing Administration, que actúa como aseguradora de la solvencia de los interesados que pidieron crédito. La ventaja que desde luego representa el sistema es de que la disponibilidad de recursos es ilimitada o por lo menos 3, 4 ó 10 veces mayor que el monto de los fondos que la entidad pública estableció para garantizar los riesgos. El Estado puede decirse que en este caso trabaja con dinero ajeno y por supuesto mucho más abundante que el que le sirve de capital asegurador. En efecto, con un capital de 10 millones no va a asegurar solamente préstamos por 10 millones, sino por mucho más, pues lo lógico será que no todos los créditos caigan en la insolvencia y se produzca el siniestro asegurado. De esta manera se obtiene el otorgamiento de 50 ó más millones que se invertirán en la edificación, pues están ciertos de ser pagados. El sistema es tan efectivo, que, según estadísticas oficiales, ha permitido en Estados Unidos la inversión de más de 6.500 millones de dólares en préstamos de edificación. Sólo entre 1941 y 1944 se financiaron por este medio 415.000 viviendas destinadas a trabajadores de las fábricas de materiales de guerra (4). No pretendo desde luego que el sistema sea aplicable en Chile sin modificaciones, pero al menos debe

insistirse en su eficacia, pues lo lógico es tratar al menos de implantar estas fórmulas técnicas modernas e inteligentes y no seguir empleando solamente el método de la construcción y financiamiento total con recursos públicos, que limita el número de viviendas que es posible obtener.

Hay por último, dentro del sistema de financiamiento mixto que he venido analizando, otras fórmulas, como la bonificación de interés, garantía de renta a los capitales invertidos en viviendas económicas, exención de tributos, etc. sobre las cuales no creo necesario insistir.

Relacionemos ahora, estas ideas esenciales sobre financiamiento de la construcción de viviendas, con la realidad chilena.

Ya dijimos antes que la construcción de viviendas llevada a cabo por la Caja de la Habitación, era evidentemente insuficiente para las necesidades del país. Se afirmará de inmediato, en descargo de lo anterior, que esto se ha debido a que no ha recibido los fondos acordados por la ley. Pues bien, aceptemos plenamente todo eso, sin insistir en el limitado aprovechamiento que tuvieron los recursos efectivamente entregados.

Para comprobar que a mi juicio ha existido una errada orientación de la Caja en el aspecto económico y que no es sólo un problema de recursos, tomemos el ejemplo concreto de 1945, en que la institución ya ha dispuesto de fondos apreciables. Según el Presupuesto o Plan aprobado por la Caja para el presente año, la institución calcula recibir 260 millones de pesos en cifras redondas. Pues, bien, con esta disponibilidad ¿cuántas casas construirá la Caja? Según dicho Plan 1945 edificará un máximo de 3.053 casas! O sea, una cifra pobrísima en relación con las necesidades del país y que demuestra a mi juicio que el problema no reside sólo en dar recursos a la Caja,—como tanto se insiste—sino en orientar su inversión de manera que se obtenga un mejor rendimiento.

La ley actual autoriza para emplear todas las fórmulas de mayor aprovechamiento, vale decir de multiplicación de recursos, como ser primas, subsidios, garantías, etc. Sin embargo, en la práctica, la Caja sólo ha seguido empleando su tradicional sistema de la construcción pública directa, y de ahí que sus resultados sean tan limitados. Este criterio de la Caja es tan visible como que en el Plan 1945, en una inversión efectiva en obras de 160 millones, se destinan 130 millones (más del 80%) a la construcción directa por la Caja y sólo el saldo, que seguramente será muy reducido, a todos los demás medios que indicó la ley.

Estos mismos hechos demuestran por lo menos, que es ilógico que no se ensaye siquiera la implantación de los sistemas de primas, préstamos y demás medios analizados. Si la experiencia o las con-

(4) World Almanach, 1945.

diciones económicas del momento en el país, no permiten obtener los resultados previstos, será muy sensible—pero no por ello es lícito condenar a priori sistemas técnicos de indiscutible eficacia.

Ante estos hechos estimo que, en la política de la Caja, ha faltado visión e iniciativa de alto vuelo. Se ha preferido hacer un número limitado de casas que si bien son de muy buena calidad, han agotado los fondos y su número resulta exiguo para las necesidades urgentes del país.

Creo haber resumido en estas líneas los puntos más salientes sobre la materia. En cuanto a mis observaciones sobre la realidad chilena que a algunos podrán aparecer como demasiado directas, están inspiradas solamente en el ferviente deseo de que se solucione este problema, que está minando las mejores reservas económicas y morales de nuestra población.

PANORAMA INTERNACIONAL

URUGUAY Y LA NO INTERVENCION

Muy conmovidas y afanadas parecen haber estado las Cancillerías del Continente con motivo de la gestión del Gobierno Uruguayo sobre no-intervención y democracia. Aun cuando en su nota el señor Rodríguez Larreta trataba de enfocar el problema argentino por medios desviados y a tal objeto estaba destinada su iniciativa, tocó, sin quererlo tal vez, un punto candente en la vida internacional de los países americanos. El del absoluto desprecio que tienen muchos de sus Gobiernos por la palabra empeñada. Desde hace siete u ocho años vienen tomando compromisos colectivos sobre mantenimiento del régimen democrático, sobre justicia, libertad y respeto de los elementales derechos del hombre. Y la verdad es que no los cumplen. Si se aplicaran con lealtad todas las declaraciones firmadas y ratificadas en las Conferencias de Lima, La Habana, Río de Janeiro y México, este continente sería en realidad el de la libertad. Sin embargo, todos sabemos que en la República Dominicana, en Haití, en Argentina, en Honduras, en Nicaragua, en Venezuela, en Bolivia, en Paraguay hay regímenes dictatoriales y que los Villarreal, los Trujillos, los Carias, los Farrell, etc., tienen un respeto bien moderado por los derechos humanos.

Allí residía el verdadero interés de la nota uruguaya. ¿Cómo conciliar el principio de la no-intervención, del que son tan celosos los países americanos por razones fáciles de comprender, con la necesidad de hacer respetar por los Gobiernos del Continente compromisos de carácter internacional libremente asumidos? El señor Rodríguez Larreta, en nota bien redactada (se susurra que fué escrita en Washington) y con excelentes fundamentos, se pronunciaba por una limitación de la no-intervención, principio, a su juicio, demasiado estricto en los actuales reinos de la interdependencia.

Como generalmente sucede con las iniciativas

latino-americanas, ésta sirvió para demostrar la disparidad de criterios de los Gobiernos sobre los puntos de mayor importancia. El Continente se demostró dividido y la nota del señor Rodríguez Larreta tuvo un éxito menos que escaso. Gobiernos de sentido perfectamente democrático como el de Chile, apoyado por muchos otros, se negaron a aceptar el criterio uruguayo.

El Canciller Fernández, hablando en nombre de un país que «puede exhibir dentro de la comunidad americana la honrosa trayectoria de su inquebrantable adhesión a los principios de respeto a la dignidad humana y a los derechos fundamentales del hombre», reiteró su convencimiento de que la tranquilidad y la paz internacionales sólo pueden lograrse mediante el imperio del sistema democrático de gobierno y mediante el efectivo desarrollo de los derechos esenciales del hombre y del ciudadano. Pero agregó que la doctrina de la no-intervención era demasiado valiosa en el orden interamericano y que, por lo tanto, no podía compartir los puntos de vista uruguayos en todo lo que implicaran un abandono del orden actualmente existente a su respecto; y ni siquiera dar su conformidad a interpretaciones que pudieran debilitar aquel principio ya consagrado.

Necesario es reconocer que la iniciativa uruguaya no era oportuna y que la idea no está madura. Su discutida paternidad y sus miras no escondidas a la situación argentina le quitaron el carácter general que debió tener y le dieron un aspecto de peligrosidad que pudo evitarse. El recuerdo de las intervenciones en la América Latina está todavía demasiado vivo y cualquier amago, aún indirecto, de restablecerlas, le huele a la opinión pública a marinero yanqui desembarcado en nuestras costas. Sin embargo, el problema de fondo de la nota uruguaya ha de plantearse de nuevo, tarde o temprano. Está pendiente y no ha sido resuelto. ¿Es aceptable la intervención colectiva—no armada

sino diplomática—para obtener que un país cumpla sus compromisos internacionales en orden al restablecimiento de los principios democráticos de gobierno y al respeto de las libertades esenciales del hombre? Si la idea no germinó hoy, germinará mañana. El concepto de soberanía absoluta está desapareciendo a medida que aumenta la interdependencia ideológica y material entre los pueblos del mundo. No podremos en el futuro contentarnos con deplorar en vagos discursos o en artículos de prensa pasajeros el aherrojamiento de las libertades públicas en los países vecinos y el desprecio por la persona humana. Si somos en América una familia unida y solidaria, como tantas veces lo hemos proclamado, no podremos cruzarnos de brazos amparándonos en el principio egoísta de la no-intervención, primo hermano, en el campo internacional, del famoso «laissez faire», cuya misión terminó ya en el terreno económico.

ELECCIONES EN BRASIL

El 2 de Diciembre se efectuaron las elecciones brasileñas para Presidente de la República y para el Congreso. Contrariamente a lo que se esperaba, triunfó la candidatura del General Eurico Gaspar Dutra y sus partidarios parecen también haber alcanzado en el Senado y en la Cámara de Diputados un número suficiente de asientos para lograr una sólida mayoría. Este triunfo de un hombre de escasos méritos personales, mal candidato, desprovisto de simpatía personal, pésimo orador, de ideología ultra-reaccionaria y a quien se acusó más de una vez de concomitancias con el nazi-facismo, se debe, sin duda a dos factores precisos: el apoyo político del ex-Presidente Vargas, de quien Dutra, fué Ministro de Guerra durante ocho años, y que le cedió la colosal maquinaria electoral montada con fines personales, y la no justificada intervención de la Iglesia Católica,—que somos los primeros en lamentar,—en favor de su candidatura. En los años de dictadura varguista, cuando todos los partidos y todas las organizaciones que tuvieren cualquier carácter ideológico fueron total y completamente abolidas, cuando el peso del silencio cayó sobre el Brasil por varios años, sólo dos entidades se conservaron intactas: la Iglesia y el Ejército. De allí el poder electoral inmenso de la primera en circunstancias en que la consulta a la voluntad popular se hizo sólo ocho meses después de haberse permitido la reorganización de los partidos políticos. Y el clero brasileño se pronunció en forma abierta y clara en favor del General Dutra, contra otro católico de línea, el General Gómez. El vencedor ha de recompensar este apoyo decisivo. Lo que no sabemos es cómo el pueblo brasileño mirará esta intervención del Poder Espiritual

en la política activa. Ojalá que no sea motivo de futuras luchas religiosas.

Otro factor interesante de esta consulta a la voluntad electoral, realizada por primera vez en quince años y dentro de un orden perfecto que dice mucho bien de las autoridades que presidieron la elección, es el gran número de votos alcanzados por el Partido Comunista. De 5.250.000 votos escrutados al escribirse estas líneas, el candidato patrocinado por Luis Carlos Prestes recibió 535.993, o sea, más del diez por ciento. Y en las elecciones para el Congreso ha recibido un porcentaje bastante más alto. Sin embargo, ningún partido fué perseguido tanto como el comunista durante la dictadura de Vargas: sus miembros considerados fuera de la ley, sus locales disueltos, toda propaganda bajo la terrible sanción del Tribunal de Seguridad, su jefe preso durante diez años en absoluta y total incomunicación, etc. Lo que es una clara demostración que al Comunismo hay que combatirlo con otras armas que la persecución y que las ideas se desarrollan y cunden cuando se las quiere someter a un régimen policial.

ELECCIONES EN EUROPA

Los resultados de las elecciones realizadas en Europa en 1945, merecen un comentario especial, porque contienen una enseñanza de importancia capital para comprender el futuro del mundo. Todo lo que los pueblos europeos sufrieron y aprendieron durante la guerra, está escrito en los votos depositados en Francia, en Austria, en Hungría, en Luxemburgo, en Noruega y en Dinamarca. Los que aquí en Chile tuvieron como única sensación del conflicto mundial, la escasez de bencina para sus automóviles, y que talvez por eso no han aprendido nada, debieran reflexionar sobre lo que piensa en materia política-social la vieja Europa que todavía tiene mucho que enseñarnos.

Los resultados de las elecciones son similares en todos los países: aplastamiento de la derecha; marcada inclinación hacia los partidos populares; aparición de una fuerte tendencia social cristiana en el campo político; y, sobre todo, la derrota del antiguo criterio de división entre derechas e izquierdas.

Durante decenas de años, en Europa y en América nos acostumbremos a esta tradicional división, que se planteaba como un dilema: o se era derechista o se era izquierdista. Los que no la aceptaban, los que estimaban indispensable una nueva política por encima de ambas tendencias, estaban obligados por la fuerza política del momento a pronunciarse en uno u otro sentido en el momento de las elecciones. Ahora, los pueblos se han libertado de este dilema artificial y han reaccionado violentamente

tamente votando en contra de los viejos partidos tradicionales, en contra de los viejos líderes, en contra de las viejas nociones de que sólo la derecha podía protegerlos contra la Izquierda y de que la Izquierda era la única capaz de protegerlos contra la Derecha.

El ejemplo más claro de esta nueva mentalidad, que se está imponiendo en Europa y que no tardará en imponerse en el mundo, lo representa el triunfo del Movimiento Republicano Popular francés, de ideología netamente cristiana y que repudia y combate al antiguo partido católico, reaccionario, capitalista y con asomos monárquicos. El Movimiento Republicano Popular ha hecho pacto político con comunistas y socialistas sobre puntos concretos y precisos de acción inmediata, sin que con ello haya sacrificado en lo más mínimo su ideología que consiste precisamente en superar la etapa burguesa de la división entre izquierdas y derechas del escenario político.

En Hungría sucede otro tanto. El Partido de los pequeños propietarios triunfa por amplio margen, gracias a su programa de tendencias sociales avanzadas, de acuerdo con la doctrina social católica. Entra así a reemplazar en el escenario político al viejo partido conservador, el de los grandes terratenientes, cuya desaparición ha sido total, y logra la jefatura del gobierno. A pesar de su triunfo, no trepida en continuar un pacto político con los partidos anti-burgueses, socialistas y comunistas.

En Austria, después de ocho años de dominación nazi y en gran parte aun bajo la ocupación soviética, el Partido del Pueblo, de programa social cristiano y formado principalmente por pequeños

agricultores, logra otra victoria electoral y la mayoría absoluta de los sufragios. Leopold Figl, que combatió primero a Dolfuss y en seguida obstinadamente a Hitler y pasó seis años en los campos de concentración de Dachau y Flossenbürg, organiza, siempre en unión de socialistas y comunistas, el nuevo gabinete que cuenta con la aprobación del Vaticano, según un comunicado oficioso que aprueba la intención del nuevo gobierno austríaco de «seguir un medio camino entre el extremismo de izquierda y un conservantismo pasado de moda».

Otro tanto sucede en Luxemburgo, donde los católicos avanzados toman el control del gobierno. Y en Noruega y Dinamarca, las primeras elecciones después de la ocupación nazi, conceden gran cantidad de votos a partidos de tendencias sociales similares al Movimiento Republicano Popular de Francia, con la diferencia que la masa de sus votantes es luterana en lugar de católica.

Finalmente, en Italia, aun cuando no haya habido elecciones, todos los partidos de avanzada convienen en conceder la jefatura del gabinete al líder demócrata cristiano, Alcides de Gasperi.

En todos los países europeos en que la voluntad popular fué consultada, la respuesta del electorado ha sido similar. Derrota de los antiguos partidos y del viejo dilema entre izquierda y derecha, aparición de un potente movimiento católico de avanzada que desplaza en todas partes al conservantismo reaccionario y que simboliza el anhelo de la Europa de post-guerra de seguir un camino nuevo para un mundo mejor. Este camino, Europa lo está indicando, es el de la dignidad humana.

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ LOS LIBROS ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

GERMÁN ARCINIEGAS.—«*Biografía del Caribe*».—
(Ed. Sudamericana. Buenos Aires. 1945).

Un libro puede ser bueno, como éste, y, sin embargo, decepcionar. Es que hay títulos y apariencias que prometen demasiado; nombres especialmente aptos para inflamar la imaginación, que despiertan recuerdos de lecturas anteriores, palabras, sueños confusos, ante los cuales realidades inobjetables, respetabilísimas, pierden su color y terminan por tener menos vida, ser, en cierto modo, no tan verdaderas como la creación poco más que informe de la fantasía.

Sobre todo si esa fantasía es la de la infancia. El Caribe ha sido excesivamente frecuentado por piratas que bebían ron y vociferaban maldiciones exóticas en el tumulto de los abordajes. Aún antes, en el azul heráldico de sus aguas, habíamos visto moverse las velas blancas de las carabelas, mientras los indios emplumados corrían por las pla-

yas de arenas áureas. El Caribe era algo con vida demasiado intensa y pintoresca, accidentada y terrible...

En el libro de Arciniegas hay algo de esa vida que se escapa. Falta el soplo poético más alto, el creador de los seres míticos, para aunar el rostro innumerable que a través de los siglos ha ido ofreciendo el Caribe y darle una expresión propia y constante. Entre los islotes de la historia, contra las escolleras de la crónica, la ola épica del Caribe se amansa en agua azul en la que es deleitoso bañarse. Pero una cosa es el mar y otra el agua, aunque sea salada...

Y éste no es reparo inspirado en meras reminiscencias de la niñez. Ludwig, cuyo recuerdo Arciniegas no ha podido ahuyentar del pórtico mismo de su libro, ha conseguido a veces personificar a esos seres geográficos cuya aventura histórica y física nos cuenta. Quizás su espíritu periodístico le haya ayudado a eso. En cambio, el escritor co-

lombiano, historiador minucioso y concienzudo, no ha podido sacudirse bien el polvo y las telarañas del documento.

Con todo, es agradable y provechoso engolfarse por este Caribe no bien logrado. Al surcarlo por primera vez, estamos justos en el tiempo en que la Tierra cambia por completo de rostro ante el hombre que, desde milenios, vivía confiadamente sobre él, creyéndolo inmutable. Hasta 1492 el mundo occidental giraba alrededor del Mediterráneo. El pequeño mar, había reflejado los mármoles griegos y llevado las galeras de los cartagineses y de los romanos que lo vencieron y comenzaron a conquistar tantos reinos que llamaron «Mare Nostrum» a esas aguas. Cayó Roma y cien pueblos lanzaron sus barcos a luchar y comerciar sobre ellas. En torno al Mediterráneo también, y sobre su espacio azul, riñeron la Cruz y la Media Luna la batalla por el dominio del mundo. Entonces el centro de éste quedaba en Jerusalén. De repente, todo eso cambió y las playas que eran la puerta de servicio de Europa se convirtieron en la fachada. Y viceversa... Con el descubrimiento de la «Indias», el tenebroso Atlántico tuvo un límite, comenzó a hacerse familiar. Y las naciones que sobre él tenían puertos advirtieron que eran las únicas con algún porvenir en la historia. El mundo entraba a la «era atlántica» como ahora comienza a penetrar (passez le mot) en la «pacífica». Se producen en la historia coincidencias fatídicas que sólo se advierten pasados los siglos: el mismo año en que zarpaban de Palos las carabelas, moría en Florencia Lorenzo el Magnífico...

Si pudo ser casualidad que Colón llegara a las Antillas, era una fatalidad geográfica que esta zona del Nuevo Mundo se convirtiera tarde o temprano en el vórtice y sumidero de las encontradas ambiciones europeas. De ese excelente foco de irradiación se expandió el poder español y allí fueron a combatirlo ingleses y franceses. En el siglo XVI, la futura distribución del mundo comenzó a jugarse en el Caribe, cuyas islas y ciudades eran piezas que se tomaban y perdían una y otra vez. Drake y Morgan dejaron para siempre, flotando sobre esos mares, una niebla de aventura. Y el Almirantazgo principió a tomar posiciones estratégicas. Quien tuviera intereses en el Atlántico Norte, donde estaban las Trece Colonias, debía mirar hacia las Antillas. Por eso, cuando esas Colonias se constituyeron en nación independiente bajo el nombre de los Estados Unidos de Norte América, tuvieron también que extenderse hasta teñir buena parte de las riberas del Caribe con sus colores. Así cambiaron los suyos en el mapa la inmensa Luisiana y la pantanosa Florida. Mientras tanto, más al sur, Bolívar decretaba la «guerra a muerte» para ganar la libertad. Así, en el siglo XIX, la suerte de América comenzaba a girar también alrededor del Caribe. El problema de la preponderancia en el Nuevo Mundo debía ser resuelto allí donde el estrecho istmo centroamericano separaba los dos Océanos y Cuba cerraba la entrada al mar interior americano. Hasta que Teodoro Roosevelt, con un puñetazo, «se tomó» Panamá.

Es imposible seguir de otra manera que a grandes rasgos la historia pintoresca e indeciblemente animada que encierra esta «biografía del Caribe», que, a los que vivimos en el extremo austral de América, nos parece tan lejano, olvidando el papel inmenso que ha tenido en el destino del continente y, por tanto, en el nuestro. Quien guste de la crónica sabrosa y colorida, el lenguaje castizo, la erudición

disimulada en la anécdota ingeniosa o en el fino detalle revelador, y aprecie un estilo ágil, que juguetea a menudo con la frase haciéndola de una densidad de cuento sintético, gozará leyendo estas páginas en torno al tema del Caribe. Y, de paso, aprenderá no poco.

Alejandro Magnet.

ALEJANDRO MAGNET P.—*Orígenes y Antecedentes del Panamericanismo*.—(Edición del autor.—Santiago, 1945).

De Alejandro Magnet conocíamos—a más de sus comentarios y artículos—«El Secreto Maravilloso», cuento infantil con el que se recrearon especialmente muchos que ya no son niños.

Escritor joven, cuya vocación recién empieza a hacerse pública, une a sus méritos literarios una ilustración y erudición históricas y una seguridad propia de escritores consagrados.

El nombre de Magnet no se halla ligado a cenáculos de literatos o pseudos literatos, ni ha surgido de entre los círculos oficiales o conocidos. Quizá esto haga más largo el camino que deberá abrirse en nuestro medio, pero no es de temer que no llegue a recorrerlo en toda su extensión. La calidad de su obra habrá de imponerse a la consideración de quienes se preocupan por los verdaderos valores de nuestra modesta actividad literaria.

Nos entrega ahora Magnet estos «*Orígenes y Antecedentes del Panamericanismo*». Bien pudo subtitular su trabajo «Biografía de América». Tal es la facilidad con que presenta los aspectos históricos del drama americano, desde sus comienzos allá en el Imperio Español, envueltos en un lenguaje original y elegante y digno de la más amena de las novelas.

De aquí que no resulte extraño saber que el Profesor Barros Jarpa, al comentar la obra y comprobar las cualidades que demuestra poseer el autor, exprese que «le sorprende no haber oído hablar antes, dentro de su especialidad, de un escritor de tales condiciones».

Pero es otro el mérito que queremos destacar en esta ocasión.

Estudiar la historia del Panamericanismo a la manera que lo hace Magnet, es remontarse a las fuentes remotas de toda la historia de nuestro Continente. Y todavía más: el serio esfuerzo de erudición y de profundización poco menos que exhaustiva del tema se ve realzado por una labor altamente encomiable de filosofía histórica. Y pocas cosas como éstas más necesarias de tener presente en el momento que viven nuestros pueblos hispanoamericanos. Cuando ya la voz de los estados no pesa sino a través de conglomerados más amplios y cuando el mundo parece ser guiado por las naciones con influencias hemisféricas, las pequeñas in-

dividualidades internacionales dispersas y sujetas a la influencia de poderosos vecinos, necesitan como nunca ir a una revisión de su política internacional que las coloque también en el camino de la Historia. Se trata de continuar el esfuerzo bolivariano, interrumpido desde el Congreso de Panamá, destinado a conseguir la integración de los pueblos hispano-indígenas, en tal forma que les permita expresarse con trascendencia en el concierto mundial de las naciones. Para elaborar y ejecutar tal política, se requiere cabal conocimiento y comprensión de los hechos sucedidos y que han llevado a América Latina a su actual situación de dispersión. El drama de nuestra América Ibérica no puede comprenderse sin considerar también el problema de las relaciones y de la influencia de los Estados Unidos. Los Estados Unidos «son el segundo personaje». Magnet nos proporciona a este respecto un estudio completo de la evolución de la política americana del poderoso actual, pero no siempre «buen vecino». Los capítulos dedicados a este tema revisten un interés e importancia extraordinarios y vienen a ser una fuente de conocimientos de gran valor para quienes se preocupan por el presente y el futuro de nuestras naciones.

No es cosa ahora de traer a este rápido comentario—que sólo pretende llamar la atención hacia una obra histórica de excepcional valor—las apreciaciones y juicios del autor. Baste, como síntesis, señalar que el Profesor ya citado, con el peso de su indiscutible autoridad técnica, pudo decir también que el trabajo de Alejandro Magnet «pasa a convertirse en uno de los aportes más valiosos a la bibliografía del Derecho Internacional Público Americano, en su aspecto histórico».

Aquiles Savagnac S.

★ ★ ★

COMENTARIOS

CATOLICISMO EN LATINO AMERICA

En el «Holy Name Journal», publicación oficial de la Sociedad del Santo Nombre (Estados Unidos), que circula con 25.000 ejemplares, se publica un interesante estudio del escritor católico Richard Pattee, acerca del catolicismo en la América Latina. Según el articulista, y contrariamente a lo que cree la opinión pública norte-americana, el catolicismo en los países de habla española es defectuoso. Desde luego, a su juicio, existen allí dos tipos de catolicismo: 1) «el de vestido de oscuro y manto», de «tipo sentimental, practicado en larga escala por señoras ancianas y piadosas» y los Domingos por «mujeres jóvenes, vestidas más para agradar

a los hombres que a Dios»; y 2) el intelectual, practicado por una minoría «conocedora de la plena significación del Catolicismo como ideología». En muchos de los países latino-americanos, las masas son virtualmente apóstatas según el señor Pattee, quien sostiene que sólo un programa de cinco puntos puede asegurar el triunfo del Catolicismo verdadero en la América Latina. He aquí un resumen de estos puntos:

1) «Una clara separación entre la Iglesia y los partidos conservadores»;

2) «Una conciencia precisa de las necesidades de los elementos raciales que actualmente se encuentran aplastados: negros e indios».

3) Necesidad de afrontar «el problema agrario».

4) Insistir en «el lado *positivo*» de las Encíclicas Papales.

5) «La única manera de combatir a la vez al Comunismo y al Protestantismo» consiste en obrar más de acuerdo con los principios cristianos.

EL DIA DEL ARREPENTIMIENTO

El tradicional Día del Arrepentimiento fué celebrado este año con especial fervor en las iglesias evangélicas alemanas.

En todas se leyó una oración escrita por el Profesor de Teología, Heinrich Vogel, de la Universidad de Berlín, que contiene los siguientes emocionantes párrafos:

«Dios nos ha transformado en el polvo y el estiércol de las naciones... Hemos merecido todo lo que ahora nos acontece. Es por nuestra culpa, nuestra gravísima culpa. ¡Oh Dios! vigila a quienes tienen poder sobre nuestro desamparo y muéstrales que con odio no se contruye nada».

Parecidas frases empleó el famoso Pastor Martin Niemoller en su prédica de aquel día, refiriéndose a la Iglesia Evangélica que comparó a la Católica en los siguientes términos:

«La Iglesia Evangélica no venció. Fué derrotada y continúa siendo derrotada, porque sostiene que mientras todo en nuestro alrededor está siendo juzgado, ella está por sobre toda crítica. Nosotros los protestantes debemos arrepentirnos, porque obramos mal. Sólo había 45 pastores protestantes en el campo de concentración de Dachau, mientras que 450 sacerdotes católicos estaban allí encerrados.»

DOS OPINIONES

El diputado conservador D. Juan de Dios Reyes, en discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en el pasado mes de Diciembre, refiriéndose al filósofo francés Jacques Maritain, Embajador del Gobierno de su patria ante la Santa Sede, lo ca-

lificó de «ecléctico», poniéndolo en contraposición con el catolicismo y lo equiparó a Maquiavelo y Cavour, enemigos de la Religión, atribuyéndole doctrinas condenadas por la Iglesia.

Su Santidad Pío XII, al darle la bienvenida a Maritain cuando éste le presentó sus credenciales, a mediados del año recién pasado, dijo por su parte:

«Es en este momento de crisis y responsabilidades, señor Embajador, que el Jefe de vuestro gobierno os ha confiado la misión de representar a vuestra Patria ante la Santa Sede. Nos apreciamos y saludamos en Vuestra Excelencia al hombre que, *profesando abiertamente su fe católica y su culto para la filosofía* del Doctor Común, quiere poner sus *preciosas* cualidades al *servicio* de los *grandes principios doctrinarios y morales que la Iglesia*, más que nunca en estos tiempos de desconcierto universal, no cesa de inculcar al mundo. Y nos place considerar en la elección de vuestra persona para la misión que hoy inciais, la prueba de que aquellos que os la han confiado entienden, en la obra de la restauración de Francia y de Europa, promover los beneficios que se derivan de las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado».

EN LA ENCRUCIJADA DE LA HISTORIA

El júbilo chileno de nuestro Cardenal Caro, no puede ocultarnos la inmensa trascendencia de las designaciones para el nuevo Colegio Cardenalicio. Decimos nuevo, porque los Cardenales recién nombrados forman mayoría.

El mismo Pontífice ha querido hacer notar al mundo todos los precedentes que rompen los nombramientos del 24.

Por primera vez en cuatrosiglos, la mayoría no es italiana en el Senado Pontificio de la Iglesia Católica. Por primera vez, también en siglos, está completo el Sacro Colegio.

Todo nos habla de aprestos totales para una nueva era. La Iglesia sale a los caminos del hombre en la gran encrucijada de todos los pueblos..

Nadie, aún los que han adoptado la definición de no entender nada de lo que pasa, puede ignorar ahora que una actitud así de la Santa Iglesia Católica Romana no es sólo un aviso y señal de que el cauce de la historia del hombre está variando radicalmente, sino también una advertencia de que la Empresa misma de la Redención, en su expresión temporal, está resuelta a intervenir de una nueva manera en la nueva época que se está gestando. Esto exige a los cristianos una revisión de sus posiciones y aún de todas sus tradiciones que no se identifiquen con *la Tradición* de la Iglesia. El ejemplo de las cristiandades romanas, cuando la Iglesia salía al encuentro de los bárbaros, para formar la Cristiandad de Europa, que fué la matriz

del Occidente y de su Civilización, matriz, a su vez, de la organización del mundo, debe hacernos meditar. La discusión de Pedro y Pablo sobre judíos y gentiles, debe hacernos meditar.

Hay que purificar los corazones en el Espíritu «que sopla donde quiere», y desprender nuestras almas de viejas actitudes y del apego a formas caducas de vida personal y social, para afrontar el camino, que nuestra Iglesia infalible presiente y señala, con prontitud y generosidad.

La Iglesia ha esperado ya mucho, desde que la voz profética de los Pontífices clama por transformaciones sociales; por nuevas y más amplias posiciones políticas; y sobre todo, por una verdadera renovación de los espíritus en la Vitalidad inagotable de la Iglesia, en la ineludible enseñanza del Evangelio y en la verdadera penitencia, que, antes que nada, es la entrega fiel de nuestras personas a la acción de la Gracia y de nuestra vida social al Apostolado, que es la acción de la Gracia en la Sociedad.

Es necesario considerar esto con temor, no sea que la Iglesia nos deje atrás, como dejó atrás, en la historia a las monarquías, que se empeñaban en proclamar su catolicismo, al mismo tiempo que, siguiendo los dictados de un nacionalismo absolutista, intentaban hacerla prisionera por medio del regalismo. No olvidemos que los muros de tan abominable cárcel cayeron, y la Iglesia siguió.

Todo puede pasar, formas de propiedad, clases, tradiciones sociales y nacionales; pero la Iglesia permanece, y fuera de ella no hay salvación.

LA LIBERTAD RELIGIOSA EN LA U. R. S. S.

La radio del Vaticano transmitió hace poco en lengua española la siguiente información:

Una delegación de obreros italianos visitó recientemente la URSS. Entre ellos había dos miembros del Partido Cristiano Demócrata. Estos dos delegados católicos dijeron que en Moscú y Leningrado no había más que cuatro iglesias ortodoxas abiertas y que éstas son frecuentadas por unos 200 ó 250 feligreses, en su mayoría mujeres viejas, y algunos jóvenes y hombres. Dos sacerdotes informaron a los delegados que por término medio oficiaron de 40 a 50 bautismos por semana y de 100 a 350 ceremonias de casamiento por año.

En toda la URSS hay una sola iglesia católica abierta, y aunque ésta pertenece a la Embajada Francesa en Moscú, no está permitido que se enseñe en ella el catecismo. Hasta la iglesia ortodoxa, la única que goza de cierta libertad, no tiene permiso de hacer propaganda o de dar instrucción religiosa, ni tampoco tiene derecho de hacer obra de apostolado fuera de las iglesias. Por dichas razones no se puede hablar de libertad religiosa en la URSS,

dado que la condición primera y esencial de ella es la libertad de la enseñanza religiosa. Esto se refiere a la iglesia ortodoxa, la que, por razones que no son de naturaleza religiosa, goza de una limitada libertad de culto, pero en grado mucho más elevado se refiere a los católicos en la URSS, que están privados de toda libertad de culto y que en ciertos lugares se hallan sometidos a una persecución molesta.

★ ★ ★

NOTAS

ENTREVISTA A GABRIELA MISTRAL

Reproducimos para nuestros lectores esta interesante entrevista, concedida por nuestra escritora a Albert Hervieu, de la Agence France Presse, en Estocolmo, el 24 de Diciembre.

Afuera, la nieve cae copiosamente cubriendo frente a nosotros el enorme edificio cuadrado del palacio real con un velo blanquizo que, a la luz pálida del día nórdico, da la impresión de ser un inmenso témpano.

La agraciada con el Premio Nobel de Literatura parece sufrir mucho con el intenso frío, y las solemnidades de estos últimos días no han dejado evidentemente de quebrantar su salud, de la que ya se encontraba un poco delicada.

«¿Son ustedes franceses?»—nos dijo Gabriela. «Siempre es una satisfacción para mí conversar con los franceses, porque debo mucho a Francia y a los escritores franceses. No ha mucho, tuve el gran placer de hacer un largo viaje en compañía de Mauriac y Duhamel y de conocer a Jules Romains. Pero fué Jacques Maritain el que ejerció sobre mí, especialmente, una gran influencia por el sentido que él da al cristianismo. Fuí budista durante veinte años, pero retorné al catolicismo por los libros de Bergson y, sobre todo, de Maritain. Mucho deseo encontrarme con él en Francia, pues, desgraciadamente, mi mala salud no me permite llegar hasta Roma».

Y Gabriela Mistral nos dijo que en la América Latina se manifiesta un fuerte movimiento «maritainista» por el que ella se interesa mucho.

«Este movimiento existe desde hace ocho años—agregó Gabriela. En el Brasil hay pequeños grupos, pero son de una gran calidad. También los hay en Argentina y Chile, y yo, particularmente, me encuentro muy unida al grupo de Santiago.

«El movimiento «maritainista» tiene dos aspectos: uno filosófico y otro político. El actual Ministro chileno de Obras Públicas y Vías de Comunicación, don Eduardo Frei Montalva, precisamente, es «maritainista».

«Los «maritainistas»—hace notar Gabriela—observan una gran lealtad al catolicismo. No atacamos los dogmas, pero estimamos que se debe realizar la justicia social».

Se sabe que Gabriela Mistral no es solamente conocida por sus obras literarias, sino también por sus caritativos sentimientos. Ella nos continúa diciendo:

«Nuestro programa social mínimo consiste en asegurar a cada cual la vivienda, en primer término, así como la asistencia sanitaria y una alimentación suficiente. También nos esforzamos por crear la pequeña propiedad rural. La tierra debe pertenecer al que la cultiva y esto—cabe señalarlo—forma parte de la verdadera tradición española legada por Isabel la Católica, tradición que, hasta el presente, ha sido traicionada.

«Pienso, sobre todo, en los indios, en los descendientes de indios y en los blancos que nosotros llamamos criollos. Ellos tienen derecho a una parte de la tierra».

Gabriela Mistral es de origen vasco y dice sentirse orgullosa de tener sangre india en sus venas y de amar tanto al terruño donde nació.

«Pertenezco a una familia de profesores que, al mismo tiempo, han sido campesinos—prosiguió Gabriela—. Amo la tierra. Cuando vivía en Avignon, tenía una casita con un pequeño jardín que yo misma cuidaba con mucho gusto».

Preguntamos: «¿Permaneció usted mucho tiempo en Francia?»

«Sí—nos respondió nuestra distinguida entrevistada—; amo mucho vuestra Provenza. Y siempre tuve empleados que hablaban el provenzal, lengua que algunas veces llegué a comprender...».

Hacemos otra pregunta: «¿A propósito de su pseudónimo Mistral...?»

«Busqué un nombre que fuera al mismo tiempo el nombre de un viento (siempre he admitido que el viento ha ejercido influencia en mi vida) y un nombre de persona—nos contestó Gabriela. Y Mistral me convenía perfectamente, tanto más cuanto que el Mistral de ustedes, para mí, es un tipo de escritor muy «pegado» a la tierra. Medité a menudo sobre la lección de la vida de Federico Mistral. Es un «arquetipo».

Y la poetisa chilena nos recuerda con satisfacción los méritos del gran provenzal.

Inquirimos nuevamente: «¿Cuándo abandonó usted Francia?».

Nos contestó: «Tenía la intención de permanecer en la Costa Azul durante la guerra. Era Cónsul en

Niza, ciudad que amo mucho y de la que preferí regresar a la América del Sur seis meses después de la apertura de las hostilidades. Decidí radicarme en el Brasil, pero siempre mantuve relaciones intelectuales con Francia.

«En mis viajes por el Continente latinoamericano conocí a vuestro compatriota Calloys, que fundó en la Argentina la hermosa revista «Lettres Françaises» y que, en la América del Sur, nos permitió mantener la llama y asegurar el contacto cultural entre Francia y los países de ese joven Continente. Me regocija la idea de volverle a encontrar pronto en París.

«Me siento agradecida de Francia — continuó diciendo Gabriela—, porque, gracias a esta amable invitación que me han hecho, podré entrar en contacto con los jóvenes escritores franceses, que tan admirablemente se comportaron en estos años tan llenos de sufrimientos. Y espero ardientemente aprovechar mi permanencia en Francia para ponerme al corriente de vuestra producción literaria actual, que es un testimonio del vigor de vuestro bello país.

«Espero que tendré la ocasión de tener contactos personales y sin formalidad con los nuevos autores y los jóvenes artistas».

«¿Y qué piensa hacer después de visitar Francia, Gabriela?», inquirimos a nuestra entrevistada.

«Como ustedes saben—nos contestó—he sido nombrada Cónsul de mi país en los Angeles, funciones que espero asumir hacia mediados del año próximo. Desde luego, debo regresar a Chile por Argentina y el Estrecho de Magallanes. ¡Es un viaje bastante largo! Y, cuando me dirija a los Estados Unidos, aprovecharé la ocasión para hacer escala en el Perú y el Ecuador, a fin de agradecer a los escritores de esos países que me dieron su apoyo. En efecto, veinte países latinoamericanos, excepto dos, adhirieron a mi candidatura al Premio Nobel, y ese movimiento de unidad, raro y difícil, que se formó solo, me emocionó profundamente, por lo que estoy muy agradecida de mis compatriotas sudamericanos».

En este momento, el Ministro de Chile en Estocolmo, don Oscar Gajardo, penetra en el salón en el que estamos conversando con Gabriela, en un ambiente de tanta cordialidad. Nos despedimos, pues, de esta extraordinaria mujer, que por su simplicidad y su gran bondad, ya legendarias, ha sabido conquistarse el corazón de Suecia, país donde el sentimiento de la caridad cristiana se encuentra igualmente muy arraigado.



POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 1 - NUMERO 8

FEBRERO DE 1946

LA GRAN ENCRUCIJADA

La historia ha llegado al dintel de una nueva era, en medio del tropel de los guerreros, cuyas armas tienen, al fin, el poder de amenazar la existencia misma de la milenaria empresa del hombre.

Sin embargo, estamos detenidos por una trágica vacilación general. A cada paso y en todas partes, estalla el vocerío de la desconfianza y de las mutuas recriminaciones.

Dos realidades se alzan frente a frente y en abierta pugna por conquistar el porvenir y las conciencias.

En horas de supremo peligro, los jefes de las democracias Occidentales fijaron en la Carta del Atlántico, Carta Magna de la guerra contra el fascismo, el precio de la sangre y de los sufrimientos de los pueblos.

Más tarde, la victoria trajo el renacimiento del viejo choque de los intereses nacionales, y, dentro de cada nación, de los intereses y proselitismos partidistas.

Hoy, la humanidad se enfrenta con una encrucijada que sólo ofrece dos caminos: la construcción de un mundo para el hombre, que es el camino de la paz, en el cual todos los esfuerzos pueden y deben encontrar la unidad; y la construcción de un mundo para el poder en todas sus formas, que es el camino de la disgregación y de la guerra, en que toda ambición poderosa y toda entidad que se considere con derecho a la supervivencia y al progreso, debe plantear su propio exclusivismo como norma de conducta y como finalidad de su acción.

La experiencia definitiva de las naciones occidentales señala al mundo como único instrumento eficaz, en nuestro siglo, para conquistar el camino de la paz, la forma democrática y libre de gobierno.

Pero no es posible olvidar que la democracia no es sino la manera más perfecta, realizada hasta ahora, para la elección por el pueblo de su propio destino. No basta el esquema democrático; es necesario, además, que el pueblo lo dirija realmente.

Nuestro país, que en el plano internacional ha sido colocado por la Providencia en la única estructura más o menos coherente de la tierra, la de las Américas, vive, en el plano nacional, una hora de completa incoherencia.

Las posibilidades y aspiraciones esenciales del pueblo se enfrentan de una manera cada vez más nítida con el poder económico y con el poder e interés de los grandes partidos, aun de aquéllos que con mayor énfasis se atribuyen la exclusividad de su defensa y representación y mantienen, sin embargo, en su seno, influencias reaccionarias, o se entregan a disensiones que eliminan toda capacidad creadora.

La conciencia del país y los hombres sinceros que dirigen los movimientos populares, deben romper los dos grandes falsos ídolos de nuestra política.

La «línea política» que divide el campo de batalla en izquierdas y derechas debe ser superada y reajustada íntegramente: de un lado los que niegan y de otro los que afirman la capacidad del pueblo para asumir la dirección de nuestra vida económico-social. No se debe admitir más línea que esa.

Hay quienes pretenden ocultar la necesidad de tal definición con la mentira de los programas concretos, y de la política de medidas eficientes. Los programas concretos y las buenas medidas son necesarios para el estadista; pero no solucionan el problema central, porque, en el actual estado de equilibrio de las fuerzas políticas, cada medida y cada punto de programa reproducirá siempre el choque inevitable de los intereses populares y antipopulares, y será objeto de una transacción, cuyo resultado acumulativo es la exacerbación política y social y la mediocridad final.

Nuestro país, como el mundo, necesita, con urgencia dramática, un gran plebiscito en que la voz del hombre del pueblo rompa el equilibrio de los grandes intereses partidistas o económicos, y defina nuestra historia por muchos años.

Este es un problema de generosidad, de sinceridad y de capacidad para los partidos y los hombres que dicen luchar por el pueblo. Cada vez es más inminente para nuestra Patria el peligro de un tremendo fracaso histórico, que puede retrasar su marcha y precipitarla a la violencia, si esos hombres y partidos no se hacen dignos de esta hora, formulando una base de decisión limpia y leal que, partiendo de la renuncia abierta a los exclusivismos y proselitismos particulares, proclame como principio esencial de acción el total e ilimitado reconocimiento del derecho de cada chileno, para que la estructura entera del país se reajuste y se subordine absolutamente a la conquista de un nivel mínimo y racional de vida, y de una intervención orgánica y directiva en todos los procesos que lo afectan.

Para Chile, como para el mundo, no hay sino dos caminos: la paz de los hombres del pueblo, o la guerra de los poderosos.

EL FERMENTO DE LA CONCIENCIA

Por Jacques MARITAIN

1

LA esencia espiritual y el principio genuino de la democracia, tal y conforme existe hoy en el mundo, puede compararse a un árbol lozano todo rodeado de vegetaciones parásitas. Cuando a fines del siglo XVIII se proclamaron los Derechos del Hombre en América y en Francia, y se invitó a los pueblos a compartir los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad, un reto portentoso del pueblo, del hombre llano, del espíritu de infinidad y de fe quedó lanzado, en el propio dominio de lo político, a los poderosos de este mundo y a su escepticismo cargado de experiencia.

El impulso evangélico que irrumpiera de este modo, llevaba la impronta de un Cristianismo secularizado. La filosofía racionalista le añadió ilusiones (que pronto fueron sangrientas), las cuales aseguraron a la humanidad que la pura razón y la simple bondad natural bastarían por sí solas para afianzar el advenimiento de la gran promesa de la justicia y de la paz. Pero a través de ilusiones tales, el corazón del hombre percibió una verdad sagrada: que las energías del Evangelio debían convertirse en vida temporal; que la buena nueva proclamada, según la cual se abrían de par en par las puertas del cielo y de la vida eterna, pedía asimismo que se transformara la vida de las sociedades terrenales, en medio de todas sus miserias y contradicciones; que existen en el mensaje del Evangelio implicaciones políticas y sociales, que a toda costa han de desarrollarse en la historia.

¿Por ventura pensáis que viejos pueblos cristianos se tomarían la molestia de emprender revoluciones y matanzas, se desprenderían de su patrimonio y del fruto de sus labores, a no ser por la promesa, de tanto tiempo esperada, de aquellas beatitudes? Si es un espejismo creer que esas bienandanzas se hallan al alcance de la mano, no es un espejismo ir en su busca. La Edad Media pretendió, con el Sacro Imperio, erigir una fortaleza para Dios sobre la tierra. Hoy los pobres y los oprimidos van en demanda de la tierra, de la justicia y la fraternidad.

Haber suscitado y luego defraudar esta esperanza de la medida del fracaso del mundo moderno. Sería un fracaso peor renunciar a esa esperanza y tratar de arrancarla del corazón de los hombres. La dura experiencia nos ha enseñado que el Reino de Dios no es de este mundo, pero al propio tiempo nos hemos percatado de esta verdad inmensa: que ese reino debe enigmáticamente prepararse, en mitad de los dolores de la historia terrenal.

El Cristianismo anunció a las gentes el Reino de Dios y la vida perdurable. Les ha enseñado la unidad de la raza humana; la igualdad natural de todos los hombres, hijos del mismo Dios y redimidos por el mismo Cristo; la dignidad inalienable de toda alma, hecha a imagen y semejanza de Dios; la dignidad del trabajo y la dignidad de la pobreza; la primacía de los valores interiores y de la buena voluntad sobre los valores externos; la inviolabilidad de las conciencias; la exacta vigilancia de la divina justicia y providencia sobre grandes y pequeños. Les ha enseñado la obligación impuesta a los que gobiernan y a los que poseen de gobernar en justicia, como ministros de Dios y de administrar los bienes que les fueron confiados en beneficio común, como mayordomos del Señor. Les ha enseñado la sumisión de todos a la ley del trabajo y el llamamiento a todos para compartir las franquicias de los hijos de Dios. Les ha enseñado la santidad de la verdad y el poderío del Espíritu, la comunión de los Santos, la supremacía divina de la misericordia y del amor, y la ley de cariñosa hermandad que alcanza a todos, hasta a los que son nuestros enemigos,

porque todos los hombres, cualesquiera que fuere su clase social, su raza, su nación, son miembros de la divina familia y hermanos adoptivos del Hijo de Dios.

El Cristianismo proclamó que en donde quiera que estén el amor y la caridad, allí está Dios; y que a nosotros compete hacer de cada hombre nuestro prójimo, amándolo como a nosotros mismos y compadeciéndole—esto es: en cierto modo, muriendo en nosotros por él. Cristo maldijo a los ricos y a los fariseos. Prometió a los pobres y a cuantos sufren persecución por la justicia que heredarían el reino de los cielos, a los mansos de espíritu que heredarían el reino de la tierra, a los que padecen, que serían consolados, a los que han hambre y sed de justicia, que serían hartos, a los misericordiosos que con misericordia serían tratados, a los puros de corazón que verían a Dios, a los pacíficos y concordadores que serían llamados hijos de Dios. Declaró que cuanto se hiciese al más mísero de Sus hermanos, se le hacía a El; promulgó a Sus discípulos el nuevo mandamiento: que se amaran los unos a los otros como El mismo los había amado.

2

¿Cuáles son, pues, los pensamientos y las aspiraciones que el Cristianismo, gradualmente, ha despertado en las honduras de la conciencia de los pueblos, y que se han agitado soterrados durante siglos, antes de manifestarse paladinamente? Por muy mal comprendidas y desfiguradas que se hayan tornado en el curso de esa oculta jornada, ¿cuáles son esas verdades de evangélico origen que la conciencia secular ha enlazado e identificado como la verdadera esencia de la civilización?

Si consideramos esas verdades en sí mismas, separándolas de todo contexto erróneo, podemos afirmar que, por virtud del trabajo oculto de la inspiración evangélica, la conciencia secular ha comprendido que la historia humana no gira en círculos, sino que se orienta hacia una meta y se mueve en una dirección. El progreso no es automático y fatal, sino intermitente y precario; el progreso no se debe a un acontecer de la razón pura, que invalide el legado entero del pasado; al contrario, es más bien ese legado el que se acrecienta, mientras gime bajo el esfuerzo de todas las energías humanas y divinas del hombre.

El progreso no conduce a recobrar mañana el paraíso terrenal; sino que tiende al desarrollo de estructuras de conciencia y de estructuras de vida humana hacia estados más perfectos—y así a lo largo de toda la historia, hasta el advenimiento del Reino de Dios y de la tierra de resurrección, que están más allá de la historia. Ya creáis o no en ese advenimiento, os movéis hacia él si creéis en la marcha de la humanidad hacia adelante. Y todas las mejoras ganadas para la conciencia humana, si no viran hacia la barbarie, son fe en la marcha hacia adelante de la humanidad.

Bajo la inspiración del Evangelio, tan a menudo malentendida, pero activa siempre, la conciencia secular ha comprendido la dignidad de la persona humana y ha comprendido que la persona, al propio tiempo que es parte del Estado, trasciende sin embargo del Estado, a causa del misterio inviolable de su libertad espiritual y a causa de su anhelo por el logro de posesiones supermundanas. La razón de existir del Estado es ayudar al hombre a la consecución de aquellas posesiones y de una vida verdaderamente humana.

Cuanto se gana para la conciencia secular, si no se vuelve a la barbarie, es fe en los derechos de la persona humana, como persona cívica, como persona consagrada a la vida económica y social y como persona obrera; y es fe en la justicia como cimiento ineludible de la vida común, como propiedad esencial a la ley, que no es ley si es injusta. Proudhon creía que la sed de la justicia es privilegio de la Revolución y objeto de temor alerta por parte de la Iglesia. La sed de justicia quedó impresa en el espíritu de las edades cristianas

por el Evangelio y por la Iglesia; fueron el Evangelio y la Iglesia quienes nos enseñaron a obedecer únicamente si es justo hacerlo así.

Bajo la inspiración del Evangelio laborando en la historia, la conciencia secular ha comprendido la dignidad del pueblo y del hombre llano. El pueblo fiel, la humilde gente de Dios, el pueblo regio, convocados a compartir la tarea de Cristo; el pueblo, en el sentido de comunidad de los ciudadanos de un país, unidos bajo leyes justas; el pueblo en el sentido de comunidad de obreros manuales, y del depósito y recurso de la humanidad en cuantos trabajan cerca de la naturaleza—la noción de pueblo que la conciencia secular ha ido formando gradualmente, germina del concierto de todos estos elementos y es de la herencia de la Cristiandad de donde esta noción procede.

El pueblo no es Dios; el pueblo no posee razones infalibles ni virtudes sin tacha; la voluntad o el espíritu del pueblo no es la norma que decide de lo justo o de lo injusto. Pero el pueblo remata el cuerpo de la humanidad común, lentamente preparado y modelado; el patrimonio vivo de los dones comunes y de las comunes promesas otorgadas a la criatura de Dios—que son más hondos y esenciales que todos los privilegios adicionales y las distinciones mundanas—y de la dignidad igual y la igual flaqueza de todos los miembros del linaje humano. Es a condición de existir en común con el pueblo como todos los esfuerzos rinden fruto en la historia temporal, y como la inspiración directora que el pueblo necesita conservar su vigor y su legitimidad.

Sensible a la conciencia de sí mismo por obra de la civilización, el hombre de humanidad corriente sabe hoy que su día alborea, con sólo que logre triunfar de la corrupción totalitaria y no se deje devorar por ella; y sabe que la idea de casta, de raza hereditariamente dominante y rectora, debe dejar lugar al concepto de una comunidad de hombres libres, iguales en derechos y en trabajos, y a la noción de una selección de mentes y de obras que provengan del pueblo y no se prescindan de él, sino que se representen justamente la flor y el lujo de sus energías vitales.

Cuanto se ha ganado para la conciencia secular, si no se torna a la barbarie, es el sentido de la igualdad de los hombres en la naturaleza, y la igualdad relativa que la justicia debe establecer entre ellos, y la convicción de que, por medio de las desigualdades funcionales exigidas por la vida social, la igualdad se debe restablecer en un plano superior y debe fructificar, al dar a cada cual la posibilidad de acceder a una vida digna del hombre, al asegurar a cada cual el goce de posesiones elementales, a la vez materiales y espirituales, para semejante vida, y al establecer la verdadera participación de cada cual, de acuerdo con sus capacidades y sus merecimientos, en la tarea común y en el común patrimonio de la civilización.

3

Por virtud de la obra escondida de la inspiración evangélica, la conciencia secular ha comprendido que la autoridad de los legisladores, por el mero hecho de emanar del autor de la naturaleza humana, se dirige a los hombres libres que no pertenecen a un amo y se ejerce por virtud del consenso de los gobernados. Los dictados de la autoridad son obligatorios en conciencia, porque la autoridad tiene su fuente en Dios; mas, por el mero hecho de tener su fuente en Dios y no en el hombre, ningún hombre ni grupo humano posee el derecho inherente y propio de regir a otros hombres. Los conductores del pueblo reciben ese derecho del principio creador y conservador de la naturaleza, por las vías de la naturaleza misma; esto es, por el consentimiento o la voluntad del pueblo o del cuerpo de la comunidad bajo cuya potestad pasa siempre, antes de ser atribuida a los adalides.

Y es en calidad de vicarios de los representantes del pueblo como los tenedores de la

autoridad gobiernan al pueblo, y es hacia el bien común del pueblo como deben orientar su gobierno. Es contrario a la naturaleza que unos hombres, miembros del mismo linaje, todos ellos iguales ante Dios y ante la muerte, se conviertan en meros instrumentos del poder político—herramientas de un dictador, la única persona humana en el rebaño de siervos organizados, o herramientas de un poder paternalista, el único adulto en una muchedumbre de infantes. Una vez que el hombre de llana humanidad ha comprendido que nació con el derecho a dirigir su propia vida, por sí mismo, como criatura responsable de sus actos ante Dios y ante la ley de la comunidad, ¿cómo puede esperarse que obedezca a los que gobiernan, a menos que éstos hayan recibido del propio pueblo la custodia del bien común del pueblo?

Cuanto se ha ganado para la conciencia secular, si no se torna a la barbarie, es la convicción de que la autoridad o el derecho de ejercer el poder reside en los caudillos de la comunidad terrenal, únicamente porque el consenso común se ha manifestado en ellos y porque han recibido su fideicomiso del pueblo; y es la convicción de que el estado normal a que deben aspirar las sociedades humanas, es un estado en el cual el pueblo ha de obrar como mayor de edad en la vida política.

Por virtud de la oculta inspiración del Evangelio, la conciencia secular ha comprendido que el reino de la política y el tuétano de las atribuciones de las cosas que son del César deben, no obstante, estar sujetos a Dios y a la justicia. Ha comprendido que todo el arte de dominar y todos los crímenes de los príncipes y los caudillos de las naciones ejecutan, a fin de conquistar y consolidar su poder, pueden ciertamente procurarles poder, pero se truecan inevitablemente en infortunios para los pueblos. El Cristianismo lanza la red del Evangelio sobre el Imperio Pagano y el Imperio Pagano perece, porque la ley del Evangelio del Hijo de Dios no da cuartel, a la ley del Imperio, que se erige a sí misma en Dios.

Una vez que el hombre ha comprendido que la política depende de la moral en la realidad de las cosas, porque su finalidad es el bien común de la colectividad; una vez que ha comprendido que la vida política ha de conformarse a la ley natural y que de acuerdo con las condiciones especiales de su objeto temporal, también la ley del Evangelio, el hombre ve al punto que apelar a la ley y a la justicia en política es apelar a una enorme revolución, que ha de sustituir la política de poder de los amos, hombres, estados o naciones, por la política del bien común, por cuya integridad los pueblos han de velar por sí mismos, como principales interesados en su conservación. Una comunidad de hombres libres no puede subsistir si su fundamento espiritual no es ley pura. El maquiavelismo y la política de dominio, ante los cuales la justicia y la ley son meros medios y seguros medios de arruinarlo todo, son enemigos natos de toda comunidad de hombres libres.

Cuanto se ha ganado para la conciencia secular, si no se vuelve a la barbarie, es la condenación de la política de dominación y de los medios inicuos y perversos en la conducción de las naciones; el hondo sentimiento de que la justicia es nodriza del orden y la injusticia partera del desorden, y la convicción de que la causa del bienestar y de la libertad del pueblo y la causa de la justicia política están consustancialmente unidas.

4

Bajo la inspiración, tantas veces malentendida o desfigurada, pero activa siempre, del Evangelio, la conciencia secular se ha despertado, no solamente a la percepción de la dignidad del hombre y de la persona, sino también a las aspiraciones y a los ímpetus que palpitan en sus entrañas. La persona es por sí misma raíz de la independencia; pero sumergida en las contricciones que dimanar de la naturaleza física interior y exterior al hombre, tiende a trascender de esos ligámenes y a conquistar libertad de autonomía y de expansión.

En el propio reino de la vida espiritual, el mensaje del Evangelio ha revelado que la persona está llamada a la plena libertad de quienes han consumado su unión en espíritu y amor con Dios; pero en el reino de la vida temporal, los ecos del mensaje del Evangelio consistieron en estimular la natural aspiración de la persona hacia la liberación de miserias, servidumbres y explotaciones del hombre por el hombre. Cuando sabéis que estamos hechos para ser entes de bendición, la muerte deja de contener terror ninguno; pero no podéis permanecer resignados a la opresión y al esclavizamiento de vuestros hermanos, y aspiráis, para la vida terrenal de la humanidad, a un estado de emancipación consonante con la dignidad de esa vida.

Cuanto se ha ganado para la conciencia secular, si no se torna a la barbarie, es el sentido de la libertad y la convicción de que la marcha progresiva de las sociedades humanas es una marcha hacia la conquista de una libertad consonante con la vocación de nuestra naturaleza.

Finalmente, bajo la inspiración del Evangelio laborando en la historia, la conciencia secular ha comprendido que en las desventuras y sufrimientos de nuestra existencia, aplastados por las leyes de hierro de la necesidad biológica y por la pesadumbre del orgullo, la injusticia y la malicia de los hombres, un principio único de liberación, un principio único de justicia, un principio único de esperanza, un principio único de paz pueden conmover la masa de servidumbre y de iniquidad y triunfar de ella, porque ese principio desciende hasta nosotros de la fuente creadora del mundo, más fuerte que el mundo; ese amor fraternal, cuya ley proclamó el Evangelio, con escándalo de los poderosos, y que es, como saben bien los cristianos, la propia caridad de Dios difundida en los corazones de los hombres.

Y la conciencia secular ha comprendido que en el propio orden temporal, social y político, no solamente es la amistad cívica, como la llamaron los antiguos filósofos, el alma del eslabón constitutivo de la comunidad social—si la justicia es ante todo un requisito esencial, es por su condición de necesario fundamento de la amistad, que sólo entre todos la hace posible—sino que esa misma amistad entre los ciudadanos no puede prevalecer en la realidad, dentro de cada grupo social, si una ley superior y más universal de amor, de amor fraternal, no se insinúa en su seno, y si la amistad cívica, transformada ella misma en fraternidad, no rebosa de las lindes del grupo social para extenderse a la humanidad entera.

Una vez que el corazón del hombre ha sentido el rocío de esa terrible esperanza, queda conturbado para siempre. Si no acierta a reconocer sus orígenes y sus exigencias sobre-humanos, esta esperanza corre el riesgo de pervertirse y de trocarse en violencia, para imponer sobre todos «la hermandad de la muerte». Pero ¡ay de nosotros si despreciamos esta esperanza en sí misma y acabamos por despojar al linaje humano de confianza en la promesa de fraternidad. Porque esa esperanza ha exaltado al género humano, y sólo la abandonará a cambio de tornarse todavía más feroz que antes de conocerla. Esa esperanza es santa en sí misma; corresponde a los más hondos e indestructibles deseos de la naturaleza humana; coloca a las almas en una comunión de dolor y anhelo con todos los oprimidos y los perseguidos; exige heroísmo; posee el divino poder de transfigurar la historia humana.

Cuanto se ha ganado para la conciencia secular, si no se trueca en barbarie, es fe en la fraternidad de los hombres; sentido del deber social de compasión por el género humano, en la persona del débil y del menesteroso; convicción de que el trabajo político por excelencia es el de convertir la vida diaria en una vida mejor y más fraterna, y el de esforzarse en hacer de la estructura de las leyes, instituciones y costumbres de esa vida diaria, un hogar para ser habitado por los hermanos.

¿ QUÉ PIENSAS DE CRISTO ?

Por *Paul CLAUDEL*

ES la cuestión a la cual en todos los países del mundo, en una etapa cualquiera del camino que se ha asignado, todo hombre instruído se ha visto llamado a responder, especialmente cuando da en la mencionada etapa a plena conciencia sus primeros pasos. Repentinamente, Jesucristo se interpone, y aun aquellos,—el mayor número—, que han pasado frente a él con gesto de ignorancia, de desaliento, de impaciencia, blasfemia o rechazo, se preguntan a veces con un temblor obscuro, si a la pregunta fundamental que les es hecha—personalmente hecha—no habrá otra respuesta que dar, aquella, precisamente, que el Espíritu Santo ha puesto en labios de Simón Pedro en el camino de Cesárea de Filipo, cuando resolvió permanecer para siempre con aquél que no pasa jamás: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

He intentado en estas líneas contemplar al Cristo por fuera, de la manera más racional y objetiva que me ha sido posible, haciendo uso mucho menos de los documentos escritos que de la lógica y de los hechos, si así cabe llamarlos, monumentales, incontestables como la piedra, que la historia, desprendiéndolos por obra de una especie de trabajo geológico, ha elevado a la categoría de una significación permanente.

Cuando en el cuadro ofrecido por los Evangelios no miramos sino su imagen más sencilla y de todos indiscutida, ¿qué es Jesucristo? Un iluminado judío, del que no nos queda ningún escrito, que predicó durante algunos breves años y que fué finalmente crucificado por los romanos, a iniciativa y tras la condenación de las autoridades doctrinales judías. A esta personalidad obscura se refiere el mayor movimiento religioso que jamás haya conmovido a la humanidad.

Partamos de estos solos datos.

La primera cosa digna de notar es que la agitación intelectual y moral poderosa de que Jesús ha sido origen, no se ha traducido durante su vida en un movimiento material y político. No hay huella de un motín o de una rebelión, como más tarde fueron los de Judas el Galanita o de Barkoceba. El hecho que motivó la condenación de Jesús fué, pues, una causa puramente doctrinal, y esta causa ha debido ser extremadamente grave, dada la severidad de la condenación y su ejecución por los romanos en la víspera de la Fiesta más grande del año, y aun cuando el orden público no estaba comprometido en ello.

Otro testimonio de esta gravedad es el odio consagrado por los judíos a la memoria de Jesús, (véase el Talmud); así como la virtud o, si se quiere, la virulencia de su doctrina se halla confirmada por la conversión un año después del Calvario, de San Pablo, fariseo entre los fariseos.

No habiéndose traducido en ningún movimiento político, es preciso concluir que la doctrina del Cristo tenía únicamente relación con el mundo de las ideas, de la conciencia. Era algo separado de lo temporal. Formulaba una distinción radical entre el mundo de la realidad material y el mundo moral.

Por otra parte, esa doctrina no se propuso jamás como la destrucción de la antigua religión, sino como su explicación y desarrollo. El Cristo predica por doquiera en las Sinagogas, desde lo alto de las cátedras oficiales.

Sin embargo, la predicación de Jesús provoca un escándalo enorme entre las autoridades encargadas oficialmente de la interpretación y de la administración de la religión antigua. Aquéllas se sintieron amenazadas a la vez en sus creencias y en su posición oficial, cuyos fundamentos eran atacados por las nuevas enseñanzas. Se advierte inmediatamente

que los fariseos defienden su piel. Hay de parte de Jesús no sólo predicación moral análoga a la del Bautista, sino también en doctrina: doctrina indicada por el mismo como la continuación y el desarrollo de la revelación antigua y, sin embargo, escandalosamente nueva a los ojos de los detentadores de la Ley. Jesús ha debido decir, por lo tanto, algo enorme.

Nada hay más enorme que una blasfemia. Y, precisamente, vemos que el hecho reprochado al Cristo es una blasfemia, es decir, un atentado contra la Divinidad misma, la atribución a la Divinidad de un carácter que envilecía su majestad. ¿Cuál era esta blasfemia? Nosotros poseemos a este respecto el testimonio contemporáneo de San Pablo. Donde quiera que aparece la huella histórica de un cristiano, desde la primera conversión auténticamente constatada, este cristiano creyó que el Cristo era el Hijo de Dios. Y si creyó que Jesús era el Hijo de Dios, se debió también a que Jesús había dicho de sí mismo que lo era, (contra Renán).

Ahora bien, semejante afirmación constituía, en efecto, ante los ojos de los judíos un escándalo inaudito, ya que ellos en esa época ni siquiera se atrevían a pronunciar el «nombre incomunicable». En toda la historia humana, nunca un revolucionario religioso ha osado proclamarse Hijo de Dios, (Dios en la plenitud del sentido que le atribuían los judíos), y esto por razones sencillísimas: pues carecía demasiado evidentemente de la perfección moral y del poderío material requeridos para justificar semejante título. En medio del mundo judío, tal afirmación era algo inaudito, espantoso. Ha sido necesario, en consecuencia, que Jesús haya justificado en algún modo esta pretensión, que exhibiese señales impresionantes de su saber y de su poder a la vez, que diese testimonio de sí mismo por medio de la santidad y de sus milagros al mismo tiempo. Esta necesidad era tanto más grande cuanto que al comprometer a sus discípulos en nuevo camino y poner en su contra a toda la autoridad oficial y tradicional del judaísmo, no ofrecía a aquéllos ninguna ventaja material, sino, al contrario, la persecución.

Pues bien, a este hombre, único entre los seres creados, que se atrevió a llamarse el Hijo de Dios vivo, lo vemos perecer en las condiciones más bajas, crueles y humillantes, en medio del abandono más completo. ¿No es evidente, en consecuencia, que su doctrina no habría podido subsistir bajo el golpe de una derrota tan penosa de su autor, de un dementido tan completo de sus afirmaciones? Pues, a diferencia de las demás religiones, ésta consistía no tanto en un cuerpo de afirmaciones basadas en su propio valor intrínseco, cuanto en la persona del hombre que había venido a traerlas. Era necesaria, pues, una revancha. Debió existir, por eso, una prueba cualquiera de que este Hombre que se decía Hijo de Dios no había sido vencido.

En efecto, nosotros no vemos que la muerte de Cristo haya sido seguida de alguna depresión en el ánimo de sus discípulos. No ha habido, por parte de ellos, interpretaciones o explicaciones traídas de los cabellos, ni consuelos sofisticados. Tampoco ha habido desacuerdos, conflictos o cismas, de esos que habrían sido la consecuencia inevitable de una mentira. La muerte del Cristo, por el contrario, aparece de inmediato como una confirmación radiante y triunfal de su enseñanza. Reina entre sus discípulos un espíritu absolutamente nuevo y unánime de alegría, de júbilo desbordante, de indomable confianza, de actividad en todo sentido. ¿Cuál ha sido este hecho nuevo, esta revancha que ha seguido acto continuo a la catástrofe del Calvario? San Pablo nos enseña que ha sido la Resurrección, formidable milagro en cuyo centro se halla suspendido el cristianismo entero.

Para resumir esta exposición:

1.º—La doctrina de Jesucristo compromete a sus discípulos en una lucha terrible contra la antigua religión que la declara herética y blasfematoria, y también en frente de todas las religiones paganas, de las cuales se propuso inmediatamente como reemplazante y excluyente. Un cristiano no podía aspirar a ser mejor tratado que su jefe.

2.º—En esta lucha serán desarmados temporalmente, sin tener la promesa de un triunfo temporal. Los medios violentos les están prohibidos. Se les envía a emprender una conquista, desarmados. Un porvenir de desprendimiento, de sacrificios, de persecuciones y de suplicios es lo único que se les propone y promete.

3.º—El fundador de la religión, que se había llamado a sí propio Hijo de Dios, muere crucificado y negado por todos.

He aquí las condiciones en que fué fundado el cristianismo. El buen sentido, ¿no indica acaso que ha debido haber algo en el otro platillo de la balanza? No ya sólo promesas, sino hechos. ¿Cómo explicar, de otra manera, la explosión «loca», (Hechos de los Apóstoles), de confianza, de energía, y de actividad que siguen a la crucifixión? De un solo golpe, en algunos años, la actividad apostólica llena el mundo. Arrastrar a personas que nos son descritas como cobardes, inertes y groseras, en una empresa que se nos ofrece como paradójal, blasfematoria, desprovista de toda esperanza humana, no debía ser, sin embargo, cosa fácil. Ha sido necesario que aconteciese alguna cosa...

Que el que tenga oídos para oír, oiga.



J A Q U E A L C A P I T A L I S M O

Por. M. D. CHENU

COMO principio de todas las «reformas de estructura» se plantea el problema de la propiedad de la empresa, es decir de los medios de producción. La ocupación de las usinas (1) en 1936 ha sido de ello un síntoma quizás febril pero muy revelador. La reciente Semana Social de Tolosa ha tomado posiciones al respecto: «La empresa, comunidad de trabajo, no es propiedad del capital como tal». Esta crítica a fondo del capitalismo implica la liquidación de una «economía de lucro» en la que, atribuyéndose al trabajo un salario inicuo, se da el provecho al capital. Un eminente teólogo, el P. Chenu, analiza este aspecto del problema en un curso dictado en esa ocasión, del cual se dan algunos extractos.

* * *

Se trata, desde luego, de un análisis puramente teórico. El drama se anuda ahora en el punto en que el mecanismo de la adquisición de las ganancias disloca, violenta y pervierte la empresa, ahí mismo donde creíamos que iba a promoverla, Trágica paradoja cuyas incoherencias y miserias han sido legadas por el siglo XIX a la Revolución del nuestro.

Ya hemos dejado dicho que la trayectoria a cuyo término se calculaba la ganancia neta comprendía a la vez, y entre otros elementos, la retribución del trabajador y la remuneración del capital. Este enunciado muy sumario se afirma con el hecho de que el capital, por el juego mismo de su apoderamiento de los medios de producción, va a atraer a sí el conjunto del sistema y, por el contrario, a mantener fuera al valor «trabajo», de manera que la ganancia habrá de encontrarse fuera también de la comunidad de la empresa como tal, a merced de hombres que, quizás, han llegado a ser extraños a ésta. La unidad íntima del acto de producción se rompe y las diferentes funciones que, en un comienzo, la componían espontáneamente, se disocian: colocación de la materia prima, aparejamiento de los útiles, trabajo con su empeño personal, aporte de crédito, mecanismo de los precios.

En una economía primitiva, esta ruptura no aparecía porque las relaciones de persona a persona disimulaban las grietas. Pero, a medida que la célula de producción tomaba nuevas dimensiones, tal división se afirmaba en detrimento del hombre, del obrero cuyo trabajo no figuraba sino como resultado material, ni más ni menos que una mercadería. Así, él no era más que un elemento del precio de costo, al cual un salario injusto liquidaba la participación y el crédito.

En consecuencia, el provecho neto—diferencia definitiva, que ya hemos descrito, entre la suma de salarios pagados por el empresario y el producto de la venta de las mercaderías—se convertía en la ganancia del capitalista; «ganancia sin trabajo», pues se consideraba al trabajo como totalmente remunerado. En semejante régimen el provecho es, pues, la remuneración del solo capital. Esa es su definición. El capitalismo, sistema económico en que el trabajo y el capital están separados y en el cual el contrato de trabajo es la sola regla de relación, es, por ese mismo hecho, el régimen que hace de la ganancia y el salario dos elementos también separados y, ya iba a decirlo, (pues ¿cómo podría ser de otra manera?) hostiles.

¿Hostiles...? Es claro, y se me hace difícil mantener en un terreno abstracto este análisis económico; tanto veo ahora precipitarse en torrente por la ruptura entre ganancia

(1) Ocurrida en Francia, al advenimiento del Frente Popular al gobierno.

y salario, entre capital y trabajo, la dominadora ola del dinero que, playa tras playa, barre con las generaciones humanas desde hace más de un siglo. El deseo de lucro, que no era sino el vicio de los individuos y condenable pecado, por cierto, pero que cada uno hubiera podido combatir valientemente, ha llegado a ser la clave de bóveda de un sistema, la ley de una institución, en la que, por tanto, los pobres individuos (los capitalistas inclusive) se ven abrumados sin remisión y sin posible salida por una violencia anónima y radicalmente deshumanizadora.

Lo peor es que la búsqueda del beneficio, el apasionado juego sobre la diferencia, actúan en un determinismo económico en el cual el teórico se complace como en una mecánica admirablemente montada: el capital engendra la ganancia y la ganancia multiplica el capital. Círculo infernal en el que, desde siempre, el cristiano verdadero ha rehusado dejarse encerrar, condenando duramente, en el tiempo de las economías primitivas, sin embargo de que aún no aparecía semejante daño, esa fecundidad del dinero que se llamaba la usura.

Esta nueva usura de decuplicada virulencia, resulta hoy de la exclusiva atribución al detentador de los instrumentos de producción del exceso de beneficios de ésta. No es que este detentador retenga siempre para su consumo privado las riquezas producidas; es que la inversión continua y progresiva de estas riquezas en nuevos instrumentos de producción, de los cuales se ha excluido para siempre al trabajo, conduce a una automultiplicación de poderío que nada ya puede detener. Los admirables progresos del maquinismo, la inevitable concentración económica, la amplificación necesaria del crédito, que, en sí, no son cosas buenas ni malas sino meros procedimientos técnicos, se han convertido en los triunfantes instrumentos de la apropiación de las riquezas producidas.

Ahora bien, esto es una extorsión de las leyes de la naturaleza. De acuerdo con la naturaleza, las riquezas producidas pertenecen al productor, el fruto del trabajo corresponde al trabajador. Los frutos pertenecen, por cierto, al propietario, cuando se trata de *cosas* poseídas, pero un hombre nunca es propiedad de otro hombre. Es debido a que el trabajo ha sido tratado como una cosa, cuando es el trabajador mismo en acción; es porque se ha separado al obrero de su instrumento y de su obra; es porque se ha dislocado la unidad humana de la empresa que se ha podido aplicar a los frutos del trabajo y a la empresa misma las leyes de la propiedad.

No son, pues, solamente los excesos o el mal uso los que hacen nocivo e inmoral este régimen, como sucede, por ejemplo, en la práctica de las reservas abusivas bajo las cuales se disimulan las ganancias capitalizadas, en perjuicio de las otras partes que constituyen la empresa; es su estructura misma la que es mala, por cuanto descarta, constitucionalmente, a los trabajadores de la afectación de la plus valía a la fabricación de nuevos medios de producción, a la formación de nuevos capitales y al desarrollo de las fuerzas productoras.

Los estragos de una «economía de lucro» son, pues, estragos institucionales. Vano sería no oponerles sino remedios personales, como invitaciones a la virtud, a la moderación, a la caridad, o esa «restauración de los valores morales» de que se habla.

* * *

No me disgusta que hayáis sentido el peso de una exposición demasiado abstracta o técnica. De tal manera no experimentaréis sino más fuertemente el sobrecogedor encuentro de este análisis económico con las purísimas y sencillas máximas del Evangelio. La maldición del dinero, cuyas fórmulas bíblicas amenazan volverse entre nosotros nada más que una retórica piadosa y moralizante, alcanza aquí una consistencia, una solidez humana, un equilibrio social que no sospechábamos y que la trágica experiencia de un siglo econó-

mico nos impone. La historia levanta en torno al Evangelio un andamiaje de razón y experiencia.

Tal coherencia de la mística con la razón más técnica, este encuentro de las aspiraciones del hombre nuevo de la revolución social y de la violencia religiosa del cristianismo más ingenuo, constituyen la delectación espiritual y apostólica del teólogo. Es un bello signo de verdad. Porque descubrir en el movimiento de la historia y en las exigencias de la vida comunitaria de la humanidad la pulsación y como la consagración de la gracia, es el testimonio mismo de la presencia de Cristo.



LAS BASES ECONOMICAS DE LA POLITICA

Por Alfonso SANTA CRUZ B.

AL MARGEN DE UN LIBRO DE CHARLES A. BEARD (1).

EL tema de la influencia de la Economía sobre la Política, no es nuevo, y desde la aparición de la teoría del Materialismo Histórico, ha predominado, entre los que han escrito sobre él, una tendencia a exagerar esta importancia.

Acaba de aparecer un libro con el título que encabezo este artículo, que sin duda, constituye uno de los estudios más serios, profundos y perspicaces sobre la materia, que se hayan hecho en los últimos tiempos.

La primera parte del libro que comento fué ya publicada en 1922 y reproducía, con algunas modificaciones, cuatro conferencias dictadas en 1916. La novedad de la obra la constituye el último capítulo, escrito durante el presente año, en el cual el autor reconsidera su credo a la luz de los acontecimientos políticos de los últimos años y como resultado de una vida dedicada al estudio y a la meditación.

En el comienzo analiza Mr. Beard el pensamiento político de diversos filósofos y estudiosos de la Política, desde Aristóteles hasta Madison y Webster, los dos teóricos de la revolución de la Independencia de los Estados Unidos y hace notar, con toda justicia, que Aristóteles, a quien se ha llamado «el padre de la Ciencia de la Política», trató la materia en forma que constituye una combinación de Economía, Política y Ética, en contraste con el desarrollo ulterior del estudio de la Política, que se ha ido separando, cada vez más, de las otras ciencias, con perjuicio evidente de la verdad científica. Los actuales tratados sobre Política se refieren casi exclusivamente a la estructura y forma de los Gobiernos, la maquinaria y método de las elecciones y los deberes y derechos de las autoridades que gobiernan. La contextura de la sociedad se ha dejado a los sociólogos, la producción y distribución de la riqueza y las fundaciones de la vida humana se ha entregado a los economistas. En esta edad de intensa especialización, se divide cada día más el estudio de los problemas, no se aprecia el conjunto y se pierde de vista el fin último del estudio.

Al estudiar la Política, Aristóteles no considera a ese hombre hipotético llamado «el hombre político», estudia al hombre íntegramente, analiza la naturaleza y función de la familia y en seguida las formas del Estado. Para él la democracia es el Estado en el cual el hombre libre y el pobre, constituyendo la mayoría, están investidos del poder sobre el Estado. Oligarquía es el Estado en el cual el rico y aquel de noble familia, siendo pocos poseen el poder. Como las clases económicas dependen del carácter y distribución de la propiedad, y como las formas del estado dependen de la dominación de las clases, necesaria y lógicamente debe concluirse que las alteraciones en la forma del Estado deben tener una conexión con el cambio de fortuna de las clases. El carácter y la distribución de la riqueza en la sociedad son el principal elemento determinante en la fijación de la forma del Estado.

Pasando a la época Moderna, Machiavello insiste, también, en la importancia de la distribución de la riqueza en la determinación de la forma de gobierno de los países, y se encuentra la misma idea en la base del pensamiento político de Bacon, Raleigh, Harrington, Montesquieu, Burcke, Locke, Voltaire y Condorcet.

Para los Estados Unidos tiene especial importancia el estudio de John Locke, en quien se inspiró Jefferson y de cuyo libro «Dos tratados sobre Gobierno» tomó, casi al pie de la letra, algunos pasajes que incorporó a la Declaración de la Independencia. Según Locke, tanto el origen como el fin del Estado tienen su raíz en la propiedad. Dice: «La razón por la cual los hombres formaron sociedad fué la de la preservación de su propiedad y el fin para el cual ellos eligen y autorizan una legislatura es que, pueda haber leyes y reglas co-

(1) Charles A. Beard, es un conocidísimo historiador norteamericano, cuyas originales y poco ortodoxas interpretaciones de la historia de su País han dado lugar a muchas controversias. Ha publicado los siguientes libros: *American Government and Politics*, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, *The Idea of National Interest*, *The Open Door at Home*, *The Republic*, *A foreign Policy for America* y *The Rise of American Civilization* (4 vol. en colaboración con su esposa que es a su vez un notable historiador y autor de varios libros).

locados como resguardo y protección de las propiedades de todos los miembros de la sociedad». Si la preservación de la propiedad es el origen y fin del Estado, existe el derecho a la revolución contra cualquier gobierno o autoridad que invada el derecho de propiedad. Este es el fundamento económico de la ética de la revuelta. «El poder supremo no puede tomar de ningún hombre parte de su propiedad, sin su consentimiento».

James Madison, dos veces presidente de la Unión, amigo y consejero de Washington y de Jefferson, reconocido como «el padre de la Constitución» en su ensayo escrito en defensa de la Constitución de los Estados Unidos, sostiene que dada la naturaleza de los hombres, es inevitable una desigual distribución de la propiedad en cualquiera sociedad civilizada. De esta desigual distribución nacerán sentimientos y puntos de vista diferentes, dando origen a diversos partidos políticos que intentarán formar la mayoría y controlar el Estado. Este peligro del gobierno de la mayoría es especialmente grave en vista del inevitable advenimiento del proletariado no propietario, que intentará asaltar el derecho de las clases propietarias. En consecuencia, decía Madison, asegurar el bienestar público y los derechos privados contra los peligros de esa mayoría que intentará atacar la propiedad de la minoría, y, al mismo tiempo, preservar el espíritu y forma del gobierno popular, eran los objetivos hacia los cuales dirigían su capacidad y sus energías los constructores de la Constitución de los Estados Unidos.

Daniel Webster, que representó por muchos años a Massachussetts en el Senado de los Estados Unidos y fué al mismo tiempo uno de los más grandes pensadores políticos de su época, tuvo ideas muy parecidas a las de Madison. En 1820 defendió la distribución de la representación en el Senado de su Estado, bajo bases de propiedad. Según él, el principio de representar propiedad estaba bien establecido por escritores de la más grande autoridad y citaba a Grotius, Montesquieu y a Harrington, quien en su libro «Oceana» prueba que el poder, natural y necesariamente sigue a propiedad y sostiene que el gobierno fundado en la propiedad, lo está legítimamente, y aquel que no la toma en consideración, está fundado en la injusticia y puede ser mantenido únicamente por la fuerza militar.

Es curioso anotar las siguientes palabras de Webster: «La revolución inglesa de 1688 fué una revolución en favor de la propiedad, tanto como a favor de otros derechos. Fué hecha por hombres con propiedades para la seguridad de las mismas, y nuestra inmortal Revolución fué iniciada no para debilitar o despojar la propiedad sino para protegerla. Los actos de los cuales se quejaba el País, fueron aquellos tales como los de violación de los derechos de propiedad. Una inmensa mayoría de todos los que tenían un interés en el suelo estuvieron en favor de la Revolución y la llevaron a cabo mirando por obtener la seguridad de sus posesiones».

Analizado el pensamiento político en la forma que hemos visto, Beard, cree encontrar una confirmación de las doctrinas expuestas en la Historia. Revisando el desarrollo de los gobiernos en la Europa Occidental desde la desintegración del Imperio Romano hasta los comienzos del siglo XIX, descubrimos, dice él, que desde el momento en que un despotismo impuesto por la fuerza de la espada es suplementado o sustituido por cierta forma de representación, no es el pueblo considerado como una agregación de personas iguales y abstractas, el que está representado, sino los grupos propietarios. Tal es el origen de la «Magna Carta» y del Parlamento inglés. Aun después de transcurrido medio siglo desde la revolución francesa con sus doctrinas de libertad e igualdad, los ingleses mantenían el mismo principio, y las reformas de 1832, 1867 y 1884, sólo fueron una ampliación del derecho de sufragio hacia diferentes tipos de propiedad, que habían surgido con los avances de la industria y el comercio. Nunca se tuvo en mente una igualdad humana abstracta, sólo se consideró la noción de propiedad o del contribuyente.

El mismo espíritu imperó en Francia, donde los Estados Generales significaron la representación de diversas clases de propietarios, e igual cosa, según Mr. Beard, puede decirse de Aragón, Suecia y Austria.

Un examen de las primera constituciones de los Estados Norteamericanos revela que ellas descansan en el mismo principio del Gobierno, como representación de los propietarios, única categoría que tuvo primitivamente derecho a voto.

Los gobiernos fundados y desarrollados antes del siglo XIX representaron, en el hecho, a un grupo complejo de intereses. El sistema representativo no fué, en ninguna parte, en su origen, destinado a reflejar las opiniones de meros agregados de seres humanos considerados en abstracto, sin consideración a la propiedad y al empleo. Al contrario, refle-

jaban los sentimientos y puntos de vista de diversas clases y condiciones de hombres; estados, órdenes, clero, nobleza, burguesía y pequeños propietarios. Si las primeras Constituciones norteamericanas aparecieron más democráticas que las europeas, ello debe atribuirse, no a cambios radicales en su espíritu, sino a la gran división de la propiedad causada por el poco valor de la tierra.

En esta situación, súbitamente se produjeron dos revoluciones, una en la Economía y la otra en teoría política. La primera estalló con la invención de la fuerza a vapor y del maquinismo, que dieron origen a una nueva clase de propiedad, antes casi desconocida, el capital industrial y comercial. Esta nueva forma de propiedad se acumuló tan rápidamente, que aún en los Estados Unidos a mediados del siglo pasado, excedía su valor al agrícola de la Nación.

Siendo más movable y más fácil de concentrar que la tierra, una gran porción de esta nueva clase de propiedad vino a caer en una relativamente pequeña porción de la sociedad. Como la propiedad inmobiliaria había sido el gran estabilizador del antiguo orden, así el capital vino a ser el gran perturbador en el nuevo. Los individualistas manchesterianos Cobden y Bright, dice Beard, «mirando el nuevo orden que ellos habían ayudado a formar, lo declararon bueno, porque en él cualquiera persona podía levantarse de la pobreza a la riqueza. La era de la igualdad individual había llegado».

El fundamento filosófico de esta doctrina lo dió Jean Jacques Rousseau, en quien el mismo Beard reconoce a un apasionado propagandista, más que un filósofo verdadero, que formuló los sentimientos y los puntos de vista del tercer estado en Francia, en los principios de la lucha contra la Monarquía. «El Contrato Social» no es otra cosa que la justificación moral para la revuelta del tercer estado.

Como es bien sabido, el origen del Estado, según Rousseau, se encuentra no en un mandamiento divino, que uno debe gobernar sobre los otros, o en la fusión de los estados, sino en la unión voluntaria de los hombres libres originada en el «Pacto Social». Por supuesto, que el mismo Rousseau sabía que esto no era verdad en el hecho, y el respeto por la verdad lo hace reconocerlo, pero no deja que este hecho histórico interfiera con su sistema político.

Encontrado el origen de la sociedad en el acuerdo general de los hombres libres e iguales, Rousseau coloca, naturalmente, el soberano poder, por derecho moral en «el pueblo», una colectividad de todos los individuos miembros del Estado.

Dice Mr. Beard, que es asombroso cómo un sistema basado en una doctrina tan irreal, y tan poco adaptable al mundo de la industria, del comercio y de la agricultura, haya podido llegar a ser la filosofía de todos los pueblos, y cree que ello sólo se explica por el curso de los acontecimientos históricos que la hicieron necesaria.

Tal como en la revolución francesa, la burguesía necesitó de las teorías de Rousseau, América tenía que buscar un fundamento filosófico y moral para su Independencia. Los hombres de la revolución norteamericana pudieron decir: «Estamos luchando por los dueños de las plantaciones del Sur, los comerciantes y propietarios del Norte y los campesinos libres de ambas regiones, para que ellos puedan gobernarse por ellos mismos», pero, lógicamente, esta declaración no habría conmovido a las masas, especialmente a los trabajadores de las ciudades que no gozaban de derechos políticos ni en el antiguo ni en el nuevo orden. De ahí las grandes palabras de la Declaración de la Independencia «todos los hombres han sido creados iguales» y «Los Gobiernos derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados».

Hubieron, es cierto, críticas sobre el hecho que estas declaraciones no se avenían con la esclavitud, la servidumbre contractual y la privación de los derechos políticos para algunas categorías de personas; pero, éstas no prevalecieron.

Desgraciadamente, la nueva doctrina y la divisa del sufragio universal no destruyeron las clases sociales ni las desigualdades económicas, simplemente, las ignoraron.

En 1859, John Stuart Mill, en su obra sobre gobierno representativo, hizo ver bien claro lo falso de la doctrina que afirmaba que la democracia política debería, inevitablemente, anular aquellos actos de egoísmo y poder arbitrario que habían caracterizado a las monarquías y aristocracias.

Mucho tiempo después, varios tratadistas, entre otros Leon Duguit, Charles Benoist y Alberto Shaeffe, declaraban que el sistema de divisiones territoriales y mayorías numéricas eran una farsa y una desilusión, y abogaron por el franco y legal reconocimiento del

comercio, la industria, la propiedad, las profesiones y los gremios en las constituciones de sistema representativo.

La crítica más fuerte, sin embargo, provino de los socialistas, quienes afirmaron, abiertamente, que la idea de igualdad política e igualdad económica contenían una contradicción inherente.

El advenimiento del gobierno soviético en Rusia en 1917, fué la primera tentativa práctica de la abolición del antagonismo de clases por medio de la nacionalización de la tierra y del capital industrial. Al mismo tiempo se derrumbó la idea de la democracia política, a quien se dejó de lado, como una divisa meramente «burguesa» calculada para engañar a la clase trabajadora.

Hasta aquí el libro de Charles Beard es solamente un alegato en favor de su teoría favorita, del factor económico como determinante de los fenómenos políticos, teoría que ha aplicado en las diversas obras históricas que ha publicado, sobre todo en sus dos famosos libros «Una Interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos» y «Orígenes Económicos de la Democracia Jeffersoniana». El último capítulo del libro que comento en este artículo, lleva por título «Economía y Política en nuestra Epoca Revolucionaria», es una especie de examen de conciencia del autor, quien a través de los grandes cambios ocurridos en el Mundo en los últimos años, reexamina sus ideas.

Hace ya tiempo, dice Mr. Beard, que no vivimos en una era simplemente agrícola o simplemente capitalista en las cuales las bases económicas de la política podían explicarse rígidamente. Tampoco estamos viviendo en una época simplemente comunista, como la vislumbraron los antiguos líderes de la revolución rusa. Tanto el pensamiento económico capitalista como el comunista, han sufrido trizaduras y cambios en relación con la época precedente.

En los años recientes, la intervención del Estado en la Economía ha ido aumentando día a día, y el número de personas que emplean los gobiernos para este efecto, se ha ido multiplicando, con el resultado que el «hombre político» ha ido ganando a expensas del «hombre económico».

Es muy interesante el análisis que hace Beard de la evolución de los regímenes contemporáneos, particularmente del ruso. A la caída de los Zares, el poder fué tomado por los comunistas, bajo la dirección de un grupo relativamente pequeño y determinado. A este tipo de «acción-poder» se aplicó un nombre nuevo «Bolcheviquismo». Substancial y sumariamente la filosofía del Bolcheviquismo afirmaba el derecho de un grupo pequeño y reducido para tomar el poder «en nombre del proletariado» y establecer su propio gobierno y reducir al resto del pueblo a la obediencia. La dictadura en nombre del proletariado debía ser considerada como temporal y como precursora de la igualdad y libertad que vendrían posteriormente. En el orden ideal del futuro, tanto el proletariado como las otras clases sociales, habrían de desaparecer y la «administración de las cosas» por y para el bien del pueblo, suplantaría «el gobierno de los hombres».

Hoy día el gobierno ruso ha evolucionado; pero, no exactamente en la forma que pensaron los jefes de la revolución. En Rusia no existen clases sociales, en el sentido que éstas no descansan ya en el dominio de la tierra, o en el de bienes productivos. Hay en el hecho, sin embargo, una sociedad altamente diferenciada, con diversos grados de poder, seguridad y renta. No hay clases propietarias; pero hay clases rentistas y clases con posiciones favorables, con respecto a ascensos y ventajas económicas. A medida que se ha producido la diferenciación, ha ido apareciendo la tendencia hacia la estratificación, como un hecho primero, y después, como una situación reconocida por la Ley. El proceso se ha apresurado con el abandono de la fórmula «desde cada cual, de acuerdo a su habilidad hasta cada cual de acuerdo con sus necesidades» y el reemplazo de la «remuneración como incentivo» por los sueldos y salarios para los miembros de la burocracia civil y militar.

Las publicaciones de la Rusia Soviética que se conocen, no dan directamente una información sobre los diversos grupos de personas que perciben rentas, ni sobre su clasificación; sin embargo, pueden deducirse de varios documentos oficiales rusos, principalmente de la legislación tributaria que reconoce expresamente la existencia de grupos con rentas diferentes y las clasifica (tasas para impuesto a la renta).

De acuerdo con estadísticas oficiales, en 1930 los depósitos individuales en Bancos de Ahorro alcanzaron la suma de 476 millones de rublos (sin tomar en consideración los depósitos de cooperativas y colectivos). En 1939, se estimaban en 50 millones de personas el

número de tenedores de bonos de la deuda interna y en 1944 los bonos internos colocados entre el público sumaban 117.200 millones de rublos. A comienzos de 1940 habían 37.000 Bancos de Ahorro en operación.

Mr. Beard hace un intento de clasificación de los diferentes grupos que existen actualmente en la sociedad rusa, dividiéndolos en siete categorías: Altos funcionarios del partido Comunista (el Partido cuenta más o menos 5 millones de miembros); altos funcionarios e intelectuales; funcionarios secundarios, incluyendo ingenieros, técnicos, economistas, mecánicos, profesores, etc. (representan varios millones de personas), obreros industriales de varios tipos; campesinos y, por último, trabajadores forzados (grupo formado por prisioneros de diversas clases). La formación de diversos grupos se ha debido, principalmente, a la industrialización del país, mecanización y racionalización de la Agricultura, con la consiguiente formación de técnicos, y por otra parte, a la formación del Ejército, que se inició como una consecuencia lógica de la experiencia de los primeros tiempos del gobierno bolchevique con respecto a los Estados Occidentales.

Otro cambio fundamental en la política rusa ha sido la reconstitución de la familia como institución económica, cultural y social, hecho indiscutible, cuya coronación es la Ley de 8 de Julio de 1944.

Al referirse a los diversos movimientos facistas en Europa, Beard dice que explicaciones puramente económicas de su advenimiento, son absurdas y que al estudiar las causas de los mismos, deben tomarse en consideración, en primer lugar, el factor fuerza, y muchos otros, tales como las ambiciones personales, el resentimiento de Italia después del tratado de Versalles, las doctrinas racistas del Conde de Gobineau y de H. S. Chamberlain, el abuso de las palabras «democracia» y «civilización», la exaltación del irracionalismo y la violencia como virtudes masculinas y las sistemáticas formulaciones de crítica de las masas y del gobierno popular de Sorel, Pareto y Mosca. Fuerzas económicas, indudablemente, intervinieron en la implantación de los fascismos; pero, no son, de ninguna manera, su única causa.

En los Estados Unidos, opina Mr. Beard, que los acontecimientos y los cambios en el pensamiento político durante los últimos veinticinco años, obligan a una revisión de sus ideas referentes a las bases económicas de la política. Las formas y relaciones entre las realidades económicas y políticas, han variado en muchos aspectos fundamentales. Especialmente después de la crisis de 1930, los partidos Republicano y Democrático han acusado una tendencia a polarizar cada uno, diferentes clases sociales; la mayor parte de los electores del partido Republicano pertenecen a las clases más adineradas y a la mayoría de los Democráticos representan los individuos con una renta menor.

Mientras los Democráticos desde el Gobierno dirigen la economía del país y tratan de aumentar la producción, la política ha ido ganando poder sobre la Economía. Los intereses manufactureros, comerciales, financieros y agrícolas, tratados antes como primeramente privados y como constituyendo la principal base de la política, han sido, ahora, hechos dependientes de la política en un grado que significa una ruptura con el pasado.

Por otra parte, tres hechos fundamentales de los últimos años influirán notablemente en el futuro del Gobierno de los Estados Unidos. El primero de ellos es la sindicalización, que abarca de 14 a 15 millones de empleados y obreros, que se han situado en una posición legal especial, y que, de este modo, han unido su fortuna a la de la política. En seguida, el número de funcionarios y empleados del gobierno, tanto federal como estatal, que ha venido a reemplazar a la relativamente pequeña burocracia del pasado y que constituyen ya una nueva clase en este país. Por último, la última guerra mundial y la nueva política internacional de los Estados Unidos han hecho necesaria la creación de una gran fuerza armada, que hace presumir que la fuerza militar habrá de desempeñar un rol, cada vez más importante, en los negocios públicos de la Nación.

No puede negarse, sin embarbo, que, a pesar de todos los cambios ocurridos en la economía y en la política en el pasado cuarto de siglo, la teoría democrática de las personas libres e iguales impera aún en los Estados Unidos y constituye la base de su filosofía política.

¿Cuál es la conclusión a que llega Charles Beard al final de su interesantísimo libro? Es cierto dice que la Política, aun incluyendo aspectos militares, debe tener una base económica o perecer. El pueblo necesita tener alimento, vestido y habitación, antes y mientras actúa en política, lo que no quiere decir, que la Economía sea el único factor determinante de la Política. Podemos adoptar, dice, una fórmula como esta: «La Economía

viene primero y determina la Política»; pero, esto significa un acto arbitrario y la fórmula es insostenible bajo el punto de vista de los conocimientos que tenemos de la historia. El hombre comenzó a comer a objeto de subsistir y principió a comer antes de establecer grandes sociedades y Estados; pero, los hombres fueron algo más que meros animales que se alimentaban, aun en los tiempos más primitivos, de los cuales tenemos noticia. Desde los comienzos de la evolución social, Gobierno y Economía tuvieron intrincadas relaciones y la influencia de la una sobre la otra, fueron recíprocas.

El manchesterianismo y el marxismo en sus interpretaciones históricas, previeron paz en el Mundo, prosperidad económica y la declinación, sino el desaparecimiento del «hombre militar» y del Estado. Según los manchesterianos, el Capitalismo habría de extenderse a todo el mundo, las antiguas sociedades se transformarían en sociedades industriales, el «hombre económico» reemplazaría al «hombre militar». El Estado se contraería en sus funciones y la administración de las cosas para el bienestar humano tomaría el lugar del Gobierno por la fuerza. Todo esto se verificaría cuando el «laissez faire» capitalista se extendiera y el libre comercio entre las Naciones, se realizara progresivamente. El marxismo introdujo la revolución proletaria como preludio de la libertad universal y del bienestar general. Marx no hizo sino edificar su sistema sobre la economía manchesteriana y desarrolló su teoría de dinámica social, conocida como «materialismo dialéctico» sobre dicha base.

Sin embargo, las profesías de la escuela de Manchester y de los marxistas, no se han realizado, el «hombre político» y el «hombre militar» han ganado a expensas del «hombre económico».

Rechaza Beard la doctrina del determinismo histórico, que la considera totalmente anticientífica. Si los negocios humanos, dice, están en el hecho determinados por leyes irrevocables o matemáticas, los hombres son creaturas fatales y no tienen ninguna elección buena o mala, para obrar en cualquier circunstancia. Son meros autómatas en la historia lo que no es posible sostener. En todo acontecimiento, el hombre se conduce y toma sus decisiones, por su propio juicio y elección.

Es imposible, en consecuencia, establecer leyes fijas e inmutables, que permitan prever los cambios políticos para el futuro. La ley o las leyes, dice Beard, de la Historia, si es que hay alguna, no han sido descubiertas.

Pueden, eso sí, en su opinión, derivarse algunos principios generales basados en la experiencia histórica, como aquel que «en ausencia de la fuerza militar, los intereses económicos se manifestaran en poder político»; pero, agrega que las realidades en las cuales se apoyan estos principios forman parte ya de la Historia total y que dependerán de las características humanas y de los acontecimientos biológicos, mentales, morales, artísticos y religiosos que sobrevengan y prevalezcan.

La aparición del libro de Mr. Beard en este país, tiene una importancia extraordinaria. La crisis de 1930, la intervención de los Estados Unidos en los asuntos mundiales y la pasada Guerra, han hecho que muchos espíritus inteligentes se pregunten si es posible continuar aceptando los principios de la democracia Jeffersoniana, en la misma forma en que éstos fueron concebidos, a pesar de las trascendentales transformaciones que ha tenido el Mundo desde aquella época.

En 1944, el Presidente Roosevelt presentó al país su nueva declaración de los derechos del hombre: «Tenemos que agregar nuevas libertades, dijo, toda traducción de la palabra libertad, en términos modernos, aplicable al pueblo de la Nación, debe ahora incluir: el derecho al trabajo... el derecho a una justa remuneración... el derecho a alimento, vestido, habitación y cuidados médicos adecuados... el derecho a seguridad para vivir sin temor a la vejez, dependencia, enfermedad, desocupación y accidentes».

Virginia G. Gildersleeve, decano de Barnard College y la única mujer que representó como delegado, a los Estados Unidos en la reciente conferencia de San Francisco, declaró hace pocos días en una reunión pública, que la palabra «democrático» en su sentido amplio debía interpretarse de diversas maneras, y puso en guardia a los norteamericanos sobre una interpretación exclusiva y limitada del concepto, afirmó que la palabra «democrático» fué una fuente gráve de dificultades en la Conferencia de San Francisco. «Nuestros amigos soviéticos, expresó, creyendo profundamente en la excelencia de su propia forma de gobierno, lo consideran como el más democrático del Mundo, tal vez, como el único Estado verdaderamente democrático».

Mr. Beard, que es un gran historiador, se manifiesta en el libro que comento, como un escéptico en filosofía y reconociendo la falacia de las doctrinas de Locke y Rousseau, proclama su opinión, que no existe ningún sistema filosófico que pueda dar una explicación satisfactoria al problema del hombre en sus relaciones sociales. Para los que creemos en el Derecho Natural, en materia de principios, por lo menos, no podemos tener problema alguno, aunque quede siempre en pie el difícilísimo de la aplicación de estos principios en la práctica.

La explicación que tenemos los católicos de las relaciones del hombre con la sociedad, es completa y armónica, y significa un progreso sobre la construcción filosófica de Aristóteles, que tanto admira Mr. Beard.

De la noción del hombre, compuesto de cuerpo y alma, creado por Dios y redimido por N. S. Jesucristo, se derivan con una lógica indestructible, todos los derechos y obligaciones de los hombres en su vida individual y social. De ahí la inmensa dignidad de la personalidad humana, la libertad, igualdad y fraternidad entre todos los hombres, sin distinción de clases ni de razas. De ahí, también, los derechos de asociación, al trabajo justamente remunerado, al vestido, la habitación y la alimentación adecuados, y a tener una debida protección contra la vejez y las enfermedades, que no son sino el cumplimiento de nuestros deberes para con el prójimo. Todas las respuestas están en el Evangelio.

Desgraciadamente, los católicos, hemos transigido tantas veces en materia de principios, que hemos terminado por olvidarlos. Durante mucho tiempo nos hemos abstenido de proclamar en voz alta nuestros principios, como si no creyéramos en ellos. No debe, por lo tanto, extrañarnos que ellos se desconozcan y que cuando se trata de llevarlos a la práctica, como es el caso hoy día en Francia, que los católicos aparezcan, para los de otros campos, como una nueva transacción. Esta política nos llevó en el pasado a lo que el Papa Pío XI llamó «el gran escándalo de nuestro tiempo», la pérdida para la Iglesia de la masa trabajadora.

Es necesario que digamos, bien claro, nuestro pensamiento y hagamos ver, nítidamente que nuestra posición está entre un capitalismo y un comunismo extremos, no como una transacción entre ambas doctrinas, sino porque la verdad está, efectivamente, entre ambas. Siempre me impresionó la frase que leí en una famosa carta de Jean Cocteau a Maritain en 1925: «¿Existe un programa más excitante y más escabroso que seguir el Cristianismo al pie de la letra? Está aún por tomarse, el punto donde se tocan la extrema derecha y la extrema izquierda».

A mi juicio, el libro de Mr. Beard, fuera de las bondades anotadas y muchas otras que no sería posible de analizar en un sólo artículo, tienen el mérito, evidente, de hacer resaltar el hecho que los factores económicos no tienen la importancia decisiva y determinante que se les ha pretendido atribuir y que, en todo caso, los acontecimientos históricos de los últimos años, han contribuido a disminuir la influencia de la Economía sobre la Política, lo que es alentador para los que creen en la fuerza del espíritu.

Boston, Noviembre de 1945.

COMPROMISOS MILITARES CONTRAIDOS POR CHILE EN CHAPULTEPEC Y SAN FRANCISCO

Por Enrique BERNSTEIN C.

EN artículo anterior (1) hicimos notar la importancia que para Chile tenían las estipulaciones acordadas en la Carta de San Francisco sobre sistemas regionales, sobre todo si se las consideraba en conjunción con las disposiciones sobre solidaridad interamericana y ayuda mutua contenidas en el Acta de Chapultepec. Pero, no sólo en el campo meramente jurídico hemos tomado compromisos de indiscutible trascendencia. Del estudio comparativo de lo acordado en ambas Conferencias Internacionales, se desprenden consecuencias de orden militar de tal importancia que pueden y deben hacer variar en forma radical los conceptos tradicionales respecto a la defensa nacional del país.

Las disposiciones del Acta de Chapultepec, aunque transitorias, puesto que tendrán término con el estado de guerra aún existente en América, deben tomar la forma de compromisos contractuales y permanentes mediante el Tratado de Solidaridad y Ayuda Mutua cuya concertación se espera en la próxima Conferencia de Río de Janeiro. Ellas significan la extensión del concepto de ayuda mutua que se aplicará no ya únicamente en los casos de ataques venidos de fuera del Continente, sino también para las agresiones que pudieran producirse dentro de América. En efecto, la ruta iniciada en Buenos Aires en 1936, llegó a un término que tal vez nunca lo sospecharon los autores de aquel Tratado sobre «Mantenimiento, Afianzamiento y Restablecimiento de la Paz», suscrito en aquel año durante la Conferencia para la Consolidación de la Paz, convocada a iniciativa del Presidente Roosevelt. Decía así su Artículo I: «En caso de verse amenazada la paz de las Repúblicas Americanas, y con el objeto de coordinar los esfuerzos para prevenir dicha guerra, cualquiera de los gobiernos de las Repúblicas Americanas... consultará con los demás gobiernos de las Repúblicas Americanas y éstos, en tal caso, se consultarán entre sí para los efectos de procurar y adoptar fórmulas de cooperación pacifista».

Menos de cuatro años más tarde, en la Segunda Reunión de Consulta, celebrada en Julio de 1940 en La Habana, cuando la futura guerra mundial alcanzaba sólo un carácter europeo, los mismos países convinieron en que «todo atentado de un Estado *no americano* contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o independencia política de un Estado americano, sería considerado como un acto de agresión contra todos los demás Estados signatarios». Agregaba aquella Declaración que «los Estados signatarios, entre todos ellos, o entre dos o más de ellos, procederían a negociar los acuerdos complementarios necesarios para organizar la cooperación defensiva y la asistencia en caso de las agresiones previstas». Era la segunda etapa en el sentido de la unidad continental: La etapa de la ayuda mutua en contra de los ataques *venidos de fuera del continente*.

A comienzos de 1945, cuando los albores de la paz se anunciaban ya en el mundo, los mismos países se decidieron a avanzar un nuevo paso y acordaron la completa solidaridad contra las agresiones dentro del Continente. «Todo atentado de un Estado (americano o no) contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o independencia política de un Estado americano, será considerado como un acto de agresión contra los demás Estados» —dice el Acta de Chapultepec. Y no se contentaron esta vez con pactar la solidaridad, como lo habían hecho en La Habana, sino que previeron las medidas que podían adoptarse en los casos de agresión o amenaza de agresión, y entre ellas la medida máxima: El empleo preventivo o coercitivo de las fuerzas militares.

Pocas semanas más tarde, al suscribir la Carta de San Francisco, las naciones americanas se comprometieron a poner a disposición del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, cuando éste lo solicitare, las fuerzas armadas, aéreas, navales o terrestres, necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales mediante acciones que el Art. 42 de la misma Carta enumera en forma vaga: «demostraciones, bloques y otras operaciones». El número y clase de las fuerzas, su grado de preparación y su ubicación general, serán previstos en un convenio especial negociado a iniciativa del Consejo de Seguridad con la debida anticipación y concertado entre el Consejo de Seguridad y miembros individuales

(1) «Política y Espíritu», N.º 5, de Noviembre de 1945.

o grupos de miembros. Estos convenios deben prever, además, otras «ayuda y facilidades, incluso el derecho de paso», y estarán sujetos a ratificación por los Estados signatarios, de acuerdo con sus respectivos procedimientos constitucionales. Este derecho de paso no figuraba en el proyecto primitivo de Dumbarton Oaks y fué introducido en la Carta de San Francisco debido a la insistencia de Francia, insistencia bien comprensible por parte de un país que ha debido soportar numerosas invasiones y que está vitalmente interesado en que sus vecinos, especialmente Bélgica, se comprometan a permitir el paso de tropas en su ayuda. Se comprende la importancia que para Chile tiene el de que los convenios que celebre nuestro país en virtud de la Carta de San Francisco sean sometidos a ratificación, es decir a la aprobación del Congreso Nacional, si se recuerdan las disposiciones del Art. 44 de nuestra Constitución Política, el cual dispone que «sólo en virtud de una Ley se puede: permitir la introducción de tropas extranjeras en el territorio de la República con fijación del tiempo de su permanencia en él»; y «permitir la salida de tropas nacionales fuera del territorio de la República señalando el tiempo de su regreso».

En vista de estas atribuciones tan considerables otorgadas al Consejo de Seguridad, se obtuvo que dicho órgano invitara a participar en sus decisiones sobre la materia al Estado miembro de las Naciones Unidas que no estuviere representado en él, antes de requerirlo para que participe en cualquiera acción militar.

Dispone además la Carta que a fin que las Naciones Unidas puedan tomar medidas militares urgentes, sus miembros deberán mantener contingentes de fuerzas aéreas nacionales «inmediatamente disponibles» para la ejecución combinada de una acción coercitiva internacional. Según la interpretación que la Conferencia de San Francisco dió a estas palabras «contingentes de fuerzas aéreas», ellas cubren en realidad todos los contingentes militares. Con la aprobación unánime de la Asamblea, el relator del tema, Mr. Paul Boncour, Primer Delegado de Francia, declaró que aquellas palabras constituían sólo una «precisión suplementaria» que no restringía en absoluto la obligación general. La potencia y el grado de preparación de estos contingentes, así como los planes para la acción combinada serán determinados por el Consejo de Seguridad dentro de los límites establecidos en el convenio o convenios especiales anteriormente aludidos.

Un Comité de Estado Mayor, integrado por los Jefes de los Estados Mayores de las Cinco Grandes Potencias o por sus representantes, estará encargado de asesorar al Consejo de Seguridad en todas las cuestiones relativas a las necesidades militares del Consejo, así como de asistirlo en lo relativo al empleo y comando de las fuerzas puestas a su disposición. Este Comité de Estado Mayor tendrá a su cargo la dirección estratégica de todas las fuerzas armadas puestas a disposición del Consejo y, con la autorización de este último y previa consulta a los organismos regionales apropiados, podrá establecer Sub-Comités Regionales.

Las consecuencias de estas disposiciones son de suma importancia para nuestro país y conviene estudiarlas en detalle, colocándose frente a tres posibilidades:

a) Chile debe enviar fuerzas militares al extranjero «para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales» (Carta de San Francisco) o para prevenir o hacer frente a una agresión (acta de Chapultepec);

b) Chile es víctima de una agresión y debe contar ya sea con la intervención de las Naciones Unidas en su favor o con la ayuda solidaria de los países americanos; y

c) Chile comete un acto de agresión y los Acuerdos de Chapultepec y de San Francisco se aplican en su contra.

a) En virtud del Acta de Chapultepec, Chile puede verse obligado al envío de fuerzas armadas en defensa de un país americano víctima de una agresión. Tratándose de un atentado cometido contra la integridad o inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o independencia política de un Estado Americano así como de una invasión por fuerzas armadas al territorio de un Estado americano, transpasando fronteras establecidas por tratados y demarcadas de conformidad con ellos, Chile debe sentirse directamente agredido y, mediante acuerdo de una reunión consultiva convocada de inmediato, puede estar obligado a enviar sus fuerzas militares para evitar o repeler la agresión.

Los convenios interamericanos actuales no prevén el número y clase de tales fuerzas ni el método para fijarlas. Este delicado punto ha de ser estudiado en Río de Janeiro en la próxima Conferencia convocada para el mes de marzo y lo probable es que se encomiende a un organismo militar permanente como el previsto en la Resolución Cuarta de la Confe-

rencia de México, formado por los representantes de cada uno de los Estados Mayores de las Repúblicas americanas, la misión de proponer las medidas tendientes a la colaboración armada con miras a la defensa del Hemisferio Occidental. Tal organismo debería de antemano preparar proyectos de convenios destinados a fijar el número y clase de las fuerzas con que cada país contribuirá al mantenimiento de la solidaridad del continente. Estos convenios deberían tomar en cuenta, a nuestro juicio, entre otros elementos, la posición geográfica e interés legítimo y la capacidad militar de cada Estado. Posiblemente se pedirá a Chile su ayuda en caso de agresión a cualquiera de sus vecinos inmediatos o a alguno de los países bañados por el Pacífico Sur, o también en caso que uno de estos Estados fuese el agresor. No vemos, en efecto, como la defensa mutua podría obligarnos a actuar prácticamente con fuerzas militares en caso de agresión a Cuba, Guatemala o Venezuela. Otros problemas que deberá asimismo estudiarse es el de una agresión (extra-Continental por supuesto) contra los Estados Unidos de América que, por razones políticas, de seguridad y de defensa común, nos obligaría seguramente a un empleo reducido de nuestra fuerza en favor del aludido país.

Al propio tiempo, en virtud de la Carta de San Francisco, Chile puede estar obligado a enviar fuerzas militares a cualquiera región para mantener la paz y la seguridad internacionales, de conformidad a los convenios especiales antes referidos, o a dar a dicho Consejo la ayuda y facilidades que sean necesarias. Sin siquiera estar constituido el Consejo de Seguridad, es imposible saber cuál será el tipo de convenio que pretenda negociar con el Gobierno de Chile; pero no es difícil prever que, para el caso de países como el nuestro, el Consejo celebrará convenios no con cada uno individualmente, sino con «grupos de miembros», sobre todo teniendo en cuenta la disposición del Art. 53, según la cual se utilizará, si hubiere lugar a ello, a los organismos regionales para la aplicación de medidas coercitivas. Es improbable que se pida a países como Chile la celebración de convenios que lo obliguen a enviar fuerzas militares «para mantener la paz y seguridad internacionales» a otros continentes. Basta recordar los esfuerzos extraordinarios que tuvo que, desarrollar la diplomacia brasileña para conseguir la autorización de los aliados a fin de enviar tropas a Italia durante la reciente guerra, para imaginarse cuán poco probable es que, en caso de conflicto, se pida a Chile el envío de una expedición fuera del Continente. Puede, por lo tanto, estimarse seguro que nuestra ayuda será solicitada sólo para el evento de agresiones o amenazas a la paz en América y entonces se produciría la circunstancia antes señalada al considerar los efectos del Acta de Chapultepec.

b) En el caso de que Chile fuese víctima de una agresión o de amenaza de agresión, debemos contar desde luego con la solidaridad de todas las naciones americanas que, en virtud de la tantas veces citada Acta de Chapultepec son solidarias con el Estado agredido o amenazado. No debemos olvidar que esta solidaridad nos está asegurada contra cualquier atentado a la integridad o inviolabilidad del territorio chileno, a nuestra soberanía o independencia política; y, en forma expresa, en caso de invasión por fuerzas armadas que traspasen las fronteras establecidas por tratados. Esta ayuda, consecuencia de la solidaridad pactada, puede ser de carácter militar y será considerada como una legítima defensa colectiva, permitida en los casos de ataque armado por la Carta de San Francisco hasta tanto que las Naciones Unidas hayan adoptado las medidas necesarias para mantener la paz.

Por lo tanto, Chile sabe de antemano que puede contar con la cooperación de los países americanos en virtud de lo dispuesto en los convenios especiales negociados con la debida anticipación, y eventualmente, con la de otros Estados no-americanos miembros de las Naciones Unidas. Como esta cooperación militar, producida ya sea mediante el organismo mundial o el sistema interamericano, estará prevista específicamente en convenios que fijarán el número y clase de las fuerzas, nuestro Estado Mayor estará en condiciones de conocer de antemano todos sus detalles.

c) Colocándonos en el terreno de la hipótesis absoluta, debemos considerar finalmente la posibilidad de una agresión cometida por Chile. De antemano sabemos ya que no sólo tendríamos la natural reacción del país atacado, sino que la eventual acción de todos los países americanos en contra nuestra, agregada a la intervención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y a otra probable acción militar de parte de esta organización mundial.

Tales son, en resumen, los importantes compromisos contraídos por Chile y por las otras veinte repúblicas americanas. Sus consecuencias no deben ser otras que el abandono de las viejas rivalidades y de las eternas suspicacias, celos y recelos que constituyen un triste patrimonio diplomático en nuestro continente. Y, sobre todo, estos compromisos han de traducirse en una progresiva limitación de los armamentos en América.

No se justificarían las mermas que todos los países han aceptado para sus respectivas soberanías; no tendría significado la efectiva solidaridad pactada en Chapultepec y refrendada en San Francisco, si no se tradujeran en una reducción de los gastos en armamentos, totalmente desproporcionados con relación a las incipientes economías de las naciones latino-americanas. Si los convenios aprobados unánimemente y recibidos con aplausos por los pueblos americanos significaran meros textos jurídicos que no han de tener otro alcance que servir de instrumentos de consulta en las Cancillerías, no valdría la pena, por cierto, haberlos suscrito, y haber engañado a la opinión pública con infundadas esperanzas. Desgraciadamente, siguiéndose el procedimiento contrario al usual, los nuevos conceptos del derecho internacional han evolucionado más rápidamente que los espíritus de los gobernantes que los suscribieron y aprobaron. Estos últimos siguen en América, salvo honrosas excepciones, mirando los problemas continentales con criterio mezquino y pequeño, apegados a viejas fórmulas de equilibrio militar, y desconocen en la práctica la solidaridad que pactaron.

PANORAMA INTERNACIONAL

EL PROBLEMA ESPAÑOL

La mayor de las confusiones continúa reinando en lo que se refiere al porvenir político de España. ¿Volverá la monarquía? ¿Será reconocido el Gobierno en exilio? ¿Tiende el franquismo a evolucionar hacia una forma democrática de Gobierno? ¿Hay posibilidades de una intervención armada extranjera? Tales son las principales entre las muchas interrogantes que crea la supervivencia del régimen del general Franco. Para la única que existe unánime respuesta es para considerar que, tarde o temprano, debe producirse un cambio profundo en el sistema imperante en España y, por vía de consecuencia, en Portugal.

Han pasado más de ocho meses desde la derrota del nazi-facismo en los campos de batalla, han desaparecido Hitler y Mussolini, han caído frente a los pelotones de ejecución o se encuentran detenidos o condenados todos los que participaron en gobiernos simpatizantes del Eje en Hungría y en Rumania; y, sin embargo, en el corazón mismo de Europa permanece un régimen cuyas concomitancias con los vencidos fué estrecha. Fué Franco quien expresó al Embajador alemán en un discurso durante la guerra: «Al ofrecer leal colaboración para el triunfo de su país, os pido señor Embajador, que transmitáis mis muy sinceros deseos por la grandeza y el porvenir de su patria, y así como por el bienestar personal de su caudillo». Fué Franco quien públicamente hizo una peligrosa promesa al entonces «Führer» de Alemania: «Mantenemos nuestra política tradicional, nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Berlín estuviera en peligro, España, para defenderlo de las hordas rojas, enviaría un millón de hombres si fuera preciso...»

Con tales antecedentes, lo lógico hubiera sido un rápido derrocamiento del régimen español. Pero los gobiernos caen o por acción interna o por presión externa. Ninguna de las dos ha existido en este caso. ¿Significa ello que el franquismo sea un régimen popular en España? No lo creemos. Pero sí, pensamos que un país que ha soportado tres años de la guerra civil más sangrienta y atroz que haya presenciado la civilización, tiene temor a lanzarse de nuevo en una aventura de esa especie. Por grande que sea la miseria existente en las clases populares, por inmensos que sean los odios acumulados por la represión, todo debe parecer preferible a una nueva guerra civil cuyas heridas están lejos de cicatrizar. Más que por el apoyo del Ejército y de la actual clase dirigente, el franquismo se mantiene debido al inmenso cansancio que agobia al pueblo de España,

En cuanto a la presión externa, ella no ha existido. Que México siga ignorando al gobierno franquista, que Guatemala y Bolivia rompan sus relaciones con él, nada de eso afecta a la estabilidad del régimen español, el que obrando con suma habilidad e inteligencia, está sacando partido de la inestabilidad europea y del deseo de los hombres que dirigen la política externa en Washington y en Londres de no crearse nuevos problemas en momentos bastante caóticos.

Esta es la realidad española. Su gobierno se mantiene porque no hay interés inmediato externo en derribarlo y porque en el interior sus enemigos prefieren soportarlo a una nueva guerra civil. ¿Cuánto durará esta situación? Ella es forzosamente transitoria. A pesar de los esfuerzos de la Cancillería madrileña y las explicaciones que con frecuencia publica para justificar su política exterior durante la guerra, la realidad es que los gobernantes de Londres y Washington no simpatizan ni pueden simpatizar con el franquismo. Máxime cuando los antecedentes que continuamente están apareciendo en los documentos oficiales encontrados en Berlín y Roma, están demostrando que si España hubiera recibido la ayuda en armas y alimentos que solicitaba del Eje, hubiera entrado en la guerra en 1940 mediante un sorpresivo ataque a Gibraltar y al Africa del Norte.

Los hombres que dirigen el régimen franquista se dan perfectamente cuenta de la situación y que sus días se encuentran contados. De allí que traten de encontrar una solución al problema antes que sea demasiado tarde y que sus propias situaciones personales y políticas se vean afectadas en forma decisiva. Nos encontramos ante el curioso caso de un gobierno que busca, sin encontrarlo, a otro a quien pasar las responsabilidades del poder. El gran problema de las dictaduras consiste en su fin. Abrogado el sistema constitucional, no hay nadie a quien traspasar el mando. La monarquía sería la mejor solución para tan complejo, difícil y apremiante problema. Pero el pretendiente, don Juan, no quiere recibir la herencia sin beneficio de inventario. No desea ser un mero albacea, sino establecerse con posibilidades de éxito. Y para ello necesita las manos libres. Esto es peligroso para los que se van. Desean dejar el gobierno, pero garantizarse contra posibles represalias. Este es el fondo de las complicadas y difíciles negociaciones que realizan múltiples hombres de buena voluntad que se han transformado en agentes viajeros entre Madrid y Berna.

Entre tanto, otros herederos, que se creen legítimos, tratan inútilmente de organizar una resistencia exterior. Pero, aun después de seis años de

exilio, el personalismo que tanto daño hizo a España, predomina entre los republicanos de la vieja guardia. Negrin, Prieto, Giral ni siquiera logran ponerse de acuerdo sobre el futuro de su patria. Menos mal que la resistencia interna de España, la que ha sufrido la persecución en carne propia, la que ha corrido y corre peligro permanente de vida, nada quiere saber de los viejos líderes derrotados y divididos, de los que, en un amable y bien rentado exilio, han observado de lejos, buscando ventajas personales, la prisión, la desventura y la miseria de los que antes confiaron en ellos. Para felicidad de España, si el actual régimen ha de caer y si se produce un cambio en el sentido republicano y democrático, serán hombres jóvenes de la resistencia interna los que tomarán las riendas del gobierno, abandonando, como ha sucedido en todos los países de Europa, como inservibles, a los políticos profesionales y caducos que no tuvieron ni el coraje de acompañar a su pueblo en la hora de la derrota ni el patriotismo para deponer sus rencores y diferencias personales en el exilio.

LA CONFERENCIA DE MOSCÚ

Los resultados de las conferencias mantenidas a fines del año pasado en Moscú, entre los Ministros de Relaciones Exteriores de las Tres Grandes Potencias, significaron una sensible mejoría sobre los alcanzados en la anterior reunión. En realidad, en Londres se había llegado a un «impasse» que tuvimos oportunidad de comentar con espíritu optimista en esta misma Sección. Ahora, los «tres grandes» han vuelto al espíritu de unión y comprensión que los caracterizó en Postdam.

Hubiéramos deseado, es cierto, resultados más claros y que demostraran un mejor espíritu para la organización de la paz. Pero no debemos caer en el fácil error de pedir a las potencias que sufrieron años de atroz guerra que olviden lo sucedido y hagan, de un día para otro, tabla rasa de sus ambiciones y de sus odios, e inicien la post-guerra con un nuevo espíritu. Lo principal, por el momento, es mantener la paz y lograr afianzarla. Lo demás lo dará el tiempo. Mirados desde este punto de vista, los acuerdos de Moscú son satisfactorios. Ellos permitieron, en todo caso, la inauguración, bajo buenos auspicios, de la nueva organización mundial que ha conservado el nombre, y esperemos que el espíritu, de la unión bélica contra el naci-facismo: Naciones Unidas.

No pretendemos estudiar en detalle los puntos del acuerdo alcanzado en Moscú. Queremos sólo anotar el espíritu de compensación que los caracterizó. El pragmatismo parece haber allí reinado sin contrapeso. Los temas fueron los mismos que se venían tratando en Postdam y en Londres: bomba atómica, tratados de paz futuros, Balcanes, Japón. Estados Unidos mantuvo sus posiciones,

Rusia las mejoró e Inglaterra, el más pequeño de los grandes, tuvo que hacer los mayores sacrificios. Esto nos recuerda la observación hecha por un diplomático norteamericano, refiriéndose a la costumbre soviética de insistir sobre los mismos temas, hasta obtener la satisfacción de sus deseos: El problema de negociar con Rusia—decía—es que hay necesidad de comprar siempre las cosas dos veces, y la segunda vez se paga más caro.

Desde luego, en los términos del acuerdo no se habla ni de Turquía ni del Irán, temas ambos que interesaban inmensamente a Gran Bretaña. Moscú sostuvo que sus reivindicaciones de territorios hoy turcos y ayer rusos era un asunto en que los demás países no debían tener intervención. A nadie ha sorprendido esta demanda soviética. Hace tiempo que habíamos notado que el mariscal Stalin y el señor Molotov seguían al pie de la letra la política externa de Pedro el Grande y de Catalina Segunda, y ambos monarcas se caracterizaron por su interés en los Dardanelos. Si para Londres esto no fué una sorpresa, debió sí ser un motivo de preocupación. Parecen haber regresado en el Cercano Oriente los tiempos de la lucha entre «el oso y la ballena», con la diferencia que el oso está muy poderoso y la ballena un tanto envejecida.

En cuanto al Irán, Rusia sostuvo que el problema de la independencia del Azerbaidjan era de índole interna del Gobierno de Teherán y que no cabía un pronunciamiento de los grandes. Estados Unidos, que estaba interesado en que no se tocara el régimen de administración del Japón—y lo obtuvo—abandonó en este asunto a Inglaterra, que debió inclinarse nuevamente. No sin amargura se quejó la prensa británica de la ceguera diplomática norteamericana, que no se preocupa bastante del Cercano Oriente, hipnotizado por los asuntos del más Lejano.

En los Balcanes, el gobierno soviético demostró nuevamente su decisión de no abandonar la política de los Zares, y la tradicional supremacía de Rusia sobre los pequeños Estados eslavos. Consiguió ahora lo que no obtuvo ni en Londres ni en Postdam: que Washington y Londres reconocieran a los gobiernos de Bulgaria y Rumania, bajo la condición, cierto es, de una paulatina democratización.

Sobre la bomba atómica se logró también un acuerdo: existirá una comisión de la Organización de las Naciones Unidas que formulará sugerencias sobre las siguientes materias: libre intercambio de las informaciones científicas básicas; control para los efectos de obtener que la energía atómica sea utilizada únicamente con fines pacíficos; eliminación de las armas atómicas; finalmente, control internacional de las actividades atómicas. Contrariamente a lo que se pensó en un principio, y que originó fuertes protestas en el Senado de los Estados Unidos, cada uno de estos puntos deben ser

cumplidos en forma sucesiva y no abordados en conjunto.

Finalmente, en lo que respecta a los futuros tratados de paz, Rusia, cedió en que fueran concertados en una Conferencia general de los países que efectivamente participaron en el conflicto; pero, a su vez, Gran Bretaña, accedió a que, en la práctica, las principales estipulaciones de dichos tratados deberán ser estudiadas previamente solo por las grandes potencias, siendo el papel de las pequeñas sólo el de amables auditores y de benévolo signatarios.

No hay duda que la Unión Soviética obtuvo en Moscú más de lo que perdió. De allí que, no sin cierta gracia, un periodista norteamericano la comparara a la cenicienta. «En el coche-calabaza fué triunfante a San Francisco. Postdam fué su segunda y aun más agradable fiesta. En Londres, en Septiembre último, fué demasiado lejos. El reloj dió medianoche y la Cenicienta volvió a Moscú, donde esperó pacientemente hasta la última semana, cuando Jimmy Byrnes le devolvió sonriente su zapato de cristal».

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ **LOS LIBROS** ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

LEON BLOY.—*El Desesperado*.—(Ed. Siglo Veinte. Buenos Aires. 1945).

Para el burgués, que mide el valor de un hombre por el dinero que puede gastar, León Bloy fué un miserable fracasado. Artista extraordinario no sólo no conoció la fortuna y la gloria literaria, sino que —cosa que le importaba incomparablemente más— vió ahogada, casi extrangulado, su voz por el más innoble y espeso silencio. Ese silencio le resultaba doloroso más allá de toda expresión, no porque conspirase contra «su» voz, sino porque cerraba los oídos a la verdad, a ciertas urgentes verdades. Era un hombre solo, golpeando infatigablemente un gigantesco címbalo de bronce anunciador de catástrofes, cuyas vibraciones eran detenidas por una como mano viscosa, innumerable. Con toda la fe y confianza en Dios que Bloy tenía, esa su impotencia para hacer oír el sonido del formidable instrumento con que el mismo Dios lo había dotado, debió de darle momentos de horrible amargura, de «desesperación». Sin embargo, cercana ya su muerte, Caín Maschenoir, el protagonista de esta novela autobiográfica, entrevió la verdad y dejó escrito: «Me he pasado la vida pidiendo dos cosas: la gloria de Dios o la muerte. Es la muerte la que llega. Sea bendita. Puede que la gloria llegue pisándole los talones y que mi dilema fuera insensato».

Era insensato. Los hombres en número creciente siguen asomándose, sumergiéndose luego, con asombro y amor, en la obra de este hombre admirable que apuró hasta las heces el cáliz de su talento y supo así ser fiel a su destino, es decir a los designios de Dios. Y su posteridad es hermosa. Pocos escritores, en los últimos tiempos, ha influido como éste de manera tan honda y decisiva sobre almas también hondas y decisivas. «El Desesperado», por ejemplo, está dedicado a Jacques Maritain y Matías van der Merr de Walcheren, «mis ahijados muy queridos».

La personalidad humana de Bloy y su sobrenatural prolongación son fascinantes. Su lugar en la literatura francesa, único. Dario comprendió algo de esto y lo colocó en «Los Raros». Habló de cómo todos le huían, los católicos los primeros, precisamente porque Bloy clamaba como un profeta. Pero si el tono era de profeta mayor, el acento tenía un carácter propio, personalísimo. Bloy ha creado una nueva manera de invectivar. Algún escritor deliquescente dijo de Marchenoir, «el desesperado», de Bloy, en fin, que tenía la «elocuencia fecal». Tal juicio es, sin duda, peyorativo, pero en ese aspecto, el lenguaje de Bloy es de una riqueza rabelesiana y él mismo no ignoraba que su prosa tenía un color, una fuerza, una vida semejantes a la del genial progenitor de Pantagruel. En otros respectos se emparenta con Balzac, y las mejores páginas de Bernanos, mucho de «Bajo el sol de Satán», por ejemplo están directamente influenciadas por quien apenas disfrazado de Marchenoir reveló las implacables angustias de algunas luchas sobrenaturales. En Bloy se aleaban un romántico de raro vigor, de lirismo desenfrenado y poderoso, con un naturalista a lo Zola, y la caridad cristiana ponía en fusión estos dos metales y les daba un sentido. Así compuesto literariamente, es fácil comprender que el autor de «El Desesperado» tenía que ser un libelista incomparable, un irresistible «empresario de demoliciones».

Bloy comprendió que, precisamente por caridad, debía demoler, atacar, poner al desnudo la corrupción, la chatura del mundo actual. Conocía muy bien que nada hay más poderosos que la mediocridad, la «fuerza para desarraigar Himalayas» y contra la mediocridad lanzó las andanadas de su prosa, grandes masas de palabras-ideas que se descargan como los bronce de una sinfonía wagneriana. Dijo en este libro, o lo repitió, «que la prueba más hermosa del cristianismo es su duración a pesar de la mediocridad de sus miembros» y los cristianos estuvieron dispuestos alegremente a dejarlo morir

de hambre. Pasarían algunos años antes de que un Papa insistiera en que no hay derecho a ser mediocre en una época cuyo horror, Bloy ya había previsto con la lucidez del contemplativo.

Nadie se libra del látigo amoroso de este hombre que creyó, poseído de la pasión de lo absoluto, que la mejor manera de despertar y finalmente salvar a su prójimo era vapulearlo con una especie de knut hecho con sus propias entrañas retorcidas de hambre. ¡Ay del pobre Bourget, o de Daudet, o Maupassant que apenas cubiertos con el taparrabos de un nombre ficticio se ven expuestos a la vergüenza pública! ¡Ay de todos los falsos héroes burgueses de la Tercera República! ¡Ay de los que prostituyen la Iglesia entregándola al poder o al dinero, sin ver que se derrumba por grandes masas de tierra, porque ni piedras quedan ya! Sobre ellos, en ráfagas tonantes, desciende la ira de Marchenoir, el infeliz protector de mujeres del arroyo, que tenía demasiada experiencia de su miseria para ser orgulloso. Tales invectivas abrumadoras, injustas en veces—hay que advertirlo—componen esta obra apasionada y genial, que es de las más representativas de Bloy y que mejor sirven para conocerlo. Pero ellas no desbordan de un corazón envenenado por el odio o la amargura; que son fruto de un puro y hermoso amor de Dios. Ese es el sello y la grandeza del «desesperado» y tal amor es el que inspira no pocas páginas de misteriosa serenidad en que descansa el alma enervada por la tensión de una furia creciente. ¿Qué puede importar frente a todo ello la trama de esta novela que es sólo un pretexto? La lectura de este pretexto sirve para comprender a quienes confiesan que después de leer a Bloy hallan insoportables los demás autores franceses.

Sólo es de lamentar que esta primera traducción de una obra substancialmente admirable esté algo lejos de la magnífica prosa del original. Hay libros que se resisten a ser vertidos a lengua extraña si no hay amor de por medio.

Alejandro Magnet P.

HUMBERTO MUÑOZ.—*Movimientos Sociales en el Chile Colonial*.—(Ed. Difusión Argentina. Buenos Aires. 1945).

Para comprender y apreciar con justeza un fenómeno histórico, es de todo punto necesario situarse en el ambiente de la época. Como el propio autor lo advierte al comienzo de su obra, si bien la palabra permanece inmutable, el concepto que ella expresa, es algo vivo, que evoluciona. Un luchador sindical chileno del siglo XX llegaría a entenderse muy difícilmente con un jesuita del XVII, protector de los derechos del indio proletario. Esta perspectiva

histórica, humana, en último término, parece negada al marxista siempre encasillado en el marco de hierro de la dialéctica materialista, y al liberal influído por la Enciclopedia. Quien honradamente quiera colocarse en el clima espiritual de la colonia, comprenderá cómo pudo haber movimientos sociales en el Chile de entonces y cuál era el sentido de ellos.

Los españoles se encontraron no sólo en Chile, sino en la América toda, con un grave problema de conciencia: el de la valoración ética de la guerra que hacían a los indígenas para el consiguiente apoderamiento de sus tierras. Fué entonces cuando los propios teólogos españoles crearon las bases de un nuevo derecho internacional, imbuido de anti-imperialismo, estableciendo los justos derechos de las naciones, incluso de las reputadas bárbaras, frente a la agresión de las grandes potencias dichas civilizadas. Pero, con justicia o sin ella, establecidos ya los españoles en las Indias, había que determinar la conducta a que les obligaban los principios de su moral, la de la religión católica. A la monarquía española correspondió entonces dictar una legislación enderezada al respeto de los derechos humanos de los indios y al cumplimiento de la misión evangelizadora con que España justificaba su intromisión en este Nuevo Mundo. Dichas leyes, de una elevación moral casi increíble, se estrellaban fatalmente contra los intereses y codicias de quienes venían a América a enriquecerse lo antes posible y no a catequizar indios. Ellas hubieran caído en un vacío lastimoso si no fueran apoyadas con firme constancia por la Iglesia y sus ministros. Eran los hermosos tiempos en que el clero español, desafiando al poder civil en las Indias, más inclinado a los poderosos, tomaba la defensa de los pobres y oprimidos, y éstos eran indios paganos. «Obispos y frailes lucharon por lo que hoy llamaríamos los derechos del pueblo, y más de una vez tuvieron que romper lanzas contra el capitalismo encomendero. Era, por cierto, una actitud muy singular en que la primera exigencia venía del Rey y en que los propios interesados—el pueblo indígena—nunca tuvieron una acción descolante, sino que la obra se hizo más bien a pesar de ellos. Todo lo cual no quita que al espíritu misional, al encarar el problema del indio, podamos llamarlo movimiento social, para servirnos de un nombre moderno, puesto como un rótulo sobre esa lucha reivindicacionista colonial, cuyos representantes no usaban hoz o martillo, sino mitra y sayal, y que para solucionar el problema no excitaban al odio, ni a la lucha de clases, sino al amor y la justicia entre hermanos».

Ahora bien, en Chile, este «movimiento social» se desarrolló con más dramáticos contornos y mayores complicaciones doctrinarias, debido a la perduración de la lucha armada contra los indios del sur del Bío-Bío. El nombre del P. Luis de

Valdivia ha quedado ligado para siempre al de la generosa idea de la guerra defensiva. Por otra parte, los del obispo fray Diego de Medellín, fray Gil González de San Nicolás, fray Diego de Humanzoro y no pocos más, están unidos al recuerdo de una hermosa tentativa de hacer observar la justicia social, no por un «diplomático» adulo de los ricos, sino por la defensa, con armas espirituales de los derechos sagrados de los pobres. Fray Diego de Medellín, obispo de Santiago, negó la absolución a los encomenderos que no dieran seguridades efectivas de no explotar a los indios puestos al cuidado de ellos. Es un ejemplo que siempre merece ser traído a colación.

El breve recuento histórico que es esta obra, sirve, además, para dar a entender, a quien quiera entenderlo, que la doctrina social desarrollada por la Iglesia bajo el imperativo de las actuales circunstancias, tiene profunda raigambre en el pasado. En Chile, cuando el medio era aún mucho más adverso, hombres verdaderamente heroicos quisieron realizar esa doctrina. Si ahora resucitaran se encontrarían siempre con que hay quienes creen que ciertas formas de la justicia no son aplicables en este «reyno».

Alejandro Magnet P.

*

ORDEN CRISTIANO. Segunda quincena de Diciembre de 1945.

A través de la sintomática y lamentable confusión de ideas en que se debate desde hace algún tiempo la Argentina, la revista «Orden Cristiano» ha dibujado una línea que es hermosa por lo limpia y orientadora. Venciendo las dificultades que obligaron a muchos a expatriarse, ha rebasado ya el centenar de números. Este de la segunda quincena de Diciembre, el último que tenemos a la vista, es revelador de su criterio «demócrata de inspiración católica», frente a la confusión sintomática a que aludíamos. Ella se ha manifestado, por ejemplo, en el asalto de sinagogas e instituciones comerciales judías de Buenos Aires al grito de «Viva Cristo Rey!», hecho del cual se dice, en un artículo condenatorio, que cuesta creer que sea cierto, de tal manera él ofende la conciencia cristiana y la tradición de hospitalidad y respeto a todas las creencias del pueblo argentino.

Pero el pueblo argentino en estos días está siendo objeto de extrañas tentaciones. Cuatrocientos estudiantes católicos de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Buenos Aires han lanzado un claro manifiesto, reproducido aquí, para poner en guardia a sus compatriotas contra «quienes aspiran a introducir en nuestro régimen ins-

titucional—dicen—los sistemas hoy en bancarrota que esclavizan el individuo al Estado, que derogan los principios cristianos en que se fundamenta nuestra civilización y que ponen en mano de un solo hombre o de una minoría tiránica los destinos de la sociedad y de la Nación». Ya es conocida la táctica para implantar tales sistemas, importados a la Argentina, desde donde se sabe, «por una minoría de inteligencias materialistas, escépticas y fanatizadas». Son esas mismas—sigue diciendo el manifiesto—las que llevan a cabo «una perturbadora política divisionista que so pretexto de justicia social solivianta a las masas, aviva rencores, fomenta odios y todo con el fin meramente demagógico de imponer la candidatura oficial».

Fuera del exacerbamiento del nacionalismo que se desata en persecuciones racistas, de la múltiple violación de las garantías constitucionales, los hombres en el poder intervienen habilidosamente para lograr el control de las organizaciones obreras, estableciendo un estatismo de indudable carácter fascista. Según un decreto de 2 de Octubre último, corresponde al Estado reconocer a su arbitrio a las asociaciones gremiales obreras «suficientemente representativas». El mismo decreto priva de todo derecho a las asociaciones a que el Estado no atribuya esa calidad.

Estos hechos, claramente juzgados y condenados a la luz de la doctrina católica, son reveladores del carácter grave en extremo que tiene la actual crisis argentina. Es posible que, como en Alemania o Italia y a pesar de esa terrible experiencia, muchos católicos argentinos se dejen seducir y hay motivos para temerlo. Pero, al menos, los que escriben en «Orden Cristiano» habrán dado testimonio de la verdad, y valiente testimonio.

Alejandro Magnet P.

★ ★ ★

COMENTARIOS

LAS DESIGNACIONES DE CARDENALES JUZGADAS POR UN PROTESTANTE.

En reciente número, la revista norte-americana «Time», comenta la importancia de la designación de nuevos cardenales hecha por la Santa Sede. El hecho de que el comentarista no sea católico, da un indiscutible interés a las consideraciones que tal acontecimiento le surgieren, interés sólo igualado por el conocimiento que manifiesta con respecto a algunas de las personalidades de los elegidos para el capelo cardenalicio, muchas de ellas bastante ignoradas en Chile.

El artículo en cuestión se intitula «Los caminos a Roma» y se inicia con las siguientes palabras:

«La creación de treinta y dos nuevos cardenales por el Papa fué un tremendo gesto de imperio espiritual. Los nuevos cardenalatos, de 19 países, con sede en cinco continentes, demuestran, como no lo podría hacer ninguna Iglesia Protestante, el carácter universal de la Iglesia Católica Romana. Esta actitud significó una de las más atrevidas adaptaciones a las circunstancias en toda la larga historia de la Iglesia».

Después de recordar que desde los tiempos de Adrián VI existía una mayoría italiana en el colegio cardenalicio, el comentarista continúa:

«El siguiente día, el Papa pronunció su más importante discurso desde el fin de la guerra, exponiendo su programa de paz. De todos los «leaders» del mundo actual, el Papa Pío XII ha sido, sin duda, uno de los que han pensado más larga y profundamente en los indispensables requisitos para una paz. El resultado no fué sensacional, pero fué fundamental. Será predicado para los 331 millones de católicos del mundo en casi todos los idiomas. No podrá ser ignorado, ni aun por el Kremlin».

«Considerando en conjunto los dos actos del Papa (la creación de los nuevos cardenalatos y su discurso), ellos son una demostración del papel religioso y político que está desempeñando la Iglesia en los asuntos mundiales, el más importante desde las Cruzadas. Si todos los caminos no llevan ya a Roma, el Papa es el más ansioso por que los caminos que todavía allí conducen, sean utilizados al máximo».

Después de repetir los principales conceptos pronunciados por Su Santidad con respecto a los principios básicos en que debe fundarse la paz, el comentarista entra a considerar en detalle las designaciones de los nuevos cardenales, «hechas muy cuidadosamente, para producir el máximo efecto espiritual y político».

«Asia y Africa—dice—son espacios abiertos al Catolicismo. Aquí las designaciones del Papa son significativas de su política. La elección del Arzobispo Teodosio de Gouveia, de la colonia portuguesa de Lorenzo Marques, no sólo concede al Africa su primer cardenal moderno, sino que demuestra el derecho de los pueblos que son todavía colonias para tener una representación efectiva en los asuntos mundiales».

«En Asia Menor, el viejo deseo de Roma de reunir en su seno a la Iglesia Ortodoxa del Este, se encuentra reflejado en la elección del Patriarca de turbante rojo, Gregorio Pedro XV de los Católicos Armenios. Junto con el cardenal Ignacio Tappouni de Siria, elevado a tal categoría en 1935, será el segundo cardenal del Rito occidental desde 1472. Cuando Rusia reclama el resto de Armenia actualmente en poder de los turcos, la designación de un

cardenal nacido en Rusia tiene especial significación».

«Aun más significativo es el nombramiento del primer cardenal chino, el Obispo Tomás Tien, de Tsingtao. De 55 años, hijo de padres católicos, el nuevo cardenal fué consagrado obispo por el propio Papa en 1939. Los católicos chinos han aumentado de uno a cinco millones en los últimos veinte años».

Muy interesante son los comentarios respecto a las designaciones recaídas en Europa: «El Papa demostró conscientemente que la Iglesia estaba por encima de la guerra, eligiendo tres cardenales para la Francia victoriosa, tres para la Alemania vencida y tres para la España neutral». «En Francia y Alemania escogió cuidadosamente a las más brillantes luces de la Resistencia. El pequeño y medio paralítico arzobispo Jules Géraud Saliege, de Tolosa, que durante la ocupación atacó abiertamente el tratamiento otorgado por Alemania a los judíos y la conscripción de franceses; el imponente Clemens August von Galen, de sangre azul, obispo de Munster, cuyos sermones anti-nacistas y pastorales casi le costaron la vida; el benigno y calvo Obispo Konrad von Preysing de Berlín, quien exclamó públicamente cuando los nazistas llegaron al poder: «Hemos caído en las manos de los criminales y de los locos».

«Al elegir dos cardenales para las regiones dominadas por los rojos—agrega el comentarista de «Time»—el Papa demostró una vez más que sabía exactamente lo que hacía. El valeroso anciano de 78 años, Arzobispo de Varsovia Adam Sapieha, participó de los sufrimientos de su pueblo y dió la bienvenida al ejército rojo. El nuevo Primado de Hungría, Monseñor José Mindzenty, fué prisionero de los nazistas».

Respecto a los nuevos cardenales norteamericanos, dice el periodista:

«El Arzobispo de Nueva York, Monseñor Francis Joseph Spellman, obeso, incansable escritor, supo su nombramiento cuando partía a celebrar la Navidad con sus padres. El que fuera cuando joven muchacho de mandados en una carnicería y campeón del juego de la herradura, es ahora el querido y capaz pastor de la arquidiócesis más importante y uno de los amigos más íntimos del Papa Pío XII».

Respecto a las condiciones literarias del Cardenal Spellman, es del caso anotar que es uno de los escritores mejor pagados del mundo. En los últimos tres años percibió por derechos de autor 250 mil dólares (7 millones y medio de pesos) que entregó totalmente a obras de caridad. Por su poema «El Buen mayordomo», recibió el precio más alto pagado hasta la fecha.

«El inteligentísimo Arzobispo Eduard Mooney, campeón de golf y muy inclinado a los problemas

sociales, fué el primer norteamericano que ocupó el cargo de Delegado Apostólico (en India y Japón). Fué Presidente de la Conferencia Nacional Católica de Bienestar, la institución máxima del catolicismo estadounidense. Respecto a sus aficiones por el golf, se cuenta que un día exclamó, dirigiéndose a los sacerdotes que practicaban el mismo deporte: «Si su score es sobre 100, Ud. está descuidando su golf; si su score es inferior a 90 está, descuidando su parroquia».

EL DESARME

En la asamblea de la ONU. se ha insinuado algo que el hombre común de todo país del mundo recibe con inmensa alegría, la supresión, o si no la supresión, el control internacional y la reducción de las fuerzas armadas nacionales.

Durante larguísimos siglos las naciones han mantenido su derecho a la existencia y la línea de sus fronteras, con la existencia de fuerzas bélicas. Ello ha exigido cantidades incalculables de riqueza entregada en forma irrecuperable a una actividad improductiva.

Miles y miles de hombres entre los ciudadanos más escogidos de cada país, han sido dedicados, después de costosísimos estudios y entrenamiento, a la ciencia y arte del manejo de las armas. Ninguna otra actividad les es posible, no se justificaría la formación de un oficial de marina, perito en cálculos complejos, en manejo de instrumentales delicadísimos, en navegación, y diestro en el mando y la estrategia, si hubiera de ser empleado, por ejemplo, de manera normal, en la marina marcante, en la cual perdería pronto sus conocimientos y su destreza,—lo mismo puede decirse de la oficialidad de todas las ramas de la Defensa Nacional—. Ello nos lleva a la tragedia de hombres perdidos para la paz y para el progreso social normal.

La historia moderna y contemporánea ha demostrado hasta la saciedad la mentira que se esconde en el famoso aforismo «Si vis Pacem para bellum» (si quieres la paz, prepara la guerra). Preparar la guerra, en el actual estado de progreso de las técnicas y ciencias, es entregar la mayor y mejor parte de las energías de una nación a la defensa, y a una defensa que la estrategia moderna exige que se haga por medio del ataque. El país que quiere defenderse es el obligado a mayores gastos y sacrificios; es el que elige voluntariamente la peor parte de la partida. Ningún Estado Mayor puede hoy día trabajar sobre la base de la pura defensa. Tener un ejército nacional significa tener una escuela de estudios especializados sobre la mejor manera de atacar al vecino, por aire, por tierra o

por mar. En la democracia, esto tiene menores peligros; pero en las dictaduras de origen militar que son las de nuestra América, constituye una amenaza siempre presente y exasperante, y el obstáculo insalvable de todo progreso en las relaciones internacionales.

No creemos que las ideas que hoy se discuten puedan tener una aplicación inmediata; pero es necesario, entre tanto, que las conciencias se formen para que ello sea posible.

CHILE Y LA DEMOCRACIA PERUANA

Hace mucho tiempo que las viejas heridas han cerrado y la serenidad de la historia, penetrando el alma de dos pueblos pacíficos, nos ha enseñado a venerar en el recuerdo de la guerra, los héroes que ya nos parecen comunes. Sin embargo, era siempre difícil saber hasta que la seguridad y la lealtad reinaban en las relaciones de estas dos naciones que, aún sin considerar asuntos económicos y comerciales, parecen llamadas a una singular comprensión mutua. Las dictaduras peruanas, relativamente benévolas entre las de América, puesto que no podían ignorar la reciedumbre de un pueblo que merece la libertad, fueron, sin embargo, un elemento de callada intranquilidad para nuestra democracia.

Hoy, después de un magnífico despertar, la democracia peruana, que entra en la historia de nuestra América con paso seguro, ha hecho caer para siempre los últimos velos de incompreensión.

La llegada del Vice Presidente del Perú, acompañado de hombres que en nuestro país gozan de tanto prestigio y afecto como Luis Alberto Sánchez, Manuel Scoane, César Arróspide, nos hacen volver los ojos hacia el Norte con regocijo y esperanza. Sólo han pasado unos meses desde el triunfo de la democracia y ya sabemos que una nueva época de leal entendimiento se inaugura.

En el Pacífico el advenimiento del régimen constitucional de libertad en el Perú tiene una trascendencia política todavía difícil de calcular, y precisamente para Chile, es el término de toda una época de latente inquietud diplomática.

La democracia, en nuestra América, es la única garantía sólida de paz; esto es una verdad que ningún chileno puede desconocer o ignorar en los actuales momentos, en que, si bien es cierto que las fronteras del Norte nos separan de un vecino libre y cordial, las fronteras del Oriente nos enfrentan con dos dictaduras militares, de las cuales una difícilmente puede disfrazar la hostilidad contra nosotros, que mantiene y fomenta.

EDITORIAL
DEL PACIFICO S. A.



Anuncia la próxima inauguración
de su local de

LIBRERIA
Y SALA DE
EXPOSICIONES

AHUMADA 57

SANTIAGO DE CHILE

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 1 - NUMERO 9

MARZO DE 1946

OCCIDENTE

Nadie puede escapar hoy día a la impresión, cada vez más afirmada por los hechos, de que el choque entre las potencias occidentales y Rusia se precipita rápidamente hacia la violencia.

Rusia sigue una política perfectamente definida, coherente y enérgica. Está conquistando y solidificando posiciones vitales y ejerciendo, con extremada eficacia, una propaganda de desprestigio, principalmente de Inglaterra, en el Oriente.

El Gobierno laborista británico, que subió al poder con expresiones de amistad y comprensión para la URSS, se ha visto obligado a la lucha.

No es necesario preguntarse mucho qué hay detrás de todo esto, ni tiene interés actual analizar todos los complicados hilos del juego. Está muy a la vista la gruesa realidad de los hechos: la revolución bolchevique mundial, genialmente dirigida por Moscú, no contemplará inactiva como la nueva democracia popular le arrebatara, en la hora del triunfo antifascista, la dirección de la historia.

Las dos grandes fuerzas que han surgido de la debacle europea, el socialismo y el catolicismo social, representan el peligro más grave para la revolución stalinista. Ya no tienen, como en otros tiempos, que vencer el formidable obstáculo de la burguesía, frente al cual, antes de la última guerra, se vieron condenados a la ineficacia y al desprestigio, hábilmente explotado por la propaganda comunista. Hoy son la revolución social en Europa; revolución absolutamente inevitable y popular, en la cual los partidos comunistas pueden verse relegados a una posición secundaria y aún, solitaria.

Por ello el primer ataque de Rusia es dirigido contra la Iglesia Católica, en todas las formas posibles. La desorientación de importantes grupos católicos antes de la guerra, y aun el colaboracionismo de ciertos elementos, les presenta el flanco débil del movimiento católico social. No debe olvidarse tampoco que, en algunos de los más importantes partidos católicos que están triunfando en Europa, se encuentran agrupados sectores derechistas que, si hoy no participan o aspiran a ejercer influencia, pueden perturbar la marcha de esos partidos.

El segundo y más importante ataque es dirigido contra el Imperio Británico, gobernado por el laborismo inglés, que es la más fuerte influencia socialista sobre

el mundo. La India, preñada de malestar y de revueltas, las colonias holandesas, Grecia, etc., son los flancos débiles del laborismo.

Pero el punto más débil de los movimientos populares no comunistas reside en la incógnita norteamericana, en la falta de formulación de una política definida y enérgica de la más poderosa democracia de la tierra; en la posibilidad de un renacimiento del poder capitalista sobre este hemisferio.

Una vez más, el Occidente vacila en la confusión y en la indecisión, ante un adversario que actúa con la más decidida audacia y con perfecta claridad.

Si el capitalismo yanqui logra imponerse en la política norteamericana, lo que, desde el desaparecimiento de Roosevelt se ha hecho más probable (de una manera especial para este hemisferio), es indudable que todos los movimientos populares no comunistas del mundo se verán proyectados hacia la alianza o hacia la tolerancia de Wall Street y del conservantismo británico, es decir, hacia la ineficacia, el desprestigio y nuevamente el fracaso ante el pueblo.

En nuestra América los síntomas de esta puja son ya demasiado claros y se han producido en demasiados países, para que sea permitido dudar de su realidad.

La presencia de Rusia, poderosa y en plena acción sobre Europa y el Asia, plantea un verdadero dilema para el conjunto de las naciones democráticas occidentales.

O se concibe y realiza eficazmente un nuevo régimen mundial de democracia popular, tanto en lo económico, como en lo político e internacional, al menos en Occidente, en la China, y en toda la extensión del Imperio Británico; o los movimientos populares no comunistas se verán arrastrados en la batalla entre el capitalismo y el imperialismo, contra la revolución de Stalin.

La respuesta del asalto bolchevique no reside, como muchos pretenden hoy sostenerlo, en la formación de bloques de naciones, y de un gran movimiento anti-comunista, sino en la revolución pacífica contra el poder del dinero y de las ambiciones imperiales.

Sólo esto dará a los grandes movimientos socialistas y católicos sociales la posibilidad de conservar la dirección de los acontecimientos y de conquistar una expresión propia y digna, que abra un camino a las angustias de las grandes masas.

Para el pensamiento y la acción de los católicos es ésta una hora de máxima claridad y serenidad. Nadie puede, con mayor fuerza doctrinaria que los católicos, dar contenido y vigor a la lucha contra el comunismo, y el capital, que es indiferente al espíritu, comprende el valor decisivo de un aliado universal y milenar. Pero nadie es más extraño que los católicos de una alianza de tal naturaleza. Ni los horrores de las persecuciones sangrientas, ni la calumnia lanzada cuotidianamente por Moscú, ni la maniobra de los comunismos locales, confieren a nadie derecho para olvidar la misión superior que rige nuestra acción política y social.

En nuestra América, de un modo más directo que en cualquiera otra parte del mundo, el capitalismo imperialista tiene poder para actuar al margen de la política del gobierno de los EE. UU., y con o sin su protección; por eso es necesaria aquí, más que en ninguna parte, la mayor firmeza en los hombres que quieren estar con el pueblo.

De esta firmeza dependen, no sólo las esperanzas de los humildes, sino también la verdadera dignidad y justa independencia de las pequeñas naciones.

L.

LA DIGNIDAD POLITICA DE LA PERSONA (1)

Por Guido GONELLA

La dignidad del hombre no debe ser menospreciada por la comunidad política, puesto que el respeto de la dignidad humana es condición esencial de vida y de prosperidad para el Estado.

El contraste entre los sostenedores de los derechos del individuo y los sostenedores de los derechos del Estado ha dejado huellas profundas en la historia de las doctrinas políticas, y este contraste se refiere verdaderamente a un problema fundamental de cuya solución depende la particular orientación de cada uno de los varios sistemas políticos.

Para los individualistas, la vida política está al servicio de la vida individual; para los estatistas, la vida individual está al servicio de la política. Discusión violenta y permanente que se ha manifestado en las formas más dispares, que ha asumido los aspectos más variados, desarrollándose y embrollándose hasta el tedio: por una parte se han levantado banderas que llevan nombres altisonantes (de Aristóteles a Humboldt, de Séneca a Kant, de Rousseau a Spencer), por otra se han enarbolado estandartes con nombres no menos ilustres (de Platón a Hegel, de Campanella a Maquiavelo, de Hobbes a Treitschke).

Tal controversia es compleja porque su solución está condicionada a la solución de otros problemas, entre los cuales son preeminentes aquellos de la determinación de la naturaleza y de los fines de la persona, de la naturaleza y de los fines del Estado; partiendo de la errada solución de estos problemas, el individualismo ha llegado a considerar al Estado como un enemigo, como un «mal necesario», mientras el estatismo acaba por ver en el individuo una entidad transitoria que tiene vida por el Estado, en el Estado y para el Estado.

En vez de terminar esta compleja, y, por otra parte, notoria controversia histórica entre doctrinas opuestas, es preferible ver si se puede hablar de una primacía de lo «político» o de una primacía de lo «personal» en el positivismo de la experiencia social.

La vida política es un conjunto de acciones políticas, que, justamente por ser acciones, no pueden ser sino acciones del hombre. El Estado no es más que una hipostatación de una específica categoría de acciones humanas. En realidad, en la experiencia concreta de la vida no encontramos al individuo opuesto al Estado o el Estado que limita al individuo; encontramos voluntades (individuales) que se oponen a otras voluntades (estatistas); aspiraciones humanas (libertad) que se oponen a imposiciones humanas (autoridad). Es decir, existe el hombre que, además de actuar como individuo, actúa como *socius*, o sea, como persona que se encuentra en relación con otras a las cuales se une con vínculos de coordinación o con vínculos de subordinación.

La voluntad del individuo considerado como *socius* es siempre una voluntad individual, y, por grande que pueda ser la oscilación entre los dos términos de la relación (del súbdito al soberano), el término de la relación queda siempre el hombre, y por consiguiente la relación política estará siempre en función de la existencia de la persona, y el valor de tal relación dependerá de la dignidad de la persona, de la voluntad de la persona (la voluntad que manda, y la voluntad que obedece son siempre voluntades humanas; la dignidad del mando y la dignidad de la obediencia dependerán siempre de la dignidad de la persona).

(1) Publicado en «L'OSSERVATORE ROMANO».

Lo que hay de peculiar en la vida política es la unidad del fin en la manifestación de la relación entre voluntades: en efecto, en la comunidad política las personas, todas las personas (del soberano al súbdito) *vertunt in unum*, es decir tratan de realizar el fin de la sociedad civil. ¿Pero puede pensarse que esta convergencia de voluntades personales lleve a la supresión de las personas que convergen al fin, o bien lleve a una fusión de tales personas? Hasta el Leviatán bíblico ha sido desenterrado para representar el ser monstruoso al que daría vida el cumplimiento de tan absurda empresa.

La existencia de la comunidad política está condicionada al hecho de que la persona está individualizada, vale decir, que es una particularidad coordinable, socializable pero siempre particularidad y, como tal, no suprimible; de modo que la dignidad del organismo político directamente dependerá de la dignidad de la persona que es su presupuesto y artífice. Esta dignidad del ser frente al Estado aparece todavía más evidente cuando se considera que hay derechos naturales de la persona que no pueden ser desconocidos por la sociedad civil (so pena de degradación de la misma sociedad civil que se transforme en un sistema arbitrario), que hay derechos de la persona (por ejemplo: derechos familiares) que preceden los derechos de la misma sociedad política (y que la sociedad política no puede negar sin renegar de su función), que hay derechos personales (por ejemplo: derechos derivados de la filiación a la sociedad religiosa) que establecen lazos mucho más vastos que aquellos de la sociedad política y que tal sociedad no puede desconocer sin traicionar sus razones de vida, es decir, su deber propio de favorecer la realización de todas las finalidades del hombre.

Por tanto, si la comunidad política, lejos de anular la persona, debe reconocerla por lo que es, con sus derechos y con sus obligaciones connaturales, el problema de las relaciones entre la persona y el Estado, se puede traducir en un problema de relaciones entre derechos y deberes de la persona y del Estado. El individualismo ha visto derechos sólo en el individuo y no en el Estado, mientras el estatismo ha visto solamente los derechos del Estado y no aquellos del individuo: el primero ha negado los deberes del individuo hacia el Estado, el segundo ha negado los deberes del Estado hacia el individuo. Es decir, en concreto, que tanto el individualismo como el estatismo han negado que los hombres (sea considerados como individuos, sea como *socii*) tengan derechos y deberes recíprocos.

En la determinación concreta de la reciprocidad entre estos derechos y deberes, hay un valor que, justamente porque condiciona los otros valores, debe ser respetado en primer término: la dignidad de la persona. Negándola se niega la razón misma de la comunidad política.

Si se reconoce esta dignidad fundamental de la persona se llega necesariamente a admitir que el ciudadano debe servir al hombre y no el hombre al ciudadano.

Este reconocimiento de la primacía de la dignidad de la persona en la vida política, implica el deber por parte del Estado de no mortificar las disposiciones individuales condenando a los hombres a una permanente inferioridad política, que se acompaña siempre con una estéril cristalización de las clases que detentan el poder. En contraste con la política pagana, que llegó a considerar al hombre no como hombre sino como propiedad (*res* y no *persona*), el humanismo cristiano vió en la persona no el objeto sino el sujeto de la vida política, el artífice del Estado, la célula primera del organismo social. Un artífice cuya espontaneidad de acción no puede ser envilecida y humillada sin envilecer y humillar, al mismo tiempo, toda la vida asociada, sin transformar la fecunda cooperación social

en un mal articulado mecanismo de caprichos, movidos, no por la energía estimuladora de la persuasión, sino por la fuerza de la coerción, considerada no tanto como medio para impedir la violación de las leyes, cuanto como normal instrumento de realización de un orden que no puede ser más que aparente.

Contra la política del absolutismo de la edad pagana, el Cristianismo se ha levantado como sostenedor de la libertad; y por esto la revolución cristiana aparece a los distraídos o pasionales espíritus del tiempo como revolución anárquica, en tanto que su empresa renovadora y restauradora era empresa de reordenamiento de los valores, de substitución del decadente orden moral con una nueva y rigurosa jerarquía de valores en función de los cuales el nuevo orden político se realizaba poniendo en la base del edificio social la dignidad de la persona, su libertad espiritual y material y, por consiguiente, su responsabilidad. En realidad, la autonomía y la iniciativa de la persona, que es *sui juris*, aparece como condición primera de la responsabilidad de la persona que el ciego y gris conformismo destruye en la raíz.

La libertad espiritual—pregonada en el mensaje evangélico que ha liberado a los hombres de la servidumbre del error y del mal—es el presupuesto de la libertad política; y es el ejercicio de la libertad, de la cual fué el Cristianismo incomparable maestro, la escuela de educación a la libertad. El respeto de la dignidad de la persona implica, en la vida social, la posibilidad de favorecer una amplia y armónica cooperación entre los hombres, una asociación orgánica de los ciudadanos según los intereses espirituales y materiales, una selección de capacidad, una libre competencia para el acceso de los mejores al poder, y, por consiguiente, aquella educación en las responsabilidades políticas que impide el estancamiento de las fuerzas sociales.

No faltan aquellos que, justamente, se preocupan de los posibles e indeseables abusos del reconocimiento práctico de la primacía política de la persona, posibles abusos que se originan en la tentación del hombre de servirse de la libertad para oprimirla. Pero, si bien se observa, en la afirmación del principio de la dignidad de la persona se encuentra, implícitamente afirmado, el límite de las posibilidades de la persona, ya que su libertad no puede entenderse como ausencia de aquellas obligaciones (límites) sin las cuales no hay siquiera dignidad de la persona.

Mientras el individualismo instintivista ha buscado liberar al hombre de todo lazo, ilusionándose así de instaurar una libertad absoluta, el personalismo afirma que es libre sólo quien obra según la ley de la razón y, por consiguiente, no sin la ley o contra la ley, la cual es necesaria para establecer una disciplina de la actividad humana. Y la libertad política, como toda otra libertad, no excluye los límites; antes bien es verdadera y positiva libertad sólo en cuanto implica la aceptación de límites, ya que la libertad propia se realiza en el mismo momento en que se reconoce la libertad ajena (no hacer a los otros aquello que no querrías que te hicieran a ti): es decir, si no quiere degradar su dignidad, la persona debe conformarse al principio: *non licet sui commodi nocere alteri*.

Por consiguiente, el límite más sólido a la expansión ilícita de la persona está puesto, no tanto por la ley social externa, cuanto por la ley moral interna, por la cual el hombre adquiere conciencia de que hay un ejercicio desordenado de la libertad, que, perjudicando a los demás, destruye la misma libertad y oscurece la dignidad de la persona.

Entendida así la libertad, el Estado no podrá ser considerado más un límite o un obstáculo a la extrinsecación de la libertad personal; por el contrario, la comunidad política—

consciente de su deber de favorecer el desarrollo de los valores de la persona—llegará a ser promotora de libertad; llegará a ser, no ya enemiga, sino auxiliar del hombre; es decir, en último análisis, el hombre actuará sus fines, no contra el otro hombre, sino cooperando con él. Por consiguiente, la tutela estatal se concreta en un sistema de garantías instituidas por los hombres en favor de los derechos de los hombres, para asegurar tales derechos contra las arbitrariedades de quien intenta sujetar al hombre a fuerzas diversas de la ley y contraria a la ley.

El respeto de la dignidad de la persona señala límites, por consiguiente, a la invasión de lo político en la esfera de lo personal, a la invasión de lo público en lo privado, a la desordenada ingerencia del centralismo que paraliza toda autonomía, consagrando abusos que confinan, a menudo, en la usurpación de los derechos, en la incertidumbre e inestabilidad de las leyes cuyos efectos son la substitución de la solidaridad por la desconfianza, de la igualdad por el privilegio, de la general y fecunda disponibilidad de los bienes por el monopolio estéril y egoísta.

La negación de la dignidad de la persona desnaturaliza la función del Estado, la cual es supletiva e integrativa de la persona, y no absorbente de las energías y de los bienes de la persona; mina la igualdad ante la ley; induce a confundir el interés particular del poder con el general de la colectividad; elimina o desvaloriza las formas asociativas naturales intermedias entre la persona y el Estado; busca hacer creer a los hombres que su salvación espiritual y material puede derivar exclusivamente de la legislación de la sociedad civil.

La comunidad política no puede generar por sí sola la prosperidad espiritual y material del hombre: puede solamente facilitar aquellas situaciones que son más favorables al desenvolvimiento de la personalidad, que son más favorables a aquella cooperación entre los hombres que es un medio de expansión de la dignidad de la persona.

Si se quiere que la comunidad política permanezca fiel a su elevada misión, debe ser respetada la dignidad de la persona, o sea —según la alta enseñanza del Pío XII—, se debe en concreto sostener «el respeto y la actuación práctica a los siguientes derechos fundamentales de la persona: el derecho a mantener y desarrollar la vida corporal, intelectual y moral, y, particularmente, el derecho a una formación y educación religiosa; el derecho al culto de Dios, privado y público, comprendida la acción caritativa religiosa; el derecho al matrimonio y al cumplimiento de su fin; el derecho a la sociedad conyugal y doméstica; el derecho de trabajar como medio indispensable para el mantenimiento de la vida familiar; el derecho a libre elección de estado, incluso por consiguiente del estado sacerdotal y religioso; el derecho a un uso de los bienes materiales, consciente de sus deberes y de las limitaciones sociales».

Es éste un código completo y perfecto de los derechos fundamentales, que deben ser defendidos por quien quiera devolver a la persona aquella dignidad que es el primer signo del orden social cristiano.

LA CONCIENCIA SOCIAL CATOLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por Ricardo PATTEE (1)

I

MONSEÑOR RYAN: HOMBRE Y ACCION

Supuesto que la acción social ha constituido la contribución principal del catolicismo norteamericano a la creciente influencia de la Iglesia en la vida nacional, es justo que iniciemos esta breve serie de estudios de la conciencia social católica en los Estados Unidos con un resumen de la personalidad y la obra de uno de los grandes orientadores del pensamiento social: Monseñor John A. Ryan. No sería exagerado decir que a Monseñor Ryan se le debe una influencia desproporcionada en la adaptación concreta de la doctrina social tradicional a las condiciones peculiares del país. Con él la Iglesia tiene una deuda inmensa, precisamente por el valor que ha demostrado siempre en presentar la totalidad del pensamiento social católico, sin halagos, sin titubeos, sin reticencias y sin amedrentarse ante las múltiples acusaciones de «radical» o de «extremista» que le han lanzado. Y lo curioso es que esta figura de sacerdote y teólogo ha sido duramente atacada por muchos de sus enemigos y hasta por muchos católicos como un hombre de ideas demasiado «avanzadas», de una postura social que rayaba ya en lo socialista. Cuando salió la estupenda encíclica, «*Quadragesimo Anno*» en 1931, muchos de estos críticos callaron, pues era evidente que la doctrina que Monseñor Ryan había venido predicando con insistencia se ajustaba totalmente a lo que enseñaba la Iglesia. Esto de radicalismo no le asustaba. Comprendió que la doctrina social católica es «radical», puesto que pide nada menos que justicia para los hombres; un estado de cosas que claramente brilla por su ausencia en la inmensa mayoría de los pueblos.

Este preclaro sacerdote nació en 1869 en Minnesota de padres irlandeses, en humilde cuna. Desde temprano se percató de la gravedad del problema social en una nación como los Estados Unidos, donde la industrialización hacía progresos fantásticos y una población compuesta por grandes oleajes de inmigrantes, pugnaba por orientarse y lograr un ajuste satisfactorio a las exigencias sociales y morales del país. Influyó mucho sobre él, el pensamiento y la actuación del primero entre los grandes prelados que ha producido Estados Unidos: Cardenal Gibbons, que tuvo en un momento dado, el extraordinario acierto de abogar por la legitimidad de los famosos *Caballeros del*

Trabajo, organización obrera que, por allá en la década de 1880, había sido condenada por la mayoría de los obispos norteamericanos como una especie de masonería laborista. Gibbons insistió en que se les reconociesen; llevó el asunto a Roma y triunfó, sentando en esta forma la base de la colaboración entre el trabajo organizado y la Iglesia, que ha sido timbre de orgullo desde entonces a esta parte. Gibbons dió una firme orientación a la Iglesia en esta materia tan delicada; trayectoria felizmente seguida a través de los años por la jerarquía y el clero nacionales.

Monseñor Ryan comprendió desde temprano que la democracia política y la democracia social económica pueden considerarse distintas, pero en el fondo el éxito de la primera implica forzosa y lógicamente la existencia de la segunda. No es posible estructurar la sociedad por compartimientos. No es factible esperar que haya una verdadera democracia política cuando no existen los elementos indispensables de democracia económica y social. Uno de los obispos que se destacó más temprano en la lucha por el mejoramiento social del país fué John Lancaster Spalding, de Peoria. Estilista finísimo, escritor ameno y aunque preocupado mayormente por la educación, dejó, sin embargo, varios trabajos que sientan con mucha claridad su posición social. Expuso sus convicciones sobre los grandes problemas del trabajo; refutó la falsedad del socialismo como remedio y en vez de hacer lo que hacen no pocos polemistas católicos—aniquilar las bases lógicas del socialismo sin presentar nada positivo—el Obispo Spalding precisó

(1) Ricardo Pattee, historiador norteamericano, profesor de historia de América Latina en la Universidad de América, Washington, es un investigador incansable, ha viajado extensamente, difundiendo por toda América los auténticos valores culturales de algunos países americanos, especialmente Canadá, Ecuador, México.

Además de su biografía histórica sobre Gabriel García Moreno y de su más reciente libro «EL CATOLICISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS», del cual el artículo que hoy publicamos es un anticipo, Pattee ha escrito una INTRODUCCION A LA HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XIX, publicada por la Editorial Ercilla (Santiago de Chile) en 1940 y THE CATHOLIC REVIVAL IN MEXICO, (Washington, 1944).

Su fecunda labor de escritor ha sido difundida por las más notables revistas católicas del continente y nuestros Cuadernos en adelante contarán con su valiosa colaboración.

los remedios que ofrece la Iglesia a los pavorosos problemas económicos de su tiempo. Fué enemigo acérrimo del imperialismo finisecular que estaba en aquel entonces en todo su apogeo.

Después de realizar sus estudios superiores en la Universidad Católica de América, Monseñor Ryan comenzó la publicación de sus primeros ensayos y libros, que, ya en los setenta y cinco años de vida que lleva, constituyen una modesta biblioteca de ideas sociales. En su primera obra de envergadura, «*A Living Wage*», que apareció en traducción española en Madrid en 1911 con el título de *El salario vital*, Monseñor Ryan analizó con una claridad meridiana las bases del salario justo, rechazando entre otras cosas, el concepto del «contrato libre» detrás del cual se escudan muchos elementos patronales para rehuir la responsabilidad de satisfacer más abundantemente las necesidades de la clase obrera. Concluyó este estudio acucioso, valiente y franco con la idea de que la clase patronal no tiene ningún derecho a emplear su fuerza económica superior para imponer al obrero condiciones indecorosas de trabajo. Recuérdese que este libro apareció a principios del siglo actual, cuando todavía las ideas en él contenidas no estaban precisamente aceptadas por una mayoría abrumadora de la gente. Monseñor Ryan se ocupó activamente del estudio de los problemas de la miseria, la pobreza y la beneficencia. Sostuvo sobre esta materia dos tesis: 1.º que la mayor parte de la pobreza tiene una causa económica y 2.º que la solución no puede realizarse sin una intervención considerable del Estado. Bien lo ha dicho el Romano Pontífice en la «*Rerum Novarum*»: A los gobernantes toca defender a la comunidad y a todas sus partes; pero al proteger los derechos de los particulares, deben tener principal cuenta de los débiles y de los desamparados. Porque la clase de los ricos se defiende por sus propios medios y necesita menos de la tutela pública; mas el pueblo miserable, falto de riquezas que le aseguren, está peculiarmente confiado a la defensa del Estado».

Monseñor Ryan fué acusado muchas veces de ser un partidario extremo del intervencionismo. Cuando todavía los Estados Unidos vivían en pleno liberalismo y la doctrina de *laissez-faire* constituía la base de su vida económica, sonaba a *vox clamantis in deserto*, eso de insistir sobre la obligación del Estado, y sus legítimas funciones como fuerza interventora en asuntos sociales y económicos. La crisis que ha sufrido los Estados Unidos; la necesidad imperiosa que le ha llevado a un intervencionismo mayor cada vez, ha dado la razón a Monseñor Ryan.

En su libro «*Distributive Justice*», Monseñor Ryan desentraña la solución del problema difícilísimo de la riqueza superflua. Ryan había combatido en muchos artículos la falsedad de la idea

de que una mejoría económica indefinida en la vida es deseable. En los Estados Unidos, existía la creencia, firmemente arraigada en la conciencia de la gente, de que un aumento continuo en el bienestar material era de suyo beneficioso para la sociedad. Ryan insistió que existía un nivel más allá del cual no se producía ventaja alguna en cuanto al bienestar social, sino al contrario, ya se entraba en el terreno de la riqueza superflua, donde las desventajas morales podrían ser gravísimas. En esta obra se analiza el concepto de lo justo en cuanto al usufructo de los bienes materiales y se considera el problema de lo que constituyen «necesidades razonables». Aquí también, se adelantó Monseñor Ryan a la enseñanza clara contenida en *Quadragesimo Anno* en que el Pontífice señala bajo el título de «Obligaciones sobre la renta libre», la necesidad de compartir lo superfluo por parte de aquellos que poseen una proporción desmedida de los bienes de este mundo. Monseñor Ryan sostuvo durante muchos años la posición de que hacía falta la nacionalización de los medios de transporte, y argüía constantemente a favor de una doctrina sumamente audaz en materia de impuestos y contribuciones. Dedicó muchas energías a combatir el socialismo. Sobre este punto, se concretó a demostrar que el socialismo como una filosofía era históricamente falsa y como movimiento social, carente de razón y de lógica. Pero la contribución principal que más honra a Ryan fué su insistencia invariable sobre el valor positivo de las Encíclicas. Hizo el comentario de que, para refutar al socialismo, se cita muchas veces la «*Rerum Novarum*» en cuanto a su contenido anti-socialista, dejando «la impresión de que el Papa nada tenía que decir favorable a los sindicatos obreros y que su única referencia a la propiedad privada era su condenación del socialismo. De hecho, el gran Pontífice de la clase obrera, hizo una de las declaraciones más vigorosas que se han hecho jamás sobre la necesidad y la justicia de la organización de la clase trabajadora».

Desde su creación en 1920, Monseñor Ryan ha servido de director de la sección de «*Acción Social*» de la «*National Catholic Welfare Conference*». Bajo su dirección esta organización se ha distinguido por la enorme difusión del conocimiento de la doctrina social de la Iglesia. En 1929, antes de la depresión, Ryan criticó vigorosamente la falta de previsión que distinguía a la entonces administración nacional de Hoover. Hizo ver claramente que el país estaba al borde de un desastre y el gobierno nada hacía en concreto para conjurar semejante amenaza. Hizo ver que la producción astronómica de la nación, no resolvía en absoluto el problema, puesto que la prosperidad consistía de que el poder adquisitivo de los consumidores estuviesen equiparados a el de los productores. Producción

en sí no beneficia, si no va acompañada de sueldos suficientemente altos para permitir que el consumidor aproveche debidamente esta producción.

En 1939, Monseñor Ryan celebró sus 70 años de edad. Había dedicado más de cuarenta a una de las labores más nobles que se había emprendido en los Estados Unidos: mostrar el pensamiento claro y contundente de la Iglesia en materia de economía y doctrina social; aplicar estas doctrinas a las circunstancias especiales de los Estados Unidos. Monseñor Ryan es uno de los primeros teólogos de la nación. Representa la mentalidad típicamente norteamericana que ha comprendido que la labor de la Iglesia ha de ser de ajustarse al desarrollo vertiginoso del país y acomodarse a las tremendas exigencias de una nación en pleno desenvolvimiento industrial. El catolicismo, por medio de Monseñor Ryan, ha probado fuera de toda duda razonable, su capacidad de responder a los tiempos. Dentro de lo eterno, vive perennemente en trance de adaptación a las condiciones que distinguen a cada pueblo. Al cumplir los 75 años, Monseñor Ryan va para medio siglo de arduo y duro batallar en que los principios de la Iglesia universal en materia de relaciones humanas se impongan como los más sanos, equilibrados y sensatos que se han ofrecido a una humanidad angustiada.

II

EL CATOLICISMO Y EL PROBLEMA INDUSTRIAL

Uno de los grandes acontecimientos en la historia de los Estados Unidos es la transición que se realiza de país primordialmente agrícola y hasta campesino, a país eminentemente urbano e industrial. Esta transición comienza en forma precipitada a raíz de la Guerra de Secesión, cuando las energías desbordantes de la nación, encontraron fácil salida en la ocupación del Oeste y en las mil empresas de carácter industrial que los inmensos recursos naturales del territorio nacional ofrecían a la iniciativa privada. La Guerra de Secesión contribuyó poderosamente a dar impulso a la colonización del Oeste. En 1867, en un momento considerado de locura, el Secretario de Estado Seward adquirió el vasto territorio de Alaska, iniciando en esa forma la nueva etapa imperialista de Norte América. La Guerra de 1861 a 1865 hizo desaparecer la clase latifundista sureña; abolió la esclavitud y transformó por lo tanto el ritmo de vida económica de la nación: Este nuevo tipo de vida económica se distinguía por su apego absoluto al individualismo y liberalismo, estilo manchesteriano. Lejos estaba la mentalidad norteamericana, en vísperas de la gran expansión industrial de creer en el axioma pronunciado por el Papa en *Quadragesimo*

Anno: «Pero la libre concurrencia, aún cuando encerrada dentro de ciertos límites, no puede ser de modo alguno la norma reguladora de la vida económica». Bien al contrario. El nuevo expansionismo capitalista cambió en lo más fundamental el carácter mismo de la vida norteamericana. Surgió una nueva aristocracia en los grandes capitanes de industrias: los Vanderbilt, Rockefeller, Harri-man, Gould, Carnegie, Morgan y Armour. Dicho sea de paso, la casi totalidad de los que forjaron la industrialización de los Estados Unidos y que pasaron a poseer las enormes fortunas, eran de origen escocés o inglés. Entre los titanes que hemos mencionado, no figuraba un solo judío—respuesta elocuentísima a la patraña demasiado difundida de que el famoso Wall Street está controlada exclusivamente por los descendientes de los profetas—. La industrialización de los Estados Unidos es uno de los fenómenos más estupendos que registra la historia. En 1860, solamente un billón de dólares estaban invertidos en las industrias y unos 1.500.000 obreros que ganaban sus jornales, podían clasificarse como industriales. En cincuenta años, el capital invertido había ascendido a doce billones y el número de obreros a 5.500.000. Durante el mismo período, el valor de los productos manufacturados habían llegado a catorce billones de dólares, o sea quince veces más que en 1860. La producción, por ejemplo, de hierro y de carbón en 1870 era muy inferior a la de Francia o de la Gran Bretaña. En veinte años, los Estados Unidos les habían superado y estaban produciendo más que la tercera parte de la producción mundial de estos minerales. Veinticinco años después de la muerte de Lincoln, los Estados Unidos llegaron a ocupar el puesto principal entre las naciones industriales del globo. Aquí tenemos sintetizado el progreso fantástico hacia la industrialización, realizado en el breve espacio de una generación.

... Con esta industrialización en enorme escala, comenzaron a organizarse los monopolios, o *trusts*. La *United States Steel Corporation*, por ejemplo, disponía en 1901 de un capital calculado en más de un billón de dólares. La *Standard Oil Company* se desarrolló dentro de un ambiente de competencia descarada, agresividad sin trabas y una falta de escrúpulos en cuanto a sus procedimientos que no reconocía restricción legítima ninguna. Hacia fines del siglo pasado, un tercio de la población de los Estados Unidos vivía en ciudades de más de 8.000 habitantes. Había comenzado el abandono de los campos y la concentración de la población en los centros urbanos. Dicha concentración tenía, por cierto, un profundo significado social y moral. Los que se trasladaron a las ciudades, dejaron generalmente de ser dueños de sus viviendas. En 1900, como un ejemplo, tomado al azar, el noventa por ciento de la población de Manhat-

tan, eran inquilinos y no dueños de propiedades. Esto significa una inestabilidad, una falta de rai-gambre, que puede producir las peores consecuencias para la sociedad.

Para el conocimiento del catolicismo norteamericano, es indispensable este panorama de la organización social. Actualmente el ochenta por ciento de todos los católicos norteamericanos, calculados en unos 23.000.000, residen en las ciudades. Más adelante, notaremos los resultados de esta urbanización de la población católica, al estudiarsomeramente los efectos en la zona rural. El desarrollo desenfrenado del capitalismo norteamericano; la urbanización e industrialización de su vida, hicieron que la población católica sintiera con singular intensidad los efectos de este régimen. Los católicos formaron antes y todavía forman en su mayoría el proletariado del país. La minoría católica vivía pegada a lo peor del sistema capitalista. No es posible examinar la vida religiosa del país sin tomar en cuenta las circunstancias materiales que rodean a los que la profesan y que determinan la atmósfera que respiran. Un distinguido historiador de la Iglesia en Norte América, Theodore Maynard, afirma categóricamente que, «la verdad es que una vida católica saludable es apenas posible bajo el sistema capitalista». A los católicos se les han presentado el capitalismo muchas veces como el defensor de sus intereses, en nombre de una supuesta «estabilidad social». No pocos capitalistas han defendido a la Iglesia, a base de que representa un tradicionalismo fundamental que evitará que los obreros se alboroten. Estamos hablando, desde luego, del capitalismo liberal del siglo pasado, que no estaba atado o restringido por ningunas restricciones esenciales. El problema social que plantea este capitalismo en Estados Unidos es espeluznante. La cuestión del salario justo; el derecho a una vida decorosa y decente en el hogar, con oportunidades mínimas para la formación cabal de la familia; el derecho a garantías contra el desempleo, la vejez, los accidentes y demás incertidumbres de la vida son problemas que el capitalismo no ha podido resolver satisfactoriamente. ¿Ha dado el capitalismo libre y sin trabas, estas garantías a la inmensa masa de los hombres? Claro que no.

Hacia 1890 los Estados Unidos llegaron a su *Edad Dorada*. La sociedad americana no había sufrido ningún disloque fundamental desde la Guerra de Secesión. La crisis de 1873 no le había hecho cambiar de rumbo. Se aproximaba el período de la expansión ultramarina con la guerra contra España. El notable inglés, James Bryce, estudió esta época de la vida americana en su *American Common wealth*, la mejor obra sobre los Estados Unidos desde Tocqueville con *La Démocratie en Amérique*. Los Estados Unidos no había alcan-

zado todavía su madurez. Estaba todavía en un estado de frenesí juvenil. No sería hasta mucho más tarde, en 1928, que André Siegfried pudo escribir otro libro sobre los Estados Unidos, llamado, *America comes of Age*. América llega a su mayoría de edad.

Para el estudio y conocimiento de la doctrina social en acción y la difusión alcanzada por las ideas de las Encíclicas, es útil que tengamos en cuenta ciertos factores fundamentales que pueden resumirse en la siguiente forma y que pueden servir de base para el breve estudio del problema sindical y rural:

I.—La inmensa mayoría de la población católica de los Estados Unidos es urbana, proletaria e industrial y, por lo tanto, sujeta en una forma muy directa a las consecuencias del sistema económico imperante.

II.—Esta población católica está compuesta en gran parte por elementos europeos relativamente recién llegados, que, durante la segunda mitad del siglo XIX, no había adquirido la formación intelectual necesaria para servir de instrumentos de difusión de las ideas sociales católicas. La falta de instrucción, el desconocimiento de la lengua inglesa y la extrañeza del medio, hacían que muchos inmigrantes católicos no influyesen para nada en las determinaciones sociales del país.

III.—Durante la mayor parte del siglo XIX, debido a su situación de minoría la Iglesia Católica a duras penas podía difundir su doctrina entre los obreros, donde convivían católicos y no católicos. Cualquier esfuerzo hacia este fin, hubiera sido mirado con recelo y desconfianza. La tradición de que las iglesias no se metían en cosas económicas estaba arraigada y obraba en contra de una participación más activa del catolicismo como tal en los movimientos tendientes a mejorar la suerte de las masas proletarias.

IV.—Los mismos católicos, muy a menudo, vivían indiferentes al alcance de su propia doctrina social. O la ignoraban o no la hacían caso para aplicarla a los problemas inmediatos de la vida económica estadounidense. Algunos católicos no solamente eran indiferentes, sino hostiles a la idea de que la Iglesia difundiese una doctrina que buscaba una modificación social de importancia.

V.—Durante muchos años, la Iglesia se veía obligada a dedicar la mayor parte de su atención a los problemas apremiantes espirituales de los fieles. No había un clero habilitado para otro tipo de labor. La invasión migratoria planteó un problema tan grave que la Iglesia tenía que prestar atención preferente a la salvación de las almas de millones de campesinos europeos que, de repente, se hallaban introducidos en un medio industrial donde era muy fácil que se descarrilasen. Solamente entrado el siglo XX, pudo la Iglesia dedicarse con más

ahinco a abogar por una sociedad cristiana adecuada y diseminar el conocimiento de sus propias enseñanzas sociales.

Estos puntos resumen brevemente algunos de los factores *sine qua non* para interpretación de la realidad social católica en Estados Unidos. Tendremos ocasión ahora de estudiar cómo es que la Iglesia ha reaccionado ante el problema sindical y qué papel ha desempeñado en las luchas gremiales e industriales que con harta frecuencia han perturbado la vida nacional.

III

EL CATOLICISMO Y EL PROBLEMA SINDICAL

En 1919 los obispos de los Estados Unidos lanzaron un programa amplio de sugerencias para la reforma social, señalando la necesidad que había con la terminación de la guerra, de fijar rumbos para el mejoramiento de las masas de la población. El programa episcopal contenía once proposiciones, muchas de las cuales estaban directamente relacionadas con el problema obrero. Entre éstas figuraban:

- 1.—Legislación sobre el salario mínimo.
- 2.—Sistema de seguros contra la cesantía, las enfermedades, la incapacidad para trabajar y la vejez.
- 3.—Una edad mínima de diez y seis años para menores en el trabajo.
- 4.—El cumplimiento legal del derecho de organización de los trabajadores.
- 5.—Continuación de las medidas de guerra para el arreglo de conflictos entre patrones y obreros.
- 6.—Un servicio nacional para facilitar el empleo.
- 7.—Viviendas construídas con fondos públicos para la clase obrera.
- 8.—Evitar la reducción de los jornales de guerra y un programa bien elaborado para aumentarlos.
- 9.—Evitar las ganancias excesivas.
- 10.—Participación de los trabajadores en la dirección de las empresas y una distribución más amplia y equitativa de esta dirección por medio de empresas colectivas.
- 11.—Control efectivo de los monopolios.

Así esbozado rápidamente, observamos que el programa preconizado por la Jerarquía norteamericana incluía una actitud sumamente moderna y a tono con las enseñanzas de la Iglesia y las grandes exigencias de bienestar nacional. Los obispos fueron acusados de un radicalismo rayano ya en comunismo. Algunas voces vieron en este programa mínimo una influencia anti-cristiana. Ciñéndose estrictamente a las enseñanzas pontificias, la Jerarquía estableció una formidable base de acción. Notable es que, con una sola excepción, todas las

medidas así sugeridas, en mayor o menor grado, han sido incorporadas a la legislación social nacional. Nada atestigua más elocuentemente la visión social, la contemporaneidad de actitud y la plena conciencia de las necesidades humanas que anima a los prelados norteamericanos.

Este programa puede considerarse el punto de partida de la labor realizada durante los últimos 25 años. En 1920 se fundó permanentemente la «*National Catholic Welfare Conference*», cuya división de Acción Social ha tenido una influencia decisiva en la difusión de las enseñanzas sociales. Además de sus estudios de problemas específicos en que se ha arrojado mucha luz sobre cuestiones como la cesantía, el arbitraje y las reformas indispensables, esta sección organiza con perfecta regularidad congresos e institutos para el estudio de los problemas industriales y publica con frecuencia investigaciones acerca de las relaciones entre patrones y obreros en diversas industrias. Desempeña una función vitalísima que es formular un criterio firme sobre muchos aspectos de legislación y de medidas pendientes ante el Congreso Nacional.

Pero lo más importante en todo este panorama del catolicismo ante los problemas industriales es la extraordinaria cordialidad con que la Iglesia y las grandes federaciones de sindicatos han logrado mantener sus relaciones. Huelga decir que en los Estados Unidos, el problema capital para la Iglesia no ha sido el socialismo. Durante algunos años, después de 1920, el movimiento socialista adquirió momentáneamente cierta importancia. Pero en ningún instante ha sido el socialismo una tendencia de importancia mayor. En 1919, por ejemplo, el Partido Socialista tenía 100.000 miembros. En 1921, el número había bajado a 10.000. En las elecciones, sus candidatos han sacado un mínimo de votos. El Partido Comunista tampoco representa un elemento influyente y para los efectos del estudio de la evolución de la vida industrial, puede fácilmente descartarse.

La Iglesia católica, como hemos notado, ha mantenido relaciones de estrecha compenetración con los gremios obreros. Las dos organizaciones principales que existen actualmente son la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales, mejor conocido por el nombre del CIO. Estas dos entidades son las más poderosas en la nación y abarcan entre sus afiliados a millones de los trabajadores organizados de los Estados Unidos. En general, se ha conceptuado a la Federación Americana del Trabajo como más conservadora que la CIO que surgió en los últimos años y que ha logrado imponerse de una manera extraordinaria entre muchos grupos de obreros. Con ambas organizaciones, la Iglesia ha entrado en tratos cordialísimos. El Presidente de la CIO, falsamente acusado de comunisante, es Philip Murray,

católico práctico que se ha destacado por su devoción a la causa de la religión. El Secretario de la CIO, con sede en Washington, James Carey, es igualmente católico. George Meany, Secretario de la Federación Americana del Trabajo es católico, como lo es también Frank Fenton, Director de organización de la Federación Americana del Trabajo. Matt Woll, Vice Presidente de la Federación, profesa la fe católica y el Secretario auxiliar de Trabajo de los Estados Unidos, Dan Tracy, también lo es. Sería ocioso pretender enumerar todas las figuras de primera importancia en el movimiento obrerista que son católicos militantes. Lo que queremos dejar bien sentado es que entre el catolicismo y el movimiento, tal como se ha desarrollado en los Estados Unidos, no ha habido absolutamente ninguna motivo de distanciamiento o de discrepancia. La Iglesia en todos los momentos ha comprendido las legítimas aspiraciones de las clases obreras, las ha alentado, y como dijo el gran Cardenal Mundelein, de Chicago: «¿Qué sería de la Iglesia sin los obreros? Son ellos quienes fabrican nuestras iglesias, quienes hacen posible la labor de las misiones y que dan sus hijos para nuestro sacerdocio».

La historia de la participación de elementos del clero y de la Jerarquía en litigios industriales es una de las páginas más interesantes del desarrollo de la conciencia social católica en los Estados Unidos. Citemos solamente algunos casos que ilustren este aspecto de la cuestión.

Una de las figuras más atrayentes del movimiento obrero norteamericano de los primeros años del siglo actual, fué John Mitchell, presidente de la *United Mine Workers*, durante la huelga de 1902, una de las más sonadas que ha agitado la vida industrial de la nación. En 1907 ingresó en la Iglesia Católica, después de haber tenido contacto durante muchos años con elementos del clero que le ayudaron activamente en su labor de organización. Durante la célebre huelga a que hicimos referencia, Mitchell contaba con el apoyo decidido del Obispo Michael J. Hoban, de Scranton, el padre John J. Curran de Wilkes Barre y de otros sacerdotes, párrocos en centros poblados por obreros en las minas de carbón. Varios de estos sacerdotes participaron directamente en la huelga con el beneplácito de sus obispos, instando a los huelguistas que perseverasen hasta obtener las condiciones que pedían. Cuando se propuso el nombramiento de una comisión encargada de llegar a una solución, los obreros solicitaron del Presidente Theodore Roosevelt la designación de un miembro del clero católico. El Obispo Spalding, de Peoria, fué nombrado para esta función. Un segundo caso es la huelga textil en Massachusetts en 1912. La situación de los obreros era tan grave que el Cardenal O'Connell en su autobiografía afirma que los jornales que percibían no daban siquiera para un nivel de subsis-

tencia. Dos sacerdotes se distinguieron en este conflicto, el Padre McDonado, que había sido él mismo obrero textil y el Padre Milanese, colaborando ambos con los elementos huelguistas. En la huelga de la industria del acero de 1919, una de las más tremendas que ha conocido el país, el clero estaba presente. William Z. Foster, jefe comunista y varias veces candidato del partido a la presidencia, dice en su libro *The Steel Strike and its lessons*, afirma que la orientación del Padre Adalbert Cazinzy fué uno de los elementos de ayuda más poderosa para lograr los fines de la huelga. Cuando los patronos trataron de conseguir que el Obispo Canevin, de Pittsburgh, redujese al silencio a este enérgico sacerdote, el prelado rehusó rotundamente. Monseñor Timothy Dempsey, de San Luis, fué otro sacerdote que dedicó años de su vida a intervenir en el arreglo pacífico de litigios industriales. El Padre Frederic Sidenberg, de Detroit, sacerdote de la Compañía de Jesús, ha servido infinidad de veces como árbitro en disputas entre obreros y patronos. Tan valiosa ha sido la colaboración de obispos y clero en todo lo relacionado con este aspecto de la vida nacional, que Hugh Johnson, administrador de la comisión llamada *National Labor Relation Board*, pudo afirmar en 1935 que «en los primeros años de la junta, no tuve una cooperación más entusiasta ni un apoyo más decidido que los de los obispos, sacerdotes y profesores de las instituciones católicas».

Varias diócesis mantienen, por ejemplo, colegios o institutos superiores para obreros, en que se les forma en doctrina social y se les instruye en los elementos más indispensables para la protección de sus propios derechos. La prensa obrera católica es otro aspecto que merece atención, por su importancia y por la influencia que ejerce. Numerosos han sido los miembros del clero que han sido llamados por el gobierno a figurar en juntas de arbitraje. El nombre del Padre Boland, de Nueva York, es uno de los más distinguidos. Monseñor Francis Haas, actual obispo de Grand Rapids en Michigan, perteneció durante muchos años a varias comisiones nombradas directamente por el Presidente de los Estados Unidos. Una de sus últimas funciones antes de que fuese designado obispo, fué la presidencia de una junta para evitar la discriminación racial en las industrias bélicas. El arzobispo de San Francisco, Edward J. Hanna, ha prestado servicios como presidente de una junta de arbitraje en los conflictos surgidos entre los estibadores y demás obreros de los muelles en California.

No ha prosperado nunca en los Estados Unidos, la idea de sindicatos esencialmente confesionales, como los preconizados por el Sumo Pontífice en *Singulari Quadam*. El ambiente no ha sido propicio. Los católicos han sido alentados a formar parte de los gremios existentes, ejerciendo su influencia

benéfica para que no caigan en los errores del socialismo o el comunismo. El estado actual de las organizaciones obreras del país revela elocuentemente el éxito que esta táctica ha alcanzado.

IV

EL CATOLICISMO Y EL PROBLEMA RURAL

La Iglesia Católica siempre ha demostrado una solicitud especial para los que cultivan la tierra. El Excelentísimo Monseñor Cicognani, Delegado Apostólico a los Estados Unidos, en una colección de sermones y de discursos, afirma que: «en los veinte siglos de su existencia, la Iglesia Católica ha revelado siempre su predilección por los que labran la tierra y cuyos esfuerzos y trabajo significan tanto para el bienestar de todos». El interés de la Iglesia en todo lo relacionado con la agricultura encuentra testimonio elocuente en los conceptos sobre la propiedad vertidos repetidamente por los Papas en sus grandes Encíclicas. En 1891, León XIII escribió que «los hombres siempre trabajan mejor cuando trabajan lo que es suyo». En Enero de 1938, Pío XI en una alocución ante 2.500 sacerdotes rurales de Italia, dijo que «es laudable que os dediquéis a esta labor que es la espina dorsal del país». Bien lo dijo Benedicto XV en 1920 al decir en una carta al Obispo de Bergamo «que ningún miembro del clero imagine que semejante actividad (la agricultura) es ajena a su ministerio sacerdotal, so pretexto de que se trata de la vida económica, puesto que es precisamente en este terreno que la salud de las almas está en peligro».

En los Estados Unidos el problema adquiere proporciones alarmantes, debido a la decadencia de la agricultura, el traslado de las poblaciones a los centros urbanos y la industrialización misma de la agricultura. La Iglesia Católica norteamericana ha sido y sigue siendo esencialmente urbana. Su fuerza es la ciudad y no el campo; su clero en general realiza su labor dentro de los centros de más población, mientras que solamente el 20 por ciento, como se ha dicho en un artículo anterior, vive en la zona rural. La tragedia se revela al observar que hay en todos los estados de la Unión norteamericana, 2.952 condados, que es la unidad en que se dividen los estados. De este número total, solamente 1.022 cuenta con la presencia de un sacerdote. Quiere decir, que la Iglesia está menos capacitada en el campo para realizar su obra. Además, una de las hondas preocupaciones de la Iglesia norteamericana es la disminución de la natalidad, notada sobre todo en las ciudades. Algunas cifras revelarán la gravedad de este problema. Entre 1920 y 1938, por ejemplo, la natalidad del estado de Massachusetts, donde la mitad

de la población es católica, decayó de 23,4 a 13,8. En la ciudad de Nueva York, donde la tercera parte de la población es católica, pasó de 23,4 a 14,4. La revista *America* de los Padres Jesuitas, afirmó no hace mucho que «sin la vida rural, en unas dos generaciones, comenzaremos a cerrar una proporción elevada de nuestras parroquias urbanas». Quiere decir que la población rural hasta la fecha ha sido la más fecunda y la que ha asegurado que la población católica crezca. Ahora que la inmigración en gran escala ha cesado y la población se urbaniza, la Iglesia está frente al problema amenazante de una decaída progresiva en cuanto al número de los fieles.

El Excelentísimo Monseñor O'Hara, fundador de una de las organizaciones más interesantes del país, «*La Conferencia Católica sobre la Vida Rural*» resumió admirablemente el problema al decir: «La inmensa preocupación de la Iglesia Católica por la agricultura se deriva de la relación casi única que existe entre esta actividad económica y la institución central de la civilización cristiana: la familia». La decadencia de la familia norteamericana en muchos aspectos es un hecho innegable. Otra vez recurramos a algunas cifras que ilustran gráficamente el estado de las cosas. En 1921, por ejemplo, nacieron 3.000.000 de niños en los Estados Unidos; en 1924 el número había decaído a 2.900.000 y diez años más tarde a 2.300.000. El aumento en el número de personas de edad avanzada ha sido singularmente alto. Entre 1920 y 1930, el número de personas de más de 65 años de edad, aumentó en un 34 por ciento en todo el país y en un 50 por ciento en las ciudades. La transformación que se ha operado en el país en general ha sido alarmante. En 1810, para volver a principios del siglo pasado, había casi mil niños menores de cinco años por cada mil mujeres entre las edades de 16 y 64. En 1880 la proporción era de 350 y en la actualidad la cifra anda más o menos igual.

Sin querer atiborrar estas páginas de guarismos, notemos, sin embargo, que entre 1920 y 1930, unas 19.000.000 personas dejaron los campos para trasladarse a las ciudades, mientras que solamente unas 13.000.000 regresaron a los campos. Esta decadencia ha sido acelerada notablemente debido a las exigencias peculiares de la industria de guerra. El problema rural, que no es otro que mantener a la población campesina en su sitio y evitar esta deserción en masa hacia las ciudades, ha sido enfocado con valentía por la Iglesia. *La Conferencia Católica sobre la Vida Rural* incluye entre sus propósitos los siguientes: 1) Ofrecer facilidades a los católicos que viven en los campos y que carecen de ellas según sus necesidades. 2) conseguir que los católicos que actualmente viven en la zona rural se queden ahí. 3) promover la migración de un número mayor de católicos hacia los campos para

fortalecer así la posición de la Iglesia entre la población rural y alentar a los fieles a que se conviertan en cultivadores de la tierra; y 4) convertir a los no católicos en la zona rural, que actualmente carecen de ayuda espiritual y cuya suerte ha sido gravemente descuidada aún por las mismas sectas protestantes que existen entre ellos.

La Iglesia norteamericana, como se ha dicho, es débil en los campos. Fuera de algunas comunidades alemanas en el Medio Oeste, la población católica rural vive en un estado de relativo aislamiento. Este hecho de que los católicos norteamericanos sean en su mayoría abrumadoramente urbanos, influye en el prestigio de la Iglesia misma. Contribuye a que la Iglesia *se regionalice* y que en ciertas partes de la nación subsistan todos los viejos prejuicios y odios contra el catolicismo. La Iglesia predomina en Boston, Nueva York, Providence y las grandes ciudades. Ahí su vida es completa. En estados como Tennessee, Alabama, Arkansas o Florida, por ejemplo, el catolicismo es tan raro, entre los campesinos, como el budismo o el nudismo. En el estado de Rhode Island, por ejemplo, hay un católico por cada no católico. En Massachusetts y Connecticut, dos por cada cinco de otras religiones. En la Carolina del Norte, sin embargo, la población católica es tan exigua, que hay solamente un católico por cada 370 no católicos. El Obispo de Raleigh puede decir con razón que proporcionalmente hay más católicos en la China que en el estado de la Carolina del Norte.

El problema de la agricultura en los Estados Unidos es en parte un problema de las tierras, como lo es en todas partes del mundo. Aunque no encontremos en la *Quadragesimo Anno*, claras directivas con respecto a la agricultura, es indudable que el pensamiento del Sumo Pontífice va encaminado a exhortar a los fieles a que se apeguen a la tierra y se conviertan en dueños de ella. Como problema moral, ha sido enfocado como una cuestión de distribución equitativa de las tierras para que los agricultores dejen de ser meros peones agrícolas. Este es el problema en los Estados Unidos como en Hispano América. Aunque sus recursos son mayores y su extensión más grande, la agricultura norteamericana adolece de los mismos defectos que la de Hispano-América, guardando las proporciones y las diferencias ineludibles del medio. La mitad de los agricultores norteamericanos no poseen las tierras que cultivan. El peonaje es un fenómeno que sigue creciendo a la medida que se industrializa más el país. El número de los agricultores que han perdido sus fincas o granjas ha ido progresivamente en aumento durante los últimos cincuenta años, de un 25 por ciento a un 42

por ciento. La disminución del número de propietarios es una de las tendencias que mayor preocupación produce.

Puede ser que estas afirmaciones en cuanto a la creciente proletarización de los norteamericanos aparezca extraño cuando se considera la riqueza incalculable del país. Los Estados Unidos representan el 7 por ciento de la población de la tierra; el 6 por ciento de la tierra en sí, y el 45 por ciento de la riqueza del globo. Sin embargo, la distribución de esta inmensa riqueza es todavía deplorablemente deficiente. El famoso Senador La Follette hizo el cálculo una vez en la siguiente forma, tomando la cifra de 100 como la población total de los Estados Unidos, y 100 dólares como la riqueza total. ¿Cómo dividiríamos entonces esta riqueza para reflejar con exactitud el estado de las cosas en la actualidad? Este pequeño cuadro revelaría que una sola persona entre las cien, tendría \$ 59; un segundo individuo tendría \$ 9; 22 personas tendrían \$ 1.22 y los demás 76 cada una menos de 7 centavos.

Este juego de números demuestra gráficamente cuán graves es el problema económico estadounidense y cuán lejos está de una solución definitiva.

La Iglesia, por medio de sus agencias y organizaciones rurales, ha querido fomentar la creación de cooperativas agrícolas. En un *Manifiesto* lanzado públicamente, la *Conferencia Rural*, declaró que «las cooperativas agrícolas son necesarias. Si no fuera por ellas, el agricultor que dispone solamente de su propia familia en la empresa, se hallaría a merced de los económicamente poderosos en la sociedad». El movimiento cooperativista tiene, como se sabe, una larga historia en cuanto a sus relaciones con el catolicismo. El caso del Canadá es uno de los más brillantes. El desarrollo de las cooperativas en la provincia de Quebec y en la Nueva Escocia, demuestran el afán de la Iglesia en todo momento en colaborar en este tipo de organización económica.

En esta serie brevísima de artículos, hemos querido dar una visión de conjunto de la conciencia social católica que se ha desarrollado en los Estados Unidos, a pesar de que el catolicismo norteamericano vive perpetuamente «en minoría». Sin embargo, por las exigencias superiores del medio y de la industrialización, la Iglesia ha acometido con vigor el gravísimo problema social y está por lo menos en vía de realizar el aforismo de Monseñor von Ketteler, Obispo de Maguncia: «El hombre que conoce la cuestión social, conoce la edad en que vive; el hombre que la ignora, tanto el presente como el futuro se le presentan como enigmas».

EL RENACIMIENTO DE HOLANDA

Por *Luis C. D. JOOS*.

Para saber lo que sucede realmente en Holanda, no hay más remedio que ir allá. Pero, quien quiera entrar en Holanda (desde París) tendrá que bajarse cuatro veces del tren para dejarse registrar, para declarar el dinero que lleva, para hacer visar sus papeles... Por fin, uno se encuentra en la estación fronteriza de Roosendaal. En el armazón calcinado de un edificio de ladrillos hay funcionarios en uniforme negro que esperan. El francés sufre una especie de choque viendo aquellos hombres que recuerdan extrañamente a los S. S. Pero el león de sus gorras le tranquiliza a uno y su amabilidad le conquista de inmediato.

Luego comienza el interminable viaje hacia La Haya. Todos los puentes que hay más abajo del famoso de Nimega, están destruídos y el tren debe hacer un inmenso rodeo por esta última ciudad, cuyo centro se halla completamente arrasado.

Doquiera, estaciones en ruinas, casas destripadas, puentes demolidos. Pero doquiera también, los escombros han sido removidos y hay casas provisorias que nacen a la orilla de los canales.

EL HOLANDÉS NO RENUNCIA A SU CASA

En Nimega las calles parecen estar a algunos metros sobre el nivel verdadero del suelo. Es que los cimientos de las casas destruídas han sido quitados hasta el ras de los subterráneos. Los alojamientos provisionales (de un costo de cuatro a cinco mil florines) que se edifican cerca de allí, no son horribles barracones grises. Construídos de piedra ligera con tabiques de cestería (!) han sido blanqueados con cal y se ha pintado de verde los marcos de las ventanas. Aún en los días de infortunio, el holandés no quiere renunciar a su casa.

Ahora más que nunca, impresiona tal preocupación por estar bien alojados. Las ciudades holandesas se extienden horizontalmente, en pequeñas casas familiares, de manera que una aglomeración de cincuenta mil habitantes cubre con facilidad una superficie doble de la de una ciudad francesa de la misma importancia. Gracias a inmensas ventanas y colores alegres entra a esos departamentos tanta luz como es posible. Hoy, los millones de vidrios quebrados son irremplazables y la vida es menos grata detrás de los ventanales cerrados con tablas, palastro o cartón en el cual se han puesto pequeños fragmentos de vidrio recuperado de entre los escombros.

Sin embargo, estos inconvenientes pasajeros no pueden borrar la impresión de que el arte de la habitación ha sido llevado en Holanda a su grado más perfecto y de que nuestro ministerio de Reconstrucción haría bien en hacer estudiar sobre el terreno las realizaciones holandesas.

(1) Periódicamente, reproduciremos crónicas de corresponsales en viaje, de ideas afines a las nuestras, para que nuestros lectores puedan apreciar mejor el renacimiento europeo.

¿Cómo se vive en Holanda, en el otoño de 1945? Paseándome por las calles de Utrecht, La Haya y Bois-le-Duc, me sorprendí de la abundancia de los escaparates. Carne, queso, conservas y legumbres se amontonan en ellos. Pero, mirando más de cerca, comprobé que todos esos artículos estaban racionados. ¡Y era imposible comprarlos en el mercado negro! Las raciones son bastante parecidas a las de Francia; en veces, hasta un poco mayores. Por semana, alcanzan a cada uno: cien gramos de carne, 150 de margarina y otro tanto de mantequilla. Todo el mundo tiene derecho a leche y las distribuciones de pescado fresco, salado o en conserva (sobre todo arenques y sardinas) proporcionan un suplemento serio.

En la repartición de los víveres, las provincias de las dos Holandas, de Utrecht y de Gueldres están ligeramente favorecidas para combatir las consecuencias de la espantosa hambruna que en ellas reinó durante los últimos meses de la ocupación. A cuenta de sus bonos de racionamiento, la gente podía comprar entonces nada más que betarragas azucareras, raíces de tulipanes y cáscaras de papas. Las papas mismas estaban reservadas a los alemanes y a los miembros del N. S. B., partido colaboracionista. Por esa época, los alimentos alcanzaron precios fantásticos. A fines de Abril, por una papa se pagaban dos florines y cincuenta centavos (50 francos) y, a pesar de las balas alemanas y de las ametralladoras inglesas, los padres de familia hacían centenares de kilómetros sobre bicicletas con llantas de madera para buscar algunas legumbres en las regiones menos pobladas del Este.

Cuando se piensa que esa época horrorosa es de seis meses atrás, causa extrañeza el estado de salud de la población. Gracias al aprovisionamiento, muy estricto pero suficiente, los sobrevivientes han podido recuperar sus fuerzas con rapidez.

Mas las telas son aún escasas. En los barrios populosos es numerosa la gente que anda con vestimentas militares, sobre todo los niños, muchos de los cuales están aún descalzos a pesar de la estación avanzada.

UNA POLÍTICA MONETARIA DRACONIANA

El aprovisionamiento me dió en Utrecht un vale para frutas que me permitió comprar un kilo de uvas magníficas. Pagué por ellas un florín setenta centavos, es decir, treinta y cuatro francos. Y sin embargo, esas uvas provenían de las estufas de La Haya, cuyos gastos de explotación son muy grandes. El pan de ochocientos gramos, blanco como la nieve, cuesta veintiún centavos, equivalentes a 4,20 francos.

El gobierno ha podido obtener esta reducción de los precios, gracias a una política monetaria draconiana. El canje de los billetes ha alcanzado a casi la totalidad de ellos, con la excepción de los de diez florines. Después de una semana, los salarios fueron pagados normalmente y los comerciantes obtuvieron cien florines por semana. Por lo demás, todos los capitales están bloqueados; sólo los giros por cheques postales o bancarios son posibles.

Se puede afirmar que el experimento monetario holandés ha tenido éxito. Vuelve la confianza en el florín y por todas partes reaparecen las piezas de plata, aunque el florín no haya alcanzado aún su antiguo valor.

Acá y acullá se deja sentir una débil reacción del mercado negro (incomparablemente menos importante que en Francia), pero la repugnancia de los holandeses por comprar «a la negra» lo mantiene dentro de límites estrechos. En efecto, la victoria sobre la crisis en Holanda es, ante todo, una cuestión psicológica.

Holanda ha perdido el 40% de su industria, el 20% de su producción, el 67% de sus cerdos, el 87% de su volatería, el 50% de su flota y el 40% de sus habitaciones. El 10% de su población puede clasificarse como damnificada totalmente. Con todo, de los pueblos liberados éste es, quizás, el que presenta un aspecto más animador. He aquí algo que prueba que la fuerza de alma de una nación puede vencer las peores dificultades materiales.

Durante la ocupación, los habitantes de las provincias orientales se condenaron voluntariamente al hambre al organizar, a pedido de la Resistencia, la huelga de los ferrocarriles. Hoy, ellos se dedican con la misma energía a la reconstrucción de su país devastado.

PROTESTANTES Y CATÓLICOS

Quizás no sea vano recordar que el pueblo holandés es profundamente religioso. El dualismo entre reformados y católicos, lejos de debilitar el sentimiento religioso, lo ha intensificado.

En el sur del país, los católicos forman un bloque extremadamente poderoso, cuya importancia aumenta sin cesar. Debido a que las familias católicas han sido más prolíficas en el país, antaño exclusivamente protestante, se cuenta hoy un 40% de católicos (2).

Del lado católico, como del protestante, una serie de comunidades fuertemente constituidas se insertan entre el individuo y el Estado. La familia, la parroquia, la comuna, el club, la organización profesional constituyen otros tantos cuadros de la sociedad. En lugar de ser una polvareda de individuos, Holanda es una unidad orgánica.

La libertad personal no se ve por ello amenazada, sino todo lo contrario: los cuerpos sociales jerarquizados impiden un colectivismo que, él sí, tendería a hacerse autoritario.

UN NIVEL MORAL ELEVADO

Por otra parte, la influencia moralizadora de la sociedad organizada es incontestable. Se hace difícil anotar únicamente en el haber de la conciencia individual la negativa a comprar en el mercado negro, a menudo expresada. Esta honradez tiene, sin duda, sus relaciones con el temor del individuo a desmerecer ante su grupo social.

No querría, sin embargo, pintar el rostro de una Holanda idílica, poblada por seres perfectos. Aún diría que algunos holandeses se quejan de la pereza de la generación joven, de los errores de la depuración y de la autoridad militar, de la disminución de los nacimientos (a pesar de que Holanda tiene todavía uno de los porcentajes de natalidad más altos de Europa) y del mercado negro que se hace sentir débilmente en los grandes puertos y en las provincias del sur, largo tiempo ocupadas por tropas extranjeras que disponían de las amplias raciones del soldado.

Pero, en comparación de Bélgica, Francia, Italia o España, el nivel moral de Holanda me parece elevado en extremo; su actitud no puede compararse sino a la de los ingleses frente a las privaciones.

PROBLEMAS ACTUALES

Las medidas financieras draconianas y la dictadura de hecho del «militair gezag» (autoridad militar) en las regiones devastadas, no han sido posibles sino gracias a la con-

(2) El 34% de los electores, el 40% de los estudiantes y el 50% de los alumnos de las escuelas primarias son católicos.

fianza total que se tiene en la corona. Aún los comunistas lo han admitido sin discusión, al menos por el momento. El gobierno, resultado de la resistencia, es aceptado en conjunto, si bien ello no excluye en modo alguno las críticas.

En el plano de la política interior provoca discusiones la cuestión de las relaciones entre los partidos tradicionales y el movimiento popular neerlandés (Nederlandsche Volksbeweging) al cual pertenecen varios ministros. El movimiento ha entablado negociaciones con el partido socialista y el partido católico para ponerse de acuerdo sobre un programa mínimo de urgencia. Pero, como no parece que estas negociaciones conduzcan a algo, se ha formado, vistas las próximas elecciones, el proyecto de hacer salir de ese movimiento un grupo político que reuniría a todos los elementos jóvenes de origen católico o socialista humanista (3). El futuro dirá qué papel podrá desempeñar tal conglomerado frente a los antiguos partidos.

¿ES NECESARIO NEGOCIAR CON LOS INDONESIOS?

En el plano de la política exterior, el asunto de las Indias Orientales es el que ha animado los debates del Parlamento provisional compuesto por los diputados de 1940 y completado por los hombres de la resistencia. Ya se sabe que en las Indias neerlandesas la situación se presenta, más o menos, como en Indochina. Un gobierno indonesio, dirigido en un comienzo por el ingeniero javanés Soekarno, ha sido proclamado. ¿Es preciso, sí o no, negociar con él?

El antiguo gobernador general de las Indias Neerlandesas, Starkenborgh-Stachouwer, había preconizado una política fuerte y, al no obtener el asentimiento para ello, dió su dimisión.

El ministro Logeman rehúsa entenderse con Soekarno, que colaboró con los japoneses, pero estaría dispuesto a buscar las bases de un acuerdo con los elementos moderados del gobierno indonesio. Esta actitud parece muy rígida a los comunistas, que abogan por las negociaciones directas con Soekarno, aunque tal política constituya un reconocimiento de hecho del gobierno indonesio.

La tercera cuestión que, por fin, agita a los espíritus es ésta: ¿Serán anexados algunos territorios alemanes para compensar a Holanda de los perjuicios que le fueron infligidos por el enemigo? Decenas de folletos discuten el problema. Pero, a fin de cuentas, parece que la mayoría de los holandeses desea una rectificación de fronteras que elimine las salientes alemanas hacia el suelo holandés y compense en territorio todas las pérdidas sufridas por el hecho de la ocupación.

Holanda no quiere una expansión territorial espectacular. Encuentra mayores atractivos en un mejoramiento de las condiciones sociales e higiénicas que en la adquisición de grandes territorios. Busca la grandeza en la sabiduría.

(3) La formación del comité ejecutivo, fué anunciada el día 9 de Febrero, en noticia procedente de la Haya. (N. de la D.).

EL REGADÍO EN NUESTRA ECONOMÍA AGRÍCOLA

Por *Francisco A. PINTO S. C.*

I

Es un hecho cierto que el desenvolvimiento económico de un país necesita de una correlación entre la producción agrícola, minera e industrial. Chile, no obstante estar llamado por sus condiciones naturales a ser un país industrial, requiere igualmente de una eficiente producción agrícola que respalde el esfuerzo fabril.

Pues bien, nuestra producción agrícola ni se ha organizado ni desarrollado al mismo ritmo que la actividad industrial.

No es el caso de analizar en este trabajo todas las causas de nuestra deficiente economía agropecuaria. Se sabe ya que la producción es insuficiente, que no hay planificación en los cultivos, que los sistemas de explotación son rudimentarios, sin mecanización y con elevados costos, y que el elemento humano, o sea el trabajador agrícola, tiene, en general, pésimas condiciones de vida, que limitan su rendimiento económico. Sin embargo, hay un elemento que es esencial en el desarrollo agrícola y es el territorio disponible, que determina la extensión de los cultivos agropecuarios.

Ahora bien, las condiciones naturales de nuestro país son difíciles a este respecto. El régimen irregular de lluvias, la configuración irregular de los terrenos y el caudal variable de los ríos, hace que, en principio, sólo sea realmente aprovechable agrícolamente una reducida extensión del territorio. Estos elementos naturales adversos obligan a que el país, para hacer frente a las nuevas necesidades derivadas del crecimiento de población, obtenga por otros medios el aumento de los suelos agrícolas. El elemento determinante en esta acción es el Regadío Artificial, que, en el caso de Chile, constituye uno de los capítulos esenciales de una Política Agraria.

II

Hechas estas indicaciones previas, veamos entonces brevemente la acción desarrollada al respecto, para señalar después los puntos más importantes de una Política de Regadío.

En cuanto a lo hecho, podemos distinguir varios períodos.

A) La necesidad de desarrollar el regadío fué reconocida en nuestro país desde antiguo. Los primeros canales construídos en Chile datan de la época de los Incas, en el valle de Azapa, donde aún pueden observarse canales en los faldeos de los cerros y valles de esa región. En los albores de la República se inició la construcción del Canal del Maipo, obra propiciada por el Gobierno, la cual, sin embargo, por dificultades administrativas, debió ser terminada por particulares. Posteriormente, los hacendados de la región central, constituyeron diversas comunidades de agua o asociaciones y fueron así ejecutando, por esfuerzo privado, la mayoría de las obras de regadío de la época. Mediante éstas llegaron a regarse en el país a principios del presente siglo aproximadamente un millón de hectáreas.

Sin embargo, si relacionamos estos resultados,— que fueron evidentemente muy encomiables,— con las necesidades totales del país, tenemos que las obras de regadío no continuaron al ritmo deseado y necesario. Ejecutados ya los canales más indispensables y de costo prudente, los particulares no emprendieron nuevas obras de importancia. Podríamos entonces denominar a este primer período como el del esfuerzo de la Economía Privada.

B) En 1928 y después de transcurridos bastantes años, vino a darse forma a un nuevo concepto, de que el Estado tomara a su cargo el desarrollo de las obras de regadío. Se dictó al efecto la ley N.º 4445, que estableció el Depto. de Riego, dependiente del entonces Ministerio de Fomento, encargándose a dicho Departamento la ejecución de las obras, la de-

terminación de zonas de regadío obligatorio, el pago por los beneficiarios de parte del costo de los trabajos en condiciones favorables, y otras normas que no es del caso detallar.

Beneficios tangibles de la obra del Departamento de Riego son, en el Norte, los embalses del Río Grande, Cogotí, Recoleta y La Laguna. En la región Central, se construyeron y están desde hace tiempo en aprovechamiento los cuatro grandes canales del Mauco, Maule, Melado y del Laja, los cuales por sí solos riegan más de 100.000 hectáreas.

Sin embargo, si vamos relacionando también la obra ejecutada, en su verdadera proporción con las necesidades nacionales, veremos que ha sido absolutamente limitada e insuficiente y que sólo en estos últimos años hemos podido felicitarnos de medidas concretas de mejoramiento para el regadío.

En efecto,—y no obstante el interés del Departamento de Riego por adelantar su obra—, la verdad es que, por falta de iniciativas realizadoras, los trabajos de regadío no avanzaron como lo requería nuestro desenvolvimiento económico. En 1900 contábamos con una población de menos de tres millones de habitantes y disponíamos, según vimos, de un millón de hectáreas regadas. Hoy cuenta el país con más de cinco millones de individuos y sin embargo, su superficie regada se ha elevado en poco más de 200.000 hectáreas. O sea, que para un aumento de población de más o menos 75%, ha correspondido un aumento de sólo 20% en los terrenos agrícolaemente aprovechables.

Veamos a qué razones se han debido especialmente estos resultados limitados de la política de regadío. El Estado, por medio de su Departamento de Riego, había invertido hasta 1945 \$ 434.000.000 en 36 grandes obras, destinadas a regar, según acabamos de ver, 200.000 hectáreas. Sin embargo, ha sucedido, en primer lugar, que no obstante la enorme valorización que obtuvieron los propietarios de las tierras con motivo de dichas obras, el Estado no ha recuperado sino una mínima parte de los valores invertidos, los cuales le habrían permitido realizar nuevas obras.

Se ha producido entonces el contrasentido de que aquellos agricultores, a quienes tocó la suerte o lograron adquirir la calidad de tales, antes de la ejecución en su zona de una de las grandes obras de regadío del Estado, vieron valorizarse sus tierras en forma apreciable (1). Este beneficio resulta absolutamente injustificado, pues las sumas que deben pagar al Estado son mínimas y se cubren en condiciones tan favorables que, virtualmente, representan un verdadero obsequio para tales felices poseedores agrícolas. Afirmando lo anterior porque, desde luego, se restituyó al Fisco sólo una parte de los valores invertidos. De los \$ 434.000.000 que indicamos como gastados por el Estado, sólo se reembolsarán al Fisco \$ 194.000.000 (menos del 45%). Además, como según la ley, el servicio de las deudas comienza a hacerse al Estado a partir de la fecha de la entrega definitiva de las obras, resulta, en la práctica, que los propietarios siempre se dan maña para postergar dicha recepción definitiva.

Ha habido entonces de esta manera el absurdo económico de que los referidos propietarios se han beneficiado por una parte con la mayor producción de las tierras de secano que pasaron a ser de riego, y además, han ganado una plusvalía de sus propiedades, que se ha calculado en cerca de quinientos millones de pesos, sin considerar devaluación de la moneda ni otros elementos que han hecho aún más apreciable la utilidad para los agricultores,—el característico grupo que, en su mayoría, pontifica contra la intervención del Estado, cuando éste ha tratado por ejemplo de obligarlos a mejorar las pésimas viviendas o la alimentación de sus trabajadores.

Respecto al beneficio que representan las obras de regadío para la economía general, se ha hecho ver por informes técnicos responsables, que en los terrenos servidos por los canales del Maule y del Laja, el aumento de producción obtenido en el primer año después de la puesta en riego, representó un valor casi equivalente al costo total de las obras (2).

Agreguemos un segundo elemento, que ha limitado en buena parte los resultados de la acción del Departamento de Riego. Según la ley, correspondía al Estado realizar las obras mayores o primarias de regadío, o sea, los grandes embalses o tranques y los ca-

(1) Se señala el caso de algunas tierras de secano de la provincia de Coquimbo, las cuales por el hecho de pasar por ellas algunas canales derivados, llegaron a valer un precio 10 veces superior al que tenían antes de la ejecución de las obras.

(2) El Canal del Maule, con un costo de \$ 20.000.000, permitió un aumento del valor de la producción agrícola de \$ 16.000.000 anuales (Estadística 1940). El Canal del Laja costó \$ 16.000.000 y el aumento de la producción agrícola de la zona, que en parte era desierta, llegó a \$ 9.000.000 aproximadamente.

nales principales. Las obras secundarias, de canales menores, obras de distribución, desagües, etc., pensó la ley que las ejecutarían de buen grado los propietarios agrícolas beneficiados con los planes públicos de regadío. Sin embargo, la realidad fué otra. En parte apreciable los propietarios, o estimaron más conveniente aprovechar el beneficio de la plusvalía antes indicado, o retardaron la puesta en riego de los terrenos, con lo cual el sacrificio del Estado al ejecutar las grandes obras de embalses, no llegó a rendir los frutos esperados para la economía chilena.

Este segundo período de nuestra política de regadío, podríamos distinguirlo, entonces, con el nombre de Acción Pública, pero, agregándole el calificativo de estática o primaria. En efecto, organizado un sistema de ejecución de obras de regadío, que tranquilizaba por decirlo así la conciencia de los gobernantes de la época, y favorecía a los propietarios agrícolas, no hubo interés ni voluntad efectiva para realizar una acción de gran envergadura, que contemplara las verdaderas necesidades del país.

C) Una tercera etapa, caracterizada por obra efectiva en los problemas de regadío, comienza con la acción de la Corporación de Fomento de la Producción, y ha tenido su verdadero impulso el año recién pasado, 1945, con las iniciativas que analizaremos.

En efecto, al enfocar el problema del regadío en relación con las necesidades del país, pudo acreditarse que, del total de tierras regadas artificialmente, las tres cuartas partes se encuentran en las seis provincias centrales; en estas provincias el regadío benefició al 85% de las tierras agrícolas. Sin embargo, si consideramos, como ha de hacerse en una verdadera política, el total de las tierras cultivables del país, el regadío beneficia solamente al 5% de ellas. A este respecto cabría entonces formular una observación semejante a la planteada en cuanto al aprovechamiento de los recursos hidro-eléctricos chilenos. Así como asombra que el país y sus gobernantes permanecieran satisfechos con una producción de energía eléctrica, de sólo 400.000 Kws-Horas, cuando la Corporación de Fomento está hoy en vías de sextuplicarlas en pocos años más, igualmente asombra que, ante necesidades tan urgentes para el desarrollo agrícola, como las de regadío, sólo se realizaran obras que elevaron en un 20% la superficie regada, en circunstancia que la evolución del país requería de un 50% o más.

En esta nueva etapa de nuestra política de regadío, se asignó a la Corporación de Fomento la tarea de complementar la acción del mencionado Departamento de Riego, concediendo préstamos para la ejecución de canales secundarios, el mejoramiento de los sistemas de regadío, obras de aforo, defensa en las bocatomas, ejecución de tranques para el aprovechamiento de las aguas de noche, etc.

Cabe recordar también, a este respecto, que en el plan de electrificación, cuya ejecución está a cargo de la Corporación, se contempla el aprovechamiento de esta energía para el desarrollo de las obras de regadío mecánico, con el uso de las aguas subterráneas y de los cursos bajos de los ríos y lagos que no tengan aprovechamiento para riego gravitacional.

El segundo esfuerzo grande que vemos en esta etapa actual de nuestra política, es el Plan Extraordinario de Obras Públicas, cuya realización comenzó en 1945, y en el cual se consideran importantes obras de regadío.

Se ha contemplado, en efecto, en dicho Plan una inversión total de \$ 600.000.000, en cuotas de 120 millones anuales desde 1945 a 1950. Fuera de las obras ya ejecutadas el año recién pasado, el Decreto N.º 56, de 4 de Enero de 1946, que lleva las firmas del Presidente Ríos y de su ministro Frei, ha señalado la inversión y destinación de las sumas totales ya expresadas. En la realización del Plan de Obras Públicas se están ejecutando trabajos de importancia. En la provincia de Tarapacá, el regadío de los valles Azapa, Lluta y otros en Arica y en las quebradas y Pampa de Tamarugal. Se terminarán los canales alimentadores de los tranques Recoleta y Cogotí, que entrarán así a servir cerca de 25.000 hectáreas. Con las inversiones efectuadas se terminarán, entre el presente año y 1947, los embalses de Bulileo, Tutuven y del Planchón y los canales Allipén y Quepe, obras que, en conjunto, permitirán regar cerca de 95.000 hectáreas más. Se iniciaron además en 1945 las obras del Canal Bío-Bío Sur y del embalse de la laguna del Maule, las cuales, una vez terminadas, aumentarán en una cifra casi igual a la indicada la superficie regable (3).

(3) Fuera de las indicadas se han ya contratado otras obras, como el embalse del río Yeso, los canales San Rafael, Chillán y Putaendo, el regadío de Putaján, Melozal, Loncomilla, Quellón, Santa Juana, Temuco, Toltén y Negrete, y el saneamiento de Lumaco y Alquintué.

El total de las obras contratadas o en ejecución para el año en curso (1946), representan un total de 117.000 hectáreas nuevas regadas y 177.000 más que se regularizan o mejoran.

Pero a los esfuerzos de este actual período de nuestra política de regadío, hay que agregar uno muy importante. El es el proyecto de ley sobre FONDO DE REGADÍO, enviado al Congreso por el Ejecutivo a poco de haberse designado Ministro de Obras Públicas a don Eduardo Frei. El ministro, hombre dinámico y de visión, luchó tesoneramente en la Cámara de Diputados para su pronto despacho y es de esperar que su reciente sucesor demuestre el mismo interés en llevar adelante dicho proyecto.

Las ideas matrices de la nueva legislación son de una definida importancia para realizar las obras de regadío que necesita el país. Se crea, por una parte, un mecanismo económico que permitirá la ejecución de grandes obras y por otra, se suprimen los defectos e inconsecuencias del régimen que había venido empleándose durante los últimos quince años.

El Estado, con cargo a los recursos del llamado Fondo de Regadío,— y que según veremos a continuación son abundantes—, hará todas las obras necesarias para el riego de una determinada zona, desde los grandes tranques y los canales primarios hasta los canales secundarios, marcos y obras de distribución, desagües, etc. A este respecto deberá contemplar incluso aquellas obras que sin ser propiamente accesorias del riego, como ser cierros, casas de inquilinos, etc., llegan a constituir un gasto obligado cuando un terreno antes de seco pasa a ser regado y es destinado entonces a una producción diferente e intensiva.

Ahora bien, aquellos propietarios de la región beneficiada con las obras recién indicadas, es justo e indispensable que paguen el valor comercial de ellas, con el fin de que el Estado pueda, con tales fondos, proseguir habilitando de obras de regadío a otras zonas del país.

Este pago se opera de la manera siguiente. Todas las propiedades incultivadas o cultivadas de rulo, comprendidas en la zona que será objeto del proyecto de regadío, quedan expropiadas para los efectos de su «puesta en riego», o sea, su habilitación con canales de distribución, marcos, tranques reguladores, cercos, etc. Los propietarios, que antes disponían solamente de terrenos de seco, pueden optar, entonces, o por el pago en dinero efectivo de los inmuebles expropiados, o recibiendo en pago una superficie de terrenos regados, — que él mismo podrá escoger,—cuya superficie sea de un valor equivalente al total de los terrenos de seco entregados, incluyendo sus obras de puesta en riego, previas ciertas deducciones.

De esta manera, como lo dice el Mensaje del Ejecutivo, el propietario entrega una parte de sus terrenos de seco, cuyo valor equivalga al de la deuda de riego que corresponda al terreno que él mismo conserva. Así queda éste con su terreno regado, listo para el cultivo y sin deuda de riego y el Estado por su parte pasa a disponer de cierta superficie de terrenos también regados, que podrá vender en pública subasta para incrementar con su producto el «Fondo de Regadío» y construir nuevas obras. Para este efecto, una vez terminadas las obras de habilitación se asignará a los terrenos un valor comercial mínimo, que considere la nueva rentabilidad que han adquirido los mismos por las obras de riego, ya que es suficientemente conocida la diferencia de rendimiento que tiene un terreno de seco de uno regado. Descontadas las superficies que recibirán los antiguos propietarios, el saldo se venderá en pública subasta, dividido en lotes cuya cabida fijará el Reglamento y cuyos precios se pagarán o al contado, caso en que gozarán de un descuento del 20%, o a 5 años plazo, con un descuento del 10%, o por último, a largo plazo, con 10% al contado y el resto en cuotas anuales con el interés correspondiente.

Veamos ahora sucintamente, cómo está constituido el Fondo de Regadío, o sea, los recursos que permitirán cubrir el costo de las obras.

El referido Fondo se forma, en primer lugar, con el aporte anual por el Estado de la cuota fijada para estas obras en la ley 8080, y que alcanza a 120 millones durante 5 años, y después, con una cuota igual, que deberá contemplar el Presupuesto. Un país como Chile, que tiene el mal criterio de gastar anualmente (1945) más de 1.500 millones de pesos en sus Fuerzas Armadas, es de esperar que pueda seguir destinando 120 millones a obras eminentemente útiles y reproductivas, como son las de regadío (4).

(4) En 1945 fueron gastados 1.650 millones de pesos por el Ministerio de Defensa Nacional y 582 por el de Obras Públicas y Vías de Comunicación. (N. de la D).

En segundo lugar, ingresan al Fondo de Regadío las entradas que se produzcan por el pago de las deudas de riego de la ley 4445, de 1928. Se calcula que por este concepto puede el Estado recuperar aproximadamente \$ 9.000.000 anuales, pues, el nuevo proyecto pone fin a la situación anómala que anotábamos en el párrafo B) anterior, estableciendo al efecto que, aunque no haya existido la recepción definitiva de las obras,—que por diversas artimañas retardaban los agricultores,—las deudas deben comenzar a servirse tan pronto como se hayan enterado tres años de explotación provisoria, que, en la mayoría de los casos, significa el goce pleno de las obras de riego.

Finalmente, el Fondo de Regadío se incrementará con el producto de la venta de los terrenos que los propietarios entregarán al Fisco en pago de la fracción de su propiedad que les quedará regada y lista para el cultivo.

III

El breve análisis precedente nos da una idea general de la importancia que reviste el problema del regadío para nuestra economía agrícola,—nos demuestra los diversos criterios que han imperado y el mayor o menor tesón que los gobernantes han puesto para solucionarlo. Será interesante recordar el hecho de que se necesitaron más de 15 años de aplicación de la ley 4445,— que producía la injustificada plusvalía para los propietarios agrícolas que anotábamos al comenzar,— para que un ministro joven y con visión de estadista, prohijara la urgente dictación de una ley, que, poniendo término a tales anomalías, establezca un sistema nuevo y técnicamente eficaz para realizar una verdadera acción al respecto.

Con las mismas observaciones precedentes podemos señalar entonces, como conclusión, los objetivos esenciales de una Política de Regadío. Ellos son:

a) El desarrollo y ampliación progresiva de las obras de regadío, por estar directamente ligadas con ellas la expansión de los cultivos agrícolas, y por ser un imperativo ineludible ante las condiciones naturales del país.

b) La distribución de las obras de riego al través de todo el territorio en que haya posibilidades agrícolas, sin consideraciones regionales o políticas, a fin de hacer variar la cifra estadística señalada, de que hay provincias con el 85% de sus tierras regadas, pero, que en el total del país, el riego sólo beneficia al 5% de las tierras agrícolaemente aprovechables.

c) La realización de las obras de regadío, tanto primarias como secundarias, por parte del Estado, en atención a la importancia que representan para la economía general del país, porque su ejecución requiere especialización técnica, unidad de acción y recursos de los cuales corrientemente sólo dispone el Estado.

Una buena creación al respecto la constituye nuestro Departamento de Riego, sección del Ministerio de Vías y Obras Públicas, sobre la condición de que disponga de los recursos necesarios para ejecutar las obras y se obtenga una simplificación en su rodaje administrativo, sobre todo en el caso de que las obras sean tan completas como para incluir la habilitación de canales de distribución, marcos, cercos, etc., que requieren una atención expedita y sobre todo rápida.

d) La destinación de recursos económicos y de los materiales y elementos necesarios para la realización de las obras de regadío. Vimos ya que, en cuanto a recursos, el proyecto sobre Fondo de Regadío, previene un sistema económico que permitirá disponer de dineros suficientes, como que se ha calculado que, en el plazo de 25 años, el Estado estará en posesión de recursos apreciables, por cuanto habría recuperado el valor total de las obras ejecutadas, (con las cuales se habrían regado ya 600.000 hectáreas) y le quedarían aún por percibir los pagos de las últimas realizadas.

La disponibilidad de materiales y elementos técnicos para la ejecución de las obras es igualmente importante. No sería posible adelantar en un plan de regadío si escasea, por ejemplo, el cemento para las obras de represamiento o embalse, o si debiéramos postergar el uso de maquinaria moderna, de aquella que ha permitido realizar en forma rápida y económica las obras del Boulder Damm o de la Tennessee Valley Authority en los Estados Unidos.

e) La recuperación rápida por parte del Estado de los dineros gastados en las obras de riego, con el fin de poder invertirlos en nuevos planes, que permitan aumentar progre-

sivamente los terrenos cultivables. Esta restitución, que deben hacer los particulares beneficiados, podrá ser en dinero o en tierras y considerará no sólo el valor de las obras, sino también el beneficio o valorización que para los productores significa el transformar terrenos de secano en tierras regadas y aptas de inmediato para el cultivo. Ejemplo de restitución rápida podemos señalar en las normas analizadas del proyecto de ley sobre Fondo de Regadío.

f) Debe desarrollarse una acción complementaria de la labor del Estado en las grandes obras de riego, con una del tipo de la que ha prestado en Chile la Corporación de Fomento de la Producción. Al través de créditos y atención técnica, en lo que respecta a mejoramiento de los sistemas de regadío, obras de aforo, construcción de tranques, etc, pueden obtenerse espléndidos resultados. Un capítulo especial sobre esta materia lo constituye el desarrollo en el Plan Eléctrico, del Regadío mecánico que significa el aprovechamiento de todas aquellas aguas que no es posible usar para riego gravitacional.

Por último, en este punto de la acción complementaria de la labor estatal, cabe señalar la necesidad de divulgar aquellas normas sobre mejor aprovechamiento del agua, esto es, de que ella se emplee en primer lugar en forma racional, de acuerdo con la naturaleza de los suelos y las necesidades de los cultivos. Para fijar el volumen de riegos se ha tomado hasta hoy en Chile una pauta única ($1\frac{1}{2}$ litros por segundo y por hectárea), lo cual en muchos casos, significa un derroche de agua. Además, es norma casi general que, para fijar las necesidades de riego, se consideran solamente las aguas aprovechables durante el día, sin tomar en cuenta las de noche, las cuales salvo en los contados casos—como el valle del Maipo—en que se ha generalizado el uso de tranques, se dejan escurrir sin beneficio alguno. Lo anterior significa un uso anti-económico de las aguas de regadío, que obliga, ante la mayor demanda durante el día, a mantener servicios de turnos y distribución, que representan un recargo en los costos de la producción agrícola.



PANORAMA INTERNACIONAL

PRIMERA REUNION EN LA ONU

Durante más de un mes han estado reunidos en Londres los representantes de los 51 países que forman la Organización de las Naciones Unidas. El niño dado a luz en San Francisco está ofreciendo sus primeras demostraciones de vitalidad. Aun cuando el objetivo mismo de la reunión era de un carácter meramente burocrático, ya que se trataba de la organización misma de los diversos servicios de la nueva Liga de Naciones, las delegaciones del Irán y, sobre todo de la URSS, quisieron que la Carta de San Francisco sufriera su primera prueba de fuego. Y mal pese a los pesimistas, es preciso reconocer que el niño recién nacido salió airoso de la prueba.

Se inició la reunión con los ya tradicionales discursos de los 51 jefes de delegación. La guerra parece no haber terminado con la verborrea diplomática de los años anteriores a 1939. Fuera de algunas escasas y sesudas reflexiones, los discursos parecieron destinados más a servir fines de política interna de los respectivos Gobiernos, que a contribuir a dilucidar los graves problemas del mundo presente. Si la ONU quisiera ganar tiempo—y bastante lo necesita—podría pedir a los delegados extranjeros que se contentaran con hacer imprimir sus discursos, dejándolos en libertad para hacerlos publicar en sus respectivos países.

Se produjeron en seguida sucesivas elecciones para integrar los diversos órganos de las Naciones Unidas: el Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social y la Corte Internacional de Justicia y se adoptaron numerosas reglas de procedimientos y resoluciones sobre la marcha futura de estos diversos cuerpos de la Organización general. Debemos anotar la importancia que se atribuyó a los países latino-americanos al integrar estos Consejos. En el de Seguridad, se encuentran Brasil y México, países que contribuyeron en forma activa en la última guerra mundial. En el importantísimo Consejo que se ocupará de los problemas económicos y sociales, incluso la protección de los derechos del hombre, los países latino-americanos estarán representados por Chile, Perú, Cuba y Colombia; y en el más alto Tribunal de Justicia del mundo resultaron elegidos un chileno, un brasileño, un mexicano y un salvadoreño. La América Latina está tomando así el lugar que le corresponde en la nueva Organización Internacional y ha abandonado el papel de pariente pobre que le fuera impuesto durante muchos años en la vieja Liga de Naciones. Chile, especialmente, ha sido honrado con la confianza de los Gobiernos de éste y de los otros Continentes y ha contraído, con su presencia, en dos de los importantes órganos, grandes obligaciones con las Naciones Unidas.

Pero esta primera sesión que hubiera debido tener un carácter meramente constitutivo, fué agitada, como decíamos antes, por tres graves problemas de carácter político. Y hay que agradecer a las delegaciones que los plantearon, porque sirvieron para demostrar que la institución no estaba fundada en la arena y tenía una solidez superior a la que muchos creían. No hubiera sido tampoco sensato que en un mundo sacudido por violentos problemas de carácter político, social y económico, la Organización mundial los hubiera ignorado, de-

dicando sus deliberaciones a discusiones abstractas. Hicieron bien el Irán, la Unión Soviética y Ucrania al plantear los problemas de Azerbaidjan, de Grecia y de la Indonesia.

El primero fué resuelto mediante un compromiso. Se aceptó la tesis rusa de las negociaciones directas entre Teherán y Moscú; pero se dejó establecido, al propio tiempo, que el Consejo de Seguridad debería permanecer informado del progreso de aquellas conversaciones. Sensata resolución que si bien no satisfizo completamente a ninguna de las partes, tampoco dejó de ser aceptable para ellas. No se eludió el estudio de un problema grave e importante, sino que se buscó la mejor forma de solucionarlo.

La Unión Soviética, por conducto del Comisario Vychinski, que demostró no haber perdido ninguna de sus terribles facultades de oratoria que lo hicieron famoso otrora como fiscal en los procesos de Moscú, planteó el problema de la ocupación de Grecia por tropas inglesas que, a su juicio, significaba una amenaza para la paz del mundo. El primero en protestar por esta afirmación fué el propio Gobierno griego y con no menos vehemencia respondió Mr. Bevin. Es de anotar, al pasar, que desde el reemplazo del conservador Eden por el socialista Bevin en el Foreign Office las relaciones entre Londres y Moscú sufren de manifiesta falta de cordialidad. Después de un amplio debate, en que el Delegado soviético quedó en manifiesta minoría, se llegó también a una fórmula si no de transacción por lo menos aceptable para los señores Bevin y Vychinski. El Consejo de Seguridad constató que la presencia de tropas británicas en Grecia no significaba un peligro para la paz del mundo; pero tomó nota de la decisión británica de retirar lo antes posible su ejército de ocupación.

Finalmente, el viejo colaborador directo de Lenin y antiguo Presidente de la Internacional comunista, el temido Dimitry Manuisky, Ministro de Relaciones Exteriores de Ucrania, abordó con entusiasmo el problema indonesio, pidiendo la designación de un Comité investigador que se trasladaría a Java. Las potencias coloniales y sus satélites estuvieron en contra de la proposición, que sólo fué apoyada por la Unión Soviética y su único satélite en el Consejo, Polonia. Se desechó la iniciativa ucraniana, pero se tomó nota de las declaraciones de Holanda y de Inglaterra respecto a la política futura que garantizará cierta libertad para los nativos indonesios quienes, ingenuamente, habían tomado al pie de la letra las estipulaciones de la Carta del Atlántico.

Se salvaron así, y en forma elegante, los tres principales escollos. Llamó la atención el entusiasmo con que los rusos y ucranianos defendieron sus puntos de vista y dieron vuelta las espaldas al viejo uso diplomático de que nunca se debe molestar al dueño de casa; así como la sonriente tranquilidad con que aceptaron decisiones más bien desfavorables a sus peticiones. En esta reunión de Londres, como en otras Conferencias Internacionales, los soviéticos insistieron con violentos discursos en puntos de vista que parecían en el fondo no interesarles sinceramente. Pero, lo cierto es que con este sistema se están ganando la simpatía de determinados grupos y países. Los partidos izquierdistas griegos han visto en la Unión Soviética

al único país que se preocupa por su situación interna y, lo que es más grave, los pueblos sometidos al sistema colonial, están viendo que Rusia se transforma en el campeón de sus respectivas independencias. ¿A quién le extrañará más tarde que los javaneses miren Moscú como los mahometanos hacia la Meca?

Lo más importante es que pese a los eternos agoreros de la guerra y a los escépticos inveterados, la nueva Organización Mundial ha comenzado a existir y se demuestra capaz de enfrentarse con éxito a los graves problemas de la hora presente.

ESTADOS UNIDOS Y ARGENTINA

Las relaciones entre los Estados Unidos y la República Argentina, que han pasado por varias fases en los últimos dos años, parecen haber entrado en una crisis grave que puede o no llevar a una ruptura según sean los resultados de la elección que debió haberse realizado en el país vecino cuando estas líneas sean publicadas.

El «Libro Azul», profusamente divulgado por el Departamento de Estado de Washington, trae, al fin, pruebas concretas sobre las simpatías de los últimos gobiernos argentinos por la causa nazi. Se verifica así lo que muchos temían y que se suponía cierto, pero sin pruebas a la vista. Ha hecho bien el departamento de Estado al proceder a la luz del día a comprobar lo que antes denunciaba. Basado en la cuidadosa revisión de documentos oficiales encontrados en Berlín y en otras oficinas germánicas, el «Libro Azul» nos introduce a través del laberinto del espionaje—oficial y oficioso—de la Embajada alemana en Buenos Aires. Muchas frases comprometedoras, muchas simpatías galantemente profesadas, muchas gestiones tortuosas, aparecen relatadas por el Encargado de Negocios Maynen. Naturalmente que las alusiones o las citas precisas de actuaciones de los hombres públicos argentinos han acarreado una ola de desmentidos. Lo extraño hubiera sido que los afectados reconocieran sus actuaciones pro-nazis.

Lo único que no se entiende bien de la vasta documentación, es la tolerancia evidentemente excesiva por parte de los Estados Unidos hacia un gobierno que no sólo simpatizaba con el totalitarismo, sino que intrigaba en contra de las Naciones Unidas. Menos se entiende que, a pesar de la actual tensión en las relaciones entre ambos países, y de las declaraciones violentas de los señores Braden y Byrnes, y del propio Presidente Truman, los Estados Unidos sigan vendiendo artículos de primera y vital necesidad al gobierno del señor Farrell y lo favorezcan en este sentido, aun con desmedro de los intereses de otros países de tendencias políticas mucho menos peligrosas. ¿Será que nuevamente está apareciendo en la gran república del norte una dualidad política y junto a la buena vecindad y al acendrado espíritu democrático que legó el Presidente Roosevelt vuelve a reaparecer el fantasma de Wall-Street, encargado de sabotear lo que hace la Casa Blanca

Entre tanto, en la Argentina, la lucha presidencial ha tomado caracteres definidos. Por una parte las fuerzas democráticas, por otra Perón. Y es éste el planteamiento exacto del problema. Los señores Tamborini y Mosca no son figuras de primera magnitud, aun en un país que, por desgracia en la hora actual, carece de tales figuras, como es la Argentina. Son la encarnación de una gran nación que anhela la libertad. Quienes voten por

esta fórmula votan por una idea más que por personas.

Frente a ellos, no existen ideas. Existe un hombre que ha hecho de la demagogia su instrumento político favorito y que reúne a su alrededor a las ideologías más abigarradas. Como un Alessandri en el año 1920 o un Marmaduke Grove en 1932, el Coronel Perón ha creado una mística indefinible y por eso más peligrosa.

No cabe duda que durante toda la campaña electoral, el gobierno ha ejercitado toda su influencia en favor del Coronel y es evidente que la parcialidad de las autoridades en favor suyo ha sobrepasado los límites de la decencia. Las giras del señor Tamborini por las provincias hacen recordar aventuras del Far West por los atentados de que ha sido víctima ante la pasividad, si no la complicidad de la policía. Sin embargo, parece que las fuerzas armadas están resueltas a garantizar elecciones libres, ya que para ello han comprometido su honor de soldados. Si así fuere, la victoria de las fuerzas democráticas parece indiscutible, porque representan la verdadera tradición libertaria del pueblo argentino. Lo que no sabemos es hasta qué punto, aun con la mejor intención, las fuerzas armadas serán capaces de controlar las pasiones desatadas y poner coto a los desmanes peronistas.

El «Libro Azul» ha de tener, sin duda, repercusión sobre el acto electoral y no dudamos que su coincidente publicación no haya tenido otro objeto. Lo que desconocemos, sin embargo, es si esta reacción será desfavorable o beneficiosa para el Coronel. Y nos inclinamos por la segunda hipótesis. El pueblo argentino, sinceramente democrata, no necesitaba de los datos acumulados por el Departamento de Estado para considerar fascista peligroso a Perón. La parte más consciente de la población sabía también de antemano que la derrota del señor Tamborini acarrearía las mayores complicaciones internacionales al país. No creemos que el «Libro Azul» haya aportado un voto a las fuerzas democráticas y tememos, por el contrario, que serán muchos los electores que en la lucha planteada «Perón o Braden» se pronunciarán por el primero como reacción típicamente argentina ante la amenaza intervencionista de los Estados Unidos.

CONFLICTOS DEL TRABAJO EN ESTADOS UNIDOS

La situación de las huelgas norteamericanas ha sufrido algunas alternativas en el curso de las últimas semanas. El 20 de Enero habían 1.657.000 huelguistas en el país; en Febrero la cifra bajó a 1.400.000. Dos disputas que parecían convertirse en huelgas fueron solucionadas poco antes de que estallaran: Ford concedió un alza de salarios de 18 centavos de dólar por hora (de 1.19 a 1.37 p/h) y Chrysler de 18½ centavos de dólar (1.14 a 1.32 p/h). Por otra parte, los 285 mil trabajadores ocupados en la industria de la carne, declarados en huelga el 15 de Enero, regresaron a sus labores once días más tarde, acatando órdenes estrictas del Gobierno, pero bajo el compromiso de que una Comisión Verificadora de Hechos estudiara minuciosamente las aspiraciones del gremio.

Estos tres acontecimientos sucedidos en el breve espacio de una semana, inyectaron cierto optimismo en el angustiado ánimo público y el propio

Gobierno pensó que había llegado «la hora de la cordura». Desgraciadamente no fué así. Los 750 mil hombres de la industria del acero, en huelga desde el 21 de Enero; los 175 mil de la General Motors, paralizados el 21 de Noviembre y los 200 mil de la industria eléctrica, en paro desde el 15 de Enero, continúan inactivos. En el intertanto han surgido (y surgen cada día) nuevos conflictos: doce mil obreros de la industria del bronce y 3.500 a cargo de los remolcadores que abastecen al puerto de Nueva York, han abandonado sus empleos.

Es obvio que el conflicto más serio y de más graves repercusiones en la vida económica del país es el del acero. Un sinnúmero de pequeñas y grandes industrias que se nutren de este metal, comienzan a sufrir el impacto de esta huelga. Ford anunció el despido de cuarenta mil operarios y la Automotive & Aviation Co., de Detroit, licenciará a 200 mil hombres por escasez de acero. Originalmente los trabajadores de esta industria básica solicitaron un aumento de 0.25 dólar por hora. Los patrones aceptaron conceder 0.15 por hora y el Presidente Truman recomendó un alza de 0.18½. Habilmente los obreros aprobaron la fórmula presidencial, logrando así capitalizar las simpatías del grueso público. El fallo del Presidente Truman cerró las puertas para un posible arreglo directo entre la compañía y sus operarios y circunscribió el problema a una divergencia de criterio entre el propio Presidente de los Estados Unidos de América y los magnates de la industria nacional más poderosa.

El diario «PM» (izquierdista) de Nueva York, acaba de publicar un gráfico revelador, demostrando que los dueños, directores, accionistas y financieros de las principales industrias afectadas por la huelga (US Steel- General Motors- Westinghouse- General Electric, etc.) están íntimamente ligados

entre sí, lo que indicaría la existencia de un sólido y disciplinado frente patronal, difícil de romper.

Los industriales arguyen que la solución está en manos del Gobierno: anular el precio «tope» de venta del acero, elevándolo en más o menos 7 dólares por tonelada, lo que les permitiría financiar el aumento de salarios recomendado por Truman, que significa aproximadamente 120 millones de dólares al año. Pero esta solución simplista no es tan fácil de adoptar: todavía funcionan los controles de precios de guerra y el jefe de la OPA, Mr. Bowles, se opone a un aumento mayor de \$ 2.50 por tonelada, mientras que J. S. Snyder, Jefe de Reconversión, está dispuesto a autorizar hasta \$ 5.00 más por tonelada. (Dicen los obreros: «mejorar salarios aumentando precios de venta es provocar fatalmente una horrible inflación»).

Poco antes del estallido de la primera huelga de post-guerra, el Presidente Truman envió un Mensaje a la Cámara de Representantes, solicitando el pronto despacho de un Proyecto otorgando facultades compulsivas a las Juntas Verificadoras de Hechos, para que éstas, a la luz de una serie de antecedentes, como ser costos de vida, análisis de salarios, inspección de contabilidad, utilidades de las compañías, etc., resolvieran las diferencias entre patrones y obreros. La semana pasada, un grupo de parlamentarios republicanos y demócratas del Sur encarpitaron, por cuarta vez, el Proyecto del Ejecutivo, dando preferencia, en cambio, al estudio de una ley anti-laborista, presentada por el Representante republicano de South Dakota, Francis Case.

Por otra parte, la Comisión del Trabajo del Senado aprobó un proyecto, fijando un salario mínimo de 0.65 centavos de dólar por hora, durante los dos primeros años de empleo; 0.70 en los dos siguientes y 0.75, desde el quinto adelante.

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ LOS LIBROS ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

JOSÉ VICENTE DUCATTILLON O. P. *Dios y Libertad*
Ed. Orden Cristiano.—Buenos Aires, 1945.

Los de la editorial «Orden Cristiano» de Buenos Aires han tenido la buena idea de reunir en un libro las conferencias que, a su paso por esa ciudad, dictara el P. Ducattillon O. P. En el mismo libro se han incluido numerosas notas y comentarios, utilísimos para el lector, que, como es natural, puede dedicarse a su tarea con un regodeo que no tiene el que está obligado a seguir el discurso del conferenciante.

«Verba volant, scripta manent» dejaron dicho los romanos, cuya sabiduría era un tanto taimada y desconfiada. La sentencia, acuñada con otra intención, bien puede servir al caso. El egregio dominico no dejó de encontrar detractores cuando cumplía con su misión patriótica y cristiana, felizmente, aún seguirá hallándolos. En este libro, empero, su voz permanece, y reforzada por no pocos testimonios. Entre estos testimonios favorables, aparte del de muchos pensadores católicos, están el de los papas y el del propio autor, sentado con anterioridad a las actuales circunstancias y a la confusión de la guerra; de manera que no se podría tachar de oportunistas a las ideas expuestas

en este libro. Oportunas sí que lo son y por eso nos referimos a él.

Quedan comprendidas en este volumen quince conferencias sobre los temas más diversos. Hay una sobre el significado de la liberación de París, en otra se habla «del conocimiento espontáneo de Dios» y, en una tercera, de la Juventud Obrera Católica (J. O. C.). Los asuntos pueden parecer disímiles, pero todas las conferencias se hallan unidas íntimamente por un poderoso y noble sentimiento y por una idea clave. El sentimiento (idea también, pues es un francés el que habla) es el patriotismo. La idea clave es la de la actualidad y combatividad del catolicismo y de su perfecta compatibilidad con la democracia; más aún, la afirmación de que «el ideal democrático no puede subsistir sin el espíritu evangélico, pues aquél implica de suyo la realización plena de la ley del amor fraterno en el plano de la vida social temporal». «La fuente de la democracia moderna—agrega el P. Ducattillon—es de origen evangélico. Ello no obsta a que puedan surgir formas heréticas, y, de hecho, algunas han surgido ya, pero es verdad también que se han abierto paso, a la vez, orientaciones íntegramente fieles a la doctrina católica». Y, a continuación, con admirable claridad, queda

planteada y explicada una cuestión de la mayor importancia: «No sucedió así en el siglo pasado, cuando a esta inspiración inicial se unieron las teorías erróneas de la Enciclopedia, de suerte que ya no permaneció fiel a la tradición cristiana esa tendencia que se abría paso. La savia era sana, pero los parásitos (las falsas filosofías) impedían su natural expansión. Se ha hecho de la democracia una utilización anticristiana, de tal modo que no faltaron quienes se opusieron a dicho régimen por creer defender así los intereses cristianos. Fué éste un malentendido trágico. La forma y el ideal de vida en común, vale decir la aspiración democrática, llegaron a ser combatidos en nombre de la religión. Consecuencia de ello fué una tremenda paralización a un tiempo del espíritu democrático y del espíritu cristiano. De ahí brotó la crisis actual».

Así también el espíritu de los católicos quedó retrasado. Estos perdieron el contacto con la marcha de las ideas y, en un mundo hostil o que creían tal, se agruparon temerosamente, creyendo evitar así el contagio de ese mundo, en el cual, sin embargo, debían estar. De tal manera también llegaron a ser muy numerosos esos católicos que, según Claudel, a la pregunta acerca de cómo habría de devolverse su sabor a la sal de la tierra si lo perdiese, responderían en coro ¡con azúcar!

Es esta raíz «salada» de su pensamiento la que da a las conferencias del P. Ducattillon su raro valor de permanente actualidad y la que le permite seducir a sus lectores (como interesó a los oyentes) con temas que podrían parecer abstrusos o puramente escolásticos como el del «conocimiento espontáneo de Dios». Por otra parte, dada la calidad universal que alcanzan ciertos problemas o combates ideológicos cuando se desarrollan en Francia, las conferencias dedicadas al estudio de la situación del catolicismo frente a cada una de las cuatro repúblicas francesas y a la historia de la doctrina del catolicismo liberal, ofrecerán siempre el más profundo interés. Por lo demás, la extraordinaria claridad y sencillez de la exposición hacen facilísima la lectura.

ALEJANDRO MAGNET P.

PIERRE HENRI SIMON. *Los Católicos, la Política y el Dinero*. Ed. Sur.—Buenos Aires, 1938.

Este libro de título tan sugestivo y el ya citado de Ducattillon están, en ciertos importantes aspectos, exactamente en una misma línea y se complementan. Los acontecimientos desarrollados de 1937 a 1945, es decir, entre las fechas de aparición de ambas obras, sirven para dar la razón a todos los hombres que, como estos autores, clamaban contra la falsa posición de la burguesía y, muy en especial, de un grupo nada despreciable de católicos frente a las profundas transformaciones de la vida social moderna. Léase, si no, el «pequeño ensayo de psicología católica» en que, en cierto modo «a priori», P. H. Simon expone cómo, de manera muy humana (esta vez, sí, «demasiado humana») el católico se encuentra inclinado a adorar algunos ídolos de hermosos nombres: Orden, Autoridad, Tradición. Y escúchese al orador dominicano cuando se refiere al catolicismo francés después de la derrota y explica «a posteriori» cómo muchos de sus miembros se dejaron seducir por la «mística de Vichy» que, como numerosos otros regímenes reaccionarios, dió a los conceptos de Orden, Autori-

dad y Tradición un valor desmedido y, por lo tanto, injusto.

Por su parte, P. H. Simon se lanza también a narrar en un tono incitante, periodístico, que no excluye la más seria honradez intelectual la evolución del pensamiento católico en los últimos cien años frente a la cuestión social. No puede ser sino condenable el tardío despertar de los católicos frente a tan grave problema. Es por ello que, durante demasiado tiempo, éstos aparecieron entre las filas de los partidarios de la conservación de un orden abominable. La crítica de Simon en esta materia es de una franqueza tan desusada y ejemplar que buen cuidado tiene de advertir que «gracias a que la voz de Roma, ampliamente escuchada provocó un admirable retorno al sentido social católico, hoy en día podemos hablar francamente de las faltas del pasado: los incrédulos no han de sacar ventaja de ellas, ni los creyentes desesperar».

A juicio de Simon «nunca sabremos la gravitación fatal que ha tenido en la historia el hecho de que ciertos adversarios de la iglesia, un Proudhon o un Karl Marx, hayan sufrido y velado por la justicia entre cristianos amodorrados». Durante buena parte del siglo XIX, si bien la doctrina de la Iglesia era impecable, «la acción de la jerarquía fué bastante tarda y floja» y, «en cuanto a los laicos, su inercia y su egoísmo fueron gravemente reprobables y causaron la desastrosa desafección de las masas con respecto a la religión». ¿Estaban los católicos de tal manera prisioneros dentro de las ideas de su tiempo que era imposible que obraran de otro modo? En doctrina, desde luego, no puede admitirse la afirmativa. En la práctica, el hecho de que algunos sacerdotes hablaran entonces, y enérgicamente, en contra de los abusos del capitalismo, prueba que todos hubieran podido hacerlo. Es así que Simon llega a pensar que «más vale confesarlo francamente: frente a la cuestión social, durante todo el siglo XIX, ha existido una omisión del clero, si no completa, demasiado generalizada. Digo durante todo el siglo XIX, porque mucho después de 1850, en tanto que la opinión comenzaba a oponerse francamente, la mayoría de los sacerdotes continuaba cubriendo la injusticia al predicar la resignación y la caridad». Por su parte, los laicos, como los de la escuela de La Tour du Pin, predicaban nada más que un paternalismo que no podía ser la verdadera solución del problema. Fué así que llegó a pensarse, aún por gente honrada, «que una pendiente necesaria, una suerte de determinismo psicológico, arrastraba al espíritu católico hacia el reflejo conservador».

Esta situación se ha prolongado hasta el presente, no sólo en Francia, sino en todos los países católicos. Es lo que Simon llama «la persistencia de los viejos reflejos». La Iglesia ha fijado de manera clara y solemne su posición frente al capitalismo, pero la actitud real y práctica de los católicos no siempre corresponde a esa definición. Incluso la prensa que se dice católica manifiesta públicamente esa divergencia, y su silencio frente a los errores y vicios que la Iglesia combate la daña más que todos los discursos de sus enemigos.

Las «resoluciones» a que el autor llega finalmente, si bien se refieren a la realidad política francesa, tienen un alcance mucho más vasto y fijan, en verdad, una posición doctrinal. Concluye que el católico no puede ni debe ausentarse sistemáticamente de la política y ni puede ni debe tener esperanzas de actuar en el cuadro de un partido confesional; puede actuar en diversos partidos con tal

de no contribuir así a finalidades opuestas a su moral y religión. Pero—advierte también—toda acción cívica no es política, de manera que el campo de acción del ciudadano católico será siempre muy vasto. Y, ante todo, se encontrará en cualesquiera circunstancias, con la obra de su propia purificación espiritual, para tener el sentido del escándalo, mantener la rebelión de su conciencia contra el mal y lograr, finalmente, su propia salvación. Mas—sobre todo en las actuales circunstancias—en lo íntimo de cada hombre, el problema será siempre dramático, pues allí no hay un límite que separe matemáticamente la personal obligación de ser perfecto de los deberes para con los demás. Porque, está escrito, hay que amar al prójimo como a sí mismo.

ALEJANDRO MAGNET.



DOCUMENTOS

«LAICISMO DEL ESTADO» Y «CLERICALISMO» A LA LUZ DE LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

Los Cardenales y Arzobispos de Francia han publicado, al concluir su reciente conferencia en París, declaraciones que implican un desafío vigoroso al criterio de que el Estado debe profesar «un ateísmo oficial en todos sus actos, y evitar el reconocimiento expreso de la existencia de Dios».

Si el Estado confirma oficialmente el ateísmo para no lastimar la falta de creencias de los menos, ofenderá las creencias de los más, expresan los Prelados. La noción del «Estado laico»—afirman—se presta a muy variadas interpretaciones, una de las cuales es el concepto totalitario contra el que se acaba de librar en el mundo una guerra que exigió enormes sacrificios.

Los prelados franceses definen concisamente la posición de la Iglesia con respecto al «laicismo del Estado», en los siguientes términos:

1) El Estado ha de ser soberano en su esfera del orden temporal.

2) Se calumnia a la Iglesia cuando se le imputa el deseo de dominar al Estado.

3) Si el «clericalismo» significa intromisión del clero en la jurisdicción del Estado, la Iglesia condena ese clericalismo.

4) Si en los países en que se profesan diversos credos, el «laicismo del Estado» significa que se faculta a todos los individuos para practicar libremente su religión, esa definición del «laicismo» guarda conformidad con las enseñanzas de la Iglesia. La Iglesia no reclama sino su propia libertad.

5) Pero si el laicismo es presentado como una doctrina filosófica que involucra un concepto materialista de la vida humana y de la sociedad, la Iglesia entonces condena esa doctrina.

6) Si el «laicismo del Estado» significa la negativa del Estado a acatar principios morales superiores, la Iglesia también condena esa doctrina.

El texto completo de la declaración dice:

«Creemos llegada la hora de aclarar un concepto ambiguo que amenaza dañar gravemente a la unidad nacional, y que nace de una expresión usada con frecuencia en muy diversas acepciones: «El Estado laico».

ESTADO LAICO Y CLERICALISMO

«Si ese término se usa para significar la supremacía del Estado en su jurisdicción temporal, y su derecho a gobernar el complejo de la organización política, judicial, administrativa y militar de la sociedad, y aun en un sentido moral todo lo que deriva de las técnicas políticas y económicas, declaramos que esa doctrina se conforma estrictamente a las enseñanzas de la Iglesia.

«Los Soberanos Pontífices han declarado muchas veces que la Iglesia no tiene la menor intención de ingerir en los asuntos políticos del Estado. Ellos han rechazado por calumniosa la noción, difundida por la propaganda perversa, que atribuye a la Iglesia una supuesta ambición de poder político para dominar al Estado. Han recordado a los fieles, su deber de someterse al poder legalmente constituido.

«A pesar de la nítida claridad de tales declaraciones, el ya raído espectro del «clericalismo» se agita continuamente como bandera ante las multitudes. Si el clericalismo se llega a entender como la ingerencia del clero en el dominio político del Estado, o la tendencia de cualquiera sociedad espiritual a servirse del poder público para satisfacer deseos de dominio, expresamos nuestra rotunda condenación del clericalismo, como contrario a las auténticas enseñanzas de la Iglesia.

«El Estado laico puede entenderse en el sentido de que, en un país cuyos habitantes profesan diversas creencias religiosas, el Estado permita a cada uno practicar libremente su religión.

«Esta segunda acepción del término, correctamente entendida, guarda también conformidad con el pensamiento de la Iglesia. Ciertamente, la Iglesia está lejos de considerar que semejante división de creencias es lo ideal, porque quienes amamos a Cristo deseamos ardientemente que todos puedan conocerle y encontrar inspiración y fuerza en El y en su Iglesia. Pero la Iglesia, que desea que los actos de fe se hagan libremente, sin violencia ni coacción, respeta el hecho de la división de creencias, y simplemente demanda su libertad para cumplir la misión espiritual y social recibida del Divino Fundador.

«Si por el contrario, el «laicismo de Estado» es una doctrina filosófica que abraza un concepto materialista, ateo, de la vida humana y de la sociedad; si con ese término se define un sistema político de gobierno que impone ese concepto sobre los funcionarios y sobre la vida privada, en las escuelas públicas y en la nación entera, reaccionamos en todo nuestro vigor contra esa doctrina; la condenamos, aún en nombre de la genuina misión del Estado, y de la misión de la Iglesia.

MISION DEL ESTADO

«La misión del Estado es asegurar el bien común. Y entre los elementos que constituyen ese bien común, debemos incluir la influencia benéfica de la religión sobre las conciencias individuales, al auxiliarlas en la práctica de las virtudes morales y cívicas; sobre las familias, al hacerlas más fértiles, laboriosas y más estrechamente unidas; sobre toda la sociedad, al procurar el reino de la justicia y de la caridad entre los hombres, así como también el mayor respeto para la autoridad, aún la del mismo Estado. Un Estado que se esforzara por paralizar

o arruinar esos efectos de la Iglesia, trabajaría en contra de sí mismo y en contra del bienestar común.

«La abundancia de ejemplos recientes, sea en Francia (entre 1903 y 1910), sea en otros países donde ha imperado la doctrina del Estado que aquí discutimos, muestra que cuando un Estado así traiciona su propia misión para convertirse en instrumento de un sistema filosófico, pronto se torna totalitario y desata persecuciones.

«Después de una guerra que ha costado tantos sacrificios a naciones que se han mantenido libres de las doctrinas totalitarias, es imposible afirmar en Francia un concepto del laicismo que implica violación de las conciencias y que destruye toda esperanza de unidad nacional.

«También condenamos este error grave, en el nombre de la verdad y de la divina misión de la Iglesia, cuya constitución y cuyo derecho a la existencia no proceden del Estado sino de su Divino Fundador. De El recibió la Iglesia su triple facultad; de enseñanza, de verdad, de gobierno espiritual para la santificación de las almas. «En virtud de un derecho original que no puede renunciar (Pío XI), la Iglesia reclama independencia absoluta y soberanía dentro de su propio dominio».

LAICISMO Y TOTALITARISMO

«Finalmente, si «laicismo estatal» significa la intención del Estado de no someterse a ninguna norma moral superior y no reconocer otros principios rectores de sus actos que el propio interés del Estado en abstracto, declaramos que semejante concepción es extremadamente peligrosa, retrógrada y falsa.

«Es peligrosa porque justifica todos los excesos del despotismo y despierta en quienes ejercen el poder—sea poder personal o colectivo—la tentación muy humana del absolutismo; conduce directamente a la dictadura.

«Además, muy lejos de ser avanzada, como los sustentantes de esa teoría arguyen, es retrógrada. implica una verdadera regresión al concepto pagano del Estado, del cual el mundo fué redimido por el Cristianismo; el concepto del emperador como señor absoluto de vidas y conciencias. El progreso de la ley moderna va en dirección contraria al absolutismo de Estado; en el derecho interno, el Estado mismo ha llegado a admitir recursos contra sus representantes y contra su autoridad cuando hay abuso del poder; en derecho internacional, crece constantemente la evidencia de que no podrá establecerse ningún orden de paz y justicia entre las naciones, a menos de que cada una renuncie a la parte de su soberanía.

«En nuestra declaración de 1944, hubimos de recordar esta verdad, cuando en reto a las fuerzas de ocupación enemigas, proclamamos como principio esencial de la civilización cristiana, la sumisión a una norma del bien y del mal por encima de la autoridad del Estado y por encima de los intereses inmediatos de las naciones como individuos.

«Por último, la base misma de esta doctrina es falsa. Nada puede sobrepasar a la justicia moral. El Estado, tanto como el individuo, debe respetarla y regirse por ella; el poder público puede promulgar estatutos, pero la mera legalidad no implica justicia moral. El hecho de que una ley haya sido aprobada por una mayoría, o aún por unanimidad, no la hace automáticamente justa ni le atribuye obligatoriedad. La ley debe amoldarse a la justicia

moral y no debe contener nada contrario a las leyes naturales.

«La ley natural no es invención humana; radica en la naturaleza del hombre, y ha sido descubierta por la razón en la misma naturaleza; fué reconocida por los grandes filósofos de la antigüedad, y abarca a todos los hombres. Además, viene de Dios, Autor del mundo natural.

«El Estado que profesa un ateísmo oficial para respetar la ausencia de creencias de algunos individuos, ofende la creencias de la mayoría de los ciudadanos, aquellos que son miembros de los varios cuerpos religiosos, y a las vastas multitudes que creen en un Ser Supremo.

RESPECTO A LA LEY DIVINA

«Casi todos los Estados democráticos modernos han comprendido ampliamente la fuerza que, al respetar la ley divina, ganan para sus soberanos, para los presidentes de las repúblicas y para sus asambleas parlamentarias; así, declaran oficialmente su respeto para el nombre de Dios y para Su ley. En Francia, las constituciones—una tras otra—han reconocido a Dios como el origen y fundamento de todo derecho. Después de la primera constitución promulgada por la Revolución Francesa, otras tres han sido publicadas o promulgadas «bajo la presencia del Ser Supremo» (1791, 1793, 1795). La Divina Providencia, o Dios, son mencionados expresamente en la Carta Constitucional de 1814 y en la constitución republicana de 1848.

«Todas las leyes, aún las mejores, son letra muerta sin el retorno a una vida moral plena. Los franceses todos, aun los no cristianos, reconocen ese hecho. Todos concuerdan en que la vida cívica se hace imposible sin moralidad; sin ella el hombre se convierte en simple animal y las ciudades se derrumban en pedazos. Nunca podrá haber una raza humana mejor, si los individuos en sí no mejoran. La Iglesia no se conforma simplemente con señalar el camino que debe seguirse; ella da a las almas humanas la fortaleza necesaria para alcanzar nuevas alturas, y para cumplir su destino mediante la vida moral».

☆☆☆

NOTAS

LA FALANGE NACIONAL JUZGA LA CRISIS POLITICA (1)

DISCURSO PRONUNCIADO POR RADIO POR EL PRESIDENTE SUBROGANTE, DIPUTADO JORGE ROGERS S.

La crisis universal

Nadie entenderá lo que en Chile acontece si no se empuja un poco sobre los fenómenos externos y superficiales, para divisar su sentido hondo de renovación universal.

Quien no entienda esto, está perdido, y pierde a su clase, a su grupo y a su país.

Estamos viviendo en el mundo una época de rea-

(1) La FALANGE NACIONAL constituye el más genuino y auténtico PARTIDO CRISTIANO POPULAR chileno.

juste de las condiciones sociales, y, principalmente, de las relaciones entre el capital y el trabajo. De un extremo a otro del planeta el problema está planteado y el mundo deberá resolverlo.

Nada tiene de extraño, entonces, que en un país, de cultura occidental, acostumbrado a la libertad, como es Chile, tenga repercusión intensa tal proceso universal.

Esto es, en el fondo, lo que pasa actualmente. Y es inevitable que tal proceso rompa muchos moldes. No puede olvidarse que de las fórmulas de hace 4 ó 10 años nos están separando decenas de millones de muertos. El eje de la historia ha cambiado y nada ni nadie podrá impedir el acceso del trabajo organizado, no ya al poder político, sino, lo que es más importante, al predominio en el poder económico.

Y en esta crisis de las relaciones sociales, la Falange Nacional—con el valor y la decisión que le dan las fuerzas espirituales que la impulsan—, ha afrontado enérgicamente el problema, buscando ante todo la justicia y la razón, pero considerando siempre que las angustias de los proletarios son más urgentes que las de los poderosos.

Es con estos antecedentes que nuestro grupo político, desde que se iniciaron en Chile los fenómenos de esta crisis universal, llegó rápidamente a la conclusión que los marcos de nuestra Legislación del Trabajo, que se dice de avanzada, se han hecho estrechos para contener el problema.

Con los meros preceptos actuales los empleados de banco están condenados a un moderno suplicio de Tántalo, y a vivir en estrechez cada vez mayor, mientras más suben los saldos de las cuentas de los capitales que administran.

Con nuestra actual legislación, la menor falta o transgresión en que incurre un gremio, obligado por las circunstancias o no, tiene una sola y única pena: la pérdida total de todos los beneficios sindicales, la disolución, el incautamiento de los fondos acumulados, y el desartillamiento de los trabajadores que quedan entregados inermes al dictado del capitalista.

No era más rigurosa nuestra vieja Ordenanza del Ejército, cuyas penas para todos los delitos oscilaban entre el fusilamiento y la pérdida de la vida...

En un minuto, pierden los trabajadores todo lo conquistado a lo largo de decenas y decenas de años de lucha y sacrificios no siempre incruentos.

Se retrotraen las cosas al día 1.º del progreso social, porque la legislación, recelosa siempre de la organización sindical, le ha negado a ella la autoridad y responsabilidad que se viene preconizando desde la Cátedra de Roma desde hace más de 50 años.

Quien no tenga sensibilidad social para comprender esto, no entenderá tampoco la dramática desesperación con que los trabajadores defienden eso que, para el que no es asalariado, parece una simple y menuda abstracción jurídica: la personalidad de los sindicatos.

Se piensa que esta legislación debe aplicarse en todo su rigor. Y en cambio ¿se pensaría lo mismo si la ley comercial dispusiera que toda infracción legal de una Sociedad Anónima se pagase con la revocación de su decreto de existencia y de legalmente instalada, y que a la primera ilegalidad en vez de multas o responsabilidad personal de sus Gerentes o Administradores, sufriese la liquidación fulminante de la asociación y la pérdida de sus bienes?...

¿No se hallaría una interpretación adecuada para salvar la injusticia de la ley?

Es por esto que el Movimiento Falangista se ha negado tercamente, y aun al precio de que se le atribuyan concomitancias con ideologías diametralmente opuestas a la suya, a plantear el problema de los conflictos sociales como pretenden algunos, en el mero plano de nuestra actual legislación vigente sin discriminar la justicia o injusticia que puedan traer envueltos.

Lo contrario es ponerse de espaldas a la realidad o al servicio liso, llano y desembozado de uno solo de los factores: el capital.

El caso de Chile

Estas ideas serenamente reflexionadas y firmemente sostenidas, han guiado a la Falange y a sus personeros a través de la actualidad social y política del país.

Por eso, y desde que se hizo cargo de la Primera Magistratura el senador Alfredo Duhalde y como resabio de su anterior presidencia, vimos con alarma cómo iba imprimiéndose al Gobierno una línea de conducta en materias sociales y sindicales que se caracterizó, primero, por tercas declaraciones, después por rigurosas sanciones administrativas, y finalmente por un empleo constante y ostentoso de las Fuerzas Armadas en los conflictos surgidos en este país,— como en otros y en el resto del mundo—, en esta época de reajuste económico de post-guerra.

Lo que en otros países con cultura social y obrera inferior a la nuestra, se desarrolla pacíficamente, en Chile, después de movilizar la Escuadra como ante un conflicto internacional, y poner a los Carabineros en pie de guerra, ha culminado con víctimas y con sangre horriblemente innecesaria.

Digo innecesaria, porque el país entero es testigo de que los conflictos sociales, después de esta segunda Guerra Mundial, se han desarrollado en forma muy distinta de los que nos dejó la Guerra anterior, y con características todavía muchísimo más diversas de las que adquirían las luchas sociales en los primeros años de este siglo, en que, el más ligero descuido de la fuerza pública provocaba desmanes como los de 1906, en que se predicaba la ocupación de las Fábricas por los trabajadores, la dictadura del proletariado y la revolución social.

Hoy, necesario es decirlo en honor de los proletarios chilenos, para no mentir, que mientras se han desarrollado sus conflictos ha ocupado su tiempo en tardes deportivas con fría conciencia de sus deberes de respeto a los derechos ciudadanos, y hasta cuando han ido en silencio impresionante y en masa superior a 100.000 a enterrar a sus muertos llenos de contenida indignación, no ha sido necesario ni un solo carabinero para evitar ni un solo desmán.

Cometen, pues, el más grave error histórico quienes asimilen los conflictos de hoy a las luchas sociales del pasado, y sólo no verán estas cosas así, quienes estén interesados en verlas de otro modo.

Y cometen un error político quienes creen, que para resguardar el orden en las manifestaciones sociales es necesario apertrechar a los policías con armas de fuego sustituidas ya en todos los países libres por otros medios menos peligrosos de desencadenar una tragedia.

Los falangistas y los chilenos que me escuchan tiene el derecho de saber la opinión de la Directiva de la Falange Nacional sobre los últimos acontecimientos. Ella se sintetiza así:

—Vivimos los más desgraciados momentos de la política chilena de los últimos tiempos: en el campo político y en el campo social no se ventilan en estos instantes ideas, ni siquiera aspiraciones: sólo odiosidades internas; un sector de la clase obrera se ha prestado de instrumento para quebrantar a otro con las más funestas proyecciones de futuro; se ha pensado que es legítimo como elemento y base de Gobierno lanzar a unos obreros contra otros aun con la fría convicción de que no se comulga ni con unos ni con otros; un sector del Partido Radical ha tomado con los militares y el Gobierno, la revancha de una batalla interna perdida hace sólo unos instantes; en cuatro días Su Excelencia el Vicepresidente ha pulverizado a los partidos que integran la Alianza Democrática, ha desprestigiado a su directiva normal a lo largo de fatigosas negociaciones; ha tramitado innecesariamente a la Falange Nacional, y en el subsuelo de todo esto, en el campo del problema presidencial

del futuro, se ha asestado el más inteligente golpe a las posibilidades de un candidato único de Izquierda.

La Falange Nacional aceptó—cuando el Excelentísimo señor Ríos se reconcilió con los Partidos populares y con el suyo propio—un cargo en el Gobierno y puso toda su capacidad realizadora al servicio de Su Excelencia el Presidente de la República, en quien encontró siempre sólido y leal respaldo para su línea de acción.

Culminada, de trágica manera una política errónea de su reemplazante, se ha retirado del Gobierno.

En el deseo de no abandonar al Partido Radical en una grave crisis, aceptó colaborar con él para solucionarla.

Ante las fuerzas desatadas que ahora se combaten en el campo político y social, no quiere tener bando y recupera su amplia libertad de acción para dirigir su línea de conducta, siempre orientada al interés de Chile y sus clases populares.

He dicho». (1)

(1) *El texto completo de este discurso fué publicado en «La Nación» del jueves 7 de Febrero.*



R 10

P O L I T I C A Y E S P I R I T U

AÑO 1 - NUMERO 10

ABRIL DE 1946

HORA DE CONFUSION

ESTA hora de Chile podría definirse como la hora de la confusión y el reinado de la mentira.

El hombre moderno, no vive del pensamiento, sino de la propaganda. Sin tiempo o incapaz de analizar los hechos que se suceden a veces con vertiginosa rapidez, recibe cada mañana la consigna de un diario o de una revista, que le prepara y le condimenta los sucesos, siempre con intención.

No hay, pues, manera de ser objetivo, de penetrar en la razón de los fenómenos, de descubrir la verdad.

Basta con tener el dinero, para pagar los instrumentos de la propaganda, y dar cada mañana la consigna. Lo demás importa bien poco.

No hay nada más fácil que proyectar a un grupo, a una persona o una idea. Se silencia una parte de sus actitudes, se mutila sus declaraciones. Y, en cambio, se proyecta toda la luz, en una frase, en un gesto, en un paso. Y así se forma lo que se llama la opinión pública.

Pero este mal que es no sólo nuestro—hace sólo días se quejaban amargamente por ello los periódicos de Francia—toma en algunas ocasiones, caracteres de extrema agudeza. Y es cuando se desatan las pasiones y los intereses. O sea, cuando el hombre de la calle debiera estar más alerta, se le adormece en un mar de confusión y de mentira.

Esta hora la estamos viviendo.

No esperemos una información veraz en que todos los términos del problema se planteen con lealtad. Al enemigo hay que ridiculizarlo, torcerle la expresión, negarle el espacio para que rectifique. Nada significa enlodar una reputación, perseguir una idea, sacrificar el destino de algunos hombres.

Y las gentes ingenuas, junto con el desayuno, se tragan la dosis, de lo que la

han acostumbrado a gustar y que terminan por pedir como una expresión de su propio querer.

El hombre satisfecho, el que tiene casa, auto, campo y playa, que sabe de viajes, de hijos sanos y felices, de negocios prósperos, le molestan las huelgas, las interrupciones, todo lo que le diga que su mundo no es firme, ni es estable, pues le horroriza que pueda cambiar. Quiere orden.

Y hay unos hombres oscuros, que no tienen negocios, que no saben de playa, ni de campo, ni de casa, ni de auto, ni de hijos hermosos, ni de mujer feliz y elegante. Son unos seres negros y tristes, que cada mañana se levantan en una pieza donde se amontonan hijos, mujer, miseria y tristeza y se hunden kilómetros bajo el mar, en una tarea que les come la carne y les mata el alma. Y ese hombre que no tiene nada, carece hasta de la esperanza de llegar a tener. Y este mundo le parece injusto y cruel y quiere un cambio.

Al primero hay que decirle que éstos son anti-patriotas, que disminuyen la producción, que están manejados por Moscú y que es necesario un hombre fuerte que no tiemble cuando haya que dominarlos por la fuerza, porque no entienden razones. Y eso a un público gusta y hay que alimentarle el gusto.

Y si se alzan voces que quieren terminar con la violencia, que desean justicia y caridad humana, las apagan, las tuercen, las deforman y a ese hombre satisfecho, lo enfurecen llenándolo de mentiras.

F.

RECADO SOBRE UNA MAESTRA ARGENTINA

Por Gabriela MISTRAL

DESTERRADOS

De tarde en tarde la ola atlántica o la ráfaga platense me traen hasta Guanabara algunos amigos. Vienen ellos por ver el Brasil y gozarle su permanente Domingo de Ramos, que no es remate de ninguna semana de Pasión, y dura el mes, el año y la eternidad. Y—distancias hechas—vienen también a causa de una de las obras de misericordia: «Consolar a los tristes», de la cual se desgaja esta otra: «Compadecer a los exilados de la tierra o de la lengua». Las lenguas son países reales, aunque carezcan de osatura geológica; son territorios invisibles como los de las religiones y tan poderosos como los de ellas mismas. Al igual de las patrias físicas, ellas tienen sus habitantes y sus trashumantes. Los primeros comen y se nutren cada día de sus arroces y sus lentejas orales; los otros, o bien se hambreadan de su sustancia y acaban en fantasmas, o se salvan con los auxilios que les llegan, de cuando en cuando, en libros, en amigos.

Entre los huéspedes robinsonianos de esta casa, yo prefiero, como en todas las cosas, a los de mis dos oficios. Me dan una compañía adensada por la experiencia común, me desentumen la palabra empalada por veinte años de extranjería, me funden el «iceberg» de mi español tullido y me lo sueltan en una cascada feliz. ¡Qué presa rota! ¡Qué deshielo!

Hace años me dijo Pedro Henríquez Ureña en una fiesta escolar del Plata, presentándose a Marta Salotti: «Ella es familia suya, una pariente argentina que Ud. ignoraba». Y el hombre sabio en tantas cosas también acertaba esta vez. La maestra argentina se dió por aludida y aquí aludir fué encomendar. Porque Marta Salotti se puso en seguida a ser mi correo argentino de noticias, de libros y hasta de medicinas... Como si me hubiese visto en la cara los desnutrimientos del errantismo, la noche oscura del despojo terrícola-verbal, Henríquez Ureña me señaló arrimo a alguien que quisiese y pudiese ayudar; unos quieren y no pueden, otros pueden y no quieren...

SARMENTISMO

Gracias a ella, pues, el barco argentino trae casi siempre el libro nuevo del que no sé nada, o el libro viejo que perdí en barco o tren. Por ella he repasado a mi Ricardo Rojas, cuyas esencias muchas veces me sostuvieron; por ella vino en otro libro argentino la enjundia de una prosa cosmopolita que le resucita al andariego sus muertos de tres continentes; por ella he sabido que nos llegó en la hora exacta el poeta civil y religioso en Francisco Luis Bernárdez; por ella también recobré al Banchs bienquerido, que en su dejadez no se hace reeditar; y por sus cartas la lengua criolla vuelve a mí como la banda de cigüeñas y con el alboroto de ellas...

Pero cuando Marta Salotti no escribe, sino que llega, la Pascua se vuelve cabal, pues cae sobre mi casa una avalancha sarmentina, es decir andina; entonces el viejo titán entra por estas puertas bajo las especies de una hija suya, se instala a toda anchura, y por los tres meses de vacaciones el herrero de patrias manda sobre la conversación y la lectura en este barrio petrolitano que se llama Independencia.

A PESAR DE TODO, UNIDAD

Los antiunionistas, los hispano-americanos que ponen gesto agrio a los que creemos en la soldadura de lo roto en 1810, se quedarán cariacontecidos viendo a dos viejas maestras hablar de sus niños como si ellos fuesen los mismos, aunque se trate de criaturas divididas por muralla de hierro y cobre; se azorarían al oírlas hablar de lo suyo y común con una tal intimidad de miras y correlación de ideas como juegan las coyunturas de antebrazo y mano. Lo diferente, aunque sea bastante—llanura contra valle, trigo contra cobre, marejada atlántica contra marea pacífica—, estos desencuentros de la visión y del hábito se allanan como en los sueños, donde la montaña se derrite, se cuartea y nos deja pasar...

RETRATO HILVANADO

Marta Salotti tiene la vida exactamente partida como el fruto en una mitad de libertad jocunda y en otra de feliz servidumbre escolar. A los diez y ocho años salió «oleada», es decir «confirmada», por la Escuela Normal. A los cuarenta años (¡qué tardanza remolona!) le han dado la segunda jefatura de una escuela primaria porteña.

Llama la atención en mujer urbana la piel tostada hasta el punto de la pasa mendocina, que cuenta las vacaciones de cordillera o mar. (La muy atareada no se cuida de restaurar lo que el sol y la salmuera retostaron a más y mejor...).

Ella entregó toda la mocedad a los niños, sin las distracciones de las jóvenes ni las cicaterías de las viejas, poniendo en ello como su padre Sarmiento, un puñado de virtudes opuestas y coincidentes: arrebató y sensatez, experiencia e infantilidad, absolutismos y elasticidades. Pionera en su avance a las tierras nuevas de los métodos, y otro tanto misionera en lo de volar a todo brazo cuanto posee, está dotada de ánimo jovial para poder llegar sin destrozo al Extremo Oeste y llena de sentido de eternidad para que lo temporalísimo no la achate ni la envilezca.

Ella camina con la marcha lozana que me he visto en tres mujeres de la Pampa marcadora de gentes: en Victoria Ocampo, su dueña y señora; en una niña de Bahía Blanca y en Marta Salotti. Las tres andan con una rapidez de ñandúes bebedores de pampero y dando en la marcha testimonio del espacio y la libertad que son su padre y su madre.

La maestra argentina habla al comienzo en la lengua lisa y parda de los profesores, pero no puede mucho tiempo con ella y saca y desdobla de golpe la otra, el lienzo verbal que la pampa, gran nodriza, hace para no deshacer más. Esta segunda conversación de Marta Salotti, increíble en mujer de Buenos Aires, se trae adentro nada menos que el agro nacional: las motas negras del humus franciscano, autor del trigo; los siete cereales que dijo alguien a quien olvido; la hierba olorosamente magullada; algunas crines bravas y sedosas que son dejos del gauchismo; muchos caracoles de miramar, y los largos rocíos nocturnos, hálito casi divino de una tierra, por cristianizada, humanísima.

Yo me duelo de que todo esto parezca símil, pues no hay tal: mi colega habla así, como escarmenando un cordero invisible de estancia, y el que oye le recibe todo eso revuelto, vivaz y recién cortado. Parece que cada día Marta Salotti acaba de llegar de la Pampa, y que no atravesó Buenos Aires para embarcar ni pasó aduanas, donde habría tenido que soltar algo de su carga rural... Yo no me conozco charla tan terrícola en maestra alguna, pero tampoco vi nunca, en mis andares ruralísimos, un granjero que conversase así, con las palabras estregadas en sus plantas y bestezuelas. Y por este asombro mío la estoy contando como a un fenómeno salido del suelo, marina y atmósfera argentinos, que me llega al Brasil en un «envión» de olas, de ventada y de hierbas batidas...

Cuando los pintores futuristas dan sus modelos rayados por el oficio o la pasión, no travesean, sólo ven, y ven muy bien. A Marta Salotti tendría que pintarla recorrida por pedazos de su territorio o rebosando su flora: un brochazo de viñas aquí, uno mayor de trigales y órdenes de olas agitándole los brazos.

PESQUISA SUTIL

En su viaje pasado ella me trajo un libro que yo leí a sorbos y regustos con el espacio que pone la paloma entre grano y grano, por bien disfrutar (1). El libro trata de asuntos que me acarrea los peores recuerdos: de la composición escolar. (Mis ojos se quemaron sobre millares de cuadernos, creo que sin ganancia para nadie, porque es inútil corregir la escritura si no se enmienda en todas las clases la manera inorgánica de pensar y si no se elimina de las raíces del niño el hábito de mentir, torciendo la realidad que le dan sus sentidos). Yo leía y leía, sabiendo, de grano a grano, que mi avenimiento con la compañera arrancaba de muchos años y venía también de varias fobias comunes. En 230 páginas la Argentina se revuelve, como la granjera acosada por el avispero, contra la adulteración entera del lenguaje infantil, hecho por la pedantería docente, doliéndose de la reyerta eliminadora que se crea entre el habla de la ciudad y la de la casa.

(1) «Enseñanza de la lengua», escrito en colaboración con la doctora Carolina Tobar García, a quien no conozco y dejo por eso sin comentario largo.

Ella ha seguido y perseguido su asunto con la porfía para el bien que Dios y su raza le han dado. Lo sigue en los recreos, en la clase, en el barrio, en la ciudad, en la tremenda parva semanal de los cuadernos y en los libros extranjeros, donde otros han desnudado el conflicto dejando ver el desastre. Algo se ha averiguado ya, pero sólo comienza el ancho buceo del idioma en cuanto a instrumento suficiente, victorioso o inválido del alma. En la Argentina el jefe de la gran pesquisa se llama Amado Alonso, quien va ensanchando su grupo de averiguadores colegiados en el prócer Instituto de Filología.

Marta Salotti, cabeza seria y terca, ha tomado por lote suyo la semilla del mal sobre el plantel escolar. Las composiciones le han confesado a ella cosas que los guardianes de la lengua no ven ni oyen y que en todas partes están subiendo de malas a escandalosas. Su libro no se complace ni se retarda demasiado en teorías. Aunque las tiene, propias y ajenas, y de primer agua, la autora, con una honestidad que honra al gremio, se da de preferencia a escarmenar los trabajos mismos. El libro es casi una radiografía: por ahí corre toda la aventura verbal de los niños en sus tejidos sanos, en los desgarrones del injerto docente, en sus desviaciones lentas pero fatales, y al final en la lengua devorada por la jerga subdocente. El niño va tirando hacia atrás el *habla* doméstica—que diría Guillermo de Torre—por miedo de que se la ríen, y adopta la del aula, desnutriéndose de los jugos que lo regaron siete años. El traje verbal postizo le cae a la niña tan bien como al jardinero el del notario, pero la cuitada quiere complacer y adular a la maestra, busca obedecer y dar gusto, y lo da, pero a costa de lo mejor con que llegó a las clases: de su fertilidad para crear y su linda naturalidad para decir.

No sólo paga la pobrecilla este impuesto tremendo de la modalidad propia (que es carne, como el de Shilock (2), sino que los temas suyos, los de su interés más caliente, también los echará atrás para adoptar los que le recomiendan: ¡ay!, siempre las estaciones, a las que en la ciudad apenas si les ve la cara; y siempre «la Patria» en un abstracto teológico; y el amor de la escuela, a la que ha menester cantar en letanías aunque la deteste; y el paseo al campo, un campo de cromo; y el amor de la madre, puesto en estampa catequista, nunca la madre de carne y hueso. Y los otros temas que todos padecemos y que todavía nos encabritan la memoria magullada por ellos.

La profesora de ojo agudo se duele de la composición convencional, tan confeccionada como los discursos electorales, y que, o contienen la retórica peor—la del siglo XIX—, o por huir de ella paran en el seco ladrillo de lo esquemático-pedagógico.

La brava crítica del libro, por consecuente, ofrece varias salidas al mal. Desgajo éste entre los consejos: el alumno vive repitiendo, por falta de coraje para crear, lo mismo que el peatón camina con paso corto, y no quiere correr por «respeto humano». Marta Salotti agujonea al niño, lo estimula y, finalmente, lo echa de bruces a la creación con unos ejercicios que parecen mágicos. Hay en ellos un hondeo, un lanzamiento de la imaginación infantil tan eficaz como el de la piedra y la flecha. La mente fué disparada, saltó, ya vuela, y no caerá hasta haber cumplido su parábola. Esta gimnástica o «jugada» maliciosa es de las que no fallan, y semanas después el entrenado ya perdió timideces y comodonerías y se lanzará sin empujón ni grito, como el nadador que ya mató los sustos.

La pasión que Marta Salotti ha puesto en asunto pedagógicamente desconsiderado me trabaja y me intriga. Ella parece la de un filólogo, la de un escritor o la de un rector de almas; es decir, parece el afán misionero de los que tienen a su cargo las pesquisas más delicadas del idioma, llevando por mira un registro íntimo del alma. Con razón el profesor de la Sorbona, M. Marouzeau, dijo del libro «Enseñanza de la lengua» que él alegraría a M. Bally y a los otros investigadores europeos.

ESTETICA MAS ETICA

Y es que Marta Salotti es una maestra al día en su oficio, siendo también un alma entrañablemente religiosa. Ella para mientes en que la aceptación por los niños de la lengua docente los encamina a lo fraudulento. Con su experiencia, sazónada de años, como en la palmera, ella sabe que la mentira infantil estropea al hombre y a la raza. El europeo suele hablar de nuestra vida criolla como de una bonita armadilla de malicias, «listezas» e

(2) Este Shilock es el de la leyenda recogida por Shakespeare, y en la cual no creo. Se le nombra aquí en cuanto a símbolo el más fuerte de lo que puede arrebatare a una criatura: un listón de carne.

hipocresías que dañan la vida civil, la comercial y la «vida» *tout court*. La maestra desea para su escuela una clase y un patio lleno de niños que reverberen de franqueza verbal y de actos claros y ostensibles.

Hay más todavía en su empeño de jardinera por conservar recto el tallo de la palabra infantil. Descubrió hace mucho—tal vez en ella misma— la alegría que da el conversar dentro de la expresividad criollo-española. Por el gozo particular que esta lengua se trae; por el saboreo que sólo ella nos ofrece de nuestro repertorio de experiencias visuales auditivas, y afectivas; por la delicia de su intimidad: en suma, por el acarreo de materiales que la vitalísima se lleva de arrastre.

DON DE HABLAR

La profesora porteña habla así, en un lenguaje listado de madurez ciudadana y de infancia rural, y el no haber extraviado su expresión original ha de ser el secreto de su fascinación sobre los chiquitos.

Oírle un relato de hacienda o la descripción de un bicho de la Pampa, que ella nos pone vivo en la mano, u oírle contar sus charlas con los niños, equivale a llegar sin tránsito a la granja entrerriana y a seguir a la vizcacha por forados e intemperies...

El genio de contar, que para mí vale más que el de escribir, porque equivale a la toma de un «moulage» angélico sobre las criaturas y cosas sin perderles brizna, es virtud rarísima en nuestros pueblos de tradición oral ya desangrada y en agonía y este don medio perdido pertenece a mi colega tanto como su respiración o su andar; no lo aprendió y [se lo sabe por eso mismo...

Si las normales atribuyesen al genio oral los subidos quilates que él tiene en el ejercicio escolar; si entendiesen que manejar niños es ganarlos, adueñándose de ellos por la hebra solar del habla donosa, la *resistencia* suya en la batalla escolar se fundiría y el clima de la sala de clase, que es de fastidio o de tensión, mudaría por completo como por ensalmo.

Marta Salotti apunta a otro blanco más con su prédica de la lengua natural en el niño. Ella sabe tanto como Unamuno que la retórica está en «las últimas», que en la época que llega, de ingenieros y de mecánicos, la muy patricia—o patricio—primero romana, luego dieciochesca, luego jacobina, no tiene probabilidades de sacar a lucir, ni por los días de efemérides, su crinolina o su toga. La linajuda perdió en manos de los románticos la sobriedad y la veracidad, y nadie la cree más en sus reductos parlamentarios ni en los docentes. En cambio el español conversacional del viejo vasco ha servido en cualquier mañana de Septiembre para alegrar las potencias humanas.

Esta virgen verbal, fresca como «la vaquera de la Finojosa», es la musa escolar de Marta Salotti. Las composiciones de su libro dan testimonio de las conquistas de la maestra de marca mayor. La oración vivaz de los pequeños redactores es rápida, caliente y donairoso; reverbera de movimiento como el colibrí; no se consiente los bandullos del período ni gandulea en ires y venires inútiles, aunque acepte retozos y jugarretas. Pero la sobriedad no se les pasa tampoco a hueso calino: *esta prosa infantil es, como el niño mismo, acción pura*. Marta Salotti hace mucho hincapié en la «lengua afectiva»; pero, en verdad, ella rebana en las correcciones la hojazón sentimental: sus niños escriben en la manera objetiva y «terminante» con que trabajan artesanos, ceramistas, tejedores, ebanistas. Escriben para decir con precisión, pero, además, usando de las expresiones idiomáticas y las buenas interjecciones. Esos niños dicen el mundo concreto que es el suyo, sin inventarse «estados de alma» como los malos poetas, y cuentan derechamente, con rapidez de arroyo vertical.

Los trabajos de las muchachas huelen a casa, a alacena, a comedor; dan un tacto real de las cosas entre las que viven. Y de ese modo su escritura se parece, por el calor de vida que allegan al lector,— válgame la ocurrencia!— a la blusa recién quitada, al brazo de la silla en que se afirman, a la cáscara de la naranja sacada entera. Su asuntos están gozados y vividos. Y ellos no demoran en darlos, porque en nada, sea juego, sea trabajo, se demora el niño. (Para eso estamos los viejos...).

Yo pienso en los Péguy, en los Ramuz, en los Gionos, que nos está criando en sus escuelas Marta Salotti, sin enseñar «preceptivas», precisamente no enseñándolas.

DOS SANTOS PATRONOS

Leyendo composiciones me digo que es buena ventura nacer en un pueblo de óptimos abuelos verbales. El argentino legítimo nunca reniega—*ni olvida*, que es otro renegar,— a dos de sus mayores: a José Hernández y a Sarmiento. Los lleva ostensibles o subterráneos, sigue comiendo de ellos, pues no se han agotado el pastel ni la viña de uno y otro. Ellos *dan de sí* todavía; y lo que prestan no es sólo vocabulario y giros: es el método para manejar la realidad; las suyas son operaciones que si no se achican volviéndose receta, nos ayudan en cualquier empresa: novela, «corrido», crónica y hasta reportaje.

LA ALEGRÍA

El argentino no es un pueblo acedo, pero tampoco es alegre como el italiano y el andaluz. Sin embargo, la porteña que voy contando aquí, nació bajo un signo de jocundidad, casi, de euforia. Le estimo la cultura pedagógica, le admiro la ejemplaridad en el oficio escolar; pero su don de alegría es lo que le tengo por virtud inefable. Haber llevado veinte años la escuela a costas sin jadeo, como quien lleva cielo y aire; con llevar un casamiento tan largo con el ámbito escolar conservando entera la infancia del corazón; pasar indemne por el calvo país de la pedagogía sin caer en fatiga ni aridez, todo esto me pasma, como al Padre Eterno de Péguy le sobrepasaba la terca esperanza de los hombres. El bloque de malaquita de esta maravillosa alegría y de esta fe de cantos cuadrados, guardada entre fieles e infieles, doctos y palurdos, me pone a hervir, buscando entender. Porque no me vale para explicación ni siquiera una salud poderosa. La repechadora de colinas petrolitanas y la que se ajetrea todo el día entre libros o niños, sanos y enfermos, tiene ahora quebrantada la fortaleza que le dieron sus abuelos y su pampa salubérrima. Me revuelvo por comprender, mudo piezas, como en el juego de damas, y Palma Guillén, que sabe de almas mucho más que yo, me dice: «Ella no tiene la alegría fundada, que es rompediza; no se la dan los tendones ni el sol, como al deportista: la tendría prestada en tal caso. La suya es una sal cristiana, de puros ingredientes evangélicos. *Ella quiere y logra su gozo*; como los franciscanos de veras, supo a tiempo que lo primero era *la aceptación con júbilo*. Su idilio alegre con el oficio duro le viene de estar mirando siempre este mundo a la luz del otro».

La explicación, que me doy vuelta dos veces como buena hija de Tomás, el carnal, me resulta recta según la flecha. Es cierto, me digo: *allí está*. Pero en seguida se me cae encima la otra averiguación: ¿Y cómo se va a repetir el logro en un gremio de millones si la receta se confunde con la Gracia y ésta nunca cubre a la legión y sólo se posa sobre unas cuantas cabezas?

El espectáculo de un alma rica y *determinada*, la cual, según el laico, se organiza en torno de una especialidad y según el religioso en torno de una misión, siempre me atrae y me retiene. No hay paisaje terrestre que haga un préstamo tan caudaloso de electricidades morales para sacudirnos y lanzarnos a la acción redentora.

EL ARBOL DE MUSICA

Cualquier empresa que mira a la palabra, el místico dirá el Verbo—y quiere arrancarla de la trivialidad, de la chabacanería, o del encenegamiento en la mentira, revela mucho amor y primor hacia el alma. Estos médicos higienistas de la expresión trabajan en todas partes sobre el idioma adulto; pero yo no me había encontrado todavía con un vigilante exclusivo del verbo infantil. Al niño se le nombra, se le agita y venta muchísimo, y la verdad es que para los más él viene detrás de nosotros, pues no le damos todavía la delantera.

Marta Salotti, maestra exenta de sonajas gremiales y rasa de vanidades literarias, está—hace diez años—puesta a un afán de botánica divina: al de cuidarnos el «árbol de música» que es la lengua desde su primer almacigo. Supo de buen saber que la «planta rumorosa» se agusana y se malogra desde las «platebandes» del «kindergarten», que fué su primer jornada escolar. Seguramente la ternura espiritual y física que ella siente por las criaturas le venga de haberlas adoptado en un jardín de infancia, que es casi recibirlas en el alumbramiento. En su celo hay una porción materna, más un madrinaje estético, más unos dejos de nodricería que sabe lo que ignoran los parientes despreocupados. La vigi-

lancia poliédrica de la carne, sentidos y potencias, que va desde el peinado y las ropas hasta la cernidura de la palabra, me parece una pura maravilla, y he querido, como a tal, desmenuzarla en un disfrute que quiero darme y dar a los otros.

Marta Salotti envejecerá trabajando sobre la argentinidad íntima, obligando así a su gente, pero también a los que han hecho oficio de la expresión verbal. En el telar grandísimo que va de tierra a cielo, en la buena causa del Verbo español, se toca un enjambre de manos sin verse y sin saberse, ciegas como las abejas de la «enjambración» apícola. Mejor que trabajar en la ceguera y el desconocimiento sería darse voces y trocar acuerdos. Nunca vi, en un mundo lleno de congresos, que se hayan dado citas maestros y escritores para conversar del negocio común del idioma. Es una guerra civil de competidores: el maestro se cree el dueño natural de los niños; el escritor se cree el mayoral de los adultos. ¡Lástima que el segundo reciba a su lector ya torcido por los textos escolares y que el primero no sabe que el no cría, sino que describía, que no nutre, sino que enflaquece, con la dieta docente, el ingenio y el haber verbal de los Peters Pans y de las Alicias!

En una escuela común de Buenos Aires, sola y tan feliz como si contase con legión, Marta Salotti, hija de su Sarmiento sillar, que basta para sostener a didactos y autodidactos, sigue recogiendo y anotando su experiencia preciosa con los niños. Acaba de rematar el segundo libro de su curioso peritaje; seguirá hasta que el asunto, profundo y oscuro como la entraña marina, le entregue sus hermosuras, sus sorpresas y sus absurdos. Seguirá en la faena hasta rendir los ojos, hallando anémonas desconcertantes, estrellas verbales que no se sospechan, esturiones ácidos y pulpos que nunca imaginamos, y todo en un fondo marino, revuelto en las aguas azulencas que llamamos «la infancia». Nada tienen ellas de simples y de captables por el brazo común; las aguas de la infancia son duras de cortar, más aún, de encañar, y todavía más de reducir a tabla de definiciones.

LA ESCUELA PRIMARIA ARGENTINA

Desde Sarmiento, el fundador, esta escuela representa una especie de cuarto poder, una derramada potencia, sin apelativo personal, que se extiende desde el primer colegio de Jujuy hasta el de la Tierra del Fuego. La docencia primaria parece la sal por excelencia del cuerpo argentino, la afirmadora y la sazonzadora de la Nación, la que le ha evitado corrupciones y desmigajamientos. Como es ancha y albea desperdigada desde el meridiano 20 hasta el 55, para mostrarla a los extraños es preciso tomar unos cristales de ella en la palma de la mano. Es lo que quiere hacer este pobre recado, contando, bajo el nombre de Marta Salotti, el ímpetu liberador, creador, y casticista de la escuela primaria argentina.

En la mudanza solapada que la inmigración iba cumpliendo sobre la argentinidad con su infiltración cotidiana, lo más visible eran las averías del idioma. Escritores y profesores dieron la alarma. Capdevila con su acento doctamente irritado. El magisterio nacional recogió el recado y encargo, y puso sus manos sobre la cernidura de este inmenso cereal impalpable que es el habla popular. En no más de quince años se ha verificado un vuelco palpable que los forasteros seguimos en los libros y la prensa. Prosa y poesía han entrado en unos afilados rigores de conciencia, de escrúpulos y aún de refinamientos.

El magisterio trabajó allí duro y bien: la faena no se remata todavía, y es natural: el enorme organismo sobador y mascador de inmigraciones sigue recibiendo masas europeas, y después de la guerra el aluvión se va a doblar probablemente. No es cosa de clamorear con sirenas y cobres. Existe una manipulación formidable para prevenir y salvar en ese punto de nuestro continente pueril (3), y ella se llama la escuela nacional, la prieta red a la vez federal y unitaria de millares de colegios argentinos.

(3) Pueril, niño.

DEMOCRACIA Y DEMOFILIA

Tristan de ATHAYDE

Los tres libros de que nos ocuparemos hoy, con el habitual remordimiento de resumir con premura obras que, a cada instante, permiten largas consideraciones, representan tres aspectos de aquel problema a que nos referimos en anterior oportunidad, el mayor en el plano político-social, el de las relaciones entre la democracia y el comunismo. Estos libros son: «Rusia y la Paz», por Sir Bernard Pares; «Democracia de hoy y de mañana», por Eduardo Benes; y «Decadencia y Grandeza de la Democracia», por Darcy Azambuja.

Este problema pasó al primer plano el 22 de Junio de 1941 cuando Hitler atacó a Rusia con la misma perfidia con que seis meses más tarde el Japón atacaría a los Estados Unidos y un año y pocos meses antes Italia había atacado a Francia. Con el desprecio más arrogante para con las fuerzas morales, el Eje desafiaba tanto a las democracias como al comunismo e iba no sólo a cavar definitivamente su ruina haciendo posible la alianza militar entre dos regímenes hasta entonces completamente distanciados, sino también a enfocar de nuevo el problema social del siglo.

La derrota final del Eje por la alianza militar de las Democracias y de la Rusia Comunista fué, por lo tanto, una victoria de las fuerzas morales. Fué el clamor mundial de todas las clases sociales, de todos los grupos espirituales y culturales en todos los países del mundo (y probablemente dentro del propio Eje entre aquellos que fueron a pudrirse en los campos de concentración, divulgados hoy para horror del mundo civilizado), fué ese clamor mundial nacido del fondo de las conciencias que permitió el heroísmo de los soldados, la unión de los frentes internos y la acumulación de los armamentos necesarios para desarticular y destruir el inmenso poderío militar del Eje. La victoria de Mayo de 1945 fué la confirmación patente de aquellos «imponderables» de que hablaba Bismarck y que jugarían esta vez contra el arrogante realismo de su sucesor en el Tercer Reich. Estos imponderables son las fuerzas morales que los maquiavélicos, los materialistas no dialécticos y los imperialistas neopaganos desconocen, rechazan o desdeñan y que, sin embargo, continúan gobernando al mundo en la sombra y en el silencio de las conciencias, de las bibliotecas y de los claustros.

Fué también la perfidia del Eje Totalitario, aun vivo en sus satélites y en uno de sus miembros, que—después de desencadenar contra sí la irresistible tormenta de las Fuerzas Morales coaligadas de todo el mundo, vino a enfocar de nuevo el problema del nuevo orden. Hasta la guerra de

1939 y aun hasta la invasión de Rusia por las hordas hitleritas, una barrera profunda existía entre las Democracias occidentales y el Comunismo ruso. A pesar de ser el fruto doctrinario de una ideología germánica, el *marxismo*—y de un movimiento occidental posterior a la revolución francesa, el *socialismo*—la Revolución Rusa había presentado también un aspecto profundamente *ruso*. Cuatro tipos de factores habían concurrido para la eclosión de este fenómeno capital de nuestro tiempo: factores económicos, políticos, morales y nacionales. El primero, el *económico*, era el reflejo remoto (porque en Rusia el capitalismo industrial no había pasado del estado empírico) de la evolución del capitalismo en el sentido de la concentración industrial a la que se sumaba el elemento *nacional* de la concentración inmemorial de los latifundios. El factor *político* era la tendencia moderna a la hipertrofia de la autoridad, al neo-absolutismo estatal, a la paradójal y perniciosa sustitución de la emancipación por el planeamiento como factor de progreso, como tan bien lo critica Walter Lippman en su libro «The Yood Society». A esta tendencia política moderna y occidental venía a sumarse el elemento local y tradicional del zarismo, perfectamente de acuerdo con la concentración política estatal moderna. Finalmente, el factor *moral* era la exigencia normal de la Justicia Social que anima a toda la evolución social cristiana moderna y occidental, a la que en Rusia se agregaba la profunda inclinación mística del pueblo, naturalmente inclinado a conceder importancia al factor moral. Cada uno de los elementos occidentales encontraba un complemento ruso. Y a todo lo anterior habría que añadir las características temperamentales del pueblo, aquella tendencia a la *masa* y otras condiciones del espíritu «tártaro» estudiadas por Sombart en su libro «Der proletarische Sozialismus».

Todos los elementos políticamente *rusos* de la Revolución de 1917 hicieron posible la separación de 25 años que iba a terminar con la invasión de Hitler en 1941. Con ella iba a tomar nuevos aspectos el problema de la Revolución Rusa y tornar aun más difícil el problema de su incorporación en la civilización occidental moderna del siglo XX de lo que había sido en el siglo XIX la integración de la Revolución Francesa. Pues, como escribía el gran sociólogo católico inglés Christopher Dawson en fecha reciente: «Es claro que no nos será posible alcanzar una paz estable mientras no encontremos un *modus-vivendi* posible entre la Democracia anglo-americana y el Comunismo ruso, y para lograrlo no

basta hacer sofismas (to gloss) sobre sus diferencias esenciales mediante el empleo equívoco del término Democracia. Es una tarea inmensamente difícil y que exige condiciones excepcionales de espíritu público (statesmanship) y moderación. Pero, aunque difícil no es imposible y como la paz del mundo y la supervivencia de la civilización dependen de ella, ambas partes tienen interés en que el problema sea resuelto. Este debe ser el objetivo básico de la política aliada y mientras la opinión pública de todos los países mejor comprenda la verdadera posición del asunto, mayores serán las posibilidades de alcanzar este objetivo». Este recíproco entendimiento entre la actual civilización de las estepas y nuestra civilización atlántica, es el mayor problema social del siglo XX junto a la recíproca comprensión entre el notable ascenso de las masas a una etapa superior y el justo término de los privilegios. La esperanza de preservar una Paz justa y duradera en el medio de este doble oleaje, que muchos de nosotros la vemos ya en una civilización pluralitaria de espíritu sustancialmente cristiano y democrático, en que el fermento de la Gracia levante, cada vez más, la masa de la naturaleza mediante hombres de Buena Voluntad y mediante la convivencia pacífica gracias al Amor y a la Justicia, entre los que la Serpiente y la Historia separaron y desunieron.

La nueva luz bajo la cual la perfidia del Eje vino, sin quererlo, a colocar a la civilización occidental, era precisamente la alianza militar entre la Democracia y el Comunismo, que naturalmente se transformó en el problema actual de relaciones pacíficas o de hostilidad latente. El primer peligro de que debemos precavernos si queremos construir una Paz estable, es el de creer imposible la solución del problema. Como lo dice Dawson, hay que encontrar una solución. Y ella, a mi juicio, sólo puede ser encontrada en el espíritu de *distinción* que justamente tanta falta hace en nuestros tiempos. Que el problema es difícil, nadie lo niega. Lo que no es posible en este punto, como en tantos otros, es el retroceder. Lo que dificulta todo, es la verdad contenida en la famosa frase de Beethoven—«la nobleza no aprendió ni olvidó nada con la guerra»,—verdad que se aplica tan perfectamente a nuestro tiempo de burguesía egoísta y despreocupada. El problema Democracia y Comunismo no puede ser colocado en los mismos términos que antes de la guerra. Ni resuelto por los procedimientos simplistas de la *exclusión recíproca* o de la *confusión equívoca*. Polonia no puede seguir siendo un cordón de aislamiento. Debe ser un trazo de unión. Y es por eso que en torno de Polonia se están trabando las primeras escaramuzas de la Paz. Estas escaramuzas pueden acarrear las peores consecuencias, y aun la catástrofe de una nueva guerra mundial de la que tanto se habla hoy en día, si perdura en-

tre comunistas y democráticos el espíritu maquiavélico, imperialista o reaccionario. Por otra parte, sólo podrán resolverse las dificultades en forma pacífica y constructiva, si dominare en ambas partes el espíritu de comprensión, de objetividad realista y de verdadera fraternidad humana y cristiana. No se trata de confundir principios, de negar o torcer hechos, de desconocer las incompatibilidades cuando existan. Se trata de mirar la realidad de frente sin temor a las consecuencias y tratando de observar y pensar nítidamente. Estamos precisamente en la hora de los «hombres de buena voluntad» a que se refirió la gran Voz del Eterno en el momento culminante de la historia de la humanidad. Esta buena voluntad debe comenzar por vencer en cada uno de nosotros los propios conceptos ya instalados a fin de no resistir la lección de los hechos y la exigencia de los principios. No se trata de llegar a acuerdos a costa de concesiones recíprocas, estratégicas y carentes de sinceridad. Se trata de sacar los frutos de la sangre de seis años, derramada en el mar, en la tierra y en el aire por la flor de nuestra generación. Siempre será por el misterio de la Sangre que podremos encontrar el camino para soluciones duraderas.

Acaso ¿no habrá ninguna diferencia entre Comunismo y Democracia, como muchos lo afirman? ¿Será el Comunismo la forma perfecta de gobierno del pueblo por el pueblo? O bien, por el contrario, ¿habrá incompatibilidad radical entre uno y otra, así como entre el comunismo soviético y la civilización, de modo que se justificaría la «cruzada antisoviética» para la cual murieron llamando a los occidentales Hitler y Goebels desde los subterráneos de Berlín? Considero erradas ambas posiciones. Representan en el momento actual los dos extremismos que pueden echar a perder la paz mediante la victoria del *espíritu totalitario* bajo sus dos formas antagónicas la izquierdista y la derechista, para emplear una vez más la terminología del siglo XIX tan común todavía hoy en día. El Comunismo será la alternativa para la decadencia o la desaparición de la Democracia. Pero la Democracia realizada *simbióticamente* (ver la notable distinción entre la «sociedad orgánica» de Platón y la «sociedad simbiótica» de Aristóteles en F. G. Wilson: «The elements of modern Politics»), de acuerdo con la exigencia de la naturaleza de las cosas y de la convivencia pluralista de los grupos y partidos diferentes, será, a su vez, la disyuntiva para el Comunismo marxista, fase final del capitalismo y del racionalismo occidentales, iniciados a contar desde el Renacimiento y la Reforma. En el momento actual ambas posiciones se encuentran a menudo confundidas. Me parece necesario, y aún urgente, un trabajo de discriminación entre el régimen soviético, el régimen liberal-democrático y la democracia cristiana. Esas tres formas presentan algu-

nos puntos de contacto y otros de radical divergencia. El primero, impregnado de los principios totalitarios que le fueron comunicados por el marxismo doctrinario, representa una evolución del comunismo durante sus veintiocho años de dominio en Rusia.

Una revolución es un organismo que se transforma todos los días, ya que su característica principal consiste en una aceleración radical en el dinamismo normal de la evolución histórica. La revolución no es lo *opuesto* de la evolución. Es sólo una intensificación—a veces monstruosa, como son al comienzo todas las revoluciones—del proceso normal de la evolución histórica. La Revolución Rusa sigue pasando por un ciclo de transformaciones radicales como lo fueron la NEP (nueva política económica) de Lenín y la NIP (nueva política internacional de Stalin).

Al problema de la evolución del régimen ruso se dedica Sir Bernard Pares, viejo conocedor inglés de los problemas rusos, en el primero de los tres libros que comentamos. Trata de demostrar que Rusia cambió radicalmente durante el curso de la Revolución y es hoy día *totalmente* diversa de lo que era hace veinte años, durante el período del «comunismo de guerra» y antes de la victoria del comunismo nacionalista de Stalin sobre el comunismo universalista de Trotski.

Corresponde al gobierno ruso demostrar que, en la práctica, el régimen cambió en el sentido en que Sir Bernard Pares lo asegura en forma más que optimista en su libro: «La primera aspiración que era necesario satisfacer era la de la propiedad y es así como el asunto está enfocado actualmente: el hogar campesino es propiedad particular así como el huerto y el pequeño quintal. Dentro de los límites razonables, el campesino propietario tiene su grado de participación en la hacienda colectiva. No puede adquirir del trabajo asalariado de los demás, pero lo que ganó le es garantizado por el Estado como propiedad personal suya: puede ser colocado en las cajas de ahorros y aun legado. La familia volvió a ser considerada con deferencia, la disciplina fué completa y severamente restablecida en el seno de la juventud; el divorcio castigado con impuestos progresivos según su repetición (divorcio para los ricos comentaremos nosotros...); el aborto, en un comienzo tolerado, pasó a ser delito grave; la enseñanza, que era mera propaganda, se transformó en algo objetivo... Se restablecieron en las Universidades las cátedras de Historia; se declaró que la religión había significado un progreso para la civilización antes de la subsecuente degradación oficial». Esta última frase está en conflicto con la nueva oficialización de la religión operada por Stalin. A no ser que éste hubiera querido liquidarla oficializándola, lo que la historia ha demostrado ser posible dentro de ciertos límites.

El libro de Sir Bernard Pares es sospechoso, pues conduce a una apología del stalinismo. Es un libro de tesis que trata de demostrar la democratización efectiva del régimen comunista durante estos casi treinta años de dominación en Rusia. Silencia, o pasa por alto, todo aquello en que el régimen soviético se diferencia de la verdadera democracia: inexistencia de partidos autónomos; dictadura del Partido Único; oficialización de la prensa; imposición tácita o expresa de una filosofía oficial; secreto y censura generalizados; inexistencia de garantías de libertad religiosa fuera de la Iglesia oficial ortodoxa, prolongación ésta del cesaropapismo; estatismo económico; monopolio pedagógico del Estado; arte dirigido; culto del Jefe del Estado, etc.

En el libro del gran estadista checo Eduardo Benes, muy superior al de Sir Bernard Pares, encontramos un cuadro perfecto de la Democracia Social, fase moderna y avanzada de la Democracia Liberal, así como una discusión amplia y muy bien informada y observada, de las condiciones políticas del mundo moderno en las vísperas de la postguerra, ya que el libro en cuestión fué escrito durante la guerra.

Uno de los temas más interesantes de que trata es precisamente el de las relaciones entre la Democracia y el Comunismo:

«De esta manera, después de la guerra actual, quedarán, primero como aliados, más tarde talvez como rivales, el sistema democrático y el sistema del socialismo soviético. ¿Pueden acaso existir y existirán uno junto al otro en pacífica convivencia? ¿Pueden ambos colaborar o siquiera tolerarse mutuamente? Personalmente, yo tengo para todas estas preguntas una respuesta inequívoca: pienso que es posible, justo y necesario que así como ahora, en la guerra actual, ambos sistemas colaboren de común acuerdo y se toleren mutuamente aun después de la guerra. Ello tendría como consecuencia, en primer lugar, su aproximación temporal, y en seguida, talvez, una identificación permanente, como resultado de la evolución... Es cierto que el sistema de la democracia política y el del socialismo soviético actual presentan divergencias en muchas concepciones de principios, aun cuando, por otra parte, concuerden en muchos otros asuntos igualmente esenciales. El sistema del socialismo soviético se funda en la ideología materialista... El factor decisivo de toda la vida, en la evolución social e histórica, es la estructura económica de la sociedad. La democracia, como ya lo dije, es anti-materialista en su esencia y cree en la fuerza del espíritu... En contraste con los marxistas, los demócratas tienen una concepción religiosa de la vida, reconocen en alguna forma el Absoluto y, por lo tanto, reconocen a Dios. En la evolución histórica los demócratas consideran los fenómenos espiritua-

les, culturales y religiosos tan importantes como los materiales. Como resultado directo de esta diferencia fundamental entre ambos sistemas debe considerarse la divergencia de concepción de la sociedad y del Estado. El Comunismo, partiendo de la filosofía materialista es, en sus tesis fundamentales sobre el Estado, opuesto al individualismo. La Democracia no funda su teoría ni su práctica en la conciencia colectiva, sino en la conciencia del individuo y considera, por lo tanto, al ser humano como factor primario y fundamental y a la colectividad social y al Estado como factores secundarios».

Frente a esta clara colocación de posiciones no es posible admitir aquella «identificación» final a que alude el Presidente Benes. Habrá siempre incompatibilidad radical entre ambas posiciones. A menos que este fundamento espiritual de la Democracia sea puramente accidental y superficial, como sucede en la democracia no-cristiana, puramente liberal o social, sin fundamentos filosóficos seguros y en la cual el individuo acaba siempre por diluirse en la sociedad.

Por esto mismo, consideramos que la condición esencial para que la Democracia, fundada en los derechos primordiales de la Persona Humana y de los Grupos Sociales autónomos sobre la colectividad y el Estado, no sea absorbida por el socialismo soviético de base materialista y por lo tanto de base totalitaria, reside en una filosofía natural y sobrenatural de equilibrio entre la Libertad y la Autoridad que sólo el humanismo cristiano está en condiciones de realizar íntegramente.

Esta tercera forma de régimen político moderno, la única que nos parece capaz de evitar la absorción de la *democracia* liberal y social por la *demofilia* soviética y ésta por el totalitarismo implícito de su filosofía materialista, es precisamente la democracia cristiana, fundada en el *pluralismo* político social y no en el *monismo*.

El libro modesto y didáctico del señor Darcy Azambuja sobre «Decadencia y Grandeza de la Democracia», parece inspirado en esta concepción cristiana y pluralista de la democracia moderna.

No se trata de una obra de propaganda como la de Sir Bernard Pares, o de elevada y amplia especulación política, doctrinaria y práctica como la del Presidente Benes, que esperamos se transforme en el Massaryk de la Checoslovaquia resucitada después de la traición de Múnich, que reconstruya una patria independiente y no vasalla, realmente democrática y no sólo demófila.

El libro del señor Darcy Azambuja es un buen compendio de los elementos esenciales de una auténtica democracia, fundada en una concepción cristiana de la vida, y, por lo tanto, igualmente apartada del individualismo y del socialismo. Desde el comienzo reacciona contra todo determinismo histórico, partiendo de la libertad como elemento esencial de la historia y de la sociología. Es el hombre el que domina principalmente los acontecimientos. «Si las ideas morales, científicas, filosóficas, puede mejorar el carácter individual y colectivo e influir sobre la forma de gobierno, solamente son buenas aquellas formas de gobierno en que aquellas ideas pueden producirse y desenvolverse libremente. Solamente son buenas las formas de gobierno en que existe la libertad. El problema capital no es sólo la modificación y sí lo es la modificación en busca de la perfección. ¿Cuáles son las buenas ideas que deben ser propagadas y cuáles las que deben ser suprimidas? Para las sociedades occidentales impregnadas de cristianismo el acuerdo no es imposible, por lo menos sobre la orientación fundamental. La moral y el sentido común condenan las ideas de violencia, de odio, de corrupción y consideran como buenas las que se fundan en la fraternidad, en la igualdad ante la ley, en la justicia, en la caridad y en la paz».

Es precisamente lo que se impone para que el *espíritu pacífico* prevalezca en la preservación de la paz y podamos alcanzar de esta manera el desarrollo de los espíritus, indispensable para que la paz no sea sólo una guerra blanca o disfrazada. Entre el progreso social deseado por la verdadera democracia y las eternas enseñanzas del cristianismo, sólo puede haber oposición cuando exista mala fe e ignorancia, como recientemente lo recordaba el Papa Pío XII en las magníficas palabras con que recibió a Jacques Maritain, nuevo Embajador de Francia ante el Vaticano. Dijo entonces Su Santidad: «Entre las nobles aspiraciones de una humanidad preocupada con el progreso social y las enseñanzas de la fe cristiana, sólo podrá existir oposición cuando la ignorancia, los prejuicios y la pasión quisieren romper una concordia deseada por Dios» (Observatore Romano 11-12 de Mayo de 1945). Esta «concordia» entre el progreso y el cristianismo a que alude el Santo Padre, es la posición en que nos colocamos al encarar estas tentativas destinadas a vencer los grandes obstáculos que la «idolatría de la Fuerza» colocó frente a nosotros y que llenan los caminos que conducen de la demofilia a la democracia.

LOS DEMOCRATAS CRISTIANOS DE ITALIA

Bárbara BARCLAY CARTER

Cuando hace pocos meses Alcide de Gasperi, el ministro de Relaciones Exteriores de Italia y dirigente del Partido Demócrata Cristiano, vino a Londres, fué esta visita del estadista italiano un índice de la importancia que ha logrado dicho partido en la vida política de la Italia post-fascista. En el gobierno, encabezado por Parri, ocupa cuatro ministerios (Asuntos Extranjeros, Guerra, Industria y Comercio y Correos y Telégrafos) y tres subsecretarías. Todo indica que puede convertirse en el partido más poderoso del país.

En parte, su fuerza es debida a que cuenta con medio siglo de preparación. En efecto, es el heredero directo no sólo del Partido Popular, sino también del grupo de jóvenes cristianos demócratas que en 1900, en un ambiente con fervor de cruzada, estimulado por la Encíclica *Rerum Novarum* (otorgada nueve años antes), sorprendió a los círculos católicos conservadores con un manifiesto reclamando el voto para hombres y mujeres en plano de igualdad, impuesto progresivo sobre las ganancias, representación proporcional, reforma agraria, reconocimiento oficial de las uniones obreras y libertad para las escuelas católicas. La existencia de tal partido contrariaba entonces a la política de León XIII del *non expedit*, que prohibió a los católicos la participación activa en la vida política, como protesta contra la ocupación de Roma. En parte por esa razón, pero también para evitar que en nombre de la Iglesia se abogara por determinado sistema político, la Encíclica *Graves de Communi* (Enero de 1901) estableció que el término «democracia cristiana, en las circunstancias actuales» debía aplicarse únicamente al movimiento social, auspiciado por la Iglesia, y no en sentido político.

Acatando a esta norma y para evitar posibles confusiones, el Partido Popular, fundado en 1919, aunque en esencia continuación del Partido Cristiano Demócrata de 1900, eligió un nombre distinto. Antes de formar el nuevo partido, don Luigi Sturzo, que había ayudado a la formulación del Manifiesto de 1900, se presentó al Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Benedicto XV, e insistió ante Su

Santidad que había llegado el momento de prescindir del *non expedit*. Aprovechó Sturzo la oportunidad para bocetar sus ideas sobre la formación de un partido inspirado en la sociología católica, que facilitaba a los católicos amplia posibilidad de actuar en la vida política, y que al mismo tiempo sería aconfesional, es decir, obraría bajo su propia responsabilidad, sin comprometer a la Iglesia.

Los puntos destacados del Manifiesto Cristiano Democrático de 1900 fueron incorporados al programa del partido actual, mas se insistió particularmente en la necesidad de transformar al Estado centralizado liberal en un Estado orgánico, basado en el valor de la persona humana y lo que de ella deriva: la familia, el municipio, y las asociaciones vocacionales. Pidió este partido una libertad que incluyera «la libertad religiosa no sólo para el individuo, sino también para la Iglesia, que así podría desplegar su misión espiritual en el mundo; libertad de enseñanza, sin monopolio del Estado; libertad de las organizaciones de clase, sin preferencia o privilegio para ningún partido, libertades comunales y locales de acuerdo con las tradiciones gloriosas de Italia». El hecho de que ese programa no hiciera referencia directa a la «Cuestión Romana», es de por sí revelador. En ocasión del primer Congreso Nacional del Partido, se afirmó, por acuerdo de una gran mayoría, que una cuestión de tanto interés católico universal no debía en modo alguno integrar un programa de partido. Por otra parte, el programa del Partido Popular, como el del Partido Cristiano Demócrata, se fundamentaron en las enseñanzas de aquella escuela de sociología católica surgida del trabajo de más de setenta años realizado por medio del intercambio internacional, desde los tiempos de Ketteler y Ozanam y el Padre Ventura, y los grandes Congresos de Malinas y Lieja, debidos a la labor del Cardenal Manning y anteriores a la fecha en que la *Rerum Novarum* diera su augusto endoso a su apostolado social.

El éxito del Partido Popular fué inmediato e impresionante. En las elecciones de 1919 logró 99 diputados y en las de 1921 obtuvo 107. Llenó el vacío ocasionado

por la posición doctrinaria que adoptaron liberales y socialistas. Los primeros, aparte de estar siempre tildados de anticlericales, tenían poca comprensión para la reforma social y por consiguiente pocos adherentes fuera de las clases medias. Los últimos, casi exclusivamente urbanos en un país esencialmente agrícola, estaban identificados con un ateísmo agresivo. Mas el mismo éxito de los *Popolari* tenía su aspecto negativo, porque implicaba el ingreso en el Parlamento de demasiados hombres nuevos en la vida política, un hecho que en parte explica por qué el partido fué incapaz de ofrecer una resistencia más eficaz al producirse el fascismo.

Después de 1926, cuando todos los partidos fueron suprimidos por decreto y la propalación de sus ideas fué convertida en delito punible con varios años de encarcelamiento, los miembros del Partido Popular supieron mantener contacto entre sí, porque casi en su totalidad eran miembros de la Acción Católica (detalle que sirvió a Mussolini de pretexto para sus ataques contra la Acción Católica en 1931). Don Sturzo, después de dos atentados contra su vida, fué persuadido de que marchara al exilio, adonde le siguió Donati, el editor del órgano del partido *Il Popolo* y el joven y brillante jurista F. L. Ferrari. Ninguno de estos dos últimos volvió a ver Italia. (Dos otros dirigentes jóvenes de grandes promesas había perdido Italia con su muerte prematura: eran Necchi y Frassati, de los cuales se han iniciado las diligencias de beatificación).

En 1924, Alcide de Gasperi había sido elegido dirigente del partido, con la asistencia de di Rodino, vice *premier* en el segundo gobierno de Bonomi, y Spataro, ahora subsecretario en el Departamento del Primer Ministro. Gasperi, al cabo de cuatro años de cárcel, acusado de haber intentado abandonar el país clandestinamente, recibió refugio en el Vaticano, como ayudante del bibliotecario de la Biblioteca del Vaticano. Sus libros, que incluyen el ensayo más logrado sobre la génesis de movimiento católico social anterior a la *Rerum Novarum*, sólo anónimamente pudo ser publicado. Entre la gente más joven y menos sospechosa se mantuvo una resistencia clandestina, tal la de los Neo-Guelfos de Milán (que por desgracia fueron descubiertos), y la de Renato Vuillermin, quien trató de fo-

mentar un movimiento con el fin de persuadir al Rey que restaurara la Constitución. (Fué fusilado por los alemanes como rehén en Agosto de 1943). El Partido Popular fué, en forma preeminente, el partido de los hombres jóvenes. Así, cuando en 1942 y 1943 resurgió clandestinamente como Partido Cristiano Demócrata—desaparecidas las razones históricas que habían hecho imposible el empleo de este nombre.—encontró a un gran número de sus anteriores dirigentes en sus puestos. Y en Septiembre de 1944, las elecciones que tuvieron lugar en ocasión del primer Congreso del Partido, demostraron que estos dirigentes sabían conquistar la confianza de una nueva generación.

Los Demócratas Cristianos de hoy, evidentemente han pasado en sus años de catacumbas por un proceso de madurez. Su programa—en lo esencial—ha quedado inmutable. Ahí está la misma insistencia en la primacía de la moral, en un Estado orgánico y descentralizado, protector y guardián de los organismos naturales e inmediatos, «un verdadero Estado del pueblo, en el que los derechos de la persona humana, la familia, las asociaciones vocacionales, la comuna, la religión y la sociedad religiosa, es decir, la Iglesia, encuentra pleno reconocimiento y garantía». (De Gasperi, 12 de Septiembre de 1944. Además se ha enfocado este tema en cada uno de los discursos importantes referentes al programa cristiano-demócrata). En cuanto a las reformas concretas de índole social y económica, Gasperi informó a quien escribe estas líneas, de acuerdo con los puntos de vista del partido, durante su visita en Londres. Como en el pasado, la reforma agraria ocupa lugar predominante. (En 1922 fué presentado a la Cámara de Diputados un proyecto del Partido Popular, a fin de explotar y poblar los territorios abandonados del Sur de Italia, pero este proyecto tuvo que ser retirado al subir el Fascismo, *in odium auctoris*). La finalidad de la reforma agraria es la sustitución de los latifundios y grandes fundos por propiedades de reducida extensión e independientes. Aunque en algunos territorios el tipo de producción hará necesario que las tierras sean administradas en común, el reforzamiento de la clase de los campesinos-propietarios es especialmente indicado, desde el punto de vista social, porque ellos representan una

garantía de libertad personal. La posición de esta clase ha de ser reforzada más aún por medio de cooperativas, instituciones bancarias y medidas similares. En cuanto a la industria, el partido pide la socialización de las grandes industrias que poseen monopolios, por medio de grupos de profesionales que aseguren a los obreros su derecho a intervenir en la empresa (los italianos hacen una clara distinción entre nacionalización y socialización), y garanticen, sin embargo, la libertad de desarrollo de la industria pequeña y mediana, que en Italia representa un 75 por ciento del total. Al mismo tiempo, dice el señor de Gasperi, el Partido Demócrata Cristiano es en esencia un «partido obrero», como lo comprueba la fuerza del ala cristiana demócrata en la Confederación del Trabajo recientemente reunida.

Sobre la cuestión institucional, el partido, aún manteniendo el principio de que la decisión ha de tomarla la Asamblea Constituyente, se ha pronunciado por gran mayoría en favor de una República, opinión que no debe sorprender, visto el hecho de que por un lado, a la monarquía le falta la consagración religiosa, y por otro lado la Casa de Saboya fué impuesta en 1866 en muchas regiones que contaban con una vieja tradición republicana. Vale la pena recordar que los católicos de principios del Renacimiento intentaron formar una Federación Italiana con el Papa como presidente. Aunque la Iglesia, y en particular el Papa, tiene fuertes simpatías por el partido, puede decirse que la independencia de éste se halla a salvo y está protegida por dos lados: el órgano de la Acción Católica *Il Quotidiano*, hace poco dedicó su primera página a la publicación de una carta de Don Sturzo, recalcando que el contenido católico del programa Demócrata Cristiano no podía involucrar en forma alguna la obediencia de los católicos.

La fuerza del partido en el sur del país es tan grande, que los socialistas y comunistas han intentado aplazar las elecciones municipales en una región donde temen que no tendrán mucho éxito. Pero el auténtico baluarte de los Demócratas Cristianos es el norte, y allí, especialmente

en las áreas rurales. Su contribución al movimiento de resistencia clandestina ha sido considerable, aunque en público se ha hablado menos de ello que de la participación de otros partidos. La razón está en que los Demócratas Cristianos prefirieron unidades que luchaban bajo la bandera nacional y no bajo enseñas políticas, como por ejemplo «Las llamas verdes» de la Lombardía, notables por su eficacia y disciplina. Sus hazañas fueron recogidas en una balada popular, de gran belleza y con auténtico matiz de poesía popular.

La cooperación leal de los Demócratas Cristianos con otros partidos de la resistencia, mucho ha contribuido a la desaparición del viejo anticlericalismo, detalle que han visto todos los observadores competentes; en parte, eso es debido también a la actitud del clero. Muchos obispos italianos, siguiendo el ejemplo inspirador del Papa, reasumieron el papel de sus predecesores durante la invasión bárbara del siglo VI, como centros de autoridad y protección, en lugares donde las autoridades civiles se habían derrumbado. Las deudas que el movimiento de resistencia tiene con los párrocos locales, es también inmensa, como con énfasis lo ha afirmado de Gasperi.

Sobre asuntos extranjeros, el órgano de los Cristianos Demócratas *Il Popolo*, editado en forma espléndida por el doctor Gonella, anteriormente corresponsal de asuntos extranjeros del *Osservatore Romano*, adopta por norma general un criterio que el resto de la prensa secundaria. Es muy significativo que Nenni, sobreviviente de una generación en la que socialismo y anticlericalismo eran sinónimos, declaró, cuando Gasperi fué por primera vez Ministro de Asuntos Extranjeros, que lamentaba que un puesto tan importante se diera a «un católico», y a los seis meses el mismo Nenni dijo que no podía confiarse este puesto a otras manos.

La lucha por el primer puesto entre los Cristianos Demócratas y los socialistas y comunistas unidos, será dura. Pero no cabe duda que la democracia cristiana es y será una fuerza de gran envergadura en la vida política de Italia.

SOCIALISMO Y SOCIALISMO

POR QUÉ LOS DEMÓCRATAS CRISTIANOS Y LOS SOCIALISTAS DEBIERAN COLABORAR

Por George H. DUNNE (1)

Es necesario examinar ahora el asunto del Socialismo. Se ha hecho evidente que la constitución del futuro de Europa y tal vez no sólo de Europa, será socialista.

Es difícil comprender que haya quien piense que el día de la liberación saldrían de los subterráneos, de los callejones oscuros, de los lugares de reunión clandestinos, de las imprentas ocultas, de las montañas y los bosques un ejército de capitalistas empecinados en la restauración del orden que precedió a la conquista. El ejército de la resistencia que luchó para mantener vivos los ideales de honor y libertad durante los sombríos días de la ocupación, no obtenía sus reclutas principalmente de las filas de financistas o industriales. Ni tampoco la naturaleza de esta lucha, forjadora necesariamente de un nuevo sentido de solidaridad social entre los combatientes, habría podido crear una nueva y anacrónica raza de discípulos de Adam Smith.

Nadie pudo imaginarse que el pueblo de Gran Bretaña, una vez obtenida la victoria, repudiara el nuevo sentido de solidaridad, nacido en la comunidad del esfuerzo, y se declarara a favor del regreso a una sociedad fragmentada cuyo individualismo se demostró demasiado rudo para ser soportado. Las esperanzas que pudo tener Mr. Churchill en este sentido fueron desbaratadas por las elecciones británicas.

De manera que la conformación del futuro está clara. En casi todos los países de Europa el régimen que emerja será sometido a un programa que puede describirse en general como socialista.

Esto quiere decir que las relaciones entre el Catolicismo y el Socialismo se han transformado en un problema lleno de una enorme e inmediata importancia práctica. Si el pueblo de Europa ha de tener una oportunidad para trabajar en paz y armonía en la construcción de una sociedad humana decente, la hostilidad que tradicionalmente ha caracterizado estas relaciones debe desaparecer. De otro modo, en lugar de la razonable unidad, que es absolutamente esencial si el bien común ha de ser alcanzado en el atormentado continente, se producirá una atmósfera de fricción, discordia y amargura que puede crear sólo conflictos.

El pueblo de Europa ha tenido suficiente derramamiento de sangre, suficiente violencia, suficiente

agonía. Merece un poco de paz. Debe obtener paz. Sería una ironía suprema, una ironía insoportable si hubiera sido liberado de la larga prueba de anarquía internacional sólo para ser entregado a la amarga experiencia de una lucha interna.

El esfuerzo de la resistencia demostró la posibilidad de unir en el alto nivel de la prosecución de un objetivo común, grupos cuyas diferencias se creyeron irreconciliables. No hay motivo para creer que sea inevitable que estos grupos deban volver a los bajos niveles de conflictos divisionarios y sembrar nuevamente las viejas semillas de rencor, sospechas y desconfianza. Si esto sucede será una tragedia. Y será inexcusable, porque es posible evitarlo. Cuando el carácter doctrinario del Socialismo era mucho más pronunciado que hoy día, el Partido de Centro y los Socialistas descubrieron que era posible cooperar lealmente en su lucha victoriosa contra las Leyes del Pueblo de Bismarck y su Kulturkampf.

Si se ha de mantener la unidad superior, se requerirá inteligencia y buena voluntad tanto de parte de los Católicos como de parte de los Socialistas. Los Católicos tendrán que comprender al Socialismo mejor que en el pasado. Los Socialistas tendrán que comprender al Catolicismo mejor que en el pasado.

Lo que es necesario comprender del Socialismo es que ha abarcado dos cosas diferentes y en diversas proporciones: una filosofía sobre el hombre y la sociedad y un programa para la reorganización económica de la sociedad con el objeto de asegurar una justa distribución de los bienes de esta tierra. La filosofía no es esencial para el programa ni es el programa un derivado lógico de la filosofía. Han habido muchos movimientos socialistas, de inspiración no-marxista, que son *inocentes* totalmente o en parte de la filosofía. Pero la principal corriente del Socialismo moderno, que se llama a sí mismo científico para distinguirse del utópico, es marxista. Es una de las tragedias de la historia moderna que los Padres de éste, el Socialismo más influyente, hayan insistido en que la filosofía y el programa eran inseparables.

Si los Padres del Socialismo se hubieran contentado con construir su programa sobre sus generalmente acertadas intuiciones sobre la naturaleza social del hombre y la solidaridad de la raza humana, no se habría producido nunca un conflicto serio entre el Socialismo y el Catolicismo. Desgra-

(1) El Reverendo Padre George H. Dunne, S. J., es actualmente profesor de la facultad de la Universidad de Loyola de los Angeles, California.

ciadamente, fueron doctrinarios que gustaban de filosofar, y como filósofos fueron de poco valer. Sus especulaciones estuvieron mal influenciadas por el racionalismo superficial que estaba de moda en ese tiempo. Fueron aún confirmados en su desvío por las demasiado frecuentes asociaciones de varios clérigos con causas y personas reaccionarias. Como consecuencia, desarrollaron una actitud despreciativa hacia la creencia en Dios y formularon una doctrina sobre el hombre y la sociedad que era materialista, antropocéntrica y anti-religiosa.

Indudablemente el Catolicismo no podía aliarse a una filosofía semejante, que producía ese tipo de doctrina. La oposición del Catolicismo al Socialismo era una oposición a esta filosofía sobre el hombre y la sociedad. Esto debe ser comprendido por el Catolicismo. De otra manera, sus relaciones con el Socialismo se perderán en una densa niebla de confusiones.

Todo el asunto es bastante confuso tal como está. El factor más importante que ha contribuido a esta confusión ha sido la tendencia de los Socialistas a pensar en su doctrina como en un programa. Sus opiniones sobre el matrimonio, la familia, la educación religiosa, la religión misma pertenecen propiamente a la filosofía, pero ellos han determinado estos puntos doctrinarios como parte de su programa social y han planeado la forma cómo imponerlos en la sociedad. Era muy fácil para ellos permitirse estos caprichos mientras fueran un pequeño partido de minoría sin responsabilidad alguna. Pero en la medida que han asumido responsabilidades y se han enfrentado con la realidad, el carácter doctrinario de estas opiniones se ha hecho más y más evidente.

Como resultado, estos rasgos del Socialismo han tratado de buscar su propio nivel, que es doctrinario antes que programático. Se ha hecho más posible, por lo tanto, distinguir entre el programa y la doctrina y comprender que el programa significa principalmente las proposiciones Socialistas para una reorganización económica de la sociedad. Es en vista de este desarrollo que es posible decir que la hostilidad entre el Catolicismo y el Socialismo se encontraba arraigada más bien en la doctrina Socialista que en su programa.

El programa económico Socialista, cuyo centro es el concepto de la propiedad comun de los primordiales instrumentos de producción, no pertenece exclusivamente al Partido Socialista. Lo que es peculiar del Partido es su doctrina y su presunción doctrinaria que el programa económico es inseparable de la doctrina. He tratado, durante todo este artículo, de escribir con mayúsculas las palabras Socialista y Socialismo, sólo cuando se refieren

al Partido, a su doctrina o al programa específico del Partido. Cuando hago referencia solamente a un programa de reforma social cualquiera, que esté basado en el ideal de la propiedad comunal, no he usado mayúsculas. En esta última forma, la palabra socialismo incluye, pero no es sinónimo de él, al programa económico del Partido Socialista.

El hecho es que, mucho antes que nacieran las modernas teorías del Socialismo, la Iglesia se había familiarizado con la economía organizada en forma socialista. Esto fué particularmente notable en España durante la segunda mitad de la Edad Media. Este sistema económico, no sólo no despertó la hostilidad de la Iglesia, sino que fué propiciado por la Iglesia y se desarrolló bajo la dirección de sacerdotes y monjes Católicos. No hay ninguna evidencia que estos programas hayan levantado sorpresa o desagrado en el ambiente católico de esa época. Por el contrario, hay pruebas que fueron mirados como derivados naturales en el orden económico del concepto católico sobre la naturaleza social del hombre, la función social de la propiedad y la unidad del hombre en el Cuerpo Místico de Cristo. Seguramente se identificaban más con el Catolicismo que la filosofía y el sistema de utilitarismo individual que los suplantó. Por este motivo, una de las ironías de los tiempos actuales ha sido el espectáculo de ciertos Católicos que se han opuesto tenazmente a algunas medidas de reforma social profundamente arraigadas en la tradición y el instinto cristiano, sólo porque fueron defendidas por los Socialistas.

Los Católicos no han sido los únicos culpables de esto. También comparten la culpa los Socialistas, quienes, aún sin haber conexión estricta, amarraron su programa con una doctrina que explícitamente repudiaba al Cristianismo. Un rasgo típico de su actitud doctrinaria fué el decreto de August Bebel: «El Cristianismo y el Socialismo son como el fuego y el agua». En vista de esta actitud es ingenuo preguntarse por qué la Iglesia consideró al Socialismo como un enemigo mortal. También es ingenuo esperar que los Católicos sepan siempre distinguir entre el programa y la doctrina Socialista, sobre todo si los Socialistas mismos los han confundido tan lamentablemente. Ya que la doctrina se declaró abiertamente y activamente anti-Cristiana, fué muy fácil deducir que todo lo relacionado con el programa estaba igualmente contaminado. Y porque los utilitaristas al menos servían a la religión exteriormente, los Católicos sucumbieron con facilidad ante la ilusión que la filosofía económica a la cual se adherían estaba en cierta forma identificada con el Cristianismo.

Debido a su preocupación por la doctrina anti-religiosa, los mismos Socialistas desacreditaron los aspectos constructivos de su programa. Disiparon energías, que habrían estado mejor empleadas en

una lucha por la justicia social, al tratar en forma desastrosa de secularizar la sociedad y substituir por un racionalismo superficial la profundidad de la fe Cristiana. El partido Radical Socialista de Francia ilustra hasta qué extremos de locura confusoria descendió esta tendencia. Los Radicales-Socialistas no tenían nada en común con el socialismo, excepto un anti-Catolicismo militante y un racionalismo barato. En su programa social y económico no eran Socialistas sino burgueses utilitarios.

Fué debido a su absurda fascinación por la doctrina anti-religiosa, que tendía constantemente a formar parte de su programa que un Charles Péguy, que era socialista porque era Cristiano de corazón, fué forzado a repudiar a los Socialistas, precisamente porque era Cristiano de corazón.

Una dificultad mayor para los Católicos en este asunto nace de la pronunciación del Papa Pío XI: «Nadie puede ser al mismo tiempo un Católico sincero y un Socialista leal». Pero aquí tenemos que ser muy cuidadosos y no confundir los objetos con las etiquetas. Se puede fácilmente deducir de estas palabras—y muchos lo han hecho—que la hostilidad entre los dos es fija e inmutable y que aún el esfuerzo por estudiar las posibilidades de acercamiento tiene visos de desobediencia. Pero es perfectamente claro a través de toda la exposición de este asunto en Quadragésimo Anno que Pío XI condena como irreconciliable con el Catolicismo *la doctrina Socialista sobre el hombre y la Sociedad, y no el programa Socialista de reforma económica*. El hizo una discreción para dejar esto en claro, subrayando que «los programas Socialistas se aproximan a veces extraordinariamente a las justas exigencias de los reformadores sociales Cristianos». Si esto es así, se supone entonces que aquellos que trabajan por un programa de reforma social cristiana se encuentran «extraordinariamente» cerca de aquellos que trabajan por un programa de reforma social Socialista.

Nadie se imaginaría que esto es verdad al observar la tendencia de ciertos Católicos, que han leído superficialmente las encíclicas sociales o las han ignorado, para deducir que su Catolicismo los obliga a mantenerse lo más aparte posible de todo lo que se parezca al programa Socialista.

Esto no nos produciría tanto fastidio si no fuera por su ingenua suposición que, al defender el baluarte del individualismo, de una economía displicente de la filosofía utilitarista, están defendiendo la ciudadela de la Fe.

El razonamiento de esta gente, muchos de ellos demasiado inteligentes para ser fácilmente disculpados, es simple y falaz. Sólo saben decir: los Católicos deben condenar el Socialismo. Pero la nacionalización de los bancos, minas, ferrocarriles, utilidades, industrias pesadas es Socialismo. Por

lo tanto, los Católicos deben condenar la nacionalización de los bancos, minas, ferrocarriles, utilidades, industrias pesadas.

Son víctimas de la más maligna de las enfermedades intelectuales, la substitución de las etiquetas por las cosas. Es una antigua enfermedad, conocida por los filósofos como nominalismo, pero se ha hecho endémica en los tiempos modernos. Dada la naturaleza de la enfermedad, no es sorprendente que sus víctimas condenen frecuentemente en nombre de Pío XI medidas explícitamente defendidas por Pío XI.

Fué Pío XI quien demostró que los Socialistas atacan en éstas y otras medidas similares sólo «aquel tipo de propiedad social que, en violación de toda justicia, ha sido tomada y usurpada por los dueños de la riqueza». Y es el mismo Pío XI quien añade: «Este derecho propiamente pertenece, no a los dueños individuales, sino al estado».

Es probablemente verdadero decir que la confusión mencionada anteriormente es más común entre los Católicos en este país (1) que entre los Católicos en Europa. ¿En qué otra forma explicar entonces la tendencia de muchos Católicos Norteamericanos para mirar con alarma la victoria del Partido Laborista Británico? Están preocupados porque el Partido Laborista Británico describe su programa como socialista—y es socialista. Sin embargo, al mismo tiempo, «L'Osservatore Romano», órgano oficial del Vaticano, mira con evidente aprobación los resultados de las elecciones Británicas y el órgano oficial de la Acción Católica en Roma aclama esos resultados como una espléndida repudiación del pueblo Británico al utilitarismo individual.

La explicación es que Roma no está confundida. Comprende la diferencia entre los programas socialistas y la doctrina Socialista. El Partido Laborista no está interesado en la doctrina Socialista sobre el hombre y la sociedad. Está interesado simplemente en la construcción de un orden social más humano y justo. Aunque, por supuesto, el brillante Mr. Laski ha actuado últimamente como si se sintiera el profesor de todas las escuelas Socialistas de Europa y América. Esta es una antigua costumbre de los ideólogos Socialistas, y al practicarla, Mr. Laski ha vuelto a la actitud de los doctrinarios Socialistas del siglo pasado. Es también un retrógrado en el sentido que su reciente e imperativa solicitud hecha a los dirigentes del Gobierno Italiano para extirpar la religión de los colegios, junto con su inmoderado y emotivo ataque a la Santa Sede, claramente sugieren que no se

(1) Estados Unidos de Norte América.

ha emancipado de los prejuicios anti-religiosos del pasado. Esto es muy lamentable, porque para mucha gente Mr. Laski ha aparecido como una figura de la cual se puede esperar algo más que de algunos de los pasivos burócratas y los tímidos Ramsay Macdonalds que militan también en las filas del Partido Laborista. Ojalá que abandone sus peligrosas intenciones de revivir las antiguas tendencias doctrinarias. Recientes acontecimientos han demostrado demasiado claramente las incalculables consecuencias y el mal latente que existe en cualquier llamado que se haga a los prejuicios de un grupo. Ha habido demasiadas víctimas de exigencias y reproches injustos. Pero en todo caso, Mr. Laski no es el Partido Laborista Británico. Ya que el partido no está encuadrado dentro de la filosofía doctrinaria Socialista, la relación entre él y el Catolicismo puede ser determinada sobre la base de su programa. Y ya que ese programa se acerca «extraordinariamente» a «las justas exigencias de los reformadores sociales Cristianos», no hay motivo alguno para que exista hostilidad.

Pío XI diría que el Partido Laborista Británico no es verdaderamente Socialista. En su punto de vista, los ideólogos del Socialismo moderno han hecho de su doctrina una parte tan integral del movimiento, que aquel que rechazara la doctrina, aun conservando el programa económico, no podría llamarse «un Socialista verdadero». Esta opinión es enteramente correcta y sería abiertamente confirmada por los Padres del Socialismo. Ellos siempre insistieron en este punto y en forma mucho más enfática que el Papa. Ya que ellos mismos, por la lamentable fascinación que les produjo el materialismo dialéctico, establecieron el dogma que el programa Socialista no tenía un significado inteligible si no era un derivado de la doctrina, Pío XI sólo llegó a una conclusión lógica.

Aunque esta afirmación del Papa es perfectamente acertada, sola no puede servir como un guía adecuado para la formación de un sólido juicio práctico. Y esto por un motivo que se encuentra fuera del control del Papa o de los Padres del Socialismo. La razón es que no puede impedirse al Partido Laborista o a otros partidos de llamarse a sí mismos Socialistas aun cuando no estén interesados en la doctrina Socialista. Es absurdo proponer que debemos persuadir a tales partidos a dejar su título sólo porque no aceptan la doctrina Socialista y no son verdaderamente Socialistas (sino sólo socialistas). En consecuencia, lo que determina la actitud de un Católico no es el hecho que un partido se llame Socialista, sino que ese partido esté encuadrado o inspirado en la doctrina Socialista.

La Santa Sede comprende esto muy bien. Por eso no opone ninguna objeción a los Católicos que pertenecen al Partido Laborista Británico. Y por

eso la jerarquía canadiense, que también evidentemente comprende esto, no condena a aquellos Católicos que apoyan al Canadian Commonwealth Federation, aunque esta federación se clasifica como Socialista.

No podemos decir que todos los Católicos han comprendido este punto esencial en igual forma. Recientemente, en una conversación con un compañero Católico, mencioné algunos de los aspectos buenos del carácter de Norman Thomas. «¡Pero si es Socialista!», protestó mi amigo, con el mismo tono que diría «¡Tiene lepra moral!». Se veía claramente que nunca había pensado en el socialismo de Norman Thomas en sí mismo, sino sólo como una etiqueta. De otra manera, posiblemente habría descubierto que las cosas que defiende Norman Thomas en gran parte habrían sido defendidas por Santo Tomás de Aquino si hubiera vivido en los tiempos actuales. (Me he referido sólo a su programa de reforma social y económica, no a sus opiniones políticas).

Esto no quiere decir que un Católico está obligado por los principios del pensamiento social Católico a enrolarse en el partido de Norman Thomas. Hay más de una forma en la cual esos principios pueden desarrollarse en una sociedad dinámica y compleja. Pero es necesario decir que el Católico que no está contento con el nominalismo, está capacitado para descubrir que las «exigencias y deseos» de Norman Thomas «no contienen nada opuesto a la verdad Cristiana». Quiere decir también que el Católico que buscó su inspiración en la antigua tradición del pensamiento social Cristiano se encontraría mucho más cerca de aquellas cosas en las cuales cree Norman Thomas que en lo que cree «The National Association of Manufactures» y que ésta llama «la forma Americana de vivir».

Algunos objetarán que, completamente aparte del asunto de la filosofía Socialista, hay un conflicto irreconciliable entre el Catolicismo y el Socialismo en el nivel programático debido a la negación por este último del derecho de propiedad privada. Es necesario decir varias cosas sobre esto:

1) La negación del derecho de la propiedad privada nunca perteneció propiamente al programa Socialista, sino más bien a la doctrina. Habiendo rechazado el Cristianismo y el punto de vista Cristiano sobre la historia de la naturaleza humana, los Padres del Socialismo tenían que encontrar un sustituto para el Pecado Original. Lo encontraron en la propiedad privada.

2) No hay ningún partido Socialista hoy día cuyo programa pida la abolición de todas las formas de propiedad privada. Mientras el programa So-

cialista, ya que como todos los programas de reforma social es necesariamente empírico, difiere en detalle de país a país, puede decirse que en general solicita una propiedad comunal de todas aquellas industrias y servicios que, ya sea por su importancia o por su íntima relación con el bien común, envuelven un grado de propiedad social que no puede ser dejada con seguridad en manos privadas. Si uno pudiera liberarse de las trabas intelectuales del nominalismo, no sería completamente imposible probar que lo que la mayoría de los programas socialistas buscan es la restauración a las masas desheredadas del derecho de gozar de la propiedad privada, un derecho que les ha sido negado por el capitalismo. Una de las paradojas más irónicas de los últimos tiempos ha sido el espectáculo de los hombres defendiendo en nombre de la propiedad privada un sistema que ha llevado gradualmente más y más hombres a las filas de los desposeídos.

3) La posición Católica en el asunto de la propiedad privada necesita un esclarecimiento. A pesar de las advertencias de León XIII, Pío XI y Pío XII, los Católicos han tenido la tendencia a pensar en la propiedad privada como un derecho absoluto, un fin en sí mismo y como un principio primario de la ley natural. Confunden el derecho de la propiedad privada con el derecho, común a todos los hombres, de gozar de una cantidad de bienes materiales suficientes para vivir una vida decente. Este último es el derecho absoluto, cuya derogación es la violación de un principio primario de la ley natural. El derecho a la propiedad privada es en sí mismo sólo un derivado de este principio primario y es válido sólo en términos de su relación con el fin que se supone debe servir. La propiedad es funcional en carácter y el derecho a la propiedad privada es también funcional en carácter.

Un sistema de propiedad que efectivamente trata de privar a un gran número de hombres de las necesidades de una buena vida, no puede ser defendido invocando el derecho natural de la propiedad privada. Hacerlo es frustrar los fines que la ley natural trata de alcanzar. Es hacer burla de la ley. Es esta clase de pensamiento *pequeño* el que ha impedido tantas veces la reforma pacífica de la sociedad y ha hecho inevitable la revolución violenta. A través de una gran parte del siglo diecinueve, los esfuerzos por liberar las grandes masas de campesinos rusos de sus espantosas prisiones de miseria social y económica, fueron abatidos o fatalmente postergados por los derechos sagrados de la propiedad privada. Para expropiar y redistribuir los grandes estados de la nobleza era necesario sostener la «violación» de la ley natural. Los Padres de la Iglesia habrían tenido menos escrúpulos para llegar a una solución radical y cristiana.

San Jerónimo, pensando en el inmenso «latifun-

dio» de Italia, no vaciló en escribir que «todas las riquezas siendo un despojo de otros, nacen de la injusticia», y en repetir varias veces su fuerte condenación: «Omnis dives aut iniquis aut iniqui haeres».

San Ambrosio, dió un sermón a un hombre rico sobre la función social de la propiedad: «En lugar de dar al hombre pobre lo que es de Ud., sólo le devuelve algo de lo que le pertenece a él. Porque Ud. ha tomado aquello que fué dado como posesión común para el uso de todos. La tierra pertenece a todos, no sólo para los ricos; sin embargo, los que gozan de esta heredad son menos numerosos que aquellos que no la poseen».

San Agustín, en dos sentencias ilumina el corazón de la posición Católica sobre la propiedad, tan mal comprendida por los Católicos: «Las superfluidades de los ricos son las necesidades de los pobres. Aquellos que poseen lo superfluo poseen el bien de otros». (Itálicas añadidas).

4) Debido a la naturaleza funcional de la propiedad por una parte, y por otra parte, al carácter dinámico de la sociedad, no hay una sola forma de propiedad que responda a la ley natural. Por el contrario, las formas son múltiples, y, según lo indicado recientemente, una forma particular que en cierta edad y bajo ciertas condiciones funciona satisfactoriamente, en una ambiente radicalmente diferente, social y económicamente, desnaturaliza el verdadero objeto de la propiedad. Aquellos que piensan que hay algo de orden divino e inmutable en los arreglos de propiedad que han caracterizado la edad del individualismo utilitario necesitan recordar lo dicho por Santo Tomás de Aquino, que: «la convención humana antes que la ley natural trae por consecuencia la división de la propiedad». En consecuencia, tanto la división como la forma de propiedad pueden ser cambiadas por las convenciones humanas sin derogar necesariamente la ley natural. En realidad, muchas veces han sido cambiadas. No es sorprendente aprender del eminente historiador, el Cardenal Gasquet, que la base de la propiedad en la Inglaterra Católica antes de la Reforma, no era a base de individualismo, sino de «Cristianismo colectivo».

De esta exposición concluyo que no hay obstáculos insalvables en el camino de unas relaciones pacíficas entre el Catolicismo y el Socialismo. Es de primordial importancia tanto para los intereses de ambos y particularmente para los intereses de los pueblos de Europa, que establezcan relaciones pacíficas. Sólo si estas fuerzas son capaces de colaborar en un espíritu de comprensión mutua, existe alguna esperanza que Europa encuentre un camino in-

termedio entre los igualmente intolerables extremos de violencia y tiranía.

Si este deseable fin ha de ser alcanzado, los antiguos partidos Socialistas de Europa deben liberarse de los últimos vestigios de la confusión doctrinaria del siglo pasado. En gran parte, ya se ha efectuado una evolución gradual en esta dirección. El Papa Pío XI lo admitió francamente en *Quadragesimo Anno*.

Sería irreal pretender, sin embargo, que esta evolución se ha manifestado en forma pareja en todos los países y ha llegado a un punto en que todos los partidos Socialistas se han purificado en tal forma de influencias doctrinarias, que han berrado todas las bases para la desconfianza de los Católicos. En este sentido, el Socialismo entre los pueblos Anglo-Sajones parece haber avanzado más rápidamente que el Socialismo en el Continente. Existe más o menos la misma diferencia entre el Socialismo Anglo-Sajón y Continental que entre la Masonería Anglo-Sajona y Continental. Es por esto, según observó recientemente el «*Osservatore Romano*» a los Socialistas Italianos, que no hay nada inconsistente en el hecho que el Vaticano mira con complacencia la victoria del Partido Laborista Británico, aún cuando mantiene una actitud de reserva hacia el Socialismo Italiano.

León Blum ha hecho alarde que «el Socialismo es el dueño de la hora presente». Si por Socialismo entiende el Partido Socialista, entonces su exuberante optimismo debe haberse aplacado un poco por los resultados de las recientes elecciones en Francia. Si por Socialismo quiere decir el programa general socialista de reforma económica, entonces tiene razón. En ese sentido el Socialismo tiene ahora su oportunidad histórica. Lo que realice con esa oportunidad, aún cuando presuma que puede crear un orden económico más justo sin destruir las libertades humanas esenciales, depende en gran parte en su habilidad para ganarse la cooperación del Catolicismo Europeo.

La situación en que se encuentra el Socialismo es bastante difícil. Las condiciones en las cuales el programa socialista será realizado están muy lejos de ser ideales. El Socialismo asume responsabilidades en medio de un continente desolado, en medio de ruinas, en el hoso silencio de una economía destrozada. Si ha de triunfar a pesar de estos obstáculos, necesita toda la ayuda que pueda obtener. Esto quiere decir que debe ganar la colaboración de los Católicos. No es necesario que éstos militen en las filas de los partidos Socialistas. Hay otros partidos, jóvenes, vigorosos y prometedores, sujetos en diferentes grados al programa socialista, pero que no poseen las amarras transmitidas por los residuos de las antiguas actitudes doctrinarias. Estas memorias y sus influencias aún poco aplacadas harán difícil por mucho tiempo el acercamiento de Cató-

licos sinceros a los antiguos partidos Socialistas de línea. La cooperación estará destinada a fracasar si los dirigentes Socialistas se demuestran más interesados en sus viejas doctrinas desacreditadas que en la construcción de una sociedad humana mejor.

La alternativa que Europa enfrenta no se encuentra entre el capitalismo y el socialismo. Esa alternativa ya ha sido decidida. La alternativa actual se encuentra entre la libertad y la esclavitud, entre la democracia y la tiranía. Se resolverá en favor de la esclavitud y la tiranía a no ser que el Socialismo y el Catolicismo sean capaces de trabajar juntos. Los Católicos deben comprender que pueden hacer mucho para apoyar el programa económico de los Socialistas, porque en el grado en que es socialista y no Socialista no se opone a las mejores tradiciones y enseñanzas Cristianas. Los Socialistas deben comprender que los Católicos no podrán cooperar con ningún partido que proponga la destrucción de sus libertades. Con excepción de unos pocos casos individuales, la gente no se interesa en la libertad en forma abstracta, sino sólo en concreto, según la afecte a ella. Si en tiempos recientes los Católicos han aparecido como no mezclándose o en oposición con los movimientos «democráticos», ha sido en gran parte porque la directiva de estos movimientos, así como la directiva del Socialismo, se han teñido tantas veces de racionalismo y han sucumbido a una orientación anti-religiosa. El triunfo de estos movimientos en ciertos países ha significado un ataque inmediato a las libertades de los Católicos. Esto ha llevado a veces a los Católicos a las filas de la oposición en las cuales ocasionalmente han prestado su apoyo a otras tiranías que momentáneamente no los hostilizaban. Un régimen o partido que se demuestra sincero en su amor a la libertad y la democracia trata de respetar y defender la autonomía religiosa y cultural de todos los ciudadanos y sus instituciones. Europa puede aprender mucho en este sentido de los Estados Unidos, donde tanto la Iglesia, como el Estado, como la ciudadanía han prosperado porque la libertad ha significado realmente libertad para todos.

Si los Socialistas están empeñados en provocar un conflicto trágico, hay una fórmula segura que ellos pueden seguir. Cualquier atentado para secularizar la sociedad según sus planes doctrinarios, o interferir con la libertad de la Iglesia dentro de la esfera de esta última, o destruir colegios Católicos, u obstaculizar la actividad de las instituciones Católicas hará el conflicto inevitable.

Tal conflicto sería desastroso para Europa. Sería una tragedia para la Iglesia. Sería fatal para el Socialismo o—y esto es lo mismo—para su preten-

sión de alcanzar sus objetivos económicos sin destruir las libertades humanas esenciales. El fascismo no habría triunfado en España si no hubiera sido por los doctrinarios izquierdistas exaltados que interpretaron la victoria del republicanismo en 1932 como un mandato para desterrar las órdenes religiosas del país, para destruir la educación Católica y para ofender los sentimientos Católicos a cada paso. Los mejores amigos del pueblo español reconocen este hecho. Una reciente declaración de Indalecio Prieto, hecha en compañía de otros republicanos españoles y Socialistas en el destierro, sugieren que estos Socialistas se dan cuenta de los trágicos errores del pasado. Este es un motivo de esperanza.

Hay otros indicios de los cuales se puede esperar mucho. De parte de los Católicos en Europa, si no aún en América, hay un reconocimiento que va en aumento de la distinción entre la doctrina Socialista y el programa socialista, y la constatación

del hecho que entre los programas Católicos y socialistas no hay un conflicto irreconciliable, sino una gran proporción de interés común. En consecuencia, los partidos que han ganado la porción mayor de apoyo en votos de Católicos son los partidos nuevos cuyos programas pueden ser generalmente clasificados como socialistas.

De parte de los Socialistas han habido evidencias de un deseo de evitar conflictos con el Catolicismo, ya que gradualmente se han dado cuenta que la hostilidad del pasado pudo haberse evitado.

Es muy temprano para decir si la causa de la comprensión mutua, la tolerancia, la buena voluntad y la colaboración triunfará. No es demasiado luego para asegurar que debe triunfar, que el acercamiento debe efectuarse. Está en peligro nada menos que el futuro de la democracia, el futuro de la libertad, el futuro de Europa.



PANORAMA INTERNACIONAL

LA POLITICA EN ITALIA

El hecho de que Alcide de Gasperi, primer jefe católico de Gobierno en la historia de la Italia unida, sea en verdad católico práctico en el sentido pleno de la palabra, lo revela claramente el discurso que pronunció al inaugurar el Congreso de la Federación Universitaria de la Acción Católica Italiana.

En su discurso, de Gasperi disipó los temores infundados de que el Gobierno Demócrata-Cristiano podía conducir a una intervención del Vaticano, directa o indirecta, en el panorama político de Italia.

De Gasperi sostuvo «que la Iglesia actúa en una órbita diferente y más amplia de lo que es la política italiana». Si la Iglesia sigue con interés los acontecimientos políticos de Italia, este interés nunca viola los límites que ella misma ha definido con exactitud.

Llama la atención el hecho de que la oposición al Gobierno de de Gasperi provenga, más que de grupos políticos de izquierda, de círculos intelectuales de tradiciones y tendencias anticatólicas, como son los del Partido Liberal y, primordialmente, los del partido «Acción». En este último se acentúa cada vez más una actitud anticlerical, en todo semejante a la que el profesor Gaetano Salvemini ha ostentado constantemente frente a la Iglesia Católica.

Todo el mundo inquiere respecto a la sinceridad de los temores que manifiestan dichos grupos políticos, temores que, por otra parte, bien pueden constituir una manifestación de despecho por la solución que tuvo la crisis política al culminar con la elevación de de Gasperi al puesto de Premier de Italia.

En realidad, advierten observadores políticos en Roma, las causas profundas que provocaron la integración de un nuevo Gabinete, surgen de tres grandes corrientes políticas que se han manifestado en el resultado de las elecciones de Francia, Austria y Hungría. Dichas corrientes tienden hacia los principios socialistas, comunistas y demócrata-cristiano. Los anticuados partidos de clase media, que antaño representaban las opiniones de derecha y del centro, hoy han sido barridos por dichos movimientos jóvenes que aspiran a una nueva democracia social y popular.

De Gasperi y otros líderes políticos, están convencidos de que las elecciones futuras revelarán en Italia un desarrollo semejante al de los países mencionados; y, en consecuencia, procuran anticiparse a tales resultados. Sin embargo, ha disminuído el número de carteras ministeriales que po-

seen los liberales y el Partido «Acción», pero éstas son hoy de menor importancia.

Es difícil explicar el por qué de los ataques que dirigen los partidos italianos de clase media contra de Gasperi, tanto más que dichos partidos debieran estar muy agradecidos con el líder demócrata cristiano. Parecía al principio que, por razón de su actitud irreconciliable se excluiría del nuevo Gobierno a los liberales. Los otros cinco partidos de la coalición estaban dispuestos a actuar prescindiendo de ellos; se debió primordialmente a la intervención de de Gasperi que los liberales, arrepintiéndose «in extremis», pudieran abandonar su obcecación y colaborar en la formación del nuevo Gabinete.

El Primer Ministro de Italia se ha dejado guiar, en toda su política, por un espíritu de elemental respeto hacia las libertades democráticas. Ha procedido así porque considera que no conviene alterar la base del Gobierno Italiano antes de que los electores manifiesten su veredicto.

El nuevo Gobierno se halla hoy en sus comienzos. Su triunfo dependerá en parte de la habilidad de sus líderes; empero, más que todo, de la confianza y de la ayuda concreta con que los Aliados faciliten su labor. Refiriéndose a éstos de Gasperi, dijo en el discurso antes referido: «Dejadnos el honor, porque su lámpara todavía resplandece sobre los templos en ruina, y no nos privéis de nuestra integridad nacional porque ella es parte de nuestro honor. Preservad los cimientos de nuestra existencia y la posibilidad para nuestro progreso, en bien nuestro y en bien de la humanidad...».

El Premier de Italia recordó a los Aliados que Italia necesita ser tratada con consideración y con piedad. Advirtió que el pueblo italiano ya ha expiado con sus muertos en los campos de batalla y en los campos de concentración; con millares de prisioneros repatriados que vuelven sin salud; con sus corazones afligidos y con sus ciudades arruinadas...».

Existe otro hecho trascendental para el desarrollo de los acontecimientos políticos en Italia. El Partido Cristiano de Izquierda, integrado por grupos comunistas católicos, ha resuelto disolverse, reconociendo así la aberración doctrinaria que implicaba su ideología política.

SIETE DE LAS OCHO PROVINCIAS AUSTRIACAS SERAN GOBERNADAS POR DEMOCRATAS CRISTIANOS

Es interesante examinar la distribución de las curules en el Consejo de la ciudad de Viena y en las ocho Dietas Provinciales, que son los cuerpos

legislativos de las provincias austríacas, cuya composición, como la del Consejo de esa capital, se origina en las elecciones.

Del total de 408 curules (100 en Viena y 308 en las ocho provincias), 213 correspondieron al Partido Popular Austríaco (partido demócrata cristiano), 179 a los socialistas, 15 a los comunistas y 1 al Partido Democrático en la Provincia de Carintia. En tres provincias (el Tirol, la Alta Austria y Vorarlberg), los comunistas no obtuvieron ninguna curul.

El Partido Popular mantiene mayoría abrumadora en 7 de las 8 provincias, mientras que los socialistas la tienen en Carintia y en Viena. Como consecuencia de lo expuesto, las funciones de gobernadores en 7 provincias austríacas serán ejercidas por demócratas cristianos.

OTRA VEZ WINSTON CHURCHILL

El mundo ha sido conmovido por el discurso que Churchill pronunció el 5 de Marzo, en Fulton, EE. UU. Hay quienes, en Europa, lo califican como una declaración de guerra política a la U. R. S. S.

En síntesis, la tesis de Mr. Churchill fué la siguiente: frente al hecho ya desencadenado e irreductible del choque entre Inglaterra y prácticamente todo el Occidente con Rusia, sólo queda un camino para salvar la paz—camino que, es necesario entenderlo, coordina con la salvación de la estructura occidental en caso de guerra—es el de la política de fuerza; ella debe realizarse por una coalición anglo-norteamericana, coalición francamente política y militar desde el primer momento. Rusia no ha de entender otras razones que esas. En otras palabras, se trata de imponer a Rusia un criterio de convivencia aceptable para las potencias de Occidente, sin apaciguamientos al estilo de Múnich, o de prepararse para una decisión inevitable en el terreno de las armas.

Según Mr. Churchill esta política y este lenguaje de franqueza, son el camino para preservar la paz y la posibilidad de sólidos y leales entendimientos.

Las primeras noticias de Inglaterra son que el discurso es aprobado en su mayor parte por el Gobierno.

Pero, al mismo tiempo, algunas voces se han alzado para sostener que el problema no es sólo entre política de fuerza rusa y política de fuerza inglesa u occidental; hay también, en la profundidad de los hechos contemporáneos, dos temas esenciales de discusión y de lucha: el de la democracia legal y de la libertad política, y el de la transformación económico social que los pueblos han entendido conquistar en esta guerra. Si Rusia conculca el primero de estos ideales, no debe olvidarse que una coalición anglo-norteamericana puede presen-

tarse ante la conciencia de los pueblos como un peligro para la plena realización del segundo.

MISTER TRUMAN Y LAS FUERZAS ESPIRITUALES

Coincidiendo con el discurso de Churchill, el cable ha transmitido el llamado de Truman a las Iglesias protestante, católica y judía, para unir sus esfuerzos en pro de la paz, y para salvar la angustiosa situación actual del mundo.

La coincidencia da todo su carácter a este discurso, que no puede tener otro carácter que el de indicar la necesidad de que el Occidente movilice, además de las materiales, todas sus reservas culturales y morales.

El llamado, naturalmente, se dirige en primer término a la Iglesia Católica, que es, a más de Inglaterra, el otro blanco del ataque ruso en estos momentos, y que lo es de una manera mucho más grave, ya que la política rusa entre los pueblos católicos de la Europa Central recorre todas las gamas, desde la persecución violenta, y sangrienta, hasta la campaña de calumnias contra la Iglesia y los católicos.

El catolicismo, ante la persecución, tiene la misma actitud que ante todas las que ha soportado durante veinte siglos de existencia; responde a una «política» propia, que es la del Espíritu con mayúscula, y que no siempre coincide necesariamente con el espíritu de las alocuciones presidenciales norteamericanas.

La misión de la Iglesia no es de una época de la historia, y no se sujeta por necesidad a una determinada estructura de Occidente, ni siquiera al Occidente. El Espíritu sopla donde quiere. Pero las circunstancias actuales, por obra de la torpe violencia soviética, proyectarán, casi con certeza, ya que no a la Iglesia, a la gran masa de los católicos hacia la lucha occidental anti-rusa o anti-comunista en el plano internacional y nacional respectivamente.

LA IGLESIA EN EUROPA ORIENTAL

Toda la fuerza del ataque soviético contra la Iglesia Católica se descarga en la Europa Oriental. Cuenta en este ataque con un aliado de triste historia: La Iglesia Cismática Rusa. Al hablar de esa historia triste, no nos referimos en especial al Gran Cisma Oriental, sino a la historia más reciente de los sedicentes Ortodoxos Rusos. Sometidos al poder de los Zares, participaron en todos los trágicos errores de una monarquía semi bárbara que preparó el camino a la revolución bolchevique y a la total descristianización del pueblo ruso.

En los primeros tiempos de la revolución fueron perseguidos y escarnecidos en la forma más cruel y

denigrante; pero durante la guerra, y como necesidad de propaganda ante el Occidente, Stalin consideró la conveniencia de llegar a un entendimiento con los restos de la Iglesia Rusa tradicional. Esto, además, contemplaba el contragolpe de la propaganda nazi, que llegó a contar con un patriarca Ruso en sus filas.

Así, esa desgraciada secta encontró sus nuevos amos y hoy los sirve invitando a los católicos a plegarse a sus banderas, aún sabiendo que en el reverso de tal invitación está la persecución violenta hasta la sangre.

El Cardenal Tisserant ha denunciado estos hechos en los siguientes términos: 1.º descatolización total de todos los territorios y poblaciones al Este de la Línea Curzon (límite actual entre Polonia y Rusia); 2.º Obligación forzada de los nativos de esa zona, que se encuentran bajo el poder del ejército soviético, de volver a ella cualquiera que sea la zona en que actualmente se encuentren; 3.º Declaración como «enemigos del pueblo» de los que no acepten la invitación de Alexei, el Patriarca Cismático de Moscú; 4.º Deportación y liquidación de estos «enemigos del pueblo», empezando por los sacerdotes. Los hechos, aún los que pueden llegar a conocerse, se multiplican rápidamente.

Sintonizada con esta campaña, «Pravda» ataca y acusa cotidianamente al Vaticano.

La actitud de la Iglesia frente a estas violaciones de todo derecho y de toda dignidad humana, que es de denuncia ante la conciencia mundial, puede sin embargo sintetizarse en lo profundo, aplicando a estos perseguidores la sentencia bíblica que Pío XI aplicó a otros perseguidores ya desaparecidos: «Aquel que está en los cielos se ríe de ellos».

DISTINGUIR PARA UNIR

Lo que se juega en nuestros días, y que es la misión universal e histórica del Occidente Cristiano, debe ser definido en forma clara.

Una coalición de los pueblos de habla inglesa,

como la propuesta por Winston Churchill, puede no representar sino un aspecto, muy importante, pero limitado del asunto integral.

Al Occidente le interesa la preservación y aún la expansión de los pueblos de habla inglesa, que son hoy día la más alta expresión de su poderío material. En la historia humana tal poderío ha sido siempre tan decisivo en toda gran empresa, que no puede ser desconocida o menospreciada su importancia. Es por eso que todos los pueblos occidentales están, en mayor o menor grado, dispuestos a reconocer la indudable hegemonía norteamericana e inglesa.

Pero Occidente debe su gloria y su permanencia histórica a que, precisamente, no ha considerado jamás ni como única, ni como principal medida de valores, el poderío material. Nuestro apoyo y reconocimiento al poderío anglo-americano, se mantiene en la medida en que éste se subordina a las grandes conquistas de nuestra civilización en lo que se refiere a convivencia social. En el aspecto político, no hay discusión ideológica; pero sí hay, permanentemente, recelo frente a las estructuras del Imperio Británico, atrasadas ya en relación con nuestra época en sitios de tanta importancia mundial como la India. Y respecto de EE. UU. necesitamos una afirmación más categórica, en la paz, de la Buena Vecindad concreta, no sólo del gobierno, sino también del capital yanqui. Las predicaciones en favor de la libre empresa, pueden no parecernos tan liberales a los países productores de materias primas, con masas obreras de bajo standard de vida, como a los grandes capitanes de la industria internacional.

El problema social es la piedra de toque de la unidad de Occidente; es en torno a las conquistas populares que debe construirse tal unidad, sobre todo si ella ha de ser ejercida contra Rusia Soviética.

Estos tres aspectos, internacional, político y social, son inseparables en la auténtica visión occidental del porvenir, que fué magníficamente expresada en la Carta del Atlántico.

VER Y JUZGAR

COMUNISMO

El problema del comunismo está planteado no sólo para Chile, sino para el mundo entero.

En el interior de nuestras fronteras ha tomado caracteres agudos por diversas circunstancias que merecen ser analizadas.

Es de toda evidencia que en extensos sectores existe un arraigado sentimiento anti-comunista, que obedece para algunos a razones y a principios; para otros al temor y para los más, a una mezcla encontrada de pasiones, de informaciones verídicas o falsas y a hechos que los exasperan. Las últimas huelgas, justas o no, (no tratamos este punto ahora), han paralizado la producción del carbón y han descompuesto el sistema de las comunicaciones. El agricultor del Sur que ve podrirse sus cosechas o se arruina por falta de trenes, culpa de ello a los comunistas y quiere su destrucción. La burguesía los siente poderosos y los teme. Las Fuerzas Armadas no aceptan lo que llaman o ven una indisciplina social contraria al concepto que se forman y a la mentalidad que tienen para imaginarse al país y al Gobierno. Una lucha universal han planteado los socialistas contra el comunismo, que por ser entre dos corrientes marxistas que disputan el predominio en las clases trabajadoras, es por ello más honda y más violenta.

Este antagonismo que ya ha sido declarado oficialmente por los voceros del comunismo ruso, lo vemos reflejarse en Venezuela y en Ecuador, en Perú y en Chile.

Betancourt en Venezuela declara la guerra al Partido Comunista; Haya de la Torre recorre el Perú hablando contra este Partido y en los dirigentes del socialismo de Chile hemos visto igual posición.

¿Y LOS CRISTIANOS?

Este problema, es para los cristianos más agudo. El cable trae cada día noticias de los ataques de la prensa rusa a la Iglesia Católica y las respuestas del «Osservatore Romano»; los prelados Lituanos, Polacos, Yugoslavos, denuncian al mundo las persecuciones que sufren; y no hay duda que en todo el Medio Oriente se hace un esfuerzo extraordinario por separar a extensas comunidades religiosas de la influencia católica, y transformarlas en ramas de la Iglesia Ortodoxa rusa. Tras esta campaña es natural que se vea un esfuerzo por utilizar una Iglesia Nacional como instrumento político. No es la primera vez en la historia que se tiente con éxito la maniobra.

Esto naturalmente exaspera a los católicos que

juzgan al comunismo como una sola organización mundial.

Pero hay más. Los últimos acontecimientos internacionales han contribuido para hacer más tensa la atmosfera y para muchos hombres que tratan de juzgar objetivamente y sin pasión muchos de estos hechos tiene que aparecer como inaceptables y les recuerdan demasiado otros procedimientos semejantes, cuando Alemania se sentía «agredida» por Polonia o por Checoslovaquia. Ahora la receta se aplica al Irán.

Todos estos elementos dan como resultante una ofensiva anti-comunista y por eso mismo vale la pena precisar conceptos y analizar la situación.

PRECISIONES

La pasión, el odio anti-comunista, los intereses, no sirven para definir una posición. Hay muchos elementos en estas campañas, hay muchas fuerzas desencadenadas y muchos factores internacionales, para que podamos proceder simplemente.

En el orden de los principios, en doctrina pura, el comunismo y el social-cristianismo son antagónicos por esencia. Son distintos sus conceptos del hombre, de la familia, de la sociedad, del Estado. Distintos en su origen y en su finalidad. Son dos mundos conceptuales diversos; dos filosofías, dos interpretaciones del hombre y su destino que no admiten compromisos intermedios.

Esta es la doctrina, que no puede variar, ni modificarse. En el terreno de los principios, no puede haber concesiones.

Pero en el terreno de la vida práctica, de la convivencia humana, de las relaciones que forzosamente se producen entre los vecinos de un mismo barrio, entre los habitantes de un mismo Municipio, entre los ciudadanos de una misma nación, hay cuestiones que le son comunes para las cuales hay que llegar a un acuerdo, pues de otra manera sería imposible la vida social.

Es por eso que en Italia y en Francia llegan juntos al Gobierno los demócrata-cristianos y los comunistas, y no se diga que es por la guerra, porque si fuera cuestión de principios esta colaboración práctica, ella sería inadmisibles, en toda circunstancia.

Se pueden buscar objetivos inmediatos que no tienen nada que ver con los principios. Si mañana se trata de salvar a una población inundada, pueden colaborar comunistas y cristianos. Si se trata de dictar una ley justa, pueden colaborar juntos para dictarla y de hecho las han dictado; si se trata de aumentar la producción, defender derechos sindicales y tantos otros campos de actividad que podríamos llamar neutrales, esa colaboración no

sólo es posible, sino que lógica, pues de otra manera la convivencia social se transformaría en una guerra civil permanente.

¿Esto significa debilitar la posición frente al comunismo? Sería absurdo.

PRIMERA ESPECIE DE ANTI-COMUNISMO

Hay diversas especies de anti-comunismo que conviene analizar. El primero es el anti-comunismo de los que queriendo defender los abusos y privilegios del régimen capitalista, se oponen a toda iniciativa que trate de imponer la justicia social, tachando de comunistas a los que luchan por ella. Todo cambio que amenace sus privilegios o sus ventajas, lo llaman comunismo, y tras este parapeto que levantan para engañar a los incautos, mantienen un orden injusto, anti-cristiano y muchas veces inmoral. Este anticomunismo no hace sino favorecer a la propaganda del comunismo y causa el terrible daño de llamar a la defensa de un régimen que nada tiene de cristiano, a los propios cristianos engañados con esta falsa propaganda.

SEGUNDO ANTI-COMUNISMO

Ciertos Gobiernos o partidos por apoderarse del poder, o preparar el clima propicio para un golpe de Estado, perseguir las organizaciones obreras que les son adversas y lo que es más frecuente ocultar sus graves errores, lanzan como cortina de humo una especie de anti-comunismo detrás del cual ocultan sus fracasos, sus inmoralidades o sus abusos.

Muchos se dejan engañar por este anti-comunismo que no responde a una doctrina, ni siquiera a una finalidad seria, sino a apetitos de poder, a preeminencias de bando. Se tiene a menudo la sorpresa de ver a estos anti-comunistas virar bruscamente y seguir junto a los comunistas. Sin embargo, en un momento dado son los héroes de una burguesía que anda en busca de «valientes» que la defiendan del pánico comunista.

EL TERCER ANTI-COMUNISMO

Hay una tercera posición frente al comunismo que, para los cristianos, es la única justa. Ellos no pueden creer en la eficacia de la persecución policial. Tampoco pueden pensar que en un país donde los comunistas son un partido fuerte pueda colocárseles fuera de la ley y perseguírseles con la violencia y con la mentira. Su actitud tiene que ser otra. No son anti-comunistas porque temen los cambios necesarios, ni porque defiendan intereses, ni porque quieran esconder errores o torcidas maniobras de predominio.

No pueden centrar su acción en lo negativo. Su anti-comunismo está fundado en la afirmación de la verdad, en presentar al pueblo la forma de una sociedad más justa, donde cada hombre viva con dignidad, en el respeto de sus derechos esenciales, libre del temor a la miseria.

Sólo la visión positiva de un orden mejor, que pueda competir en la imaginación popular con la visión de una sociedad comunista, puede luchar en contra de sus errores.

Los anti, no conducen a parte alguna. La violencia y la mentira interesada engendran el odio y la violencia. Sólo cuando al sacrificio de los comunistas oponemos el sacrificio de los cristianos; cuando a la pasión comunista por defender a los obreros, oponemos la defensa sincera y leal de los cristianos, cuando a la disciplina y al fervor por la causa de una sociedad comunista, oponemos la disciplina y el fervor por la causa de una sociedad cristiana, estaremos haciendo verdadero trabajo por combatir el comunismo.

El anti-comunismo de los ricos y poderosos, destinados a preservar sus ventajas sociales, no vencerá a los pobres de la tierra.

Sabemos que este orden social no es el justo, luchemos por reemplazarlo por uno más justo y más humano. Sabemos que hay millones de hombres que luchan contra la injusticia, en medio de terribles sufrimientos morales y físicos; luchemos junto a ellos, sin temor. Ese es el verdadero anti-comunismo, cuyas armas son la verdad, la justicia, la comprensión y la rectitud.

DOS MODOS DE PROCEDER

Hay quienes hablan contra el comunismo en salones elegantes. Hablan con impunidad y reciben el aplauso cálido y jubiloso de los que halagan.

Hay diarios que leen sólo ciertas categorías sociales a quienes tienen que satisfacer porque son su público. Pero esos oradores o periódicos, no llegan hasta el sindicato, no visitan el conventillo, no se confunden con el pueblo. Para ellos todos los que reclaman son agitadores, y estarán siempre dándole la razón al capital, aunque rinda un ciento por ciento.

Hay otros que llegan hasta el pueblo y que allí presentan su doctrina, que reconocen lealmente los errores y que no temen encontrarse con los comunistas, porque no parten a priori del principio que hablando al pueblo un comunista y un cristiano ha de ser siempre el cristiano el que pierda, el arrastrado, el débil. Por el contrario, confían que la exposición de sus verdades de un valor imponderable.

Pero eso no importa a esos anti-comunistas de arriba, lo que revela que más que la pasión por la verdad y la justicia, les interesa la defensa del interés; más que los derechos del espíritu, es un sis-

tema económico determinado lo que están sosteniendo.

Y esto requiere valor; porque el comunismo es un error y hay que decirlo; porque es necesario condenar muchas actitudes internacionales; porque es necesario decir que los sindicatos no deben intervenir en política, ni ejercerse en ellos dictadura de ninguna especie, pero eso hay que decirlo en los sindicatos y no en los clubs, ni en los salones.

Hay épocas en que estos factores no se quieren analizar, porque la propaganda es más fuerte que la razón y los falsos anti-comunismos, queriendo ganar la partida del interés, van empujando al pueblo insensiblemente hacia el dominio comunista, porque hacen imposible toda acción verdadera y por consiguiente, eficaz.

INTERES NACIONAL E INTERESES

Toda la política chilena vive bajo un signo penoso de inutilidad. En los partidos, en el Gobierno, en las diversas esferas de la vida chilena, casi hay una sola preocupación, un solo tema: el de los candidatos presidenciales. Los intereses, las ambiciones más desorbitadas, los grupos que giran alrededor de los candidatos tras la esperanza de futuras prebendas, se mueven y convergen hacia una sola meta: la Presidencia de la República.

Y todo aparece inestable y transitorio, porque cada uno espera la solución de la incógnita. Pero éste es un juego que llega a lo estéril, que se alimenta del rumor, de los cálculos, de los comentarios personales. No hay nada grande que limpie nuestra atmósfera y, por el contrario, se tiende hacia la confusión de los egoísmos y las ambiciones personalistas.

Entre tanto el interés del país es otro. La vida encarece, el proceso de la inflación continúa, la falta de casas es una terrible tragedia que lleva a la desesperación a la clase media y al pueblo, perdemos oportunidades de planificar seriamente iniciativas para desarrollar nuestros recursos, traer inmigrantes, mejorar nuestras condiciones de vida.

Desgraciadamente la atención pública está distraída por asuntos más menudos por una especie de pasión, por el «chisme» político, mientras falta el aliento para pensar con serenidad en nuestros verdaderos males. Y más que eso, se gasta la energía en esta lucha pequeña, cuando se la podría emplear y con ventaja en tareas que son posibles, que nos esperan, que está en manos nuestras el realizarlas.

De todas las conversaciones políticas, del ajetreo diario, resulta una sensación de cansancio, de desilusión, casi de amargura. En cambio el trabajo ordenado de una nación que se siente dirigida hacia un destino grande, limpia la atmósfera y

ennoblece el tono de la actividad nacional. Es lo que falta.

UN EPISODIO TRISTE

Un Partido que entra a un Gobierno, olvidando sus compromisos, rompiendo la unidad de la organización sindical, olvidando que antes incitaba las huelgas que ahora condena; que aplaude a los hombres que atacara tan rudamente y que habían dictado órdenes de prisión contra sus dirigentes, sólo puede justificarse con una acción tan claramente nacional, teñida de tal tono de seriedad, competencia y cuyos resultados sean tan evidentes, que logre hacer olvidar su origen por los resultados que obtiene. Es el caso del Partido Socialista. Sin embargo, hasta ahora esos resultados no llegan. No se ve en el Gobierno ni confianza, ni coordinación, ni plan. Cada día se lanza una nueva idea ostentosa; pero muere junto con publicarse. No basta anunciar grandes proyectos, porque proyectos sobran. Lo que es necesario es tener constancia para traducirlos en leyes o en hechos, capacidad para vigilar su aplicación, hombres para llevarlos hasta sus consecuencias prácticas. Pero esos proyectos son como esos fuegos de artificio que iluminan la noche un instante para dejarla después más negra y más vacía. Un país no vive de intenciones, ni de frases, ni de declaraciones.

Ni siquiera en el terreno de las investigaciones se ha ido lejos. Se anuncian pero no culminan. Todo queda como inacabado. Ahí está el cobre. ¿Cuándo sabremos si había o no culpables? Y eso es necesario decirlo, porque se necesita igual valor para denunciar a los que delinquieron o para decir que no había delito. Pero el silencio es lo peor, porque para el público quedan dos impresiones: para los más, que se descubrió algo y no hubo entereza para decirlo, porque eran demasiado poderosos los acusados; para los menos, los mejor intencionados, que no se descubrió nada; pero que no hubo coraje para reconocer el error.

UN MINISTRO

El Ministerio de Economía por lo general ha tenido mala suerte. Y allí se requiere más que en otras Carteras, continuidad, saber, energía. De una buena o mala orientación depende que haya trabajo, producción, confianza. En una palabra, que nuestra economía se detenga o progrese, que disminuya o intensifique su ritmo.

Llegó hasta allí un nuevo Ministro que quizo dar una sensación nueva.

El episodio de su paso tiene importancia en un doble sentido: por una parte lleva al país una nueva confirmación de algo que se ha venido sos-

teniendo con marcada insistencia: las directivas de los partidos de izquierda carecen de capacidad técnica. No se trata de discutir la orientación. No. Eso sería respetable. Se habla simplemente de ignorancia. Tenía además un aspecto partidista: ahí se jugaba la verdadera partida de esta aventura que un grupo ha querido hacer correr al socialismo chileno. Había que hacerse perdonar precisamente allí pasados fracasos.

Después de un mes el Ministro quiso precisar su criterio y escogió para hacerlo la Corporación de Fomento. Su discurso corre hoy de mano en mano y causa, entre unos asombro, y entre otros hilaridad. Mayor cúmulo de ideas no digeridas, de falta de ubicación del caso y de la cosa, no pueden darse. Va desde la fanfarronada, hasta la cita de

Hegel, leído en un manual de segunda mano. Hubo acuerdo unánime de no publicarlo, por respeto al Ministro y a la Corporación.

Después fué la carta al Ministro de Hacienda. Había allí muchas verdades; pero dichas inoportunamente, exageradas y algunas desvirtuadas. La solución era lo mismo que vender malamente a un país en bancarrota. Era algo insólito.

Un país que comienza por declararse en quiebra desde el propio Gobierno. Y después de exhibir tan brillante ejecutoria, pedía quinientos millones de dólares para hipotecarse definitivamente, sin saber bien para qué ni con qué. Porque esas deudas hay que pagarlas.

Desgraciadamente el que paga con estos absurdos es el país y en este caso también el Ministro.



PAUL VALÉRY.—*Mélange*.—N. R. F., Gallimard, 1941. Reimpresión de Canadá, 1943.

Al igual que todos los grandes y pequeños escritores franceses, Paul Valéry puede ostentar, en las reediciones de sus obras, una bibliografía considerable, tres docenas de volúmenes, cuya aparición ha sido cubierta de elogios y comentarios y cuya posesión enorgullece y es imprescindible a todos los lectores del mundo. Pero ninguno de esos volúmenes le ha ganado a su autor su situación de primera figura de las letras francesas, como el tomito nombrado simplemente *Poésies*, que encierra los veintiún poemas del *Album de vers anciens*, los veintiuno de *Charmes* y, presidiendo la reveladora simetría, la no menos ardua que extensa *Jeune Parque*. De tan moderada colección no sólo han vivido buena parte de la literatura crítica y la poesía de Francia y muchos otros países, sino que aun ha bastado para alimentar y justificar el resto de la obra del propio Valéry. En efecto, ya sean unas meditaciones metafísico-poéticas, ya unos diálogos neo-socráticos, ya unas veladas con una inteligencia desnuda, ya unos aforismos o ya toda esa *variété* conformada de tan diversos materiales, obras de circunstancia, discursos, esbozos, apuntes, divagaciones, explicaciones, prólogos, etc., todo concurre de alguna manera a la poesía—a la poesía de Valéry—y todo se justifica con la existencia de aquellos cuarenta y tres poemas. Demoníaco Jacob al revés, Valéry principió por crear su estricto cielo, y sólo más tarde se ocupó en labrar toda suerte de escalas, no ya para sí, sino para cuantos osados mortales querían alcanzarlo (no olvido con esto, que, en rigor, *La soirée avec M. Teste*, *Une conquête méthodique* y la *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci* aparecieron antes de la poesía de P. V.). Todo el resto iría a ser pues, de manera general, una introducción a sus catastróficas poesías; todo el resto fungía como carta de navegar entelequias, o iba entregando, para los que no supieron adivinarlo en aquellos intachables yelos, el resto, las vértebras, las costillas, las mandíbulas que reparaban la imagen de M. Paul Valéry, de l'Académie Française, increíble al desnudo de su inteligencia.

Todo. También esta *Mélange* que ahora se ha reimpreso en Canadá, haciendo circular una obra casi póstuma que había aparecido por el ya fatal 1941 de Francia.

Quizás aquí en Hispano-América, encontremos sorprendente la honorable publicación de materiales como los que integran esta miscelánea que, estrictamente, viene a hacerse de los despojos de una mesa de trabajo. Escritos a todo lo largo de

casi medio siglo y dirigidos a todos los asuntos posibles dentro del orbe valeryano, no pueden ser más varios y más desiguales, pero son con todo despojos, los despojos precisamente de Paul Valéry. Mas ya el mismo autor, en el breve poema que antecede a su libro, explica muy bien su contenido y la significación que le da en su pensamiento.

MELANGE C'EST L'ESPRIT

Prose, vers, souvenir, images ou sentences
Ce qui vint du sommeil, ce qui vint des amour,
Ce que donnet les dieux comme les circonstances
S'assemble en cet Album de fragments de mes jours.
Selon l'heure, naïf, absurde, aimable, étrange,
Esclave d'une mouche, ou maître d'une loi,
Un esprit n'est que ce mélange
Duquel, à chaque instant, se démêle le MOI.

Nos depara su lectura una oscilación, unas alzas y bajas, echadas de menos en los restantes libros del autor y que nos los hacían, por su tan pareja brillantez, irritantes y monótonos. Lo pedestre, lo vulgar, lo banal, lo imbécil no están excluidos de este álbum de *Mélange*; pero no lo están, tampoco, las mejores virtudes por las que se conoce a Valéry, y para muchos será un ejercicio estimulante rescatar éstas de entre los simples despojos, de entre los renglones secos de una *poésie brute* que llega a serlo a base de estar atestada de ideas antes que de magia, de entre los variados atisbos y registros que fué consignando con desigual fortuna una inteligencia espectadora del mundo.

Porque, en rigor, esta *Mélange* no es otra cosa que una especie de diario de una inteligencia—aunque no contenga sino los pasos que no llegaron a madurar en obras capitales. Y así como, por ejemplo, contrapuesto, el *Journal* de Gide es sustancialmente el de una conciencia—que todo ahí de alguna manera coincide en esta perspectiva—, esta *Mélange*, que no es el diario del poeta, pero sí su cuaderno de notas, es, con una sorprendente unidad de actitud, el registro de una inteligencia. Y, por la calidad de las criaturas semi-nacidas que nos entrega, conviene también a aquel destino general de sus obras: es otra introducción, por el camino interior de los andamios, a la poesía de Paul Valéry.

José Luis Martínez.

FCO. JAVIER DÍAZ.—*La Batalla de Maipú*.—
(Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1946).

Los pueblos hispano-americanos, en una misma jornada, 1810-1826, nacieron a la vida independiente en medio del dolor y de la sangre de sus hijos, realizando etapas de sacrificios inmensos, con inmensa alegría.

Todo nacer lleva consigo manchas de sangre, angustias penosas y, después del sacrificio, gozo inconmensurable al ver la lozanía del hijo nacido.

Nuestro Chile no hizo excepción a este acontecer humano, lo sufrió, lo vivió, lo realizó y hoy disfrutamos la felicidad del dolor de ayer.

Nuestra gesta heroica 1810-1826, está llena de esos actos que dignifican la historia de un pueblo, que permiten mirar el pasado con orgullo, y hacen que los chilenos de hoy miremos a los de aquella época con la admiración que provoca lo rayano en lo sublime.

Nos dieron Patria, y para dárnosla no miraron ni sus intereses, porque ellos eran la Patria, que estaban creando; ni sus bienes, que los dieron todos a la causa por la que luchaban; ni sus vidas, que con desinterés sacrificaron gustosos en el ara santa de la Patria.

«La Batalla de Maipú» que bien pudiera subtitularse «Zozobras, Inquietudes y Victoria 1817-1818»; abarca el período comprendido entre esas fechas.

Chacabuco inició la Patria Nueva, que había que afianzar. Para lograrlo habrá que organizar entonces un Estado, un ejército, aprovisionarlo, instruirlo. Esto que no se logra sino en largo tiempo, se realizó en breve lapso. Realizado, el tiempo coronó los esfuerzos y Maipú, el 5 de Abril de 1818, con la sangre vertida, fecundó el árbol de la República y cimentó la Independencia de América del Sur.

San Martín lo vió y lo dijo. En sus «Instrucciones reservadas que deben observar los jefes de cada cuerpo en caso de batalla», párrafo 16, se expresa así:

«Los señores jefes del ejército deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda América, y que es preferible una muerte honrosa en el campo de honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos; yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército a los que encargo tengan presente estas instrucciones».

La obra que comentamos nos presenta en un cuadro fácil y sencillo, los episodios de nuestra Independencia, desde Chacabuco a Maipú y los llama sólo con el último nombre, porque todo lo que el año 1817 vió, en nuestra tierra, era preparación de Maipú.

Cuando los pueblos se enfrentan, en su caminar, a problemas que parecen sobrepasar sus fuerzas, es preciso que se detengan a mirar su pasado. Nosotros, hoy, tenemos necesidad de ello, no para inmovilizarnos en el pasado, sino para sacar ejemplo de aquellos que supieron vencer lo que parecía imbatible y con ese ejemplo, llenos de fe, cruzar la barrera y entrar en el futuro llenos de esperanza.

Fe y esperanza que brotan a borbotones cuando vivimos en el Chile de esos años.

«La Batalla de Maipú», obra del general Francisco Javier Díaz, es una lección del pasado que con orgullo y pasión se vive en sus páginas. Es un capítulo de la Patria que nadie puede ignorar.

Ricardo Ferrando

☆☆☆

N O T A S

LOS SOVIETS Y LA RELIGION (1)

Hasta la guerra, los Soviets habían combatido violentísimamente todas las religiones. De acuerdo con los planes que a menudo proclamaban, no debían quedar huellas de vida religiosa en la U. R. S. S. en un plazo muy corto.

En 1942-1943 efectúan un brusco viraje con respecto a la Iglesia ortodoxa nacional y aún otras confesiones, pero se mantienen en lucha con la Iglesia católica.

RELACIONES CON LA IGLESIA ORTODOXA

Los Soviets autorizan a la Iglesia ortodoxa para elegir un patriarca, reabrir un seminario y cierto número de iglesias y para publicar una revista. Hasta cierto punto favorecen manifiestamente su acción. ¿Cuáles son las razones de este viraje?

Desde luego, los viejos prelados, nombrados antes por el zar y de quienes se podía temer una acción hostil, han desaparecido todos (muertos, deportados a Siberia, exilados); por ese lado no hay de qué preocuparse.

Por otra parte, los alemanes, que en 1942 ocupan enteramente la Rusia del Este y [del Sur, reabren ostentadamente las iglesias y así se atraen en parte las simpatías del pueblo.

Por último, en los primeros meses, las tropas rusas han combatido sin gran impulso; retroceden de una manera inquietante y el número de prisioneros es enorme. Se hace necesario utilizar todos los medios para estimular su ardor. Ahora bien, el clero que muy hábilmente se ha quedado en Rusia, sostiene el patriotismo del pueblo. ¿Por qué no favorecer su acción y servirse de él?

Un acuerdo más o menos explícito se establece entre los Soviets y la Iglesia ortodoxa. La libertad se limita, aproximadamente, al culto. La legislación anti-religiosa no ha sido derogada y sigue prohibida la propaganda religiosa. Nada de enseñanza de la religión en las escuelas, nada de capellanes en el ejército. Señalemos, en fin, que la élite intelectual de los rusos de París, al igual que los rusos de América, rehusan todavía someterse a Moscú.

RELACIONES CON LA IGLESIA CATÓLICA

La hostilidad de los Soviets a su respecto es extrema. No pueden tolerar una iglesia que jamás se someterá ciegamente a sus directivas, nunca se ligará a sus intrigas políticas y que, por su misma esencia, (católico es igual a universal) no puede hacer caso omiso del resto del mundo.

(1) De «Témoignage Chrétien N.º 78». Témoignage Chrétien es uno de los mejores órganos de prensa del movimiento social cristiano francés.

He aquí la situación de la Iglesia católica dentro del conjunto de la U. R. S. S.:

Toda la prensa soviética acusa, en coro y continuamente, al Vaticano de haber sido el aliado del nazismo y del fascismo. La acusación es repetida a cada instante.

La «Revista del Patriarcado de Moscú» se encuentra llena de invectivas contra la Iglesia católica. En un solo número, el de Mayo de 1945, hay tres artículos dirigidos exclusivamente contra la Iglesia romana.

No se autoriza a ningún sacerdote católico para entrar a Rusia. Dos sacerdotes que se hallaban en Odessa han sido arrojados a una prisión. El único sacerdote católico de Moscú, un norteamericano agregado a la embajada de los Estados Unidos, encuentra muchas dificultades.

Se ha creado en Moscú un Soviet para la dirección de los Asuntos religiosos. Todas las confesiones han quedado invitadas para hacerse representar ante él por un delegado, excepto la Iglesia católica.

LA SITUACIÓN EN UCRANIA OCCIDENTAL

Esta región, anexada a la U. R. S. S. a fines de 1944, cuenta con una población de cinco millones de católicos de rito bizantino, muy cercanos a los ortodoxos por sus tradiciones litúrgicas y canónicas. Aprovechando esto, los Soviets han tratado de separarlos de Roma por medio de los más brutales procedimientos.

Una valiente protesta contra tales métodos es la carta que el 1.º de Julio de 1945 dirigieron al gobierno de Moscú algunos sacerdotes todavía en libertad en la curia archiepiscopal del Lvov. En dicha carta se declara que «después de la detención de todo el episcopado y de un gran número de los

sacerdotes de la Iglesia greco-católica en Ucrania Occidental y a consecuencia de la prohibición, que nos ha sido notificada, de dejarla dirigir por un miembro del clero greco-católico, nuestra Iglesia se encuentra en una situación muy anormal».

Los firmantes declaran que no quieren «inmiscuirse a ningún precio en aquello que se llama política», sino cumplir solamente con su misión específica, «para la prosperidad, no solamente de la Iglesia sino también del Estado». Con vistas a ello invocan la constitución de Stalin, que «garantiza a todos los ciudadanos, a nosotros, por lo tanto, la libertad de conciencia y de práctica religiosa...».

No hay exageración ninguna en la motivación de esta protesta. S. E. el arzobispo de Lvov y Metropolitano de Galicia, José Slipü, ha sido encarcelado con todos los otros obispos de la provincia: los obispos de Przemyśl y Stanislavoff y sus respectivos auxiliares y los administradores apostólicos de Lemkiv y de Volhinia. S. E. el obispo de Stanislavoff, Gregorio Khomyzeyn, murió en prisión poco después de su arresto.

Todos los sacerdotes connotados han sido hechos prisioneros o han debido partir para el exilio. Todos los conventos son dispersados.

Con el concurso de tres sacerdotes apóstatas, los Soviets constituyeron el «Comité de iniciativa para la reunión de los greco-católicos a la ortodoxia». Este comité tiene el derecho de dirigir las parroquias greco-católicas de la Ucrania occidental y debe enviar al Comisario del Pueblo de la república socialista ucraniana la lista de los deanes, curas y superiores de conventos que rehusen someterse a sus decisiones. Hasta aquí la gran mayoría ha permanecido fiel al Vicario de Cristo. Pero la lucha en esta nueva provincia de la U. R. S. S. es hartamente dura. Y el mundo cristiano parece ignorarla totalmente.

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 1 - NUMERO 11

MAYO DE 1946

DOS FORMAS DE ACCION

En la vida política hay dos formas de acción: la primera es el trabajo menudo, electoral, que combina las fuerzas para llegar por los sufragios al Gobierno; la otra, propaga ideas, convence y gobierna con hombres que por su eficiencia técnica y prestigio moral son capaces de traducirlas.

Ambas son necesarias, siempre que este objetivo fundamental domine la otra actividad, que es subalterna.

Por desgracia en esta hora de Chile asistimos a un trastrueque de valores, que resulta lamentable y que ejerce una influencia desmoralizadora en nuestro ambiente.

La preocupación simplemente electoral cubre todo el campo de las inquietudes y lo que debiera ser un simple medio, se ha convertido en la finalidad rectora.

El país asiste asombrado a un despertar de las más variadas ambiciones, y un cargo que debiera ser de sacrificio, obtenido por la selección y el respeto que señalara al mejor, es disputado en el mercado de las pasiones, y a veces las más innobles, con verdadero frenesí.

Basta tener el apetito, disponer de los recursos para pagar algunas páginas de periódicos, que los reciben como avisos económicos; contratar algunas cadenas de radio y tener firmas desconocidas que invitan a banquetes, tan inútiles como numerosos, donde acuden los comensales de siempre y de todos, para presentarse ante la opinión pública y engañar a incautos o indiferentes que ignoran la trama de estas comedias, que tienen un fondo dramático para la nación.

Salvo alguna muy contada excepción, no se sabe qué pretenden una vez obtenido el cargo y cuál será el equipo responsable que los acompañará en sus tareas.

En su afán por llegar, parecen olvidarse ellos y sus partidarios, que el llegar no es lo importante, sino el para qué se llega.

Pero no es sólo esto. El clima indefinidamente turbio que se ha producido en estos meses hace imposible toda previsión dentro de la lógica, y nacen así las combinaciones más astutas, que resultan también las más inmorales. Todo puede llegar a ser y es impre-

visible qué tipo de alianzas y personas pueden surgir. No se advierte adhesión a una idea, a un programa, sino que se aplica fríamente el principio que se puede unir cualesquiera en cualesquiera condición, con tal de obtener el cargo. Una vez obtenido, lo demás importa menos, o bien se tiene una confianza farisea en que se podrá desprender del compromiso y arrojar por la ventana a los amigos que sólo sirvieron de escabel.

Hombres que por su fisonomía política y por su vida; que por su contextura misma jamás han tenido ni siquiera una actitud social franca que no pasara de la frase hueca, tienden su mano hacia los extremos de la izquierda política y desde donde les responden también hombres y fuerzas dispuestas a concesiones que se pagan con la moneda despreciable del éxito sin grandeza.

Lo sabe y lo sufre Chile entero. Porque no se es inmoral sólo cuando se quebrantan burdamente los mandamientos, sino cuando se miente sutilmente, cuando se traicionan convicciones, cuando se hace del Poder un medio y de su alcance una finalidad sustantiva.

Y esto ocurre en una hora decisiva para nuestra Patria. El mundo de la post-guerra nos trae problemas más hondos y agudos que la guerra misma; la América del Sur afronta en este instante tal vez la decisión de su destino y, en todo caso, el ser un ente activo o pasivo en el desarrollo de los acontecimientos internacionales. Las transformaciones sociales han llegado a un plano tal en que deberán concretarse por un proceso de revisión de nuestras instituciones, o quebrando las molduras, nos pueden precipitar en situaciones violentas.

Esto mismo exigiría claridad en las ideas, programas definidos sobre los cuales pudiera orientarse y pronunciarse la opinión pública, y respaldo de equipos humanos responsables y bien calificados, porque ésta no puede ser tarea de un hombre, ni siquiera de grupos, sino de la nación entera que se sienta conducida, por aquellos que reconoce capaces de esta tan noble misión.—F.

GERNIKA

1937 - 1946

Mil novecientos treinta y siete, mil novecientos cuarenta y seis. La boca del hombre está cuajada de sangre y la voz de su esperanza es excesivamente ronca y dolorosa para los planes de los poderosos de la tierra.

Una vez más en los siglos se levanta el terrible clamor que conmueve los cimientos del universo, «Hasta cuando, Señor...».

Pero ellos seguirán detrás de las mesas de sus conferencias; seguirán buscando gestos y actitudes y fórmulas, para cubrir de engaño las vergüenzas de los imperios.

La autoridad se mofa de su señor, el hombre; y hasta la historia misma se alza contra su Dueño.

Mil novecientos treinta y siete; veintiséis de Abril. A las cuatro de la tarde, Gernika ofrece en llamas y en dolor el testimonio de su justicia.

La milenaria cruz de fuego hace otra vez su señal misteriosa sobre los valles y cordilleras de Euzkadi.

Los pequeños nombres humanos se proyectan en los cielos y permanecen en la expectativa del gran juicio. Mola, el general «poeta de la muerte», y los anónimos aviones hitleristas, permanecen.

Nadie puede juzgar, sino Dios, el secreto de las conciencias; pero hay hechos que tienen un sentido propio, superior a todos los secretos. Hay hechos que trascienden las dimensiones de la historia; que caen sobre todos los raciocinios y todas las explicaciones; que destrazan todas las excusas, que aplastan todos los argumentos.

Mola, el general, y los anónimos aviones hitleristas, permanecen.

En el otro extremo de la península, permanece don Oppas, el traidor visigodo.

En el otro extremo del Mediterráneo, permanece Pilatos, mirando con terror la palidez de sus manos.

Mil novecientos cuarenta y seis. La propaganda es una pequeña cosa; un diminuto fenómeno en medio de los milenios. Un vocerío fugaz en el fragor de las conmociones enormes.

Desde el fondo de los milenios, vienen los extraños eúskaros, con su padre Aitor, que es hijo del Antiguo Testamento.

Hoy viven la dispersión entre las naciones; pero hablan un lenguaje fuerte de lealtad y de justicia, de original limpieza, que entienden los oprimidos y los débiles, los torturados de la tierra. Hay voces que superan la Babel de las Gentes.

La voz del hombre del pueblo se ha ennoblecido con la voz del pueblo vasco, que no conoció reyes ni dictadores; que no aceptó otra soberanía, sino la de los mansos poseedores de la tierra vascongada.

L.

SOBRE LA MUJER CHILENA

Por Gabriela MISTRAL

A veces, yendo por las entrañas mismas de la Cordillera, se descubre una casa perdida y como «dejada de Dios y de los hombres». El intruso que llega llama con palmotadas, gritos; la puerta se abre, y una mujer hace pasar al novedoso.

Vecindad ninguna tiene la casa; la primera aldea le queda a cincuenta kilómetros y todo es allí un silencio búdico, roto por rodados de piedras y en invierno por torrenceras.

Pero, en entrando, el tremendo lugar se anubla de golpe como en los sueños. Porque allí hay un fuego, un buen olor de comida—sacada no se sabe de dónde—y un buen dormir: hay una vida humana y humanísima muchas veces.

A poco mirar y oír, se sabe que ese refugio metido en las alturas de los buitres es la industria de sólo una mujer. Porque el hombre cordillerano no sabe ni hace otra cosa que bajar a la mina, jadear persiguiendo las vetas y dinamitar penas. El no cuida de sí, el no acierta a ablandarse un nido, al igual del buitre. Si no tiene a su costado a esta mujer, él resbala, día a día, hacia la barbarie de los primeros indios. Y la índole de acción pura, de acción a todo trance que es la del varón chileno, desde Lautaro a Portales, parece arrebatarse a su propia compañera, arrancándola a los quicios del sedentarismo y volviéndola su semejante.

La mujer que vive junto a su ave de presa sobre la acidez de esas cumbres, resulta ser, conjuntamente, un fenómeno y... una chilena que se halla en cualquier parte, sea en las islas extremosas del sur, sea en Nueva York o en París. Esta Ximena blanca o esta Guacolda parda hacen legión y cubren la mitad del territorio.

La llaman constantemente «una temperamental», y el punto de arranque de su arrebato es casi siempre un amor absoluto de cuya llama saltan las más cuerdas acciones y las más desatadas fantasías. Esta blanca o mestiza sigue al hombre al desierto de la sal, sin rezongarle por su destierro; la muy valerosa cría seis hijos en el Valle Central, estirando un salario que sólo da para dos; ella suele emigrar por no perder a su vagabundo nato, hacia las provincias Argentinas o hacia California, donde pelea su pan entre la extranjería; y si es moza y llega a escuelas, también allí vence en ejercicios de creación o en el arte sutil de crear un convivio.

Como en los romanos, «una pasión la conduce», nunca cosa menor que una pasión: ni caprichos, ni secos intereses, ni vicios. Mirándola vivir en cualquier canto del mundo, yo me acuerdo siempre del griego, que atribuye al delirio un sentido sacro, una viscera religiosa. Entre las *Locas de su cuerpo* y las relajadas, confundida a veces con éstas en bohemiada o miserias, allá va la Eva antártica, roja como los faros australes y fiel a un amor racional o insensato: lo mismo le da uno que el otro.

A poco de conversar en un coro de café o en un tendal de inmigrantes, los ojos se clavan sobre ella más que sobre las otras. La separa de las abatidas una vitalidad que chispea como su espino puesto a arder; la indica verticalmente su belleza brava; y cierto orgullo de la desgracia la yergue de pronto como a la caña pisada.

A veces no está allí la vulgar pareja escapada; son tres o más; son el triángulo o el hexágono familiar: hay hijos nacidos bajo la inmigración y ella sabe que por cada uno ella y su hombre han de multiplicarse, en el álgebra feroz de la lucha por la vida.

En Santiago, al margen de los meetings feministas, la mujer ha forzado ya todas las puertas de hierro forjado que eran las profesiones: es cajera en los bancos, y los libros mayores no le conocen fraude; es médica en los hospitales y juez de menores. Sus colegas refunfunaron al dejarle entrar; y están arrepentidos de un desprecio tan tonto; es creadora en la novela, bellamente audaz en las artes plásticas, y no la asustan las duras ingenierías y la arquitectura más cualitativa.

Lo que falta todavía a la gran acreedora es que la peonada de una hacienda, cuando ella siega o cultiva, sienta bochorno de que la paguen a mitad de su salario; lo que no se entiende es que el legislador no sepa todavía que *esa* obrera suele trabajar para tres creaturas y que éstas suelen ser un marido ebrio o gandul y dos críos suyos; y lo que irrita es que una mitad de la ciudadanía chilena haya vivido hasta ahora al margen del sufragio

purificador que esas madres pueden ejercer en cuanto a la administración, y al margen del sufragio liberador que pueden usar en bien de la miseria campesina.

El sentido de la responsabilidad trabaja y agita a nuestra «femina»; su conciencia parece una fragua: no se aplaca con cumplimientos laterales: quiere mucho, casi lo quiere todo para sus hijos... en este punto tal vez su virtud resbale hasta el exceso. (La incontinenencia del feminismo maternal también existe en otros países que sobra nombrar).

* * *

Hablar de un tipo femenino de cualquier país sudamericano es jugar a las malas con las generalizaciones. De una parte, existen las Españas peninsulares; de otra, *las Américas criollas*, y de otro lado, todavía las mestizas... desde Cádiz embarcó un mujerío andaluz bastante copioso: Carmen vino a aligerar el remoto país de la piedra... De la Castilla empecinada vinieron Isabeles y también algunas Juanas Locas. Del país vasco llegó más ración de sangre que de las otras patriecitas, a juzgar por la talla aventajada que domina allí sobre las gentes menudillas. Galicia parece que prefirió quedarse en la lonja atlántica, y es pena porque en una geografía tan cargada de patetismo hace falta la miel del celta.

No nos quedamos en lo castizo español: dos presidentes un si-es-no es sajonzantes importaron alemanes en los tiempos en que germanizar sólo parecía europeizar... Allí adentro se multiplican con cierto cuidado de mantener la ronda racial. El mundo que viene tal vez aconseje otra cosa a tales sordos y sus remilgos irán cayendo uno por uno.

Los yugoeslavos acudieron más tarde y esta óptima arteria inmigratoria circula por la anchura de la Patagonia. Han traído tanta fuerza y más belleza física que los germanos y no se les conoce el engreimiento caucásico. Los judíos han sido los últimos en llegar. Derramarán allí su levadura, que produce en donde cae genios y líderes, comercio, cabezas desasosegadas y entendimientos reflexivos. Les damos paz e igualdad a fin de convencerles de que la Jerusalén celeste y la terrestre pueden comenzar para ellos en el precioso Valle Central de Chile.

Sobre los cimientos vascos-extremeños hemos puesto, según se ve, tantas vigas de madera exótica que en poco más ya no se podrá hablar de una Euzkadi criolla, sino de un ajedrez hartó parecido al Río-Platense. Seremos en un siglo más una Europa ribeteada por la franja del mestizaje. Esta orla de americanidad legítima bien que nos sirve por la vecindad del altiplano y del trópico: un pueblo de piel blanco-cromo según la desean algunos conturbaría un poco la hermandad del Pacífico y nuestro destino natural está indicado por esa agua misteriosa.

El producto salido de los metales contrastados que se ha dicho recalcan en la mujer ciertos rasgos del semblante que los viajeros han alabado en páginas ya clásicas. Hay una mirada ardiente que, como el fuego, se aplica por igual a lo grande y lo pequeño que la rodea, porque todo constituye material de vida para el vital; y suele haber una voz que sube y baja de la dulzura a la vehemencia, regresando siempre a la dulzura. Hay un hábito de servir y siempre servir a los otros con la rapidez del pestañeo y dentro de un calor de caridad paulina. Alegría la hay en las clases hartas, pero en la mujer del pueblo domina cierta pesadumbre oriental. (La belleza mucho depende de la salud y la dicha embellece tanto como aquélla). Sin embargo, la lengua popular está salpicada de los cominos y las pimientas del burlador andaluz y del socarrón criollo.

Las corrientes futuristas que recorren el mundo ya trabajan a las ciudades mayores y están aplicando a los muros románicos de la vieja costumbre unos grandes golpes de catapultas. La conmoción del planeta repercute también en la Eva chilena, la remece y la muda en los centros urbanos. Su famoso temperamentalismo la vuelve más sensible que la barra de mercurio al clima calenturiento de la post-guerra. Así y todo, persiste en la provincia el terco metal del carácter y la vida clásica y allí se defienden a la manera de nuestras platas subterráneas, sin gesticulación, con un silencio severo que es resistencia también.

Por *Tristán DE ATHAYDE*

Después de oír el Domingo en la noche en la Gavea (2) el discurso anti-comunista de un orador católico, comprendí aún mejor lo procedente de las palabras de Henry Bramford Parkes en su admirable autopsia del marxismo, palabras que no se aplican solamente a los Estados Unidos, sino que a todos los países del mundo: «El único efecto concebible de cualquier desarrollo importante del sentimiento revolucionario (marxista) en los Estados Unidos será un estímulo al crecimiento de una reacción fanática; al debilitamiento de los métodos democráticos y del respeto a las libertades civiles y, finalmente, el dominio de alguna forma de dictadura facista o capitalista. Por eso la propagación del marxismo revolucionario sólo puede acarrear mayores males que beneficios y debe ser abandonada por todos los amigos de la libertad» (H. B. Parkes, «Marxism, an autopsy», p. 211).

En realidad, una de las más trágicas consecuencias del fanatismo marxista y del arrogante nacionalismo soviético consiste en desarrollar entre los católicos la convicción de que todo lo que es anti-comunista es bueno. Aun antes de que la cesación de las hostilidades de la segunda gran guerra mundial conmemore su primer aniversario, estamos asistiendo al espectáculo monstruoso de la preparación de la tercera gran guerra mundial. Nosotros, los que en 1919 vimos a los aliados perder la paz después de haber ganado la guerra, estamos de nuevo asistiendo con horror al mismo trágico espectáculo en 1946. Después de una victoria espectacular sobre el totalitarismo, las democracias están siendo arrasadas por una vorágine totalitaria y reaccionaria que nos conducirá, tarde o temprano, a catástrofes todavía más destructoras que las de la segunda guerra universal del siglo XX. Y, lo que es aún más doloroso, es ver al espíritu cristiano, el único capaz de impedir la derrota de las democracias en su lucha contra los monopolios dictatoriales, dejarse corromper por los males que justamente es el único capaz de curar.

La monstruosa política imperialista de Moscú, sus ataques sistemáticos contra la Santa Sede, la vergonzosa utilización que el gobierno soviético está haciendo de la Iglesia Ortodoxa para oprimir a los católicos ucranianos y para expandir la influencia rusa por todo el Cercano Oriente, la aplicación intolerante del materialismo dialéctico en el cual los fines justifican los medios para la conquista del poder a todo trance, todo esto está corrompiendo de tal manera el ambiente que respiramos que muchos espíritus católicos se dejan hoy contagiar por la infección totalitaria y olvidan totalmente el espíritu del Evangelio para hacer la apología de la inmoralidad sociológica.

Es natural que nuestros adversarios consideren a la Iglesia como un baluarte del capitalismo. No debe sorprendernos que nos llamen reaccionarios, conservadores, enemigos de los pobres, aliados de la Riqueza y del Poder, conformistas y defensores de ideas tan monstruosas como de que los pobres nacen pobres para siempre y los ricos nacen para ser ricos tal como algunos nacen defectuosos y otros estropeados, unos morenos y otros rubios. Pase que los que sólo conocen de oídas el Evangelio digan que somos unos miserables porque allí está escrito «que habrá siempre pobres entre vosotros» (Mat. XXVI, 11) y no citen el mismo Evangelio de San Mateo en que está escrita la terrible palabra de Nuestro Señor: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos» (Mat. XIX, 24). Pase también que los comunistas nos acusen de enemigos de la igualdad porque sostenemos que es absurdo tratar en igual forma a las cosas desiguales, que ignoren la parábola del Hijo Pródigo y la de los obreros de la undécima hora en las que Nuestro Señor trata con igualdad, en su infinita Misericordia, a cosas desiguales. Es aceptable que un fanático como el mariscal Stalin nos llame calumniadores, porque sostenemos que en Rusia «las mujeres son de todos y los hijos de nadie», y que nos tilden de hipócritas porque defendemos un orden social en que los matrimonios casados varias veces se multiplican tanto en Copacabana (3) como en los tugurios de la Playa Hermosa (4).

(1) Tomado de O JORNAL de Río de Janeiro.

(2) Parque de Río de Janeiro.

(3) Barrio elegante de Río de Janeiro.

(4) Barrio miserable de Río de Janeiro.

Pero que seamos nosotros los católicos los que vengamos a torcer el espíritu del Evangelio así como los actos y palabras de nuestros enemigos para obtener sobre ellos algunas fáciles victorias demagógicas, eso sí que no está bien.

El comunismo es una planta que crece en los pantanos. Sólo nace y se arrastra en las aguas podridas por la miseria, por la injusticia, por la desigualdad social, por los privilegios inicuos, por la mentira y el parasitismo capitalista, que crean el medio natural indispensable para que florezcan esas monstruosas flores de la tiranía y de la opresión.

El único medio de vencer al comunismo reside *en la verdad*, en el camino áspero y difícil de la verdad, duela a quien duela, exija a quien exija. No hay salvación contra la verdad o fuera de la verdad. Siempre terminará por prevalecer o por retornar todo lo que la sociedad posee de verdad, sea cual fuere el trabajo de sus adversarios. Pero, por el contrario, todo lo que tenga de corrompido, de falso de injusto, de inicuo, ha de ser barrido de la faz de la tierra, si es que todavía tenemos alguna esperanza de asistir a la cristianización de los nuevos tiempos. El papel de la Iglesia no consiste sólo en curar las heridas provocadas por la injusticia social construyendo asilos, hospitales y orfanatos.

El papel máximo de la Iglesia en la sociedad consiste en impedir *preventivamente* aquellos males en la medida de las posibilidades humanas. Cristianizar es prevenir antes que curar. La caridad cristiana, entendida como un paliativo o como un favor del rico al pobre, es una monstruosidad. La caridad debe sumarse a la justicia. Antes de construir asilos y hospitales para la vejez desamparada, que serán siempre indispensables sin duda, es preciso actuar sobre las raíces de los males sociales, impidiendo que ellos aparezcan o se arrastren mediante una acción preventiva que transforme el orden social en algo más decente, más equitativo, más cristiano que ese espectáculo vergonzoso de los tugurios junto a los rascacielos que es la plaga del capitalismo moderno en todo el mundo.

El catolicismo burgués o reaccionario, es decir el que acepta pacíficamente el creciente enriquecimiento de los ricos y el creciente empobrecimiento de los pobres, como si se tratara de una predestinación divina, o el que se une al neofascismo para impedir la marcha del socialismo revolucionario, no hace otra cosa que hacer el juego del comunismo.

Solamente la verdad nos podrá libertar, como lo dicen las Sagradas Escrituras. Desde hace mucho tiempo los Papas nos vienen haciendo las más dramáticas advertencias sobre las condiciones catastróficas del mundo moderno, creadas por la desnivelación creciente de las condiciones sociales de nuestros tiempos. O bien nosotros los católicos nos decidimos a oír esa voz profética que nos viene desde lo alto de la colina de San Pedro y nos colocamos decididamente junto a la reforma social sustancial que exige la sociedad moderna, o bien la onda del imperialismo soviético o de la dictadura del «Big Business»—si no ambas juntas pues son siamesas—hundirá de nuevo al mundo en la más negra negación de la libertad personal a que jamás haya asistido la Historia.

El buen éxito o el fracaso del comunismo y del capitalismo monopolizador dependen en gran parte de este dilema. Y para que podamos enfrentar realmente la trágica situación de nuestros tiempos, con el espíritu que las oraciones y la penitencia de cuaresma nos enseñan, es necesario que no hagamos con el prójimo, ni aun con el más implacable de nuestros enemigos, aquello que no queremos que hagan con nosotros. Para ello tengamos siempre presente que en caso alguno el fin justifica los medios. Sólo podemos combatir con las «armas de la luz» y no con las de las tinieblas, con las armas del amor y de la justicia, no con las de la difamación y de la falsedad. No tenemos nunca el derecho de servirnos de la mentira para alcanzar la verdad. Solamente mediante la verdad podemos servir a la Verdad.

EL TRABAJO Y EL HOMBRE (1)

Por E. BORNE—F. HENRY

HACIA UN HUMANISMO DEL TRABAJO. PREJUICIOS CORRIENTES

Los cristianos no hemos estado bastante atentos a la importancia que iba tomando la idea del trabajo en la civilización moderna. A pesar de las apariencias, no tenemos todavía una filosofía del trabajo. Verdad es que hemos predicado y no cesamos de predicar la fidelidad a los deberes de estado y que no olvidamos el carácter sagrado de la ley del trabajo, pero amamos al trabajo con espíritu ascético, lo cual es una verdad a medias y por consiguiente error a medias también, y lo defendemos gustosos todavía, con espíritu conservador, confundiendo demasiado fácilmente sumisión a la ley del trabajo y sumisión a las condiciones de una economía inhumana. Tenemos que aprender que el trabajo no es solamente un ejercicio ascético, un buen sufrimiento que temple la voluntad; tiene además un valor positivo: el trabajo del hombre debe construir un mundo más humano, y esta dignidad, recientemente descubierta, de su objeto, comunica al trabajo una nobleza nueva. Además al aceptar al trabajo como una disposición divina, como una ley de dependencia, no debemos reafirmar todas las servidumbres y explotaciones que pesan sobre el trabajo de los hombres de nuestros tiempos. Nuestra moral del trabajo está por lo tanto viciada por prejuicios y, acaso también, por intereses burgueses. No basta con desbrozarla; hay que rehacerla.

Para comprender la urgencia de tal deber, escuchemos las voces que suben del mundo moderno y nos hablan del trabajo. El trabajo es el centro concreto de reflexión de los hombres de hoy día: sus mejores pensamientos, los más ricos en experiencia y presentimientos, los más alejados de tantos lugares comunes irreales que hacen la desgracia de nuestro tiempo, los pensamientos más repletos de savia viva y de filosofía son, muy a menudo, los pensamientos que vienen a sus mentes, de su trabajo. Hable un obrero de su oficio con el corazón en la mano y siempre resultará emocionante no sólo porque habla de una técnica en la cual es competente, sino también porque la vida de su oficio y las imágenes de la labor que lo envuelven no dejan de sugerirle muchas ideas preciosas acerca de la libertad y del orden, de la justicia y de la injusticia. Sócrates tenía razón cuando interrogaba acerca de la moral a los artesanos y no a los sofistas, a los obreros y no a los profesores de filosofía. Si apareciera entre nosotros, pronto se daría cuenta de que su pensamiento obrero, su pensamiento calloso, felizmente calloso por haberse desgastado en contacto con la realidad, Calibán, como tan mal pronuncian nuestros intelectuales, inclusive los socialistas, está a punto de producir una moral, un comienzo de espiritualidad, y hasta posiblemente una cultura el día de mañana

Paremos mientes en este gran hecho, en lugar de pleitear a favor o en contra de las humanidades clásicas incapaces de infundir vida nueva a la humanidad que quisiera nacer en nosotros y fuera de nosotros.

Amanece una moral del trabajo en la conciencia obrera, alimentada con lo mejor de su inteligencia y de su corazón: jornada sorda, evidencias cálidas y vividas que no han llegado a plena clari-

(1) Capítulo del libro del mismo nombre.

dad, pero que vienen cargadas ya de una victoria esplendorosa sobre la metafísica determinista y naturalista de los teóricos del partido obrero; su mala escolástica marxista cede el lugar a un lenguaje nuevo: está forzada a rever el idealismo y la moral. Triunfo de la intuición del obrero entre la masa oscura de los trabajadores; de quienes supo, antes que los intelectuales de su partido que una reivindicación social no consiste precisamente en darse cuenta de una ley económica, sino que debe ir contra la corriente y romper las antiguas fatalidades. Las necesidades económicas con que se intenta espantar a los idealismos no son necesarias sino en relación con un sistema económico contingente. El capitalismo, por ejemplo, es incapaz de asegurar una distribución universal de las riquezas que produce y de resolver el conflicto que creó; son necesidades, pero el capitalismo es en sí mismo contingente y puede variarse. Revolución que depende no de un determinismo sin faz ni conciencia, sino de la audacia de la razón y del coraje de la voluntad libre.

La pereza de unos y el interés de muchos crearon esas fatalidades. Si Dios nos dió una conciencia para condenarlas, no pudo hacerlo envano: necesariamente nos dió también la fuerza para destruirlas

Si el obrero reclama la propiedad de su trabajo, si no quiere que los instrumentos de producción que sirven para todo el mundo sean indefinidamente propiedad de unos cuantos, esta transformación social es reclamada según ellos por razones morales cuyo conjunto constituye una verdadera ética del trabajo. Transformación que implica algo más que un arreglo económico y que va acompañada en su espíritu por la creación de una nueva civilización que declarará al trabajo como valor supremo. Si, apartándose del marxismo vulgar que es una física de la economía, el obrero moderno reclama implícitamente una moral, no es ella sin embargo la que triunfa con la Declaración de los Derechos del Hombre. Es verdad que existe en la clase obrera un humanitarismo espontáneo, herencia inconsciente de los valores cristianos, que está lejos de ser (cual imaginan con la filosofía de Max Scheler muchos intelectuales) una reacción contra el amor de Dios y el amor de la Patria, una forma de resentimiento. El pueblo (no rechazamos esta palabra que dice bien lo que significa) cree espontáneamente, que cualquier hombre tiene derecho al respeto y a la justicia, por el hecho de ser hombre. ¿Cuáles son las razones de esta dignidad humana? Aquí divergen la moral obrera y la de los Derechos del Hombre y asistiremos al conflicto de los humanismos.

El humanismo de que se envanecía desde luego el siglo XIX y que se complacía en alzarlo frente al Cristianismo, es un humanismo abstracto, según el cual todo hombre es respetable porque es un todo, un centro autónomo, una libertad y una razón que reciben únicamente de sí mismos sus propias leyes: el hombre desligado de todo, y divinizado.

Si el humanismo al que cada vez busca más patentemente el obrero moderno quiere darse una «Carta», se expresará preferentemente en una «Declaración de los Derechos del Trabajador», según la cual el hombre es responsable en la medida en que se aplica a una obra concreta en la que trabaja y se hace provechoso; no porque se dé a sí mismo su ley, sino en tanto cuanto acepte la ley exterior del trabajo.

El hombre vuelve a encontrar sus lazos con el mundo, las raíces liberadoras; ¿cómo no llamar revolución a este paso de un humanismo a otro?

La dignidad del hombre reside en su vocación al trabajo. De tal axioma va a fluir toda la moral obrera. Transformemos sus intuiciones confusas en un sistema lógico.

El deber no será ya la obligación abstracta de los filósofos; encontró ya un contenido: el trabajo.

La conciencia no es una conciencia idealmente solitaria que sería el objeto propio de sí misma; ser una conciencia es comprender la necesidad de trabajar, de tomar parte en la labor en que se unen todos los hombres. ¿Qué serían una razón y una voluntad sin ocupación exterior ejercitándose y descansando en no sé qué juego interior? La razón y la voluntad no son tales sino a condición de aplicarse a una obra concreta que, dada la condición de la humanidad, no puede ser sino la fabricación de lo útil. La verdadera alegría no se encuentra en el goce huero de las facultades humanas, análisis y refinamientos buenos para civilizaciones en decadencia, sino en el ejercicio exterior y en su rendimiento práctico. Porque la alegría (cosa distinta del placer) no es don fácil y frágil de la sensibilidad sino conquista difícil y sólida de la actividad, que corona siempre al esfuerzo, y el esfuerzo no es propio fin de sí mismo; su vocación es modificar el objeto exterior. La verdadera alegría es por tanto la recompensa de un trabajo.

La verdadera libertad tampoco es la posesión estoica del alma por sí misma; es el acto concreto

LA SUSTITUCION DEL CAPITALISMO

Por *Bernardo LEIGHTON G.*

Después de un extenso y profundo análisis de los antecedentes de hecho y de derecho en que se basa el actual orden social-económico, Pío XI proclamó, siguiendo la línea trazada por León XIII, la meta que debería lograrse y que llamó textualmente: «La Redención del Proletariado».

Proletario es aquel que necesita trabajar para vivir o para sustentar a personas vinculadas a él por razones naturales, que no pueden trabajar o que, si trabajan, no producen de inmediato un fruto económico con su trabajo.

En el curso de los últimos tiempos, el concepto de trabajador o proletario ha evolucionado en un sentido de mayor amplitud y a la vez de mayor justicia.

Ya no se considera que es proletario sólo el que desarrolla una actividad física, sino todo aquel que, como expresaba hace un momento, desarrolla alguna actividad personal, de cuya remuneración necesita para vivir, todo esto entendiendo que el hombre, según la dignificante expresión de la Encíclica, «fué hecho para el trabajo como el ave fué hecha para volar».

Esta ampliación del concepto de proletario se ha verificado paralelamente a un proceso lento y lo legítimo de unificación y elevación del proletariado en los más diversos planos de la vida social.

Las dos nuevas modalidades aludidas, referentes al hombre de trabajo, han sido claramente perceptibles en el terreno de la actividad mundial y en el terreno más fácil de observar por nosotros y más próximo de nuestras actividades nacionales.

Llevando más a fondo este análisis de las recientes transformaciones sociales, cabe además constatar que en la medida en que el concepto de proletario se ha extendido y elevado, la calidad de capitalista propiamente tal, ha ido reduciéndose a un escaso número de individuos que son, no obstante, los directores legales del régimen económico vigente.

Esta circunstancia es uno de los elementos más notables que está contribuyendo a la crisis final del régimen capitalista, carcomido en su interior por sus previstas contradicciones orgánicas.

Mientras las relaciones entre el capital y el trabajo adquirían las características anotadas, en el campo político un número creciente de trabajadores tomaba parte en la vida pública, haciendo pesar en ella sus opiniones, sus intereses y su dignidad.

De este modo el conglomerado proletario ha obtenido fuerza económica y también fuerza política, pero en condiciones limitadas a una influencia de hecho, sin que todavía los organismos del Estado Moderno se encuentren consecuentemente estructurados.

La Democracia hasta ahora ha facilitado el crecimiento, la unificación y la dignificación del proletariado, pero aún no le entrega los instrumentos de derecho de acuerdo con su potencia real.

Además de todos los elementos antes anotados, existe otra condición de la economía actual que es acaso la más valedera para los efectos de estructurar los nuevos organismos jurídicos de que la democracia todavía carece.

Como una consecuencia del mayor respeto a la dignidad del proletario y de la mayor confianza que los trabajadores tienen en su propio y decisivo poder y en su preparación profesional, de los conflictos del trabajo ha desaparecido casi en absoluto el odio social.

Consiguientemente, han quedado desestimadas la tesis de «la lucha de clases» y, en contraposición a ella, la tesis de «la armonía de clases».

La contienda no es ahora entre dos clases, toda vez que la clase trabajadora antes sometida o equiparada a la clase capitalista, en la actualidad, la tiene de hecho reducida.

No la odia, en parte, porque no la teme, y, en parte, por la mayor cultura proletaria.

La lucha, en estas condiciones, se transforma más bien en un avance legítimo y pacífico del proletariado hacia el objetivo alto y alcanzable de colocar, al servicio del trabajo, los instrumentos del capital, algunos de cuyos directores se sienten coadyuvantes en este extraordinario suceso.

Por estos mismos motivos resulta también absurdo hablar de «armonía de clases».

La situación es diferente. Está produciéndose la accesión del proletariado a la conducción de la economía que lo llevará, por este camino, a la propiedad de los capitales y, en definitiva, a una más justa distribución de la riqueza económica.

Estoy muy lejos de pensar que la adquisición de los bienes materiales, aún cuando se pretenda en nombre de la justicia, constituya el eje de la vida humana.

Pero es incuestionable que sin un mínimum de bienestar material el hombre, salvo un esfuerzo heroico, no puede desenvolver normalmente las facultades de su espíritu.

El régimen capitalista en esta etapa de su desarrollo, no demuestra capacidad alguna para llevar al mayor número de hombres una base de elementos materiales que les facilite la vida espiritual.

Por eso los cristianos colaboramos a la liquidación del régimen capitalista y presenciamos con satisfacción los síntomas evidentes de su desaparecimiento.

Sin embargo, no es esta actitud negativa la más conforme a nuestra inspiración doctrinaria.

Por fortuna, mientras el capitalismo desaparece, se gesta un nuevo sistema económico fundado en la dignidad del proletario y que reemplaza la antigua división de los hombres «según el puesto que ocupan en el mercado del trabajo», por una ubicación derivada «de las funciones que cada cual ejerce», es decir, ese nuevo sistema está orientado, sin sospecharlo él mismo, por la sorprendente visión de la Encíclica *Quadragesimo Anno*.

Los cristianos tenemos la misión de constituirnos en los anunciadores y en los abnegados constructores de esta nueva ordenación económica que sustituirá al Capitalismo y que podríamos denominar, parafraseando a Tristán de Athayde, como una «Economía Laborista».

De nada nos serviría comprender las finalidades más auténticas y actuales de nuestra doctrina si no lográramos hacerlas penetrar, o mejor dicho, entregarlas a la voluntad creadora de nuestro pueblo.

Necesitamos, por tanto, descubrir la fisonomía exacta de nuestra Nación en su historia y en su destino.

Esta amada tierra nuestra parece tener, debido a los variados elementos que informan el alma colectiva de la Nación desde su clima hasta su fe religiosa, una facultad no igualada en América para crear las disciplinas de derecho capaces de reducir a fórmulas practicables las más altas expresiones del progreso de la época traducidas a la disposición legal o al organismo privado que las circunstancias reclamaban.

Así fué como tuvimos y tenemos nuestra Constitución, nuestros Códigos, nuestras Cajas de Previsión, nuestra Corporación de Fomento, nuestra Economía Semi Fiscal, y, en la acción particular, nuestros Partidos Políticos, nuestras Organizaciones Comerciales, Industriales y Agrícolas y nuestras Instituciones Sindicales.

Ya en una conferencia que pronunció, hace algunos años, el Sr. Pedro Lira Urquieta, destacaba estas características nacionales y advertía que podrían servir ellas de fundamen-

to o, a lo menos, de fundamento a la posterior estructuración de un orden social-cristiano.

La cuestión que está por resolverse en el tiempo que corre, consiste en orientar el desenvolvimiento gigantesco de la técnica industrial, de un modo tal que la máxima explotación de los elementos materiales de nuestro País, por medio de una industria llegada a un grado de perfección inconcebible, lleve el más alto standard de vida individual al mayor número posible de chilenos de hoy y de mañana.

En un libro de reciente publicación, escrito por el falangista Sergio Vergara, aparece un estudio interesantísimo sobre las perspectivas ilimitadas que posee nuestro País en orden a la industrialización de sus materias primas y de las fuerzas naturales de su variado y rico territorio.

Ahora bien, en el fondo de este problema económico-industrial-financiero se oculta, en mi opinión, un problema de derecho, casi me atrevería a decir que todo esto constituye preferentemente un problema de derecho jurídico.

No carecemos ni de los planes necesarios ni de los hombres competentes, sino de las Instituciones jurídicas adecuadas a la partida de esta urgente y enaltecida marcha que la colectividad nacional debe emprender con paso acelerado y seguro.

Esos organismos jurídicos han de responder, para que no fracasen dentro de la esterilidad que brota del capitalismo desfalleciente, a un criterio de «Economía Laborista».

Las condiciones de nuestra economía semi-fiscal pueden, tal vez, proporcionar el camino hacia la constitución de estos nuevos instrumentos jurídicos.

En esa economía el capital es, en cierto modo, colectivo, siendo en consecuencia menos brusco el hecho de colocarlo íntegramente al servicio de los hombres de trabajo vinculados a las instituciones respectivas.

Habría que comenzar por la reforma de los Consejos Directivos de estas Instituciones semi-fiscales, con el objeto de dar en ellos la mayoría a los representantes de los diversos grupos de proletarios que constituyen la base humana de estas Instituciones.

Esos grupos son los imponentes en su caso, los industriales, comerciantes y agricultores, en el suyo, y los propios empleados de los distintos Institutos de Crédito y Cajas de Previsión.

Hasta ahora las representaciones de los interesados en los Consejos han adolecido de dos graves defectos: no han sido gremiales, sino más bien políticas, y no han sido efectivamente responsables de su labor ante sus mandantes.

Sería, por consiguiente, ineludible entregar la designación de los Consejeros a los Gremios o Sindicatos organizados, con facultad de éstos para remover a sus mandatarios, pudiendo responsabilizarlos hasta criminalmente por sus actuaciones directivas.

La representación genuina de los gremios exigiría la dictación simultánea de una ley sobre sindicalización obligatoria, a fin de incorporarles toda la masa de los obreros y empleados de nuestro país.

La reforma proyectada no sería más que un primer paso para continuar, con criterio semejante, modificando después las instituciones de economía privada, en donde también debe el capital ser principalmente dirigido por el trabajo organizado.

La formulación de los proyectos precedentes motiva de inmediato una objeción de carácter económico.

Esos nuevos organismos con mayoría proletaria, se dice, ahuyentarán los capitales, aún cuando se trate de inversiones forzosas, como sucede en la economía semi-fiscal, y, al final de cuentas, producirán la desorganización y la ruina de las empresas.

Entendámonos.

Hemos partido de la base, sea o no simpática a los inversionistas, de que el trabajo organizado de hecho tiene en la actualidad tanto o más fuerza efectiva que el capital.

A los cristianos, por razón de nuestro concepto sobre la dignidad del trabajo, este hecho no nos infunde repulsión, sino alegría, no nos mueve a destruirlo sino a fortalecerlo.

Por otra parte, conviene tener presente que el trabajo organizado no se limita, como ya lo dije, a la actividad material, sino que abarca y da preponderante valor a la labor intelectual, a la labor directiva y a la labor técnica.

El Presidente de las Cámaras de Comercio de los EE. UU., hombre que demuestra mirar un poco más allá del plano inmediatista, participa, ¡es notable!, de estas mismas apreciaciones y ha sostenido la conveniencia para las empresas de crear en su interior una efectiva democracia industrial.

Los capitalistas son naturalmente egoístas, pero son egoístas inteligentes, en virtud de lo cual nunca ignoran hacia donde camina el mundo y siempre tratan de salvar si no la bolsa, la vida.

Seguramente se debe a esta condición de los capitalistas la curiosa coincidencia que ha sido comprobada por la Estadística Chilena acerca de que la colocación de capitales en Sociedades de todo tipo y hasta en las inversiones más próximas a la intervención fiscal, se ha fortificado durante el período en que ha crecido en nuestro País, dentro o fuera de la Ley, la influencia efectiva del trabajo.

No hay en consecuencia, antecedentes bastantes para considerar que las Instituciones rectoras de la economía, a base funcional proletaria, estarían condenadas a morir en medio de la desconfianza de los propietarios del capital.

Estimo que sucederá el fenómeno inverso, ya que la más sólida y justa integración, dentro de la empresa, de sus distintos elementos constitutivos, redundará en su mayor eficacia industrial, la que despertará hacia afuera mayor confianza.

Mientras la economía del país pasa a ser más eficaz y responsablemente dirigida, o mejor dicho auto-dirigida, se produce un resultado que la «Encíclica Quadragesimo Anno» previene relativo al robustecimiento moral del poder público, puesto que desaparecen en gran medida sus desacertadas incursiones en el campo económico, que le acarrearán buena parte de su desprestigio político.

Esta misma lógica consecuencia, proporciona a la autoridad una mayor fuerza en su base de sustentación y a la vez en su función propia de encauzar hacia el bien común, las actividades económicas, auto-conducidas, de la Nación.

Finalmente se establece una fecunda concordancia entre la ascensión del proletariado en la democracia política y la ascensión del proletariado en la Economía, concordancia que no puede sino impulsar a la Nación toda en un progreso colectivo de proporciones nunca vistas hacia el porvenir.

NUESTROS RECURSOS FORESTALES

Francisco A. PINTO S. C.

Entre aquellos rubros que pueden llamarse legítimos de nuestra economía, la producción forestal tiene un lugar de importancia. Las condiciones naturales del país hacen posible una producción abundante, de buena calidad y bajos costos, o sea, aquellos elementos que determinan una actividad racional y económica.

Ha sido ya suficientemente analizado el hecho de que nuestra producción agropecuaria tiene su porvenir—no en el trigo y otros cultivos extensivos, en los cuales no podemos competir con la Argentina y otros países—sino en cultivos cualitativos, como el cáñamo, el lino y la fruticultura, en que las aptitudes del país permiten obtener productos de primera categoría y de costos económicos que hacen posible su colocación, tanto en el mercado interno como en el exterior.

Pues bien, entre estos rubros calificados en que la producción chilena está llamada a desarrollarse, la madera y sus derivados constituyen un capítulo del más alto interés, no por lo que actualmente se obtiene, sino más bien por sus posibilidades futuras si es que el país comprende y desarrolla en forma inteligente sus recursos naturales.

Veamos entonces con ese objeto, primero, cuales son estos recursos naturales del país. Analicemos a continuación la múltiple utilización que la técnica moderna da a la producción maderera, para estudiar después nuestro problema de producción y los puntos esenciales de una política forestal. El tema es desde luego tan amplio, que, por supuesto, consignaremos aquí sólo aquellos puntos esenciales; se trata simplemente de dar una idea de conjunto y por lo tanto se indicarán muchos datos que no pretenden ser novedad para el lector ilustrado.

1. LA RIQUEZA FORESTAL CHILENA

Según la más reciente y a la vez más prolija investigación (1), la superficie forestal de Chile alcanza en cifras redondas a 16 millones de hectáreas, o sea un 22% del área total del país, de las cuales 6 y medio millones corresponden a bosques propiamente tales y el saldo a montes, cuya importancia es secundaria.

Ahora bien, las cifras que interesan son las de

(1) Reconocimiento fotogramétrico hecho por la Misión Forestal Norteamericana traída al país por la Corporación de Fomento de la Producción.

los bosques susceptibles de aprovechamiento económico. Los bosques naturales que llenan tal exigencia cubren una superficie de 4 y medio millones de hectáreas, aproximadamente y de ellos poco más del 5% están parcialmente explotados en la actualidad. A estos bosques naturales hay que agregar 143.000 hectáreas de bosques artificiales, de los cuales una parte ya está en explotación.

Consideramos a continuación la calidad o características de estos bosques económicamente aprovechables de Chile.

Como lo señaló la Misión Técnica Forestal que estudió nuestra riqueza en 1943, se trata, en primer lugar, de bosques de fácil acceso, sea en la actualidad o una vez que se hayan incorporado los adelantos técnicos de que hablaremos más adelante. En segundo lugar, nuestros bosques se caracterizan por poseer especies de calidad, como son, por ejemplo, las coníferas; en general se componen de las llamadas maderas «duras» de clima templado, que son en la disponibilidad mundial el tipo más escaso. Si bien se ha anotado que nuestros bosques naturales son combinación de muchas especies, la verdad es de que las maderas duras que hay en ellos y que determinan su rendimiento económico, son, en un 73%, sólo de cuatro especies (coigüe, tepa, ulmo y tenio). Lo anterior no es frecuente, y por otra parte, se ha observado que en el país hay superficies apreciables de bosques uniformes de alerce y pinos.

Los antecedentes recién transcritos han permitido por eso reconocer que, como recursos naturales de orden forestal, Chile tiene un alto porcentaje de bosques comercialmente explotables. Relacionando éstos con la población, se ha podido incluso señalar que el país tiene una superficie de bosques por habitante casi igual a la de los Estados Unidos, que es uno de los cuatro grandes productores mundiales, siendo de advertir que es aún más abundante en Chile el bosque de tipo «maduro», o sea, el de mejor rendimiento económico.

Esta hermosa perspectiva de nuestra riqueza natural se ve ensombrecida por el hecho de que ella se disminuye año a año por el fuego. Sobre este punto volveremos al hablar de nuestra producción maderera, pero es de advertir desde luego que el fuego afecta tan grandemente nuestros recursos forestales, como que por su causa se pierde anualmente un volumen igual a cuatro veces la madera producida en el año.

Esclarecido entonces este primer punto de lo que son nuestras favorables condiciones forestales, pasemos a considerar las enormes posibilidades que dentro de la Economía moderna representa el aprovechamiento de la madera.

2. UTILIZACION DE LA PRODUCCION FORESTAL

Dada la naturaleza de este trabajo, es evidente que señalaremos en forma por demás resumida los múltiples aprovechamientos que la técnica moderna ha descubierto para la producción forestal.

Fuera de considerar la importancia que, en general, tienen los bosques como elementos de protección contra los vientos, los aludes, el avance de las dunas y la erosión de las tierras,—ellos concretamente proporcionan la madera. Ahora bien, la madera, tanto en su forma natural como en sus derivados, ha pasado a tener hoy usos tan múltiples, que se la ha llegado a designar con razón con el nombre de «materia prima universal», denominación que quedará justificada más adelante, y a la cual contribuye el hecho de su renovabilidad, o sea, el de que a diferencia del petróleo, carbón, hierro y otros productos, la madera no se agota si hay condiciones favorables al desarrollo forestal.

En su primer uso y el más tradicional, el bosque proporciona la madera aserrada, cuyo empleo como material de construcción, en casas y edificios, muebles, envases, postes, durmientes, tonelería, etc. es suficientemente conocido.

El perfeccionamiento de los medios técnicos ha permitido después la producción de madera terciada, en que por la superposición de láminas, pegadas a presión por medio de resinas, se obtiene un producto natural de mayor resistencia y de aprovechamiento múltiples. Nuevas experiencias han hecho derivar la elaboración de madera hacia procedimientos más completos (Duramold, Plymold), de los cuales se obtienen fuselajes de aviones, embarcaciones de velocidad, oleoductos, quillas, arcos de puente y otros elementos que antes estaban reservados para el hierro y otros metales.

Otra etapa de perfeccionamiento en la producción de la madera, sobre todo en el aspecto de máximo aprovechamiento de la materia prima, lo constituye la madera prensada o reconstituída. En ella, según es sabido, se somete la madera a un proceso de desintegración—sea por medio de la molienda, de la astilladura y cocción o por medio de altas presiones,—para fabricar después, también por presión, planchas consistentes, mediante la agregación de coagulantes (asfalto, aceites o parafina). Una de las ventajas más definidas de esta forma de producción de madera la constituye el hecho de que permite el aprovechamiento de los

árboles defectuosos y de muchos desechos del bosque, que antes sólo tenían una utilización secundaria.

Hemos hablado hasta ahora de los usos de la madera propiamente tal, que se obtuvo de los bosques. Pues bien, hay que recordar también que los desechos de esa elaboración son igualmente utilizados. En efecto, desde los retazos o trozos de cierto tamaño que quedan en el bosque mismo o en la faena de aserrado, hasta la corteza, despuntes y aserrín, son aprovechados en variados usos. Los primeros se utilizan como combustible, para cajonería, tinajas y otros usos menores. La corteza es empleada como combustible, en la fabricación de tejuelas, con asfalto y aislantes, y, en el caso del lingue, para la extracción de taninos. El aserrín se usa en briquetas para combustible; como absorbente en mezclas con concreto, yeso y arcilla; en envases y en la fabricación de madera prensada.

En la mención precedente sobre utilización de los desechos de la explotación forestal, cabe recordar que ellos, considerados genéricamente, representan el 65% del bosque. Descontado el 30% del cual se obtienen propiamente madera y el 5% por secamiento, el saldo se descompone en: desechos dejados en el bosque (cepas, copas y ramas) que representan el 15%; árboles defectuosos no utilizables, 10%; corteza, 10%; aserrín 10% y despuntes 20%.

Estos usos de la madera, cada vez más amplios y diversificados, se han visto facilitados por la fabricación de productos en que al elemento natural indicado se le agregan industrialmente otras materias químicas, que le quitan sus caracteres higroscópicos o le dan una apreciable mayor resistencia o reducen la combustibilidad de la madera. Ejemplo de tales productos son los denominados Impreg, Compreg, Uralloy, Staybwood y otros semejantes, en que la madera es tratada por medio del calor y a presión, con formaldehidos, con compuestos de urea, por baños de metal fundido o por sales de amonio y bórax, que la hacen, según el caso, deformable sólo un 25% con respecto al producto natural, o de una dureza semejante al fierro o se reduce en una alto porcentaje su inflamabilidad.

Dentro de esta mención de los usos de la producción forestal, pasemos ahora a lo que podríamos llamar derivados de la madera, ya que la denominación de «sub-productos» podría dar la impresión de cosa accesoria o secundaria.

Tenemos en primer lugar la celulosa, obtenida en especial de las coníferas y con preferencia del pino insignis. Ella se necesita hoy en carácter de indispensable para la fabricación del papel y del rayón o seda artificial, utilizándose además para producir celuloide, «staple fiber», pólvora sin humo y barnices a base de acetato de celulosa.

Vienen en seguida los productos de la destilación de la madera. Estos comprenden fuera del carbón vegetal empleado en las faenas de siderurgia, el metanol y el ácido acético, el primero empleado como desinfectante y el segundo en la fabricación de anilinas y productos medicinales. Además, se obtiene acetona para la pólvora y cloroformo, alquitranes para aceites disolventes y creosota; por último, la trementina y colofonia que se extrae de las especies forestales resinosas.

Pasemos a un último grupo de derivados. Son los productos obtenidos de la hidrólisis de la madera, o sea, aquel procedimiento que permite transformarla en azúcar, alcohol, tanino, materiales plásticos y lo que es más sorprendente en alimento, tanto para ganado como para el hombre.

El principio de la hidrólisis, de la celulosa o su sistema perfeccionado el Scholler, (1) permiten en una primera etapa obtener azúcar, en proporciones que varían entre 18% y 21% según la clase de madera empleada. Esta puede transformarse posteriormente, mediante fermentación y destilación, en alcohol etílico, dando como sub-producto la lignina, sustancia que tiene diversos usos, sea como combustible de calidad, como abono y para preparar fenol, cresol y diversas sustancias plásticas.

Ahora, en cuanto a la obtención de alimentos, la madera hidrolizada se neutraliza diluyéndola y se le agregan fósforo, nitrógeno y fermentos o levaduras que pasan a constituir un alimento de gran valor proteínico y rico en vitaminas del complejo B. (2).

Toda esta aparentemente extraña tecnología—que permite obtener productos a primera vista tan diferentes de la madera,—está hoy resuelta e investigada; el problema radica exclusivamente en los costos de producción, que han de tener en cuenta la mayor o menor dificultad para concentrar el aserrín y demás desechos que se utilizan para elaborar en forma económica. (3).

3. LA PRODUCCION FORESTAL CHILENA

La importancia que la producción forestal tiene dentro de nuestra Economía, puede apreciarse desde luego al considerar que el valor anual de la madera explotada asciende aproximadamente a 300 millones de pesos; ocupa cerca de 40.000 personas

(1) El sistema de la hidrólisis se esquematiza en la fórmula de la celulosa $C_6 H_{10} O_5$ más H_2O , igual $C_6 H_{12} O_6$, o sea, azúcar, lo cual se obtiene a temperatura y presión adecuadas.

El sistema de Scholler emplea el ácido sulfúrico.

(2) Por cada 100 Kg. de madera seca se obtienen 12 Kg. de levadura.

(3) En la preparación de alimentos el costo de un Kg. de levadura proteica derivada de la madera es de \$ 3,20, en comparación con \$ 0,70 si se emplea la soya.

y las inversiones exceden de 500 millones de pesos. A esto podrían agregarse los valores de todas aquellas industrias, como las de destilación, fósforos y otras que usan la madera como materia prima indispensable.

Ahora bien, cuáles son las características de nuestra producción forestal.

a) La primera que cabe señalar es el creciente agotamiento de las reservas naturales. Como anotamos al comenzar, nuestros bosques se ven amagados seriamente por el fuego, que anualmente consume un volumen equivalente a cuatro veces la madera explotada. Contra 465 millones de pies madereros cortados, han desaparecido por causa de incendios 1.900 millones de pies y 1.310 por causa de vientos (4). En Chile no ha existido prácticamente protección contra los incendios de bosques. Buena parte de ellos se ha debido a que, no obstante las prohibiciones legislativas, se ha seguido empleando por muchos años el primitivo sistema de las rozas a fuego sin precauciones adecuadas. Bajo la justificación de obtener nuevos terrenos para la agricultura y sin discriminación alguna sobre la calidad, conformación de los suelos y sus posibilidades efectivas de producción, se han quemado enormes superficies boscosas con evidente perjuicio para la economía del país. Por otra parte y salvo las iniciativas recientes de la Corporación de Fomento, que más adelante indicaremos, no ha existido reforestación organizada que reemplace los bosques explotados o agotados por la acción del fuego y de fuerzas naturales.

b) El sistema de producción es anticuado, sin técnica ni maquinaria moderna, de manera que, salvo en contados casos, el costo es elevado y muy bajo el aprovechamiento de la riqueza forestal.

La producción tiene su más importante rubro en la explotación propiamente maderera. Las industrias derivadas, que hemos señalado en el párrafo anterior (celulosa, alcoholes, plásticos), puede decirse que no existen, con la sola excepción de dos pequeñas faenas de destilación (Quellón y San Antonio).

Ahora bien, la producción de madera, salvo pocas excepciones, se hace en forma inadecuada. Se emplea aún el buey y la fuerza humana en vez del tractor y medios motorizados, para movilizar los troncos. Los bancos aserradores son movidos por locomóviles de fuerza insuficiente, que por lo general accionan sierras circulares, hoy totalmente superadas por el modelo de «huinchas» que evitan la apreciable pérdida que producen las primeras. Las faenas, por su deficiente instalación, no exceden generalmente de 120 días de trabajo al año, lo cual impide la estabilidad y especialización de

(4) La alta cifra de destrucción por causa del viento es característica al tipo de bosque «maduro» existente en nuestro país.

los trabajadores, que por regla general viven en pésimas condiciones.

Una serie de maquinarias que la técnica moderna ha incorporado ya definitivamente a la producción maderera, como ser despuntadoras, canteadoras y especialmente secadores de madera, sólo se emplean en Chile en casos aislados, como ser el de algunas sociedades anónimas y el de aquellos productores de madera terciada. Estos últimos representan un encomiable ejemplo de elaboración moderna y especializada, que ha permitido que el país cubra íntegramente sus necesidades de madera de esta clase con la producción nacional.

Estudios técnicos han establecido que una organización adecuada de la explotación maderera permitiría entregar 2 y media veces la producción actual, sin que se perjudicaran las reservas, por cuanto se parte de la base de mantener los bosques en buenas condiciones de crecimiento, costando sólo el equivalente de reposición.

c) Una confirmación de los defectos de nuestra producción la tenemos en los porcentajes que representa la utilización de la madera. En combustible, se consume el 55%; la madera aserrada representa un 27,5%; los durmientes un 6,5%; entre postes cercos y madera para minas se ocupa un 8,4% y a madera terciada y pulpa de madera se destina solamente un 1,4% y 0,5% respectivamente.

Resumidas las características de nuestra producción forestal, veamos ahora brevemente las orientaciones e iniciativas que ha tomado el Estado en los últimos 30 años para organizar y mejorar este importante rubro de nuestra Economía. Como observación general y siguiendo el triste ejemplo de otros problemas nacionales, podríamos decir que la acción del Estado y especialmente la legislación que la orientaba ha sido pródiga en promesas y normas administrativas, pero pobre y limitadísima en sus realizaciones.

Han estado en vigencia dos leyes principales. La primera, de 1910, que creó la Inspección de Bosques, transformada posteriormente en 1925 en la Dirección General del ramo. La segunda es la llamada Ley de Bosques, D.F.L. de 30 de Mayo de 1931,—que podríamos caracterizar como un conjunto de normas que, casi en su totalidad, el Estado chileno nunca se interesó por poner en práctica.

La Inspección de Bosques y su sucesora, la Dirección General, sólo han podido disponer de limitadísimos recursos. Su acción, hasta donde lo permitían tales disponibilidades, se ha orientado a la creación de viveros, a plantaciones para combatir las dunas y a la protección de algunas reservas fo-

restales. La Ley de Bosques de 1931 incluye una serie de normas de interés, que van desde la declaración como «forestales» de determinados terrenos fiscales y particulares, lo cual permite eximirlos de tributos, hasta reglas precisas sobre corta de árboles y prohibición de las rozas a fuego, que no han tenido efecto práctico alguno. Contempló también la ley mencionada, el pago de primas a los particulares que plantasen bosques; habló después de la creación de un servicio de Marcas Oficiales para la madera, de obras para hacer flotables y navegables ciertos ríos, de ferrocarriles madereros y de puertos fluviales. Hasta el día de hoy se han sucedido varios Gobiernos, de diversa inspiración o ideología y nada se ha hecho para llevar a la realidad algunas de estas orientaciones o para completarlas con otras mejores y tangibles.

Afortunadamente no todo ha sido inercia en esta acción que el Estado chileno debió realizar hace ya muchos años para mejorar nuestra economía forestal. La Corporación de Fomento de la Producción, creada en 1940, dentro de sus variados fines abordó con un criterio nuevo y más eficaz esta materia.

En las investigaciones previas pudo constatar dicho organismo, que, con la actual producción maderera (250 millones de pies) y que dado el aprovechamiento incompleto, requiere de cuatro veces más madera en pie, las reservas chilenas podrían estar agotadas en 60 años. Ante estos hechos y teniendo también en cuenta las demás deficiencias anotadas, la Corporación se formuló dos planes: uno inmediato, destinado a realizar en 5 años, y otro integral o definitivo.

El Plan inmediato que ha estado realizándose en especial al través de sociedades forestales (Colicheu, Rucamanqui y otras), busca obtener la forestación de 40.000 hectáreas con pinos y eucaliptus en variedades de crecimiento rápido, aprovechables especialmente para celulosa. La inversión calculada es de 236 millones de pesos.

El plan integral tiende a forestar 60.000 hectáreas anuales durante 50 años, lo cual supone una inversión de 120 millones de pesos, por el espacio de 15 años, ya que, posteriormente, la producción permite financiar automáticamente el costo de las nuevas plantaciones.

La Corporación ha favorecido también a los productores mediante préstamos para forestación, importación de semillas y además asegurando a éstos un poder comprador, como sucedió en 1940 y 1941, en que los barraqueros querían imponer condiciones abusivas para adquirir la madera. Se organizó bajo la tutela de la Corporación el Consorcio Nacional de Producción de Madera, transformado posteriormente en Sociedad Anónima, quien ha actuado como Central de Ventas con evidente beneficio para los productores.

La Corporación contrató por último, en los Estados Unidos, los servicios de una misión Técnica Forestal, la cual después de prolijos estudios y con la colaboración de los especialistas chilenos, presentó un informe completo sobre la riqueza forestal chilena, sus posibilidades de industrialización, mercados extranjeros, etc. Las conclusiones de este informe tendrán definida importancia, puesto que constituyen el planeamiento de toda una política forestal.

Una última y reciente muestra de preocupación por las materias en estudio podemos encontrar en la creación, en 1943, del Consejo Nacional de Bosques, adjunto al Ministerio de Economía. Sus funciones son especialmente de orientación y coordinación,—de carácter consultivo y no ejecutivo. La labor más precisa que ha correspondido al Consejo ha sido la preparación de un proyecto de Código Forestal, a algunas de cuyas disposiciones nos referiremos más adelante.

4. UNA POLITICA FORESTAL

Como conclusión positiva a las observaciones que hemos consignado en los párrafos anteriores, podemos señalar los puntos esenciales que debería comprender una verdadera Política Forestal. Son los siguientes:

1) PROTECCION DE NUESTRA RIQUEZA FORESTAL.—Esta expresión, tal vez demasiado genérica, debe constituir no una afirmación romántica, sino materializarse en medidas concretas. Tales son, desde luego, la creación de un cuerpo de Guardería Forestal, que mantenga una vigilancia permanente sobre los bosques y cuente con medios adecuados para prevenir incendios y controlar los roces. Existiendo este servicio se hace posible llevar a la práctica normas legislativas igualmente importantes como son la prohibición de arrancar bosques, salvo el caso de que sea posible su replantación, e igual prohibición, bajo sanciones graves, para lo roces a fuego, que sólo podría autorizarse en casos singularmente calificados por la autoridad pública.

Experiencias extranjeras han comprobado que un servicio de Guardería o Vigilancia Forestal eficiente permite rebajar hasta un quinto las pérdidas que ocurren en los bosques naturales sin protección. En cuanto al costo que representaría en Chile tal servicio, se ha calculado que no excedería de aproximadamente un peso por hectárea de bosque.

Dentro de estas normas de conservación están también la protección y ampliación de las reservas forestales fiscales y asimismo la divulgación y ayuda a los particulares para facilitar la regeneración natural y la reforestación de los bosques explotados.

2) FOMENTO DE LOS BOSQUES ARTIFICIALES.—Este rubro comprende diversas medidas destinadas a facilitar las nuevas plantaciones y se incluyen en él los créditos a bajo costo, la mantención de viveros que entreguen árboles seleccionados, de crecimiento rápido y adecuados a las necesidades de cada región, la exención de impuestos para los terrenos forestales, la investigación de los suelos aptos, etc.

Para apreciar la importancia que los bosques artificiales tienen en el aumento de la producción maderera, hay que recordar el hecho de que en ellos el porcentaje de crecimiento es muy superior al de los bosques naturales. Se ha calculado que en estos últimos el crecimiento fluctúa entre tres a ocho metros cúbicos por hectárea, según sean bosques maduros o en formación; entre tanto, en los bosques artificiales se llega a un aumento de 18,5 m³ por hectárea. Los bosques artificiales son también más fáciles de proteger y vigilar, como que, según la estadística chilena, el 98% de lo perdido con motivo de incendios provenía de bosques naturales.

Un punto importante respecto a las nuevas plantaciones forestales es la diversificación de los cultivos, para evitar o disminuir los riesgos de pestes. El informe de la Misión Forestal antes aludido, habla de la fácil aclimatación que tendrían en determinadas zonas de Chile, el pino oregón, el roble americano y el redwood.

3) UTILIZACION INTEGRAL DE LA PRODUCCION MADERERA.—Punto esencial a este respecto es la mecanización de las faenas, desde la explotación de los bosques hasta los trabajos de aserraduras, con elementos motorizados. Esto sólo se ha calculado que aumentaría en un 25% la producción actual. Otro rubro importante es el de que existan instalaciones que permitan una mayor temporada anual de trabajo, que supere los 100 ó 120 días de labor actuales.

Una fórmula que facilita grandemente las realizaciones anteriores, es el montaje de varias Centrales de Aserraduras, con maquinaria adecuada, secadores, etc. (5), que concentren la producción de zonas más o menos extensas, permitiendo al mismo tiempo la renovación de los bosques, sea por regeneración natural o por forestación intensiva.

Debe prestarse una definida ayuda en créditos para maquinarias, tributación favorable, y otros a la producción de madera terciada, prensada o de cualquiera de los otros tipos que representan un

(5) En lo referente a secadores para la madera chilena, se ha calculado que ésta tiene un promedio de 15% de humedad, en contra de un 5 a 7% que es la tolerancia del mercado mundial. Solo con maderas secas y normalizadas puede pensarse en la producción de viviendas pre-fabricadas, que cubran nuestro pavoroso déficit de habitaciones.

mejor aprovechamiento de la materia prima. La madera prensada, en especial, tiene el más alto interés, puesto que significa la utilización de despuntes, aserrín y otros desechos que hoy se pierden absolutamente en nuestras primitivas faenas de aserradío. Desgraciadamente, para que la elaboración de madera prensada resulte económica, se requiere una producción de aproximadamente 1.250.000 m² anuales, que, como es de difícil absorción en el mercado interno, requiere un estudio previo sobre sus posibilidades de colocación exterior, donde tendría que competir con productos similares muy acreditados.

Para una integral utilización de nuestra producción hay que pensar también en las industrias derivadas. Dentro de nuestras posibilidades actuales ha sido estudiada como realizable por la Corporación de Fomento, la fabricación de celulosa, para lo cual habrá dentro de poco disponibilidad suficiente de madera (pino insignis). A fin de hacer económica la producción, deberá solamente asegurarse un mayor consumo de celulosa. De obtenerse ello (lo cual es posible facilitando un aumento en la fabricación de rayón y otros derivados) se aseguraría una producción estable, que significaría una economía anual de divisas de Dls. 600.000. En menos de tres años se amortizaría el costo de la Planta elaboradora y quedaría el país con mercado para sus plantaciones de pinos y con un rubro más en su comercio de exportación.

Otros aspectos de la industrialización de la madera podríamos señalar en las faenas de destilación de la misma, en una planta de impregnación para la conservación de durmientes, y otras, sobre las cuales el espacio nos impide detenernos.

4) COORDINACION ADMINISTRATIVA: NORMALIZACION Y CATASTRO; INSTRUCCION FORESTAL.—Como cuarto punto de una Política Forestal, hemos agrupado estas materias, que complementan eficazmente las señaladas en los anteriores.

La necesidad de una entidad pública que centralice y uniforme la acción en la Economía Forestal es indiscutible. A este respecto estimamos, sin embargo, que no sería indispensable un nuevo organismo,—el Instituto Forestal de Chile—, como lo propone el proyecto de Código aludido, dado el recargo burocrático que ello significaría. Un simple Servicio Forestal, sección del Ministerio de Agricultura, que englobara el Departamento de Bosques del Ministerio de Tierras, y al cual se dieran facultades y expedición administrativa, sería suficiente. La forma eficaz como ha actuado en ciertos aspectos la Corporación de Fomento confirma nuestro punto de vista.

Dos puntos concretos que debería abordar el Estado y que no revisten dificultades graves, son la preparación de un Catastro de las superficies forestales y el estudio consiguiente de las propiedades de las diferentes maderas chilenas, (composición, resistencia a la tracción), lo cual es sobre todo importante para el comercio de exportación.

Un complemento de lo anterior es la Normalización en la calidad, dimensiones y hasta denominación de las maderas chilenas. Sobre el punto cabe señalar, que nuestras clasificaciones no guardan armonía con las empleadas en el comercio mundial, y continuamos además empleando dimensiones, que prescinden incluso de la longitud de ciertos árboles, con pérdidas apreciables de materia prima (pulgada de 4½ varas).

Un último punto que el Estado debe contemplar seriamente es la necesidad de proporcionar una instrucción adecuada al personal que trabaje y especialmente dirija las faenas forestales. En el país hay escasez grave de técnicos; sólo en la Escuela Industrial de Temuco se proporcionan conocimientos del ramo, pero, entretanto, en los estudios universitarios (Escuela de Ingeniería y de Agronomía), falta casi absolutamente una especialización sobre la materia.

PANORAMA INTERNACIONAL

LA CRISIS MUNDIAL

No ha pasado ni siquiera un año desde que el alba de la paz se levantó en Europa y ya se vuelve a hablar de guerra, de posiciones inconciliables, de inevitables conflictos. A pesar de los esfuerzos de gobernantes bien intencionados y, sobre todo, del inmenso deseo de paz que anima a los pueblos que tanto han sufrido en los últimos seis años, a cada instante estallan motivos para preocupaciones y se siembran semillas para suspicacias y resquemores. En sus tres meses de vida, la Organización mundial, llamada Naciones Unidas, ha debido enfrentarse con cuatro problemas de fondo: la ocupación de Grecia por los británicos, la situación en Java, la ocupación del Irán por los soviéticos y el «caso» español. Ciertamente es que el Consejo de Seguridad ha logrado sortear estos problemas y ha conseguido así alcanzar su objetivo principal, cual es mantener la paz del mundo. Y esto bastaría ya para justificar la existencia del organismo mundial. Pero, también es cierto que las soluciones logradas han sido fruto de meros compromisos y que no ha sido posible llegar al fondo de los problemas ni alcanzar la «seguridad», que es condición indispensable para una paz duradera. Las divergencias de fondo subsisten y ni siquiera se trata de esconderlas. Y ellas nos indican claramente que se está planteando una lucha gravísima por sus consecuencias entre las democracias occidentales y el comunismo oriental. Para ponerle término es necesario gastar los mejores esfuerzos y hacer gala de la más evangélica paciencia. Y en primer lugar es indispensable entender el problema por lo menos desde el punto de vista diplomático y político.

La opinión occidental señala con rara unanimidad a la Unión Soviética como responsable por el ambiente de desconfianza y de inseguridad. Y, con la mayor imparcialidad, es preciso reconocer que la política exterior del Kremlin no parece destinada a apaciguar los ánimos. Es oscura y poco inteligente en el sentido de que está consiguiendo aunar voluntades en su contra. ¿Qué pretende Rusia? No creemos que sus intenciones sean, por el momento, establecer el comunismo mundial, cuyo triunfo no se ve cercano. Pero parece indudable que con el pretexto de evitar futuras agresiones, Moscú está practicando una política por lo menos tan imperialista como la de otras potencias que, por idéntico motivo, fueron no hace mucho el blanco de sus violentos ataques. Como lo hacía notar días atrás en los Estados Unidos el senador Vandenberg, la política exterior soviética parece un verdadero acertijo en Manchuria, en el este de Europa, en Italia, en Irán, en Tripolitania, en Polonia, en Canadá, en Japón. «Y a veces—añadía—parece un acertijo cuando la conectamos con acontecimientos producidos en el propio Estados Unidos».

La «Cortina de acero» de que habló Churchill es un hecho. Con el pretexto de establecer un sistema de seguridad, que parece ya un «super sistema» ya que abarca dos continentes, está corriendo una cortina peligrosa, que causa la mayor de las desconfianzas, que se extiende desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático y que cubre a todas las capitales de la Europa Central, consideradas ahora como zona de influencia rusa.

Cuando leemos la prensa moscovita o las declaraciones de los dirigentes soviéticos referentes al

Irán o a Turquía, no podemos menos de reconocer que a las potencias occidentales les sobra razón para inquietarse ya que parece evidente que lo que busca el Kremlin es tener en Teherán y en Ankara gobiernos «amigos» del tipo de los que existen ya en Sofía, en Belgrado, en Bucarest, en Praga o en Varsovia. Los Soviets confunden demasiado la «amistad» con el «vasallaje» para no inquietar a sus vecinos.

Cada día se hace más patente que la política exterior rusa no ha cambiado con el advenimiento de los Soviets. Stalin no hace sino continuar la línea que trazaron Pedro el Grande y Catalina Segunda y que durante todo el siglo pasado los Zares trataron de completar. Tal política consiste en el establecimiento de una zona de influencia en Europa que comprende a los Balcanes, a los Estados bálticos y a Polonia, en la transformación de Rusia en una potencia preponderante en el Mediterráneo mediante el control de los Dardanelos, y en la creación de Estados semi-vasallos en Persia y en Afganistán, a fin de tener abierto eventualmente el camino hacia la India.

Pero si tal política pudo parecer aceptable en los siglos pasados, la opinión pública mundial no la comprende ya y tiene razón en recordar, al leer las declaraciones oficiales soviéticas, otra política, la de «los espacios vitales», tan tronada hace poco y causante directa de la segunda guerra mundial.

Para lograr sus fines, Rusia cuenta con factores internos y externos netamente favorables: el profundo sentido patriótico del pueblo, su fe casi religiosa en los dirigentes y en el destino de la causa que defienden y una unidad política interna inquebrantable. Además es necesario considerar la absoluta ignorancia en que vive el pueblo con respecto a la manera de sentir, de pensar y de obrar de los demás países, debido a la absoluta y total censura gubernativa (1). Cuenta, además, con una «quinta columna» ideológica en cada país que el Kremlin sabe manejar de acuerdo con su política exterior.

Pero con toda ecuanimidad es necesario reconocer que si la Unión Soviética es actualmente y en forma visible una fuente de desconfianza para el mundo inquieto, hay que atribuirle una dosis de razón cuando sostiene que su política se orienta en determinado sentido debido a los recelos que palpa en las potencias occidentales. Para entender bien la diplomacia soviética, y para tener un justo juicio sobre los actuales problemas internacionales, es indispensable considerar que la actuación recelosa de las potencias occidentales en lo referente a la bomba atómica, no está precisamente destinada

(1) Sintomática de tal estado de cosas, es la verídica anécdota que relatamos a continuación. Existía gran interés entre el público norteamericano por conocer la reacción del pueblo ruso ante las últimas y tan comentadas declaraciones de Churchill en Estados Unidos. Como era materialmente imposible hacer una investigación en la propia Unión Soviética, un corresponsal del periódico del Ejército «Stars and Stripes» en Viena, se dedicó a hacer una encuesta entre los soldados rusos de ocupación en dicha capital. Después de interrogar a 33 soldados, llegó a las siguientes conclusiones: uno de ellos contestó sonriendo: «Roosevelt y Churchill son buenas personas»; otro respondió simplemente: «El ejército rojo es el más potente del mundo»; un tercero le aseguró que «Rusia era amiga de todos los pueblos»; un cuarto creía que Churchill era norteamericano y confesó nunca haber oído hablar de Truman. Todos estuvieron de acuerdo en manifestar que jamás habían oído mentar el discurso de Churchill que motivaba la encuesta.

a crear un ambiente de confianza en la Unión Soviética y a provocar un buen entendimiento con el Kremlin. Para comprender bien la situación, consideremos por un momento cuál sería la situación inversa, es decir en caso que Rusia tuviera el secreto del arma más destructora y se negara a proporcionárselo a los Estados Unidos y a Gran Bretaña. Indudablemente sería acusada de comprometer la paz mundial y de auspiciar una tercera guerra mundial.

Pero ya sea por legítima desconfianza o por deseos imperialistas, lo cierto es que Moscú es ahora el centro de la preocupación mundial. Como China sigue dedicada a su tradicional juego de las luchas internas y como Francia no logra todavía ubicarse como una gran potencia, las miradas del mundo entero se vuelven entonces hacia Gran Bretaña y los Estados Unidos, únicos defensores aparentes, en lo político del occidente amenazado.

Tradicionalmente la ballena británica se ha enfrentado al oso ruso y en pleno siglo veinte la historia se repite. Los intereses de ambos países se combaten en Grecia, en Yugoslavia, en Italia, en el Africa, en el Cercano y en el Lejano Oriente. La situación internacional de Inglaterra no es brillante, pese a que ocupe el Foreign Office uno de los hombres animados del mejor espíritu y del más amplio sentido pacifista: Mr. Bevin. Y no es brillante porque resulta difícil a Inglaterra acusar de imperialismo a Rusia y denunciar su cortina de acero. Mal que mal podría aplicársele el proverbio de la paja en el ojo ajeno, ya que si los rusos tienen tropas en Irán, en los Balcanes y su «super sistema de seguridad» exige gobiernos amigos en los países más o menos remotamente vecinos, existen fuerzas inglesas en Egipto, en Grecia, en Arabia y en las zonas cercanas a la Unión Soviética, manteniendo también gobiernos amigos en varios países del Cercano y del Lejano Oriente. No es fácil para un país que tiene ejércitos en todas partes protegiendo sus intereses, desde Egipto a Singapur, levantar en contra de Rusia la bandera del anti-imperialismo y sublevarse porque en Irán los soviéticos tratan también de conseguir concesiones petrolíferas.

Por lo demás, es una triste realidad para Gran Bretaña que, en los momentos actuales, sus recursos son demasiado escasos para mantener y defender una extensión territorial demasiado considerable. Tanto Inglaterra como los Dominios se encuentran ligados, con o sin tratado de alianza, a los Estados Unidos y algunos de los territorios de ultramar, como Canadá y Australia, tienen en la actualidad vínculos tal vez mayores con la gran república del norte que con la madre patria. De ahí que en las escaramuzas diplomáticas que últimamente han surgido, el gobierno de Londres haya podido enfrentarse a Rusia únicamente cuando ha logrado el apoyo de los Estados Unidos; cuando no lo ha conseguido, ha debido batirse en prudente retirada.

Este hecho contribuye a dar aún mayor responsabilidad al gobierno de Washington y, por desgracia, la política exterior de los Estados Unidos no está todavía a la altura de la situación e influencia preponderante en que la victoria ha colocado a la nación. A pesar de ser la primera potencia mundial, Estados Unidos no actúa como tal y da la impresión de no saber lo que desea exactamente o, mejor dicho, que quiere la paz, pero no sabe cómo conseguirla. Su diplomacia es todavía negativa e inerte. Recuerda a aquellos advenedizos que, por su situación económica ocupan

situaciones que no saben desempeñar. Cada día se nota más la ausencia de aquel gran hombre y gran político que fuera Franklin Delano Roosevelt, a quien el Destino arrebató cuando su presencia era más necesaria. La figura del Presidente Truman aparece interna e internacionalmente apagada. Carece de prestigio dentro y fuera del país y se le tiene por un hombre bueno y bien intencionado, pero muy por debajo de las responsabilidades que recaen sobre sus débiles hombros. Por su inmenso poderío, Estados Unidos tiene el deber de terminar con la guerra de nervios que está aquejando al mundo y de poner fin a la política de coerción y amenazas que se está ejercitando como en los mejores tiempos de Hitler. Sus hombres dirigentes saben que esto es necesario y que tal vez es también el anhelo de su opinión pública, una de las más inteligentes, comprensivas e independientes. No les falta voluntad para ello. Pero les falta capacidad y allí está el drama del momento actual. Ni siquiera en los asuntos latinoamericanos en que ya deberían estar fogueados sus diplomáticos y políticos logran fijar una política tranquilizadora e inteligente.

¿Cuál será la solución del «impase» diplomático a que el mundo está asistiendo ansioso? Es indudable que dos ideologías rivales se encuentran frente a frente, la democrática en el Oeste, la comunista en el Este. Y es indudable también que existe la desesperada necesidad de un mutuo entendimiento. La situación exige paciencia y buena voluntad, pero no permite vacilaciones. Si las dos corrientes consiguen hablar claro y fijar sus posiciones alguna solución tendrá que encontrarse. Pero, si continúan con la política de reticencias y de golpes sorpresivos, aquella solución se hará mucho más difícil. De ahí que creamos en la necesidad de una nueva reunión de los llamados «Tres Grandes» destinada a restablecer la unidad y a hacer desaparecer el temor y la incertidumbre existentes. Una reunión en que asistan los tres hombres sobre los cuales recae la responsabilidad de la hora presente y en que busquen fórmulas de entendimiento animados del mismo espíritu unitario que los reunió en momentos de peligro. El mundo espera ansioso que quienes supieran ganar la guerra, sepan también ganar la paz.

LA POLITICA EN BELGICA

El análisis del resultado de las recientes elecciones generales de Bélgica, revela que el Partido Social Cristiano—o de los Cristianos Socialistas, sucesores del antiguo Partido Católico—, obtuvo el mayor aumento numérico, aunque la nota característica de los comicios fué una clara inclinación hacia la izquierda, en que los comunistas alcanzaron progreso notable.

Los Cristianos Socialistas aumentaron su representación parlamentaria a pesar de que el gobierno socialista del señor Van Acker utilizó incluso medios ilegales para reducir el número de los votantes católicos.

En las elecciones populares del 17 de Febrero se eligieron 202 representantes a la Cámara de Diputados, de los cuales corresponden 92 asientos a los cristianos Socialistas, con un aumento de 19 miembros sobre la representación del antiguo Partido Católico; los Socialistas eligieron 69, con un aumento de 5; los Comunistas 23, de los cuales 14 significan aumento; y los Liberales obtuvieron 18,

o sea 15 menos de los que anteriormente habían elegido.

En cuanto a la votación para el Senado, los Cristianos Socialistas obtuvieron 51 curules, los Socialistas 35, los Comunistas 11 y los Liberales 4. El 24 de Febrero se eligieron 9 Consejos Provinciales, que a su vez nombraron otros 44 senadores: 21 Cristianos Socialistas y 23 de los demás partidos. Los 145 senadores así electos procedieron entonces a nombrar 22 miembros más, después de lo cual la proporción total es: Cristianos Socialistas, 83; Comunistas, Socialistas y Liberales combinados, 84.

Se ha pretendido que los Cristianos Socialistas ocupan ahora las vacantes dejadas por los Rexistas y los Nacionalistas Flamencos, pero tal afirmación carece de base, por cuanto se privó del derecho de voto a 322.000 belgas, la mayoría de los cuales militaba en dichos dos partidos, hoy disueltos.

Merece destacarse el hecho de que los Cristianos Socialistas contaron con el apoyo de «La Reconquista», asociación de jóvenes de Bruselas y de la región valona, que se distinguieron en el movimiento belga de resistencia.

LOS CRISTIANOS Y LA POLITICA EN HOLANDA

La Jerarquía de Holanda, en una Pastoral Colectiva de Cuaresma, prohíbe a los católicos afiliarse a las organizaciones socialistas. «La prudencia requiere que mantengamos nuestra resolución anterior sobre la afiliación a las organizaciones socialistas, hasta que los hechos prueben que sus actividades no contradicen los principios católicos y el espíritu cristiano», expresa la referida Pastoral.

El Episcopado declara que sigue de cerca los cambios de ideología de las filas socialistas y que, a su debido tiempo, promulgará instrucciones más precisas sobre la posición de los católicos. La pastoral habla de la necesidad de colaborar con aquellos que, «aunque no estén inspirados en los principios cristianos, quieran contribuir a levantar una vida social mejor según las normas predicadas por la Iglesia Católica».

El documento condena explícitamente la Unión de Sindicatos, organización de la post-guerra que «bajo la máscara de la unidad nacional trata de conseguir sus objetivos por medios que manifiestan indiscutiblemente un carácter comunista».

El nuevo partido laborista holandés Arbeid, que cuenta con muchos católicos en sus filas, no es mencionado en la Pastoral; lo que ha sido interpretado en el sentido de que dichos católicos pueden militar en ese partido.

Arbeid está formado por el antiguo partido socialista, los demócratas radicales, los demócratas cristianos, los grupos protestantes de resistencia y la asociación Christofoor, grupo católico de la resistencia formado durante la ocupación alemana. Los comunistas fueron expresamente excluidos.

El hecho de que los socialistas no se opongan a colaborar con los católicos y otros grupos cristianos, indica que reconocen la importancia de los valores espirituales y que Holanda presencia un resurgir del cristianismo. El Partido Arbeid establece en su programa la consulta a las confesiones religiosas en materias de su incumbencia. Por otra parte, su programa contempla la nacionalización de las minas, bancos y otros monopolios.

Las próximas elecciones que se efectuarán en Holanda nos darán la pauta de la importancia de este nuevo Partido.

FRANCIA RECHAZA LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

La negativa de la Asamblea Constituyente de Francia para incluir la «libertad de enseñanza» entre los derechos fundamentales de la nueva Constitución para la Cuarta República Francesa, viola los derechos humanos, del ciudadano y de la Iglesia, escribe L'Osservatore Romano, en un extenso y profundo editorial.

La proposición de insertar la cláusula de «libertad de enseñanza» surgió del Movimiento Republicano Popular, cuyos miembros, al decir de L'Osservatore, «se inspiran en los principios religiosos, éticos y sociales del cristianismo», pero fué desechada por los otros partidos representados en la Asamblea Constituyente por 321 votos contra 220.

La Tercera República de Francia, aunque prácticamente se opuso siempre a la educación religiosa, nunca resolvió la cuestión ideológica de la «libertad de enseñanza», pero ahora la cuestión se decidió, en resolución que significa claramente «que para el Estado de Francia, la educación no se considera como un derecho humano».

«Denegar la libertad de educación como un derecho del hombre,—dice L'Osservatore—, implica negárselo al padre para su hijo; negárselo al ciudadano que siente vocación hacia tal derecho y lo merece; negárselo al religioso o al sacerdote, quienes recibieron de la Iglesia un llamamiento a ejercer ese derecho. Implica una violación conjunta de los derechos del hombre, del ciudadano y de la Iglesia».

«El reconocimiento de la libertad de educación, en cambio, hubiera servido para salvaguardar un derecho natural, civil y religioso y, por tal motivo, lo propuso el Movimiento Republicano Popular. Todos los otros grupos políticos, aunque divididos en otros campos, estuvieron, sin embargo, unidos en su posición al concepto cristiano de la vida social».

«Los resultados desastrosos en todas las esferas de la vida—continúa el diario del Vaticano—indican evidentemente la necesidad de repudiar los errores que condujeron, de la negación de Dios a la destrucción del hombre, del olvido religioso a la ruina de la civilización. Todos estos errores surgieron de la enemistad al cristianismo por parte de una escuela que prefirió ser llamada laica».

Para retornar al cristianismo es necesario retornar a los procedimientos de la Iglesia, agrega L'Osservatore. Una constitución genuinamente democrática no puede menos que proclamar la libertad de educación como un derecho humano, «para conceder a los cristianos y a la Iglesia, por lo menos la libertad de restablecer el bien, como la que gozan los no cristianos, los adversarios de la Iglesia, para difundir las doctrinas que produjeron males tan grandes».

«Después de que todo lo demás ha sido probado y encontrado deficiente, sólo queda la justicia cristiana para producir el bien a la humanidad; ella demanda en vano el derecho de educar a las jóvenes generaciones».

«Llegan a tal altura la sabiduría y la lógica de los reconstructores del mundo—concluye irónica-

mente el editorialista—que se obstinan en reedificarlo exactamente con los mismos viejos materiales».

EL SINDICALISMO CRISTIANO EN BELGICA

Los Sindicatos Cristianos de Bélgica han hecho notables progresos desde que terminó la guerra, tanto en el número de los miembros como en su influencia dentro de la nación. En los seis meses siguientes a la conclusión del conflicto, sus afiliados aumentaron de 294.207 a 360.175, según informes del Secretariado General.

Entre los sindicatos cristianos y socialistas se agitan algunas tendencias dirigidas a la fusión de ambos grupos en un bloque de mayor fuerza. Sin embargo, la mayoría de los sindicalizados cristianos se oponen a tal plan, y favorecen más bien un programa de unidad de acción conservando la pluralidad de las asociaciones. Los sindicatos cristianos, declaran sus dirigentes, se hacen en principios espirituales opuestos al materialismo que inspira a los socialistas y cada problema social implica problemas morales ante los que no pueden permanecer indiferentes.

LOS LIBROS

RAÚL ALDUNATE PHILLIPS.—*3.000 Delegados en San Francisco*.—Zig-Zag, 1946.

La naturaleza y alcance del libro están precisados por su prologuista doctor Eduardo Cruz Coke: «No ha pretendido el autor en esta obra, ni hacer labor literaria, ni presume marcar rumbos en política internacional, sino simplemente, con una gran lealtad, dar a conocer el desenvuelto sustrato que movió las discusiones y preparó los acuerdos, al mismo tiempo que proyectar en una síntesis de valor, los caminos diplomáticos que nos trajeron tales resultados».

Y esta exposición hecha a la manera periodística y con preocupación de chileno, resulta no sólo amena, sino también de extraordinario interés.

El señor Aldunate ha sabido aprovechar el rico y apasionante material que proporcionaba la Conferencia de San Francisco. Y al presentarlo con objetividad y desde varios ángulos, contribuye a dar una perspectiva de los hechos que satisface plenamente. Se sabe de los problemas de fondo y de los detalles más importantes y se logran entrever los rasgos más sobresalientes de las primeras figuras. El autor no oculta la profunda impresión—que por lo demás, parece que fué general—que le causó el señor Vyacheslaf Miklailovich Skriabin, conocido como Molotof, «martillo» en ruso.

No obstante el carácter periodístico que en general mantiene el relato, no faltan observaciones que bien podrían figurar en un ensayo serio y profundo del actual momento internacional.

Así, es digno de mencionarse el siguiente párrafo de la parte destinada a la representación francesa:

«Al reconocer a su selecta delegación, por un impulso natural de evocación—tanto se ha adentrado en nosotros, los latinos, el recuerdo de sus grandezas—, quisimos ver unos representantes de una Francia como siempre la imaginamos: crea-

dora, independiente y dirigiendo con las luces de su genio al mundo: Escribiendo Historia.

«A pesar de nuestro optimista impulso admirativo después de transcurridas varias sesiones, hubimos de doblegarnos a nueva evidencia; los delegados dignos portadores del talento francés, actuaban como detenidos en el impulso de sus resoluciones, por la viviente tragedia de su derrota en la guerra, o quizás si dominados por el sutil pedido del *laissez faire* de alguna nación momentáneamente más poderosa».

Concluye el párrafo: «Defendió con brío Bidault todo lo que, siempre que no hiriera a los Soviets, convenía a Francia».

Lo anecdótico, que abunda en San Francisco, como en todas las Asambleas y Conferencias, tiene también su parte.

Como muestra: «Las Delegaciones disponen de automóviles grises, color de la Conferencia. Expertas y bonitas chóferes manejan durante los primeros días los vehículos. A los pocos días los delegados tropicales habrían de obligar a relevarlas por bruscos chóferes militares».

Se supo de un Delegado árabe que hizo gestiones ante la Gerencia del Hotel St. Francis para llevarse a su harem a una de las más hermosas ascensoristas.

Y así, en 218 ágiles páginas se muestra el ajeteo febril de aquellos días transcurridos en San Francisco, desde las 10.37 horas del 26 de Abril hasta la tarde del 26 de Junio de 1945.

El problema de la Presidencia, la concurrencia de Delegados obreros, la formación del Comité Ejecutivo (donde nuestra Delegación obtuvo un buen triunfo al lograr que Chile quedara incluido), el ingreso de Ucrania, Rusia Blanca, Polonia y Argentina, la lucha infructuosa contra el «veto» de Los Grandes, las sesiones de Comisiones y Comités, las discusiones sobre validez de los Pactos Regionales y la actuación de los delegados chilenos en la cuestión del respeto y de la no revisión de los Tratados, son todos aspectos en los cuales queda informado el lector de *3.000 Delegados en San Francisco*.

Como en la misma conferencia, también en el Libro, el señor Molotof se constituye en la primera figura. En San Francisco lo llegaron a calificar del «glamour boy» (niño de moda).

El señor Aldunate, acompañando al Canciller Fernández, fué uno de los pocos que pudieron visitar al firmante del Pacto nazi-soviético. «Un taquígrafo, ostensiblemente, toma apuntes hasta de los menores detalles de la conversación. Uno de aquellos robustos personajes que nos acompañaron desde la entrada y que después nos acostumbraremos a ver siempre al lado del Comisario de Relaciones soviético, permanece montando guardia en la puerta de la Sala donde conversan Molotof y Fernández. Su vigilancia se extiende también a todo el corredor. A sus pies, un objeto rectangular, convenientemente cubierto, permite sin embargo identificar perfectamente las formas inquietantes de un fusil ametralladora».

Cuando el Canciller de México, señor Padilla, recuerda los precedentes diplomáticos acerca de la conveniencia de nombrar Presidente al representante del país en que se celebra la Conferencia, el señor Molotof da las primeras muestras de la baja idea que tiene de la importancia de los países americanos: «Agradezco las lecciones de tradición diplomática y de educación que a una nación nueva como los Soviets pretende darle México», contesta agregando la insinuación de que el Canciller

Padilla traía preparado su discurso «de antemano o desde fuera...».

Luego, ante la intervención del Ministro de Relaciones Exteriores de una pequeña nación centro americana, el señor Molotof dice: «Rusia agradece la sugestión de esa Gran Potencia»...

* * *

Donde la utilidad de la obra se aprecia mejor, es en los Capítulos dedicados a la lucha laboriosa y metódica que debieron sostener los chilenos contra la delegación boliviana que, en las cuatro Comisiones principales en que se dividió la Conferencia y en las Asambleas Generales, fué planteando en diferentes formas y circunstancias, la cuestión del respeto y de la no revisión de los Tratados.

El Senador Gabriel González se vió obligado a interpelar directamente a uno de los Delegados del país hermano: «Hablemos claro, lo que ustedes quieren es la revisión de su tratado con Chile. No se trata de una cuestión de principios como Ud. ha dicho».

El caso es que Comisión tras Comisión y Sub-comité tras Sub-comité fueron rechazando la norma de revisión, dejando a firme la del absoluto respeto a los tratados. La labor de nuestra Delegación aparece a este respecto, como en toda su actuación en la Conferencia, digna del mayor elogio

y ampliamente acreedora a ser destacada y conocida

El señor Aldunate Phillips no oculta un leve signo de molestia, resabio de la actitud que le vió asumir a la delegación boliviana. Toma su venganza en forma elegante. Describe el ambiente y los personajes de la sesión inaugural. Ahí, el Capitán Eden, en impecable tenida; más allá, Molotof. En otro lado, Bidault; cerca, Padilla y los cien miembros de la Delegación China; entremezclados, Ministros de Egipto, Etiopía e India, con sus nombres fantásticos, y... «en la primera fila de la amplia platea se ve al Jefe de la Delegación boliviana y Embajador de su país en los Estados Unidos, señor Víctor Andrade. Para quien conoce Latino América no ofrece dudas la identidad física del representante del Altiplano».

Luego, al retratar en una frase a los delegados, mientras el más elegante es Eden, el más serio y correcto es Molotof, el más chascón es el de Australia y el más indeciso es el francés, el más autóctono es el boliviano...

Y así, entre observaciones serias o frívolas, profundas o superficiales, se va obteniendo un cuadro útil e interesante de lo que fué la Conferencia de San Francisco.

La correcta impresión y algunas buenas fotografías contribuyen a completar esta bien lograda visión periodística.

Aquiles Savagnac S.

MESA REDONDA

RAUL HAYA DE LA TORRE HABLA DE AMERICA Y SUS PROBLEMAS CON DESTACADAS PERSONALIDADES CHILENAS DE LA POLITICA Y EL MUNDO INTELECTUAL Y ECONOMICO

La presencia en Chile del Jefe del Apra, Víctor Raúl Haya de la Torre, y una novedosa iniciativa de la Falange Nacional (1), dieron ocasión para que se realizara en Santiago, espontáneamente y casi sin previo concierto, una de las reuniones de estudio político más curiosas e interesantes que se hayan producido en nuestro medio.

Radomiro Tomic y Eduardo Frei, dinámicos dirigentes de la Falange, que habían tenido oportunidad de mantener cordial contacto con el jefe político peruano, captaron la importancia de reunir alrededor de una mesa al grupo más representativo e interesante que fuera posible de personalidades chilenas de la política y el mundo intelectual y económico, a fin de que escucharan a Haya de la Torre disertar sobre los puntos de un «temario» hábilmente confeccionado y cambiaran con éste ideas e impresiones sobre materias de común interés doctrinario y práctico para Chile, el Perú y América, en general.

En otras palabras, se organizó un «Foro», cuyo relator sería el Jefe del Apra y cuyo local había de

ser la nueva Sala de Exposiciones y Conferencias de la Librería «Del Pacífico», perteneciente a la empresa editorial que imprime nuestros Cuadernos.

El Lunes 7 de Mayo, fecha señalada para la primera reunión del Foro, a las 11 de la mañana la Sala de la Librería «Del Pacífico», cobijaba a un racimo de «estrellas» de la política nacional, entre las que brillaban especialmente la mayor parte de los que ya están ungidos o se perfilan como candidatos a la próxima Presidencia de la República. Vale la pena señalar entre las personalidades presentes a don Arturo Alessandri Palma, los Senadores Gabriel González Videla, Eduardo Cruz Coke y Salvador Allende; el Rector interino de la Universidad Católica, Mons. Francisco Vives; el Alcalde de Santiago, Dr. José Santos Salas; el ex-Ministro de Hacienda, don Roberto Wacholtz; don Francisco Walker Linares, don Carlos Vial Espantoso, los diputados Moore, Ríos Valdivia, Tomic, Leighton y Rogers, los diputados peruanos y políticos que forman la comitiva de Haya de la Torre, y unas cien personas más entre dirigentes de Partidos, profesores universitarios, periodistas y estudiantes.

El Relator abordó el primer punto del «temario», o sea, la posibilidad de llegar a establecer en los países de América del Sur una verdadera democracia económica.

(1) Partido Popular Cristiano.

Tomó como tema central para el desarrollo de su relación sobre este punto, el proyecto de ley sobre establecimiento de un «Congreso Económico» que, por iniciativa del Apra, discute en la actualidad el parlamento peruano, habiendo sido ya aprobado en la Cámara de Diputados.

Es propósito fundamental de este proyecto—según lo expresara el relator— el dar expresión institucional, dentro de la democracia peruana, a las fuerzas económicas y técnicas de la colectividad, con el objeto de que el punto de vista de éstas y el ángulo propio desde el cual enfocan los problemas del país,—ángulos que no se reflejan nítidamente a través de los organismos de la democracia política elegidos con un sentido cuantitativo y no cualitativo,—se encuentren presentes en la adopción de aquellas medidas y planes que conduzcan al establecimiento de un régimen de Economía justa.

Este organismo, asesor y no resolutorio, tendría como primera y fundamental tarea, realizar—según la feliz expresión de Haya de la Torre—una verdadera «radiografía» de la entidad económica del país, explorando e investigando sus posibilidades y necesidades, a fin de poder concertar a posteriori la acción tendiente a aprovechar aquéllas y atender nacionalmente a éstas.

En el Congreso económico tendrán representación, por vía cualitativa antes que cuantitativa, el capital, el trabajo y el Estado peruanos. Al darle una representación amplia al trabajo, no sólo se persigue escuchar la voz de la clase obrera dentro del estudio de los problemas económicos, sino también, lo que el expositor considera de primera importancia, conseguir que los obreros se compenentren de las dificultades y complejidades que plantea la realización de una política económica y se solidaricen en la tarea de forjar nuevas riquezas que habrán de beneficiarlos, asumiendo las responsabilidades y afrontando de buen grado los sacrificios consiguientes.

Cree el relator que este planteamiento legislativo peruano, constituye la única base seria para darle a la actual democracia, simplemente política de nuestros pueblos, esa nueva e indispensable dimensión de «democracia económica», que necesita. Sostuvo, al efecto, que cualquiera medida de tipo doctrinario-programática que pretenda adoptarse frente a los problemas económicos de diaria ocurrencia, como por ejemplo la nacionalización de determinada industria, la protección de ciertas formas de producción, etc., etc., puede resultar prematura o contraproducente si se la aplica antes de analizar y estudiar todos los aspectos y factores que integran el cuerpo económico de la colectividad, conocimiento que sólo será posible, teniendo a la mano esa «radiografía» que el Congreso económico debe ejecutar.

Finalmente, demostró con elocuencia que una cadena de organismos del tipo indicado establecido en las diversas Repúblicas de nuestro Continente, que coordinara su respectiva acción, que intercambiara informaciones y que, en mutua relación y correspondencia, se diera al estudio de los problemas comunes con miras a la integración de las Economías nacionales en un sistema continental, haría fuerte a América del Sur y le permitiría presentar un frente único y sólido en sus relaciones internacionales en esta época de «pueblos continentes».

Acallados los aplausos con que la concurrencia recibió la documentada y elocuente disertación del político peruano, se siguió un interesante debate, en el transcurso del cual los participantes, junto con

manifestar su conformidad con la mayor parte de las ideas esbozadas por el Sr. Haya de la Torre, solicitaron de éste aclaraciones y nuevos alcances sobre la materia abordada. Este debate se vió ilustrado con la intervención del ex-Presidente Alessandri, quien en elocuentes términos se declaró en completo acuerdo con las ideas del relator; de Monseñor Francisco Vives, Rector interino de la Universidad Católica; de los profesores de Derecho Social, don Carlos Vergara Bravo y don Francisco Walker; de los Senadores Cruz Coke, González Videla y Allende; del ex-Ministro de Hacienda Sr. Wacholtz, que planteó a la consideración del Foro el problema de la descapitalización de los países latino-americanos, producida en gran parte por el bajo precio que hasta ahora han venido recogiendo en los mercados mundiales por sus productos de exportación, descapitalización que les impide atender a la necesidad impostergable de elevar el standard de vida de las masas trabajadoras, y del Sr. Carlos Vial, Presidente del Banco Sud Americano. Cerrado el debate sobre el primer punto del temario y en vista de que la hora era avanzada, la concurrencia decidió unánimemente reunirse al día siguiente a la misma hora, con el objeto de escuchar la exposición del Sr. Haya sobre el segundo punto, a saber, el relativo a las expectativas de unión continental de los pueblos hispanos o «indo» americanos.

* * *

A esta segunda reunión del Foro asistieron las mismas personalidades que habían estado presentes en la primera y el local se hizo esta vez absolutamente estrecho para contener al público que deseaba escuchar. Concurrieron, además, nuevas figuras de relieve en nuestra política, como el Senador José Maza, don Santiago Labarca, parlamentarios y destacados comentaristas políticos.

Entre las interesantes ideas que desarrolló Haya de la Torre en su relación del segundo punto del temario, vale la pena destacar las siguientes, a través de las cuales aparece sintetizada su exposición sobre la materia.

—El peculiar desarrollo histórico de las Repúblicas de la América del Sur y el examen de su estatuto internacional presente, llevan a la conclusión de que la soberanía de estos países, actualmente respetada y reconocida por las grandes potencias, no se sostiene ni se ha sostenido nunca en la fuerza militar, sino pura y simplemente en postulados verbales que por diversos caminos han llegado a adquirir fuerza de principios jurídicos capaces de preservar su independencia. Es así, como frente al caso universal de que todos los continentes y áreas terrestres ricas, pero débiles que hay en el mundo, han llegado a ser colonizadas por las grandes potencias, nuestro Continente, sin fuerza para defenderse por las armas, está formado hoy día por pequeños países libres que no forman parte de imperio colonial alguno. Estos mismos principios, verbales que hasta ahora han tenido la virtud de sustentar la independencia de las Repúblicas sud-americanas, enriquecidos por la fuerza de nuevas ideas que han ido surgiendo en el último tiempo, muchas veces sin que ni siquiera nuestros países postularan a su formulación, como el de la política de buen vecino, o los enunciados de la Carta del Atlántico, deben continuar sirviendo para labrarle a América del Sur una base de sustentación de la política internacional que habrá de seguir frente a

las grandes potencias que como EE. UU., Rusia o Inglaterra, tienden naturalmente a obtener un predominio sobre los pueblos débiles.

—Las grandes potencias desarrollan de una manera natural lo que podría llamarse una «técnica de expansión» y frente a ella la América del Sur, unida en su política y en sus propósitos y consciente del valor y de la fuerza de los principios jurídicos que la amparan, debe también desarrollar una «técnica de resistencia».

—Para desarrollar esta fuerza es indispensable buscar y concertar primero una política unida sud-americana y formar un frente único, y luego, fortalecidos los pueblos latino-americanos por esta unión buscar una política inter continental con los Estados Unidos.

—Dentro de esta política uniforme frente a los Estados Unidos, los países latino-americanos deben eliminar el verdadero «complejo de inferioridad» que hasta ahora ha caracterizado la actitud en sus relaciones con aquél. Este complejo de inferioridad se traduce en que fatalmente el latino-americano se comporta ante el norte-americano, o derrochando una vana e injustificada arrogancia que es el ropaje que cubre su complejo o rebajándose hasta una actitud de lacayo y sirviente. Debemos convencernos de que si bien necesitamos indispensablemente de los norteamericanos, por sus artículos manufacturados y sus capitales, ellos también nos necesitan a nosotros, por nuestras materias primas y nuestros mercados de consumo, y convenciéndonos, actuar en un plano natural de libre bilateralidad en nuestros tratos con ellos.

—Este plan de relaciones es lo que el programa del Apra expresa con su idea del «interamericanismo democrático y sin imperio».

—Para que un sistema de esta especie funcione en la práctica, precisan los Estados de la América del Sur, despertar democráticamente el interés de la opinión pública norteamericana, porque es ella la que en definitiva orienta y forja la política de una gran democracia, como son los Estados Unidos. Es curioso observar que mientras la opinión pública de los Estados Unidos, que conoce los problemas europeos y tiene una idea clara de las relaciones que debe mantener su país con Europa, es extremadamente crítica frente al Departamento de Estado en lo relativo a la política europea de éste de tal manera que en definitiva los Secretarios de Estado hacen en esta órbita lo que la opinión desea; en la política sud-americana en cambio, el Departamento de Estado actúa libremente y es él quien por lo general, orienta a la opinión pública, porque ésta no conoce nuestro Continente, ni sus problemas y no se ha formado por lo tanto una idea sólida de cuáles deben ser las bases de sus relaciones internacionales con nuestros países.

—Un plan de inter-americanismo democrático no se limita a lo económico y necesita de una formulación política paralela a los propósitos comerciales. Es indispensable afirmar la democracia en los pueblos latino-americanos, robusteciéndola en lo interno por el establecimiento de aquellos resortes institucionales que la hagan capaz de resolver, dentro de sus normas, los grandes problemas que plantea la justicia social, y haciéndolo que ella impere como un principio jurídico de validez continental. A este segundo punto debe llegarse por el estudio y coordinación de los instrumentos constitucionales de todos nuestros países y por la adopción de acuerdos que eleven a la categoría de obligación internacional el mantenimiento del régimen

democrático en cada pueblo. Además, si rige en América del Sur la extradición para los crímenes comunes, debe extenderse a los crímenes contra las garantías individuales y el auténtico régimen democrático, que son tanto o más graves que aquéllos, como atentados contra el bienestar de los pueblos.

—En la prosecución de una política continental unitaria, América del Sur debe forjarse un concepto objetivo, realista y propio de su Economía, partiendo de la base de que por su geografía y por las condiciones de baja densidad demográfica que la caracterizan, sus problemas no son los europeos. Es interesante anotar que las Escuelas y doctrinas económicas europeas, de cualquier cariz ideológico que sean, han nacido todas del imperativo de una Economía que, como la que es común en todas las naciones de Europa desde el siglo XIX, se caracteriza por la necesidad de distribuir una producción que ha alcanzado al máximo de rendimiento, (salvo en la manufactura de determinados artículos), entre una población abundante estrechada en pequeños territorios exhaustivamente cultivados. De ahí que las doctrinas económicas que se nos ha enseñado y en que América del Sur ha creído sin comprender su inaplicabilidad a las condiciones propias de su territorio, ponen el acento en la distribución de los bienes; son fundamentalmente doctrinas de distribución más que de producción de la riqueza. Y es el caso que nuestro Continente, con vastísimas potencialidades de producción inexploradas y con una densidad escasa de población, debe tener como preocupación fundamental el actualizar esa riqueza, antes que torturarse con los problemas que le plantea la distribución de lo poco que producimos en la actualidad. De ahí que el aprismo haya consignado en su programa el lema de que no quitará su riqueza al que la tiene, sino que le dará riqueza al que no la posee.

A la exposición del Sr. Haya de la Torre, que hemos procurado sintetizar en sus ideas básicas, siguió un debate en el que participaron los Sres. Jorge Rogers, Federico Klein, Salvador Allende, Gabriel González Videla, José Maza, Arturo Alessandri, Santiago Labarca, Alejandro Ríos y Eduardo Cruz Coke.

Este debate tuvo la virtud de evidenciar que en todos los sectores de la opinión política chilena, existía unanimidad para considerar como necesidad ineludible de los países sud-americanos, la concertación de una política unitaria capaz de permitirles afrontar los complejos problemas de la época como un «pueblo continente» antes que como una serie de Repúblicas desunidas, débiles y sólo aparentemente soberanas.

* * *

El Foro del que hemos dado cuenta en las páginas anteriores, no sólo ha servido para destacar entre nosotros la densa personalidad, la clara inteligencia y la profunda erudición del Jefe del Apra, sino que honra a un país como Chile, cuya fuerte raigambre democrática hace posible que se junten alrededor de una mesa de estudio las más prominentes personalidades de todos los sectores de la opinión, aún los más extremos y enemigos entre sí, y debatan allí, por dos días consecutivos en un ambiente cordial y desapasionado, con indiscutible altura de miras y profundidad intelectual, temas de interés nacional y americano que rebalsan los

mezquinos lindes del partidismo y de los intereses políticos inmediatos.

La Falange Nacional, que asumió la responsabilidad de ésto que ha sido un experimento nuevo y audaz en el terreno de la convivencia política, ha obtenido un triunfo que la enaltece. Tuvo la solvencia moral necesaria para conseguir que los hombres más representativos de las diversas ideo-

logías se acogieran a la hospitalidad de su mesa de estudios, sin recelos ni «parti-prises» y fortaleció así no sólo la convicción de sinceridad, sino también la íntima verdad de su planteamiento, de que es posible hacer Patria—Patria chilena y americana— «más allá de las Derechas y de las Izquierdas».

SERGIO VERGARA U.



POLÍTICA Y ESPÍRITU

AÑO 1 - NUMERO 12

JUNIO DE 1946

LO QUE DEBEMOS MIRAR

Hay quienes miran la política desde el punto de vista de los sentimientos o de los valores personales y olvidan que existen fuerzas cuya orientación profunda tiene un significado mucho más hondo.

Puede decirse que siempre en la Historia han luchado las fuerzas de la conservación y de la evolución. Hay etapas en que se logra casi un equilibrio que por largos años mantiene la paz: épocas, sin duda, felices, en que un tipo de armonía predomina y la mayor parte acepta el funcionamiento de un régimen de vida. Hay otras, en que fluctúan y se equilibran; pero hay también momentos determinados de la historia en que un sistema hace crisis en sus fundamentos mismos, en que todo un plano histórico desaparece para dar paso al mundo que pugna por nacer.

Tal es el signo de la edad que vivimos.

En otras ocasiones, pudiera imaginarse que los actores del proceso no tuvieran los elementos necesarios para juzgar la trascendencia del cambio que presenciaban; pero, hoy, esa ignorancia carecería de excusas, pues son tantas las evidencias, que nadie podría legítimamente negarlas.

Hay un mundo que surge: ¿es el siglo del pueblo? ¿es el trabajo humano que imprime su sello a esta edad? ¿es el hombre común, que siempre ha sufrido, el que surge en escena? Pónganse cualquiera de los títulos, pero el hecho es ese: el pueblo, el trabajador, reclama su hora, como la reclamó en un instante la burguesía, dando origen a un siglo que fué suyo.

El mundo capitalista está agotado, ya es un proceso cumplido que dió de sí todo su contenido creador, todo su impulso de vigorosa conquista económica. El ciclo de lucro y de la ganancia como motor, cede su paso, a una economía organizada cuyo signo es la justicia.

La democracia liberal, también entregó su aporte: sufragio universal, igualdad de los derechos políticos; pero hay algo más: ella fué construída, al igual que la democracia greco-romano, sobre la esclavitud

de las colonias productoras de materias primas y sobre la esclavitud del trabajo que entregaba su fuerza, renunciando a la dirección.

Y este mundo que surge trae como en todas las revoluciones una fuerza creadora universal: esperanza, mística, sacrificios, frescura de juventud, porque todo lo que viene de ese légame vivo, trae juventud. Y tiene mártires, apóstoles, profetas y poesía. ¿Quién podría detenerlo?

El problema es saber si acaso tendremos comprensión para entender. Si esta marea que sube incontenible es detenida, podrá retraerse; pero para volver con más incontenible ímpetu, derribándolo todo a su paso. Es esa la terrible desgracia que se cierne sobre algunos pueblos: o saben entender a tiempo y cambian dentro de la ley y del respeto o cambian a través de injusticias y desastres; o las formas sociales se modifican o estallan.

Tal es la ley de la historia...

Y este cambio debe ser hecho por los que incorporados a la corriente, la interpretan, la sienten, la viven... y tiene la confianza de los que esperan. El despotismo ilustrado, jamás fué fecundo. Turgot, quizo con el régimen del pasado incorporar las reformas del porvenir. Tarea inútil. Le faltaba la sangre y el vigor, de los que traían el mensaje nuevo, que jamás pudieron vivir los que vivían del mundo viejo.

En esta hora de Chile se juega, como en el mundo entero, este drama. La menuda confusión de nuestras pasiones, puede detenerlo un instante u oscurecer la visión. Puede que el fracaso y la desilusión de los que dirigen, enturbien la clara nitidez de los hechos. Pero esto no detendrá un proceso, el gran río seguirá avanzando por el mundo y cubrirá este pequeño remanso de desconcierto.

Es así como debemos mirar nuestro proceso político. No se trata sólo de hombres buenos y brillantes. Es algo más lo que está en juego y lo que es necesario mirar para resolverse...

F.

LEON BLOY

1846 - 1946

Es extraño hablar del centenario de León Bloy (1); más natural parecería hablar de su milenio.

No habitó en siglo alguno, sobre todo si se piensa en el siglo diecinueve. Habitó en toda la historia, y asombra la misteriosa potencialidad con que trasciende, pasado y porvenir, la extensión de los tiempos.

Fué peregrino de lo absoluto. El pueblo que lo escucha y lo escuchará cada día con mayor veneración, le vió marchar, en medio de la noble tempestad de su espíritu, hacia la oscuridad de Dios.

Sus libros desgarran la mentira burguesa, y crecen de generación en generación; crecen con la historia del dolor, que es la verdadera historia del hombre.

Debemos preguntarnos si tenemos derecho para celebrar este centenario; él nos lo preguntaría, ciertamente, y no con mucha suavidad. Porque tal vez no pudiéramos afrontar su juicio insobornable.

Se lee a Bloy; se seleccionan sus grandes frases; pero este «mendigo ingrato» siempre está exigiendo infinitamente más de lo que queremos darle.

La conciencia de ciertos católicos modernos se hace escurridiza para las terribles manos de estos hombres, que el Espíritu arma con sus gemidos indescriptibles; pero no consigue verse libre del latigazo de su palabra.

Hay que meditar sobre las páginas de Bloy, casi como hay que meditar sobre las de Job o Jeremías, o sobre la turbadora visión de Isaías. Necesitamos esto; lo necesitamos en verdad, los que no hemos conquistado al precio de los campos de concentración, del hambre, de las persecuciones, de la calumnia, nuestro nombre de cristianos.

Los que piensan que Bloy fué presa de la amargura, no podrán entender jamás el mandamiento nuevo, promulgado en medio de la más amarga noche de Jesús; la noche del horror.

Tengamos temor ante la fuerte voz de Bloy; es de aquellas que no podemos escuchar impunemente.

L.

(1) El centenario de León Bloy se cumple el 11 de Julio del año en curso; y el presente artículo es un anuncio del número de nuestros Cuadernos que le dedicaremos en el mes de Agosto.

PARTIDOS Y PAIS

Por Luigi STURZO

NO sólo en las democracias populares, sino también en los regímenes de sufragio limitado y hasta en los regímenes aristocráticos, el partido político resulta una exigencia de vida. Donde no hay partido, hay absolutismo, esto es, dictadura, con el partido único como arma de ataque y defensa. Los que se quejan de la existencia de los partidos políticos no tienen más que elegir: o el absolutismo del *ancien régime*, o las dictaduras de derecha y de izquierda.

Los partidos no son sólo el resultado de la vida política libre, sino condición necesaria para que el electorado encuentre la manera de expresarse, de manifestarse, de imponer la voluntad popular sea como resultado electoral de mayoría, sea como garantía de minoría, sea como expresión de la opinión pública general. Así entendido el partido, es un organismo libremente formado, que polarizando las aspiraciones del pueblo sobre comunes ideales y sobre particulares programas, comunica al cuerpo social su normal articulación política.

Es viejo el debate respecto si es mejor tener dos partidos que se alternan en el poder, como en Norteamérica e Inglaterra, o bien un número no determinado de partidos como en Francia e Italia; pero, ¿quién podría asignar un límite al pueblo en la espontánea organización de partidos? Toda limitación legislativa y toda limitación por parte del poder ejecutivo lesionaria en raíz el principio de la libertad política. Debe ser el pueblo mismo quien ha de sentir la necesidad de la limitación de los partidos, atenuando ese individualismo exuberante que lleva a dividir los partidos y a formar clientelas y facciones.

La democracia debe ser al mismo tiempo un régimen estable y un medio libre de auto-educación y de auto-experimentación. No es fácil obtener en poco tiempo todos los buenos resultados que el pueblo tiene derecho a esperar de una democracia estable, si al mismo tiempo no se realizan esfuerzos adecuados de comprensión y educación democrática.

Cierto que las democracias estables (hasta ahora hay muy pocas en el mundo) tienen dos o tres partidos tradicionales fuertes, en cuyo alrededor surgen y se afirman otros partidos que aspiran a suplantarse a los primeros. En Inglaterra el partido laborista ha tomado el lugar del liberal que un tiempo dominó al país. Del mismo modo los social-democráticos de los países escandinavos han tomado el lugar de los conservadores. Sin los nuevos partidos que interfieren en el juego de los dos partidos tradicionales—por dato histórico en manos de la burguesía—las clases obreras habrían quedado fuera del poder, que habría quedado dentro del círculo de un estéril conservadorismo.

Los partidos obreros han surgido tardíamente bajo las banderas del socialismo, de la democracia cristiana y del comunismo. En Inglaterra el laborismo reúne en sí las dos tendencias, la socialista y la cristiana, mientras el comunismo hasta ahora no ha entrado. En Norteamérica las Uniones del Trabajo, que comprenden a socialistas, comunistas y católicos (téngase presente que el jefe de la C. I. O.—Congress Industrial Organization, con más de siete millones de obreros, Philip Murray—es un católico), hasta poco tiempo atrás han ejercido una presión política desde afuera, asimilandose de esta manera a los llamados *pressure groups*, que tutelan los intereses particulares sirviéndose de la clientela política. Sólo en la última elección presidencial (Noviembre 1944) la C. I. O., rompiendo la tradición «Unionista», constituyó una oficina política independiente que ha establecido un programa político propio y ha impuesto candidatos de su agrado. Este es un primer paso para una posible formación política laborista. Hay en Estados Unidos tres partidos que se llaman uno liberal, el otro socialista, el tercero comunista, pero hasta ahora tienen poca importancia.

En el hecho los países de democracia estable o mantienen los dos partidos con fuerte organización y con base nacional, o llegan a constituir coaliciones estables entre los tres o cuatro partidos.

Al contrario, donde los partidos son demasiado numerosos, por la facilidad de hacerse o deshacerse alrededor de un nombre, o de una bandera, por las improvisaciones electorales a menudo fundadas sobre intereses locales, por la facilidad con que las tendencias se subdividen o por otros motivos, las democracias raramente se sostienen mucho tiempo y los partidos para mantenerse en el poder tienen que doblegarse a los compromisos e intrigas parlamentarias, o bien intervenir con métodos abusivos e intolerables en la administración del país y en las mismas elecciones administrativas y políticas. Francia e Inglaterra sufrieron estos métodos por largo tiempo antes de sus crisis: la fascista y la de Vichy.

LA FUNCIÓN DE LOS PEQUEÑOS PARTIDOS

Los diarios americanos han sido informado de que hoy existen en Italia de cuarenta a sesenta partidos: los números no son míos, sino de los corresponsales de los grandes diarios de aquí. Según mis noticias, existen los seis partidos de los Comités de Liberación, más el republicano tradicional, varios grupos monárquicos que todavía no se han reunido en uno, como sería natural, además, de los grupos disidentes de los socialistas, democráticos cristianos y comunistas, y los locales que más o menos expresan los intereses de las regiones, como los separatistas sicilianos.

Para un país que ha estado veintiún años bajo la dictadura y obsesionado por el partido único, esta florescencia de partidos es un primer respiro de aire libre, que puede marear los cuerpos débiles, pero que vigoriza los cuerpos más fuertes.

Antes del fascismo Italia tenía sólo dos grandes partidos organizados, el socialista y el popular; los otros, el comunista, el fascista, el nacionalista y el republicano tenían una organización partidaria y un programa propio, pero sus adherentes eran pocos. Los más numerosos eran los herederos de los partidos históricos, derecha e izquierda, que aceptando la tradición liberal y representando principalmente las clases capitalistas y medias, se habían fraccionado en tantos grupos que al final prefirieron la reacción fascista contra el supuesto peligro de una coalición socialista-popular-democrática, que era la única alternativa del momento. Hoy los liberales democráticos y monárquicos están repitiendo el mismo error de fraccionarse y de no formar un partido fuerte, que pueda ser equiparado al republicano de los Estados Unidos, o al conservador de Inglaterra. Lo mismo ha sucedido en Francia con los radical-socialistas, la alianza democrática y otros grupos menores que aún habiendo obtenido casi dos millones y medio de votos se encuentran con que han perdido su antigua posición.

Sea como fuere, la multiplicidad de los partidos es en Italia, como en Francia, una exigencia incoercible. Sólo el cuerpo electoral en elecciones libres podrá fijar sus preferencias y dar vida legal y moral a los partidos fuertes, los cuales a su vez polarizarán a los demás partidos menores, no sólo en el debate parlamentario, sino también en la orientación del país y en la realización de los programas que tengan la sanción electoral.

Se teme que los pequeños partidos puedan jugar un gran papel en la formación de la mayoría parlamentaria o en los gobiernos de coalición, en perjuicio de la estabilidad democrática. El temor no es infundado, pero tampoco deberá ser exagerado. Estamos tan acostumbrados ahora a los «Big Three» y a los «Big Five» que los pequeños parecen un estorbo, y no lo son. Tienen y deben tener también ellos una voz, como tienen y deben sentir su responsabilidad. Un pequeño grupo que pretendiera dominar porque establece el equilibrio en favor del partido que está en el poder sería una osadía insoportable y por tanto sólo temporal, la experiencia de una minoría en el poder con el apoyo condicionado de los partidos de oposición no puede durar mucho, como sucedió en 1924 cuando el primer ensayo de gobierno laborista en Inglaterra.

En resumen, cada país debe hacer su propia experiencia por cuenta propia y con el método de la libertad. Cualquier evasión del método de libertad, proceda de derecha o de izquierda, corrompe las democracias y abre el camino a las oligarquías de clase y a las dictaduras armadas.

Pasando del problema de forma al de substancia, surge espontánea para muchos la pregunta de si verdaderamente los partidos contribuyen al bien del país o si no aspiran más bien a tutelar los intereses particulares, sea de las clases o de los grupos que representan, sea también de las personas de los jefes y de los afiliados influyentes.

Vieja historia: ¿Ha habido alguna vez un gobierno absoluto sin los parásitos y los explotadores del erario público? Del mismo modo, no ha habido nunca una democracia verdaderamente exenta de la explotación de los grupos y del parasitismo de los clientes. Los partidos organizados y abiertos a todos representan una apreciable inmunización contra el parasitismo por el hecho mismo de la cada vez más amplia participación popular en la vida pública, aun en el caso de que la protección a las clases no pudientes ocasione un exceso de intervencionismo estatal que parece hoy inevitable.

Los partidos, fijando claramente sus programas generales y prácticos y sus medios de acción, concurren, desde su punto de vista, al bien del país. Estamos acostumbrados desgraciadamente a considerar bueno exclusivamente lo nuestro y malo todo lo que hace y dice el partido antagónico. Llegamos al punto de juzgar una misma iniciativa como útil si parte de nosotros y como perjudicial si parte de los adversarios. Y si la evidencia del hecho nos obliga a reconocer la identidad de la iniciativa, acudimos a la crítica de las intenciones y aun estamos dispuestos a rehusar nuestro consentimiento a una propuesta que responde a nuestro propósito, si por ventura resulta ventajosa para el partido opuesto.

Este espíritu de partido llevado al extremo, es siempre perjudicial; por suerte no dura mucho si, como sucede, prevalece el sentido moral y la necesidad política y si la educación democrática en régimen de libertad va haciéndose más extensa y apreciada.

A pesar de esto, la ventaja de la existencia de los partidos en régimen de libertad, sobre cualquier otro tipo de régimen, sea absoluto, sea de libertad limitada, es notable en el campo del parasitismo de Estado; porque los engaños salen a la superficie, los debates parlamentarios ponen en la picota a los aprovechadores y las posibilidades de los llamados «carrozoní» merman cuanto más enérgico es el control de los partidos en los negocios públicos.

Desde este punto de vista, la Italia anterior al fascismo tuvo una clase política mucho más desinteresada que la que tuvieron en ese mismo tiempo Francia y Estados Unidos. La ingerencia de los intereses privados en los asuntos públicos en los Estados Unidos ha sido y es amplísima, porque los grandes partidos tienen por punto de apoyo la burguesía capitalista y traficante y porque las clases pequeño-burguesas y obreras, no teniendo voz política, se han limitado a la defensa de los propios intereses, sea como grupos de influencia (llamados comúnmente «pressure groups»), sea como clientes y aportadores de votos en favor de los politiqueros (politicians).

LA CLASE MEDIA

Para que una democracia resista los golpes de los intereses privados, y desarrolle su potencialidad equilibradora entre los intereses contrarios, no hay otro remedio que el de la existencia de clases medias económicas y estructuralmente estables; éstas ejercen una acción mediadora en los conflictos de intereses y de clases, dan un número considerable de hombres de talento, habilidad y desinterés en los puestos directivos de los partidos, en las administraciones públicas, en la cultura, en las profesiones libres. Es difícil obtener verdadera democracia donde faltan o son débiles estas clases. Por esto es sabia política de Estado contribuir a mantener elevado su nivel y sana su condición económica.

Desgraciadamente, estas clases son ahora las más castigadas por la guerra y la inflación, y es muy difícil sostenerlas. Muchos de los que a ellas pertenecen acuden a los partidos extremos o se hallan en el tropel de los descontentos y de los rebeldes. De ahí la tendencia a transformar los partidos políticos en partidos de clase sobre una base económica particularista; de ahí la tendencia que se puede desarrollar dentro de estos partidos hacia

la dictadura: la de derecha, llamada del capitalismo y la de izquierda llamada del proletariado; dictaduras posibles si faltan los partidos de mediación y equilibrio o si tales partidos son débiles, porque su estructura no tiene base sólida en las clases medias.

El público norteamericano quedó algo sorprendido cuando el Primer Ministro de S. M. Británica, Mr. Attlee, en el discurso pronunciado el 13 de Noviembre en el Congreso, afirmó que «si bien la mayoría de su partido ha surgido de la clase de los trabajadores asalariados (de lo cual se honraban), hoy el partido está constituido por todas las clases de la sociedad, incluidas las clases profesionales libres y de los negocios, llamadas comúnmente clases privilegiadas. El vínculo de la antigua tradición se puede observar en los bancos del gobierno, compuesto por una verdadera amalgama de pueblo». Attlee, en todo su discurso, quiso hacer resaltar que su partido no quiere menoscabar las libertades políticas y religiosas del país, que quiere mantenerse en la tradición de la Magna Carta y que respeta a los adversarios. En efecto, empezó con un elogio a su predecesor Churchill y terminó con la reafirmación de los principios cristianos en la vida nacional e internacional.

¿Por qué semejante discurso sería difícil en la boca de un socialista del continente europeo? Me alegraría, y tengo también la esperanza, de hallarlo en la boca de León Blum, ¿y por qué no? también en la boca de Nenni, que después de haber hecho la primera experiencia práctica en los gobiernos de Bonomi (segundo) y de Parri, terminará por dejar de escribir y hablar de «dictadura del proletariado».

Los partidos de una sola clase se inclinan a identificar los intereses del país con los de la clase que representan o a subordinar los intereses de las demás clases a los de la propia clase. Esto aconteció con la burguesía capitalista, mercantil e industrial, del siglo pasado; esto ha sucedido después, al constituirse los partidos obreros, en contraposición. Trasladando la lucha de clases al campo político, se volvería impracticable el régimen democrático, se caería (o volvería a caer) en las dictaduras.

* * *

«El país y sus intereses ante todo, por encima de los intereses de partido, de grupo y de personas». He aquí una máxima que todos aceptan. Pero, como cada uno de nosotros razona con su propia cabeza, es natural que sean varios y opuestos, los modos de apreciar dónde se halla el interés del país. Para notar una diferencia de lenguaje, hay quien pone el acento en las palabras «País o Nación» y quien lo pone en la palabra «Pueblo». (Quien esto escribe llamó al partido que fundó en 1919 Partido Popular). Según mi modo de ver, no debería haber diferencia porque el «pueblo» es el que habita un «País» y forma la «Nación». La idea de que la nación sea una entidad por encima del pueblo, procede de la falsa ideología nacionalista ya superada. La distinción se hace por lo común entre «Pueblo y País», para señalar con el primero los intereses inmediatos de la población, y con el segundo los intereses permanentes de la nación. Toda buena política está en saber combinar los unos con los otros, respondiendo a las necesidades urgentes del pueblo y teniendo presente el bienestar de las generaciones venideras.

Hay momentos en que la suerte presente y futura del país está comprometida y se pide al pueblo graves sacrificios; a veces es la guerra que exige enorme sacrificio de vidas; otras veces es una crisis financiera que hace disminuir las entradas y obliga a cargar al pueblo de impuestos; otras veces es una crisis económica que obliga a emigrar a poblaciones enteras en busca de trabajo y fortuna.

Hoy Italia se encuentra postrada y arruinada por la tiranía fascista, las dos guerras de conquista, la segunda guerra mundial, la destrucción de las poblaciones, el hambre, la miseria. Hoy pueblo y país, son una cosa sola, porque el pueblo debe sobrevivir al desastre y el país ha de recobrar su propia realidad nacional y política. La suerte del uno y del otro están de tal manera ligadas, que es imposible no digo separarlas, sino sencillamente distinguirlas.

Por esto, es absurdo hablar hoy de partidos de clase contra partidos de clase. Cada partido es o debe ser como entiende Attlee el Laborismo, partido de todas las clases porque es partido de pueblo.

¿Cómo podemos, en este período difícilísimo, trágico, de nuestra existencia de país,

darnos el lujo de divisiones y subdivisiones de luchas intestinas y maniobras oscuras, debilitando aquel resto de estructura política que nos había quedado? La responsabilidad de los jefes de los partidos—de todos los partidos—hacia la patria es enorme; el pueblo de hoy y de mañana tiene derecho de pedir cuenta.

Se sabe bien que todos los partidos de todo el mundo en vísperas de elecciones, experimentan en su actuación la influencia de la batalla (así se dice) inminente; y por lo tanto los jefes tratan de conquistar posiciones estratégicas para su propio partido y de perjudicar al adversario. Esta preocupación en Italia está acentuada por dos factores: el primero, que las elecciones libres remontan a 24 años atrás (mayo de 1921), y por esto ningún partido sabe cuál es la propia fuerza y cuál la del adversario; el segundo, que está en juego el problema llamado institucional: *monarquía* o *república*, sobre el cual no sólo se prevé una lucha aguda, sino que se vislumbra la posibilidad de agitaciones extra-legales.

Desgraciadamente, ninguno se resigna, a priori, a ser derrotado, aun cuando la derrota parezca muy probable. Por esto el país sufre y su renacimiento se atrasa y queda comprometido.



LA CONVERSION DE SAN PABLO

por Ernest HELLO

EN general, la Iglesia celebra la fiesta de un santo el día del aniversario de su muerte, que es el aniversario de su nacimiento en la Iglesia. De San Juan Bautista, celebra, sin embargo, el nacimiento real, porque San Juan nació santificado. Pero raras veces conmemora un episodio de la vida de los Santos; porque también es muy raro que un episodio sea tan decisivo que merezca una consagración anual y solemne.

La Iglesia celebra la conversión de San Pablo, porque este suceso presenta caracteres especiales. La conversión de San Pablo es súbita, total, definitiva, magnífica. Rápida como el rayo e inmortal como la alegría de los elegidos, tiene el encanto de la rapidez, el encanto de la plenitud y el encanto de la duración.

El alma humana siente la necesidad, el amor, la pasión de los cambios bruscos. La *instantaneidad* es uno de nuestros deseos más profundos.

Imaginemos un hombre que obtenga poco a poco, lentamente, unas después de otras, todas las cualidades, todas las virtudes, todas las gracias espirituales y temporales que ha deseado; este hombre no ha obtenido lo que más deseaba: la rapidez.

Y es que uno de los más grandes deseos del hombre que pide es el deseo de ver la mano que da: y la rapidez deja ver esa mano.

El hombre que desea una gracia cualquiera, desea esta gracia por ella misma, y desea al mismo tiempo sentir el acto del don y ver la mano que da. La lentitud oculta esta mano y este acto; la rapidez los destruye. Y el principal deseo del hombre que desea no es conseguir el don, sino recibirlo de manos del rayo.

San Pablo, consagrado en medio de su furor, derribado de a caballo, cegado por la luz y admirado para siempre; San Pablo cambiado en otro hombre, y cambiado en un momento, responde a uno de los más profundos clamores de nuestra alma. Es cambiado en un instante, y cambiado para siempre; y esta última es otra de las cualidades que nosotros queremos ver en un cambio. Deseamos que sea instantáneo, y que sea inmortal: queremos que el súbito estallido del rayo continúe perenne; y todavía queremos más: con la rapidez de la causa queremos la plenitud del efecto; y que el cambio de la persona o de la cosa cambiada sea tan completo como rápido, tan duradero como súbito.

En San Pablo, que ofrece estos caracteres, admiramos el proceder que Dios usó con él; le agradecemos el que no nos haga languidecer en cosas a medias. Por esto el camino de Damasco ha quedado en la memoria de los hombres, no sólo como un lugar histórico, sino también como una locución proverbial; y esto indica mucho. Encontrar su camino de Damasco quiere decir ser herido, avisado, aterrado, convertido. Y cuando un hecho se apodera del lenguaje humano en forma de proverbio, es porque responde a alguno de los más íntimos deseos humanos.

Muy cerca de Damasco, a diez minutos de la puerta del Mediodía, vense aún una docena de fragmentos de columnas caídas en una misma dirección: el terreno, que es un poco elevado, parece un montículo de escombros; allí fué derribado San Pablo; y todos los años, el 25 de Enero, los cristianos van en procesión a aquel lugar. Desde él dirigióse San Pablo a la ciudad tomando la que se llama calle Derecha. La puerta antigua puede todavía reconocerse, según dice Mons. Mislin: tiene tres arcos que descansaban en gruesos pilares, y encima de ellos se alzaba una torre.

Al ir camino de Damasco, San Pablo se hallaba, al parecer, en las peores disposiciones para ser convertido; respiraba muerte y amenaza, estaba sediento de sangre de los cris-

tianos. Tenía ya sobre sí la sangre de San Esteban, de aquel inocente joven incapaz de inspirar antipatía a nadie, que había sido su compañero de infancia, pariente suyo, y que, sin embargo, fué lapidado ante sus ojos, con su consentimiento, con su ayuda. Pablo guardaba los vestidos de los verdugos. ¿Quién sabe si la envidia, la abominable envidia no había armado su crueldad?; ¿quién sabe si el despecho de no haber sabido qué contestar a San Esteban en la discusión que habían sostenido, no contó por algo en el odio de Pablo? Pablo era fariseo, y los fariseos ¿de qué no son capaces?

Pablo pertenecía a la secta maldita contra la cual se alzó la indignación directa y especial de Jesucristo. Cuando los verdugos de San Esteban dejaron sus vestidos a los pies de Pablo, quisieron dar público testimonio de que él, como representante del consejo, les autorizaba para apedrear al mártir: echaron sobre Pablo la responsabilidad solemne y oficial de la ejecución.

Según una tradición comunicada por San Jerónimo, en aquella misma comarca fué donde Caín mató a su hermano: el primer hombre que fué muerto por otro hombre, y el primer mártir cristiano que fué muerto por un judío, perecieron en una misma tierra. Esta coincidencia comunica a la muerte de San Esteban singular carácter, y la evocación de Caín acaba de hacer más sombría la figura de Pablo.

El corazón de Pablo, además del odio, encerraba el orgullo, ¡y qué orgullo!, el orgullo farisaico, que se opone tan directa y especialmente a la gracia; el orgullo que podría llamarse enemigo personal de la luz.

Apenas instruído en la escritura, San Pablo entró espontáneamente en la secta de los fariseos. Desde su juventud, el orgullo había penetrado en la médula de sus huesos; y con el orgullo y el odio llevaba encima la blasfemia: era blasfemo, instigador de blasfemias y perseguidor de la verdad. Todas estas cosas eran en él mantenidas y exacerbadas por un hálito de furor ardiente, feroz, implacable. No era el furor que se satisface vociferando; era un furor sanguinario, que había bebido sangre y que quería beber más; era la rabia inexorable del soberbio, instruído y feroz a la vez, en quien el viento de las pasiones humanas que le excitan, aviva un fanatismo que no conoce perdón.

Y éste fué el hombre escogido.

¿Hemos de admirarnos de ello? De ningún modo. Dios rechaza a los tibios; y San Pablo no era tibio. Aquella naturaleza ardiente e impetuosa era riquísima presa para quien se apoderara de ella. Al través de las realidades feroces y repugnantes, el ojo de Dios descubrió en Pablo las *posibilidades* que dormían y que podían despertar. Dios, con la misma mirada con que veía la culpa de Pablo, veía de cuanto Pablo era capaz. Las naturalezas grandes poseen recursos grandes, y cambian según son: son enteras, y cambian enteramente. La gracia que se injerta en ellas se apodera de sus cualidades nativas, y la acción sobrenatural, como he dicho antes, toma siempre la semejanza de la naturaleza a que se aplica.

El carácter del rayo que le hirió revela el carácter de San Pablo. San Agustín no fué herido del mismo modo: San Agustín no era San Pablo. La debilidad y la fuerza no han de ser tratadas de igual manera. El rayo no dice a San Pablo: «Toma y lee»; lo derriba y lo ciega. La nota dominante de cuanto concierne a San Pablo es : *de pronto*. San Agustín es atraído por un libro; los Magos por una estrella; San Pablo por un rayo. El sol acababa de ocultarse cuando un sueño profundo y un horror tenebroso invadieron a Abraham: la voz del cielo le habló en la noche. San Pablo es sobrecogido en pleno día, en pleno mediodía, y no solo, sino ante testigos. El hombre eminentemente activo y público es dominado en una acción, en un viaje, rodeado de sus amigos. El hombre del brazo diríase que es consagrado

por el brazo. Nada de largos discursos, nada de vacilaciones. La voz de lo alto empieza con un reproche breve y severo:

—Pablo, Pablo, ¿por qué me persigues?

—¿Quién sois, Señor? —pregunta Pablo, fijos los ojos en la gloriosa aparición, pues Jesucristo se le apareció en su majestad.

—Yo soy Jesús de Nazareth, a quien tú persigues.

—Señor, ¿qué queréis que haga?

¡Qué bien se ve aquí al hombre de acción! Dominado, sorprendido, derribado, deslumbrado, herido por el rayo, no pierde un segundo ni para reflexionar, ni para meditar, ni para contemplar siquiera lo que pasa en su interior. En caso semejante, San Juan tal vez tampoco hubiera perdido un minuto, pero probablemente su actividad se habría detenido un momento en el dominio del espíritu. Pero San Pablo es de tal modo hombre de acción, hombre de todas las acciones, que en seguida, *hic et nunc* (aquí y ahora), reclama una vocación práctica, exterior. No perseguirá más a Jesús de Nazareth; pero entonces, ¿qué hará? Esta pregunta se le impone inmediatamente; no tarda en formularla ni el tiempo siquiera que dura su deslumbramiento: va directamente al hecho exterior: si deja de perseguir, es menester que *haga* otra cosa, e inmediatamente quiere saber cuál.

Ha quedado ciego, y no deja tiempo a sus ojos para abrirse, sino que desde el momento quiere saber su nuevo camino. Sus compañeros de viaje habían visto un resplandor, pero no habían visto a Jesucristo: Saulo, convertido en Pablo, fué el único que tuvo la visión, el único que comprendió la palabra pronunciada en lengua sirio-caldea. Sus compañeros eran judíos helenistas.

Cuando Pablo se levantó estaba ciego. Hubo que tomarle de la mano y conducirlo. Así llegó a Damasco de modo bien distinto del que imaginara. Estuvo ciego tres días, y pasó estos tres días de obscuridad en oración profunda.

Entretanto, Ananías recibió la orden de ir a devolver la vista a Pablo. —¡Cómo! —exclamó—. ¿A Pablo que tanto mal ha hecho a vuestros santos? ¿A aquél que tiene el poder de encadenar a cuantos pronuncian vuestro nombre?

—El es para mí un vaso de elección: él llevará mi Nombre a las naciones, y a los reyes y a los hijos de Israel.

¡Vaso de elección! Estas son las palabras. Pablo reconoce en sí mismo el efecto de la predestinación antes de comprender los terribles secretos que más tarde conocerá al ser arrebatado hasta el tercer cielo para oír las palabras secretas que no es permitido al hombre repetir. Entonces será cuando exclame: «¡Oh, profundidad!».

Pero estamos todavía en Damasco, y he aquí que Ananías viene por la calle Derecha, y llama a la puerta de un judío cuyo nombre era Judas y en cuya casa Saulo se alojaba.

—Saulo, hermano mío —dijo al entrar—, el Señor Jesús que se te apareció en el camino, me envía a ti para devolverte la vista y entregarte al Espíritu Santo.

Y Ananías impuso las manos sobre Saulo y la ceguera cayó de sus ojos. Y Saulo se levantó y recibió el bautismo.

La narración es sencilla: la grandeza del asunto dispensa del trabajo de la palabra. En ella se encuentra como en la resurrección de Lázaro, la parte de Dios y la parte del hombre. —Apartad la piedra —había dicho Jesucristo antes de resucitar al muerto; y un instante después: —desatadle; —por las vendas que aún tenía puestas.

Jesucristo hace lo que sólo El puede hacer, y deja que los hombres trabajen en lo que está en manos de ellos ejecutar. Jesucristo, después de haber aterrado a Pablo, hubiera podido decírselo todo por sí mismo; pero quiso enviar a Ananías. Y Ananías será quien responda a aquella inmediata pregunta: «Señor, ¿qué queréis que haga?».

Jesucristo había cegado por sí mismo a Pablo; pero para devolverle la vista se sirve

de las manos de Ananías. Comparado con lo primero, lo segundo, aunque milagroso, puede ser cosa humana. Recibir la luz debió parecer a Pablo algo muy humano, comparando aquella luz con la obscuridad de los tres días. El sol debió parecerle cosa muy pálida comparado con aquella grandiosa tiniebla. Jesucristo se había reservado el don de la obscuridad para darlo sin intermediario; pero para el don de la luz se sirvió de un hombre.

En Damasco, las calles guardan sus nombres por largo tiempo. La calle Derecha se llama hoy calle Derecha como en tiempo de San Pablo. La casa de Ananías ha sido reemplazada por un santuario; pero la de Judas por una mezquita.

Desde aquel día, todo estuvo hecho. Si converso ha habido que al empuñar el nuevo arado no haya vuelto ni una sola vez la vista atrás, este converso ha sido San Pablo. Su conversión fué radical en el sentido etimológico de la palabra: se entregó por completo. Su corazón que era fariseo, dejó absolutamente de serlo. Todas las ideas, todos los sentimientos, todos los actos interiores y exteriores fueron desarraigados del antiguo suelo y plantados en la tierra nueva. Aquel hombre, que había perseguido, desafió solemnemente a todos los perseguidores. Declaró que nada le separaría de Jesucristo, y mantuvo su palabra. Todas las tempestades de la creación se desencadenaron a la vez en contra suya. Su conversión fué la señal para el universal furor de los hombres y de las cosas.

Apenas vuelto a la luz del día por manos de Ananías, vió a sus antiguos amigos, cambiados en enemigos mortales, prepararle el cautiverio y la muerte. Pusieron guardias a las puertas de la ciudad para privarle la salida; y los fieles de Damasco le bajaron en una cesta por la muralla durante la noche.

Retírase a Arabia, y después de una plegaria profunda como la obscuridad de aquellos tres días, después de un retiro digno de su misión, lánzase a aquella guerra pacífica en la que debía vencer y morir a la vez. El mundo fariseo, el mundo romano, el infierno y la naturaleza se conjuraron contra él realizando las palabras de Jesucristo a Ananías: «Yo le enseñaré qué sufrimientos habrá de soportar en mi nombre». Diez años antes de su muerte, Pablo había sido flagelado ya cinco veces por los judíos; fué azotado tres veces a pesar de su título de ciudadano romano. En Listra, el pueblo, que primero quiso adorarle, de pronto volvióse contra él y le apedreó dejándole por muerto. En sus viajes a través del mundo naufragó tres veces: y llegó a pasar un día y una noche en el mar, cogido a los restos del barco que le llevaba. Durante veinticuatro horas estuvo a merced de las olas. Fué encadenado, y encarcelado siete veces. Y en medio de las mayores angustias físicas y morales, el cuidado de todas las Iglesias pesaba sobre su cabeza. Escribía, sostenía, consolaba, fortificaba, nutría, animaba e inflamaba a los romanos, a los corintios, a los efesios, a los gálatas, a los hebreos. Aquel hombre tuvo verdaderamente derecho a decir que había combatido en buen combate; y el momento en que su cabeza cayó bajo la cuchilla de Nerón, debió ser un momento solemne en la tierra y en los cielos.

EL SINDICALISMO CRISTIANO

Por M. Henri PAUWELS (1).

EL PROBLEMA DE LA UNIDAD SINDICAL

Más o menos hasta la mitad del último cuarto del siglo XIX, los trabajadores estaban unidos en las mismas agrupaciones profesionales, codeándose en ellas sin hacer cuestión de tendencias o de divergencias filosóficas o religiosas. Cada cual se sentía como en su casa; ninguno pensaba en abandonarlas.

Pero llegó el socialismo, marxista o proudhoniano; se esforzó en dominar los grupos sindicales, en someterlos a su doctrina revolucionaria, de inspiración materialista. Y tuvo éxito, pero ello fué fatal para la *Unidad Orgánica* de los trabajadores, es decir, para la unidad de éstos en una sola y misma agrupación.

En efecto, eran numerosos los trabajadores que, en conciencia, no podían someterse a la doctrina socialista, la cual en lo sucesivo, iba a inspirar sus sindicatos; sintieron la necesidad de abandonarlos para volver a encontrar la paz de sus conciencias y, como tenían siempre intereses profesionales que defender y condiciones de trabajo y vida que mejorar, no tuvieron otra alternativa que constituir nuevos sindicatos inspirados en otros móviles, en otra doctrina que los que habían sido forzados a abandonar. Este es el origen del Sindicalismo cristiano.

Es sintomático, por otra parte, comprobar que como las mismas causas producen los mismos efectos, la fundación de sindicatos cristianos tuvo lugar en la misma época y, sin acuerdo previo, en los países en que los sindicatos habían caído bajo la dirección socialista. Es así como el sindicato cristiano de los «Petits - Carreaux», que agrupaba a los empleados, fué constituido en París en 1886 y que ese mismo año fué fundado en Gant, por veintiocho obreros, el primer sindicato cristiano de Bélgica.

Resulta, pues, por necesidad, por fuerza—y esto es esencial comprobarlo—que fué fundado el Sindicalismo cristiano.

El hecho de que se constituyera en los Estados de la Europa occidental y central es igualmente de gran importancia. Europa, y en especial la parte del continente formada por esos países, se había asegurado, en el hecho, la preponderancia en la dirección del mundo. Esta situación se debía a su grado de evolución, a su poder político, a su desarrollo económico, industrial y comercial. Ella era la gran proveedora de los mercados, ocupaba en todas partes, o casi en todas partes, el primer lugar; lo que ocurría en ella, tanto en el terreno social como en los demás, no dejaba a nadie indiferente. Se cae en la cuenta de ello en la actualidad, debido a que, si el sindicalismo cristiano no existe como organización en varios países transoceánicos, su espíritu ha penetrado en ellos, gana terreno y, sin duda, hará nacer un día la voluntad de constituir sindicatos cristianos.

El sindicalismo cristiano no tardó en sufrir la suerte que, en ciertos países, estaba reservada al sindicalismo de tendencia partidista. Primeramen-

te en Italia, fué suprimido por el fascismo; y, a continuación lo fué en Alemania por el nazismo, a partir de Mayo de 1933, y lo fué, finalmente, en Austria, cuando en 1934, al día siguiente mismo de la tentativa revolucionaria en Viena, el Canciller Dollfus suprimió la libertad sindical y substituyó los sindicatos existentes por las Cámaras de Trabajo. En España, sólo subsistieron los sindicatos cristianos vascos.

Estas amputaciones fueron duras, penosas aún para el Sindicalismo cristiano. Pero ellas no redujeron su autoridad ni su vigor porque en los otros países donde se había constituido continuaba desarrollándose, adquiría importancia y ganaba en influencia, en tanto que no se ignoraba que la disminución de sus efectivos se debía exclusivamente al hecho de que estaba en oposición radical de principios con los regímenes autoritarios y totalitarios.

* * *

Vino la guerra. En los países víctimas de la agresión alemana, el sindicalismo cristiano cesó inmediatamente su acción pública, ingresó a la Resistencia y, actuando clandestinamente por todos los medios posibles, se opuso al invasor y a sus planes. No cesó, mientras tanto, de mantener sus relaciones de cuadros y aún más, de mantener contactos en forma ininterrumpida, con los medios del trabajo, a los cuales incitaba a realizar también la Resistencia.

Tal abstención, tal rechazo neto y categórico del sindicalismo cristiano a toda acción pública, tal decisión de desaparecer, estaban justificadas. Los dirigentes sindicales cristianos, al adoptar esa actitud, actuaban movidos principalmente por las razones que siguen:

En primer término, ellos sabían,—porque lo habían aprendido en los países ocupados por Alemania—que ésta no toleraba ninguna acción sindical u obrera que no consintiese en encuadrarse en el plan ideológico del nazismo. Practicar la acción sindical era, pues, colaborar a la difusión y propagación del nazismo totalitario en los medios del trabajo y, a la vez, contribuir a la instauración de un régimen social de inspiración nazi.

Siendo, como era, profundamente, esencialmente democrático, e independientemente de cualquiera otra razón, el Sindicalismo cristiano no podía adoptar una actitud que favoreciera esos planes.

En segundo lugar, los dirigentes del Sindicalismo cristiano sabían que nada podría hacerse por defender a los trabajadores. La estabilidad de los precios era, en efecto, uno de los postulados de la economía del Reich. La estabilidad de los precios no permite una movilidad por pequeña que sea, de los elementos constitutivos de éstos; en consecuencia, toda esperanza de mejorar la suerte de los trabajadores debía ser descartada.

Por lo demás, era evidente que la economía de los países ocupados quedaría subordinada a la economía de guerra del Reich. Practicar la acción sindical equivalía a exponerse gravemente a colaborar al desarrollo de esta economía y, por tanto, al esfuerzo de guerra del enemigo. Era necesario,

(1) Ex-Ministro del Trabajo de Bélgica y actual Presidente de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos con sede en Utrech, Holanda.

en efecto, excluir la posibilidad de que los sindicatos pudieran ser colocados en la necesidad de reclamar a los trabajadores un esfuerzo suplementario o de intervenir ante ellos para hacerles admitir medidas tomadas por el invasor.

A ningún precio, los sindicatos cristianos, patriotas y democráticos, se podían exponer a encontrarse en la situación que acabamos de indicar. De ahí su decisión de abstención, tomada aun antes de que el enemigo ocupara el territorio de sus respectivos países.

Se retiraron, pues, a la clandestinidad y practicaron la Resistencia. Pero en ésta, sus dirigentes volvieron a encontrarse con militantes sindicales de otras tendencias; aprendieron todos a conocerse mejor y a estimarse y se aproximaron. Muy naturalmente, hablaron de sindicalismo y bosquejaron proyectos para el porvenir.

Una primera comprobación se impuso. Las dos grandes tendencias en que se dividen los trabajadores de esos países son netamente favorables a la *Unidad Sindical*, pero lo son de manera diferente. La tendencia socialista pretende realizar la unidad orgánica y espera conseguirla afirmando que el sindicalismo es ajeno a preocupaciones filosóficas o religiosas y declarándolo políticamente neutro. Los cristianos, sin oponerse *a priori* y en principio a la Unidad Orgánica, estiman que la situación aún no está madura para ello, que las circunstancias y condiciones no se prestan y se pronuncian por la Unidad de los trabajadores, realizada en la *Unidad de acción*, pero en el pluralismo de organización; no desean que esta unidad se realice de una manera esporádica, ocasional, sino que ella sea cuidadosamente ordenada, levantada a la categoría de institución.

En el fondo, lo que divide a los sindicalismos es la concepción misma de la vida; son dos civilizaciones distintas que se oponen. La doctrina socialista continúa siendo esencialmente de inspiración materialista; bajo la declaración de neutralidad filosófica e independencia política, es esta doctrina la que actúa y fermenta. La neutralidad sería en rigor concebible si el sindicalismo no se fijara otro objetivo que el de establecer una repartición más equitativa de las utilidades, de manera de asegurar a los trabajadores una parte más importante de ellas, más de acuerdo con sus servicios y sus necesidades; pero el sindicalismo apunta más alto y más lejos. Ambiciosa transformar la sociedad, transformarla de acuerdo con otros principios, de acuerdo con otros móviles que los que han guiado a la sociedad capitalista. Es necesario, entonces, que el sindicalismo tenga una doctrina. Esto es tan verdadero para el sindicalismo socialista como para el cristiano. Más exacto es aún que la mayoría de los sindicatos no ha podido romper con el pasado y parece que menos todavía piensan en hacerlo, puesto que los comunistas, con un dinamismo que no puede ser subestimado, penetran siempre más, utilizando la unidad orgánica realizada en el sindicalismo socialista y modulando su acción de acuerdo con sus planes y designios.

En cuanto al sindicalismo cristiano, mantiene su doctrina espiritualista, de la que no tiene ninguna razón para renegar; su negativa a renunciar a ella se traduce en divergencias de opinión con el sindicalismo socialista sobre los problemas más importantes que se someten a la consideración de los trabajadores. Es así que la Confederación de Sindicatos Cristianos de Bélgica dice, en una memoria dirigida el 3 de Octubre de 1943 a la Confedera-

ción General del Trabajo de Bélgica: «estas divergencias no son buscadas por sí mismas sino que resultan natural y espontáneamente de las concepciones morales o filosóficas que inspiran a estos dos movimientos. A tal respecto no basta afirmar que el sindicato único limitará su acción a los problemas estrictamente profesionales, sin preocuparse de tener una moral o una filosofía, para que esas divergencias dejen de existir».

Es teniendo en cuenta esta realidad y en consideración a los intereses superiores del sindicalismo y de los trabajadores, que el sindicalismo cristiano propuso y mantiene su fórmula.

* * *

Es curioso que, al menos en lo que concierne a Francia, Holanda y Bélgica, se ha asistido a una repetición de lo ocurrido a la fundación de los primeros sindicatos cristianos. Estos tres países vivían bajo la ocupación alemana; los dirigentes sindicales estaban si no perseguidos estrechamente vigilados; las relaciones entre los dirigentes de los diversos países eran difíciles y, en todo caso, en extremo peligrosas. El tránsito de un país a otro era rigurosamente vigilado; además, les era imposible concertar la adopción de una actitud común en las negociaciones que, a iniciativa de uno u otro, se realizaban con los sindicatos socialistas. Y aun sin estar concertados, los dirigentes sindicales cristianos adoptaron en los países referidos, una política análoga y presentaron una misma solución.

* * *

En Holanda, se concluyó un acuerdo preciso de colaboración—verdadera convención—entre la Confederación General de Sindicatos (socialista), la Federación Neerlandesa de Sindicatos Católicos y la Confederación Nacional Cristiana (protestante), por el cual estas organizaciones se comprometían, por sí y los grupos que las componían, a una colaboración permanente y adoptaban un reglamento común como base de sus actividades económico-sociales e higiénico-sociales.

Esta colaboración, dice el artículo primero del contrato, tiene por fin, en el respeto de los principios y de la autonomía de cada contratante y de acuerdo con las exigencias del interés general, promover los intereses económico-sociales e higiénico-sociales de los trabajadores. Establecida la posición de principio, la convención precisa cuáles son los organismos que deben realizar y promover esta colaboración:

- a) Un Comité, compuesto de representantes de las tres Confederaciones nacionales, organizará la colaboración sobre el terreno económico y general;
- b) Uniones compuestas de las Federaciones nacionales de profesiones organizarán esta colaboración sobre un terreno nacional profesional;
- c) Uniones de Secciones organizarán la colaboración profesional local;
- d) Comités de Consultas ordenarán el trabajo entre las secciones locales inter-profesionales.

El texto de la convención es demasiado largo para ser reproducido y demasiado conciso para ser resumido. Podemos sí, decir que todo ha sido previsto en ella; nada se ha dejado al azar. Se ha agregado una nota explicativa a la convención; es la siguiente:

«El movimiento obrero neerlandés tiene una in-

interesante historia de más de cincuenta años. Se ha abierto su camino a través de un bosque de dificultades; pudo alcanzar el fin que se había fijado primitivamente: al servir los intereses del pueblo neerlandés en su conjunto pudo promover con éxito la posición social, cultural y material de los trabajadores. La forma en la cual se desarrolló es específicamente neerlandesa; se evitan así las relaciones existentes en los otros países. Durante décadas, la forma del movimiento constituyó el objeto de discusiones que recaían especialmente sobre el punto de saber si convenía tener una sola organización para todos los trabajadores, o bien si no convenía considerar las concepciones de la vida en la forma de organización de los trabajadores.

La práctica ha decidido a este respecto. Efectivamente, tres grandes organizaciones de tendencias distintas dominaban el movimiento obrero neerlandés: la Federación neerlandesa de Sindicatos, la Confederación de Sindicatos Católicos y la Confederación Nacional Cristiana, en tanto que la confederación neutra desarrollaba su actividad en un terreno más restringido. Si en ciertos períodos de su desarrollo las relaciones entre las Confederaciones no fueron siempre ideales, en los últimos diez años, ellas han llegado a ser sensiblemente mejores. Al mismo tiempo que se mantienen las propias convicciones, se admiten los hechos tales como son. Se aprende la mutua estimación y se colabora fructuosamente tanto en la acción profesional como en la económico-social. La guerra, en la que nuestro pueblo está directamente interesado, no ha dejado de ejercer su influencia sobre el pensamiento y la voluntad de la nación neerlandesa. La lucha conducida en común, los sufrimientos soportados juntos, en lo que podemos apreciar, han forjado una mayor unidad de nuestro pueblo».

Las confederaciones sindicales, teniendo en cuenta esta evolución, han sacado sus conclusiones. Manteniendo lo que en el pasado, especialmente en las horas críticas, ha demostrado ser beneficioso—en primer lugar el respeto a los principios y a la autonomía de cada organismo—se decidió establecer una colaboración permanente reglamentada entre todas las organizaciones del movimiento obrero, con el objeto de realizar una unidad completa del Movimiento de los Trabajadores. Esta «colaboración permanente reglamentada», establecida desde Julio de 1941, ha continuado después de la liberación del territorio holandés. Ella da buenos frutos y los interesados están satisfechos.

* * *

En Bélgica, en el mes de Marzo de 1941, se concluyó igualmente un acuerdo entre los principales dirigentes socialistas y cristianos. Sin pactar un convenio como en Holanda, fué decidida entre la C. G. T. Belga y la Confederación de Sindicatos Cristianos, el establecimiento de una colaboración permanente y organizada. Las circunstancias de la guerra produjeron modificaciones en la dirección de la C. G. T. belga y las negociaciones relativas al acuerdo sindical fueron interrumpidas. Los principales dirigentes sindicales de las dos tendencias se encontraron con frecuencia, sin embargo, en reuniones en las cuales participaban igualmente representantes de los empleadores. Tales reuniones eran con el objeto de establecer un «Acuerdo de Solidaridad Social» que debía precisar la política

social y del trabajo por realizarse desde el día siguiente al de la liberación de Bélgica. Este acuerdo se concluyó en Abril de 1944; las proposiciones que contiene sirvieron de base a la política social tan felizmente perseguida por el Gobierno Belga desde Septiembre de 1944.

Esos debates permitieron reanudar las negociaciones para el reglamento de las relaciones sindicales entre las dos Confederaciones. En una reunión efectuada el 24 de Septiembre de 1943, en Bruselas, los representantes de las dos partes expusieron sus puntos de vista. Una fuerte mayoría entre los socialistas se inclinaba por la unidad sindical, mientras que los cristianos se pronunciaron unánimemente por la unidad de Acción en el pluralismo de organizaciones. Se convino que las dos Confederaciones cambiarían notas exponiendo sus puntos de vista. La Confederación de Sindicatos Cristianos se pronunció el 3 de Octubre de 1943; la nota de los socialistas no fué enviada jamás, sin duda porque, intertanto, el principal dirigente sindical socialista había sido detenido y encarcelado.

La nota de los Sindicatos Cristianos empezaba por una declaración que fijaba en estos términos la posición general del Sindicalismo Cristiano:

«La C. S. C. no es, en principio ni a priori, opuesta al Sindicato Único. Ella reconoce que, instituido en las condiciones y circunstancias necesarias, el S. U. puede constituir un bien verdadero para los trabajadores; ella espera que llegará el día en que existirán las condiciones requeridas y que, en ese momento, las circunstancias serán favorables.

«Puede parecer que esas condiciones y circunstancias existen en la actualidad, cuando, por el contrario, faltan muchas; primeramente, porque la ocupación no permite examinar como conviene las condiciones indispensables; en seguida, porque las «puertas de la post-guerra» se abren hacia tantas incógnitas que ningún dirigente serio se atrevería a tomar sobre sí el riesgo de suscribir compromisos determinados con precisión cuando no sabe si podrá cumplirlos.

«Es por tales razones, dictadas por una prudencia exigida solamente por el cuidado de los intereses cuya guarda tiene el sindicalismo, que la C. S. C. no puede comprometerse sin más a la solución del sindicato único. Ella debe, mientras tanto, declarar que desea realizar la unidad de acción de los trabajadores. El sistema que preconiza con este fin se expondrá al fin de la presente nota».

La nota precisaba, en seguida, las razones por las cuales la Confederación de Sindicatos Cristianos no podía aceptar el Sindicato único y proponía una fórmula de colaboración que presentaba una gran analogía con la que se había concluido en Holanda. El documento terminaba así:

«Es animada del real y sólo propósito de servir a los trabajadores y la causa del sindicalismo, que la C. S. C. formula esta proposición. Sus dirigentes tienden una mano leal y franca a los dirigentes cegetistas y esperan que su gesto será acogido como lo esperan.

«Así, en una colaboración ordenada, sincera, las dos grandes organizaciones, presentándose asociadas y unidas ante los trabajadores, podrán tomar en sus manos, en el momento de la liberación del territorio, la dirección del Sindicalismo y sustraerlo a la acción disolvente, peligrosa y siempre posible de los agitadores; en tanto establecerán en común el programa de reivindicaciones sindicales para la post-guerra y se emplearán igualmente en común para hacerlo triunfar. Esta colaboración

demostrará si el Sindicato único es realizable; en la afirmativa, su realización será tanto más fácil cuanto estrecha y eficiente haya sido la colaboración entre las dos organizaciones». Si bien no pudo establecerse un convenio escrito que reglamentara los detalles de una cooperación organizada, no por eso las dos Confederaciones dejaron de colaborar de una manera completa al producirse la liberación del territorio. En los primeros días de Septiembre de 1944, sus dirigentes se reunieron y se pusieron de acuerdo sobre un programa común de reformas inmediatas. Después, se han reunido frecuentemente para confrontar sus opiniones y cambiar puntos de vista. Un espíritu de buena vecindad reina entre los dos movimientos, al punto que sus representantes han podido ponerse de acuerdo, no solamente sobre la mayor parte de las cuestiones por discutir con el Gobierno o los empleadores, sino aún sobre su respectiva representación en las diversas asambleas, comisiones o conferencias (comprendida entre éstas la Conferencia Internacional del Trabajo), a las cuales los sindicatos son llamados a participar.

* * *

Nada autoriza para pensar que estas relaciones no continuarán.

En Francia, como en Bélgica y en Holanda, la clandestinidad y la Resistencia fueron propicias a la reconciliación sindical. Así poco después de la liberación de la mayor parte del territorio francés, se entablaron negociaciones entre las dos Confederaciones, la C. G. T. y la C. F. T. C.

En Septiembre de 1944, la primera escribía a la segunda una carta de la cual extractamos los párrafos siguientes:

«Después de haber tomado conocimiento del informe de la reunión del 15, el Bureau Confederal pensó unánimemente que había llegado el momento de establecer la Unidad del Movimiento Sindical obrero.

«Esta unidad es ardientemente deseada por el conjunto de los trabajadores. Uds. deben percibir, como nosotros, las manifestaciones de esta ferviente voluntad. La C. F. T. C., lo mismo que la C. G. T., ha conocido junto a traidores y colaboradores, a militantes leales y valerosos que se han encontrado en la Resistencia.

«No es posible que las dos Confederaciones no hallen el medio de realizar la unidad legítimamente deseada por las masas obreras.

«El Bureau Confederal les propone, pues, solemnemente, iniciar las discusiones sobre las modalidades de la fusión, de manera de asegurar a cada tendencia, en todos los escalones, una participación proporcional a su influencia real.

«Esperando la realización de la Unidad, el Bureau Confederal les propone que delegados de cada Confederación se encuentren, a iniciativa de una u otra de las dos Centrales, para examinar en común todas las cuestiones que serían llevadas, por acuerdo unánime, a la orden del día de estas reuniones».

El 26 de Septiembre la C. F. T. C., respondía a la C. G. T. y principalmente expresaba:

«Sobre el fondo del problema, Uds. conocen nuestra convicción. El Sindicalismo Cristiano, constituido desde hace cerca de sesenta años, por el hecho de adhesiones voluntarias, espontáneas, a veces valerosas, representa el ejercicio de una libertad esencial, de un derecho de asociación al cual, en

interés mismo de la democracia, no podríamos renunciar deliberadamente.

«Pedimos que se nos conceda que hemos ido muy lejos en el camino de la unidad de representación y aún de acción. El Comité Interconfederal de Acuerdo, que ha obrado públicamente, en especial con ocasión de la huelga revolucionaria general, ha demostrado su eficacia. Lamentaríamos que la existencia de este organismo fuera puesta de nuevo en discusión.

«Por lo demás, nos felicitamos de que se hayan consolidado en la Resistencia, las amigables relaciones que existen entre nuestras dos Confederaciones y que Bénéoit Frachon acaba de señalar en *Vida Obrera*.

«Hemos tomado nota de que vuestro Bureau Confederal nos propone que delegados de cada Confederación se encuentren, a iniciativa de cualesquiera de las dos, para examinar en común todas las cuestiones que se llevarían por acuerdo unánime a la orden del día de sus reuniones.

«Deseamos que esta fórmula tome más y más un carácter institucional; que ella reciba en todos los escalones nuevas aplicaciones, tan numerosas como sea posible. Así podría asegurarse la cohesión de los esfuerzos sindicales, al mismo tiempo que subsistirían legítimas autonomías que corresponden a afinidades de principio y de tradición.

«En el estado actual de los espíritus, el empleo de un método semejante nos parecería muy preferible a una fusión que peligraría no ser más que confusión».

El 3 de Octubre, la C. G. T. escribía a la C. F. T. C.:

«El Bureau, unánimemente, lamenta que Ud. no haya creído que debía aceptar su proposición tendiente a preparar desde luego la Unidad de las dos Centrales.

Esperando que los acontecimientos les lleven a modificar su punto de vista, deseamos continuar las relaciones que se han iniciado en la ilegalidad bajo la ocupación. No podemos darle a este acuerdo un carácter institucional que acarree sobre todos los puntos consultas recíprocas. La única institución permanente que responde a las necesidades actuales, es, la repetimos una vez más, la fusión de nuestras dos Confederaciones. Pero sobre los puntos precisos resultantes de un común acuerdo, nuestro Bureau ha decidido proceder con Uds., sobre la iniciativa de una de las dos Centrales, a un examen que permita una mejor coordinación de los esfuerzos y una defensa más eficaz de los intereses de la Clase Obrera».

Diez días después, tomando pie de esta carta, la C. F. T. C. declaraba a la C. G. T. que el Bureau Confederal estaría muy satisfecho de que el Comité Interconfederal de Acuerdo Sindical, pudiese reunirse muy próximamente con el objeto de estudiar, en detalle, las modalidades de aplicación:

a) de la vigencia de la institución de los delegados del personal;

b) de las decisiones gubernamentales relativas a los Comités de Administración y a las Comisiones Mixtas de Producción.

El estudio propuesto se llevó a cabo, pero hubo que esperar hasta el 28 de Marzo de 1945 para que una nueva moción fuera presentada. Ella emanó de la C. G. T. que mantenía su punto de vista y renovaba sus proposiciones; el 16 de Abril, la C. F. T. C. confirmaba las suyas. Las cartas, de un tono muy amistoso, cambiadas entre las dos orga-

nizaciones, no determinaron ningún cambio de posición.

Los días 15, 16, 17 y 18 de Septiembre de 1945, se efectuó en París el Congreso de la C. F. T. C. Como puede suponerse, el problema de la Unidad Sindical fué objeto de profundas discusiones. Se votó una orden del día, que publicó «Sindicalismo», órgano de la C. F. T. C., en la cual, después de expresarse principalmente cuanto se lamentaba que sus proposiciones hubieran permanecido sin respuesta de parte de la C. G. T., la C. F. T. C. declara:

«Las posiciones tomadas recientemente por C. G. T., especialmente en lo que concierne a la acción política, el trabajo femenino y la libertad de enseñanza, prueban la existencia de divergencias graves entre los principios y el programa de esta organización y los de la C. F. T. C.

«En estas condiciones, el Congreso expresa su confianza en el Bureau Confédéral para mantener firmemente la posición del pluralismo sindical, que considera como una de las expresiones más altas del ejercicio de la libertad y de la democracia, y le confiere la misión de esforzarse en realizar, con la C. G. T. todas las fórmulas de unión susceptibles de realizar la unidad de acción y de representación de las dos Confederaciones en las esferas nacional, departamental o local, salvaguardando la autonomía de cada una.

«De todos modos, las relaciones entre la C. F. T. C. y la C. G. T. se desenvuelven en un tono de real cortesía y de confianza recíproca. Un índice de ello nos es dado por la composición de la delegación obrera francesa a la Conferencia Internacional del Trabajo. Hasta la guerra la C. G. T. había opuesto su veto formal a la representación de los sindicalistas cristianos en esta delegación y el Gobierno había seguido a la C. G. T. Este año (1945), dos sindicalistas cristianos figuraban en la delegación a la 27.^a Sesión de la Conferencia Internacional del Trabajo. Todo hace esperar que estas relaciones se mantendrán y, sin duda, habrán de mejorar aún».

* * *

Bajo formas diferentes, es idéntica la posición adoptada por los Sindicatos Cristianos en Francia, Holanda y Bélgica, y si las realizaciones que han

resultado de las negociaciones no son semejantes en cada uno de estos países, puede ello explicarse por las situaciones propias de cada uno de éstos; pero se puede afirmar que ellas no afectan en nada, sino más bien fortifican, la posición de principio adoptada.

Considerando todo y razonando de una manera serena y objetiva, es necesario admitir que la posición de los sindicatos cristianos es la buena. Las razones que justificaron su existencia subsisten siempre; ellas son aún más imperiosas que ayer, en razón de la misión que se atribuye al sindicalismo y al hecho de que lo social, lo humano se entrelazan más y más con lo económico y dominándolo dan un mayor campo a las concepciones morales en la acción sindical. El sindicalismo cristiano no puede abdicar.

Y, además, es necesario cuidarse del mito del número. El sindicato no es un simple conglomerado de miembros ni una justa posición de organizaciones. El número no le basta; la calidad prevalece y, no se repetirá jamás demasiado, los miembros «conscientes» son incomparablemente superiores, aún en número restringido, a una multitud sin consistencia. Para ser sólido, poderoso y dinámico, el sindicato debe asociar estrechamente a sus adherentes alrededor de una doctrina, de un ideal. No es restringiéndolos, reprimiéndolos, ni neutralizándolos, sino exaltándolos, dándoles su plena expansión, que el sindicalismo hará cosas grandes y bellas. Este era igualmente el parecer de Albert Thomas, el eminente director del Bureau Internacional del Trabajo que, con todo, sabía muy bien lo que hacía en acción sindical y obrera.

Entre tanto, el sindicalismo cristiano persigue incansablemente la realización de su programa: el respeto a la eminente dignidad del hombre y de su trabajo, la liberación espiritual y económica de los trabajadores mediante la destrucción del despotismo del dinero, la dominación de la máquina por el hombre, el ordenamiento de la actividad económica no ya para el lucro, sino en servicio de los hombres y la práctica de la justicia social.

Es para realizar este servicio eminentemente humano que él tiende una mano leal a los otros sindicalismos. ¿Será estrechada esta mano? Por el bien de los trabajadores y del sindicalismo, esperamos que lo sea.

ESPAÑA EN PUNTO MUERTO

Por PALAFRUGEL (1)

SI el viajero que llega a España tiene los bolsillos bien provistos de dinero, cree penetrar en un Eldorado. Las vitrinas están llenas de ropa y de provisiones. Hay mercado libre para todos los artículos, a excepción del pan, del aceite y del café; se encuentran taxis en las calles; en los hoteles hay agua caliente para bañarse; ¿qué es lo que le falta pues a este paraíso? Pero aquel que se pasea por los arrabales de las grandes ciudades puede observar el espectáculo de la miseria y casi de la indigencia. Los bienes de este mundo están reservados a la pequeñísima minoría que los puede comprar. No existe racionamiento; ningún restaurant tendría la insolencia de exigir un vale de pan, pero el pueblo español no tiene pan. Las distribuciones oficiales consisten en un pequeño pan diario, del tamaño de un tercio de nuestros pancitos de pre-guerra. Los salarios de los obreros, que son frecuentemente inferiores a 15 pesetas diarias, no permiten comprar fuera del mercado oficial (hay que considerar el valor adquisitivo de la peseta como el que corresponde a 6 ó 7 francos más o menos). Pude ver en Talavera obreros que trabajaban en las célebres industrias de alfarería, cuyo salario diario era de 5 pesetas.

Esta situación no es nueva, pero se ha agravado considerablemente desde hace seis meses. Desde Septiembre último los precios han aumentado en un 30% más o menos. Un pequeño reajuste de salarios se efectuó hace un mes, pero está muy lejos de compensar el aumento del costo de vida. España también, avanza por un camino que la conduce a la inflación: ¿se detendrá en el trayecto? Nada parece indicarlo todavía, y como el nivel medio de vida del pueblo español es excepcionalmente bajo, es de temer que la situación llegue a ser intolerable. Este aumento de los precios no es por otra parte más que el reflejo de la situación económica general del país. La crisis de electricidad, que era muy grave desde un año atrás, ha llegado a ser dramática durante el transcurso del último otoño. En ese momento las fábricas de Cataluña no trabajaban más de seis días mensuales, es decir, que la producción industrial estaba prácticamente paralizada. Desde fines de Diciembre, lluvias de consideración han caído tanto en España como en Francia, y la situación se ha mejorado sensiblemente. Los obreros trabajan actualmente en término medio cinco días semanales. Pero el problema no ha sido en realidad resuelto, el drama no ha sido conjurado más que provisoriamente. No es solamente la sequedad lo que explica la crisis, sino que también el gasto del material no reemplazado, el número insuficiente de fábricas, la ausencia de una política económica.

El régimen franquista es inestable y provisorio: todos los españoles lo sienten y son muy pocos los que no se alegran de ello. Debe caer, va a caer, pero ¿cómo y cuando?, nadie lo sabe. Desde hace seis meses existe una prensa clandestina. El verano último no había más que publicaciones, de origen a menudo incierto, que pasaban de mano en mano. Existen ahora diarios clandestinos que aparecen regularmente; entre los cuales hay algunos muy bien impresos que vienen sin duda de Francia. Nada sin embargo que se pueda comparar al volumen de la prensa clandestina francesa en los últimos tiempos de la ocupación. Hay además un «maquis» organizado en los confines de Galicia y de Asturias, que se mantiene regularmente en varias aldeas y que tuvo en cierto momento en sus manos algunos kilómetros de la costa atlántica. En verdad, en esa zona siempre ha existido agitación des-

(1) Bajo el pseudónimo de PALAFRUGEL, el corresponsal de un periódico francés de tendencia social-cristiana, remitió desde España, a mediados de Marzo, el presente artículo.

de el fin de la guerra civil. Pero ello no representa ningún peligro serio para el gobierno de Madrid, como lo demuestra el reciente episodio del buque venido de Francia y que fué interceptado por la policía franquista cuando se aproximaba a la costa. También, cerca de la frontera con el Portugal circulan pequeños grupos que producen alarma. Pero el «maquis» principal del invierno último, el de los valles pirineos, parece haber sido completamente liquidado por la policía y por el ejército. Estos combates han tenido poco eco en el conjunto de la opinión pública, todavía agotada y abrumada por la guerra civil. No es posible creer seriamente que los «maquis» puedan hacer caer a Franco. Asimismo hay que recibir con gran prudencia las noticias de huelgas a las que la prensa francesa da tanta importancia desde hace un año. En realidad en ninguna parte de España se perciben los signos precursores de un movimiento popular, ni de turbulencias revolucionarias.

El ejército es ahora más que nunca en España, el amo de la situación política. Absorbe más de la mitad del presupuesto del Estado, aunque no posee ni tanques, ni aviones, ni buques de guerra. Los generales, llenos de honores y de prebendas, controlan todas las actividades de la nación y saben que ningún otro régimen, cualquiera que sea, puede serles tan favorable. Lo mismo que la Iglesia, temen que un cambio de régimen, aún limitado y prudente, pueda permitir la explosión del odio popular acumulado desde 1939.

La venida del pretendiente al trono a Lisboa, causó gran revuelo en los círculos monarquistas de Madrid. El último snobismo es el de ir a Portugal a saludar a Don Juan, y se dice que ya no es posible encontrar piezas en los hoteles de Lisboa. La policía ha declarado que las visaciones de pasaportes acordadas con anterioridad para ir a Portugal no son más válidas sin un sellado especial. Pero Don Juan no quiere recibir el poder de manos de Franco, lo que lo condenaría de antemano. Y los generales, comprometidos todos con el régimen franquista, no quieren una monarquía liberal que haría elecciones y repartiría las tierras, como lo ha prometido Don Juan.

Una acción enérgica de parte de las Naciones Unidas cortaría este nudo gordiano. Los Estados Unidos estarían tal vez dispuestos. Ya han adquirido lo que deseaban: los dos más grande aeródromos de España, los de Madrid y Barcelona, que servirán de escala a sus líneas aéreas. Todo parece indicar que se desinteresarán en lo sucesivo de la situación española; ya han retirado de Madrid casi toda su representación diplomática. Pero no sucede lo mismo con Inglaterra, que tiene en España intereses financieros considerables (menos sin embargo que los de Francia), y que teme sobre todo que abriendo la caja de Pandora, no vaya a salir un régimen demasiado favorable a la política soviética en el Mediterráneo. La no intervención proclamada por Mr. Bevin es la mayor esperanza de Franco. España es víctima de la situación internacional y es muy difícil de prever cuánto durará todavía un régimen a quien todo condena.

LA ENCRUCIJADA DE UNA GENERACION (1)

Por Oscar ARAMAYO ALZERRECA

La inquietud de los tiempos que vivimos es una inquietud política. En otros tiempos predominó una inquietud intelectual o artística o religiosa; ahora el mundo está torturado por lo político, porque a través de la política espera resolver sus problemas sociales y económicos y, muy principalmente, adquirir el tesoro de la paz y estabilidad social dentro de un mundo de justicia. De ahí que los temas de política apasionen tanto el espíritu contemporáneo y que el hombre común se haya incorporado a los grandes planteamientos o tesis políticas, de una manera activa e influyente.

La generación actual, que vivió su adolescencia en los años de la gran depresión económica que comenzó en 1930, ha sido saturada de una actividad política febril; y en esta actividad política han tenido lugar principalísimo los planteamientos de carácter económico. Las mentes juveniles se han visto afligidas por tremendas contradicciones: el mundo parecía de hambre en medio de la abundancia; había demasiado de todo y era por eso que decenas de millones de cesantes arrastraban su miseria en todos los países del mundo; se daba el caso aún de que era menester destruir grandes cantidades de riquezas para mantener precios razonables; todo daba la sensación de un inmenso desorden, que requería un reajuste, un acondicionamiento, una ordenación, para que la economía sirviera los propósitos y necesidades del hombre y no el hombre fuera un mero juguete del libre desarrollo de las leyes económicas.

Fue la época en que el socialismo, especialmente en su modalidad de socialismo de Estado, adquirió un gran auge. La crisis mostraba en forma palmaria la ineficacia del régimen liberal y de los principios liberales individualistas para el arreglo de la economía y el bienestar colectivo; era necesario organizar la economía, en forma de poder regularla en función de las necesidades humanas.

Claro está que el socialismo tomaba una serie de matices: desde el socialismo científico hasta el colectivismo marxista y bolchevique y el socialismo de Estado. Tan vaga era esta concepción de socialismo que Emilio Durkheim lo definía en estos términos: «El socialismo no es una ciencia, no es una sociología en miniatura, sino un grito de dolor y a veces de cólera lanzado por los hombres que sienten más hondamente el malestar colectivo».

La experiencia rusa era una incógnita para muchos promisoras. Había una gran confusión en las informaciones y noticias referentes a Rusia y su régimen; mientras unas eran loas y panegíricos, otras era anatemas y condenaciones. Sin embargo, para el muchacho de 1930 había una verdad concluyente: en Rusia se estaba gestando un nuevo mundo; sus inicios habían aparecido teñidos de crueldad y abundantes errores e imperfecciones; sin embargo, todos se daban cuenta de que esas etapas de transición eran inevitables, y que, en el fondo, bullía una sociedad en formación, bajo moldes que parecían más humanos y justos. «La vida nace de la muerte», ha dicho un pensador hindú, y nosotros sabemos también que la vida nace con dolor; ¿qué había entonces de extraño en que la nueva sociedad proletaria, nacida sobre las ruinas

del imperio zarista y en medio de los trastornos de una guerra mundial, se retorciera en dolor y en sangre en sus primeros años? Sin embargo, no era posible dar todavía un juicio definitivo; ya hemos dicho que las noticias que nos llegaban de la experiencia rusa por diversos conductos eran contradictorias; cada visitante traía su interpretación personal de los hechos, de los hombres y de la situación rusa y esa interpretación era concorde con su propio pensamiento político o posición económica. ¿A quién creer? ¿Al burgués que llegaba dando conferencias y editando folletos de condenación al régimen ruso, procurando probar su fracaso, o al ideólogo comunista que exhibía aquí documentos de las bondades de ese régimen? Y hay que tener en cuenta que en lo que respecta a nuestro país—y posiblemente sucedió lo mismo en la mayoría de los otros—era el burgués el que podía traer una información personal sobre la experiencia rusa, porque era el que estaba en condiciones de visitar el país; el proletario o el intelectual comunista no tenían la mayor parte de las veces ninguna posibilidad de viajar al extranjero, y menos a un país tan lejano como Rusia.

Ahora que nos hemos acostumbrado a ver viajar a dirigentes obreros para asistir a reuniones internacionales o como invitados de otros países, nos cuesta trabajo imaginar la situación de hace quince a veinte años, en que era un caso de extrema excepción—si lo había—el que un obrero—que no fuera el vagabundo chileno que se encuentra en cada rincón del mundo, según rezan las crónicas—saliera del país a visitar al extranjero para traernos su propia experiencia.

Por su parte, durante la administración Roosevelt, los Estados Unidos salían del pantano en que se encontraban sumidos, por medio de un fuerte intervencionismo estatal. El despacho de leyes como la NIRA (National Industrial Recovery Act) y la A. A. A. (Agricultural Adjustman Act) entre muchas otras, señalaron para los Estados Unidos un comienzo de intervención y regulación estatal de la economía. La ley anti-trust puso también de manifiesto el espíritu de la nueva legislación.

Finalmente, para completar las principales experiencias, en Italia el régimen fascista impresionaba al mundo desde hacía años por su eficacia, y en 1933 Alemania entraba también de lleno por los mismos cauces, que implicaban una férrea dirección de los asuntos económicos por el Estado.

¿Cuál era la solución? ¿El fascismo o nazismo europeo, el comunismo bolchevique o la democracia liberal capitalista? Tremenda incógnita para la juventud de aquella época; seguramente la solución consistente en conservar el actual estado de cosas era aceptada por muy pocos: el problema quedaba entonces circunscrito a aceptar el régimen nazi o el comunismo. Por otra parte, la lucha en el mundo parecía plantearse entre esos dos términos fatales y la opinión más general era que las sociedades democráticas, de tipo parlamentario y

(1) Este artículo constituye la primera parte de un trabajo de mayor amplitud que el autor tiene en preparación.

constitucional, que funcionaban sobre la base de una economía liberal, tendrían que desaparecer.

Los más moderados eran simplemente socialistas, pero el socialismo no aparecía con las posibilidades del nazismo y el comunismo, en cuanto al plano internacional en que se estaba llevando a efecto el debate político.

Fué entonces cuando surgió una nueva solución: ni nazismo ni comunismo, tampoco una sociedad liberal individualista; sí la sociedad cristiana en que una democracia política se concilie con una justicia económica, en que los derechos de la persona humana sean respetados y la economía se organice en función de los intereses colectivos.

Así planteó sus tesis en Chile la Falange Nacional. (2).

Veamos el clima que existió en el país en el decenio 1930-1940 en que se gesta y surge el movimiento falangista, y los principales acontecimientos políticos en dicho período.

Durante la Administración Ibáñez, Chile vivió en Jauja. Los empréstitos extranjeros eran suficientes para dar una impresión de prosperidad en gran parte ficticia. Y las épocas de abundancia son, generalmente, de calma política; máxime cuando la calma es apoyada por una dictadura, que a su vez se apoya en el curso favorable de los fenómenos económicos. El despertar se produjo en los primeros meses de 1931, cuando el país sintió de golpe la gravedad de la crisis económica provocada por la depresión mundial y que ya no podía ser detenida por medio de empréstitos extranjeros. Entonces, la dictadura que había sido soportada buenamente por más de cuatro años, se hizo repentinamente odiosa, intolerable y el país entero se agitó en una sola consigna de resistencia y rebelión.

Recuerdo las jornadas memorables de Julio de 1931; el Ministerio que presidió Montero y en el que Blanquier se presentó como el gran cirujano de la economía; reducción de cargos públicos y de rentas, reducción de los gastos generales del presupuesto, plan estricto de economías. El país, acostumbrado a un lustro de opulencia y derroche, no pudo soportar un plan que dejaba al desnudo nuestra tremenda pobreza; el Gabinete Montero-Blanquier cayó. Entonces se produjeron los levantamientos estudiantiles; llegaban a Santiago las noticias de que miles y miles de cesantes venían por los caminos de Chile en dirección a la capital, especialmente desde las pampas salitreras (3). La muerte de Pinto Riesco, la huelga de brazos caídos de los profesionales; los sucesos en la Universidad.

Recuerdo aquella tarde en el salón de honor de la vieja casa universitaria. Barrenechea presidía la sesión (4). Yo era aún un estudiante secundario, pero una viva inquietud por los acontecimientos políticos me hacían participar en la asamblea. El ambiente estaba tenso como nunca; se sabía que el Gobierno estaba dispuesto a defenderse; había caído Pinto Riesco y muchos más; en las calles habíamos visto por nuestra experiencia cuáles eran las instrucciones que habían sido impartidas a Carabineros; sabíamos que ya no se trataba de un simple juego de estudiantes, sino que estábamos embarcados en algo muy serio, y que ofrecía graves peligros para nuestra seguridad personal. La sala estaba atestada de estudiantes y, posiblemente,

de uno que otro fisgón de la política. Eran voces excitadas hasta la pasión, gargantas que parecían reventarse para exclamar sus gritos de protesta; brazos que se agitaban enardecidos. Barrenechea, con voz fuerte pero sin estridencias, con lenguaje sobrio, elegante y sereno, dijo lo que tenía que decir, lo que todos esperábamos que dijera: los estudiantes aceptaban el reto de la autoridad; se constituirían en sesión permanente hasta que la dictadura fuere derribada; allí, en la Universidad, resistirían por la fuerza si se pretendiese desalojarlos. Era un líder, un gran líder. Entonces con ese rumor que comienza en la tierra leve, para ir poco a poco ampliando su sonoridad y su fuerza hasta convertirse en el huracán o en el terremoto, así esa tarde se oyó un rumor lejano que poco a poco fué adquiriendo cuerpo y volumen, hasta convertirse en una inmensa ovación, en la que los asistentes, transmutados por el júbilo, habían perdido el sentido de lo real y sólo veían flotar en el aula un inmenso nimbo de grandeza: eran los estudiantes de la Universidad Católica que se unían con sus compañeros de la de Chile. Los enemigos de tantas luchas estudiantiles se abrazaban ahora, sin reticencias, en una misma empresa de redención nacional y de sacrificio. Llegaban para ir juntos hasta el último extremo; juntos afrontarían los peligros y si era necesario morir, ¡morirían juntos!

La emoción de esos minutos es inenarrable. Hasta qué punto el calor y la simpatía humanas pueden hacerse tangibles. Hasta qué punto el corazón del hombre se mueve en un plano de sentimientos y de idealidades. Hasta qué punto podemos sentir, en nuestro propio ser, la corriente eléctrica de la emoción ajena y nuestra propia emoción. La hermandad: cuán hondo arraigo tiene este sentimiento en el corazón de los hombres! La vida los acostumbra a considerarse enemigos los unos de los otros, pero cuando una circunstancia excepcional los desnuda de sus egoísmos y deja al descubierto su naturaleza esencial, cuántos se sorprenden de encontrarse buenos y se emocionan hasta las lágrimas de sentirse hermanos.

Aquella tarde en la Universidad se produjo una de esas síntesis maravillosas en que un proceso de purificación pareciera haber obrado con mágica virtud. Católicos o no católicos; ricos o pobres; aristócratas y gente modesta, ¡qué importaban todas esas diferencias cuando se trataba de alcanzar el bien común de la convivencia colectiva: la decencia y la libertad!

En esos días que siguieron a los sucesos de Julio de 1931 y a la caída del General Ibáñez, los nuevos partidos políticos surgieron por decenas. Se inventaban los nombres más inverosímiles. Socialistas, había una cantidad, con todas las especificaciones.

Toda la actividad política contenida durante la dictadura pareció desatarse. La gente hablaba, hablaba; se oían discursos y más discursos; en las calles aparecían letreros de partidos y más partidos. Después vino la elección Presidencial y el triunfo de Montero y ese estado de efervescencia se aquietó un poco en su aspecto desordenado y vocinglero para ir encauzándose en corrientes de opinión que adquirirían un carácter más o menos estable. Así surgió el partido socialista; se reconstituyeron los partidos conservador, radical, liberal y demócrata y se organizó el partido comunista. Así quedaba constituido el mapa político de Chile en lo que se refiere a sus componentes: aun no existía la división de derechas e izquierdas;

(2) Partido Popular Cristiano.

(3) De 91.000 hombres empleados en la minería en Dic. de 1929, sólo 31.000 continuaban en sus empleos a fines de 1931.

(4) Julio Barrenechea, actualmente Embajador de Chile en Colombia.

Montero había sido elegido por los radicales, conservadores y liberales; más bien podía distinguirse entre los grupos marxistas y los democráticos; pero aun difícilmente podía hablarse de grupo respecto de los primeros, puesto que existían hondas diferencias y agresiva combatividad entre comunistas y socialistas.

Con Montero teníamos Gobierno Constitucional respetuoso de las leyes y de los derechos individuales; sin embargo, eso no era suficiente. Ciento de miles de cesantes inundaba nuestros centros poblados; nuestras exportaciones habían caído a un 20% de las cifras correspondientes a dos años antes (5); la disminución del poder comprador interno producido por la cesantía determinó una baja de los precios hasta límites que muchas veces llegaron por debajo de los costos de producción. Eran momentos en que el país parecía naufragar y no era bastante tener un capitán caballeroso; había necesidad de las medidas enérgicas, que permitieran salvar la crisis y endilgar al país por el camino de la recuperación.

En Junio de 1932 se produce el levantamiento militar de Marmaduque Grove que derriba al Gobierno de Montero. Después, los cien días del Gobierno de Dávila. Recuerdo la impresión que produjo la declaración de que en lo sucesivo el país no se denominaría solamente República de Chile, sino que «República Socialista de Chile». Esto guardaba una notoria similitud con «Repúblicas Socialistas Soviéticas». Muchos creyeron que en Chile se había implantado el régimen soviético. En esa época se dicta el decreto que crea el Comisariato General de Subsistencias y Precios, que confiere a este organismo facultades omnímodas en el control y precios de los artículos declarados de primera necesidad y de uso o consumo habitual y aun, en casos especiales, lo faculta para controlar la producción misma; el decreto que permite declarar a determinadas industrias en estado de sobreproducción, dejándolas sometidas al control del Estado en lo que se refiere a precios y demás, y muchos otros, de carácter intervencionista o de control del Estado en la economía. Ya en Abril de 1932, o sea en las postrimerías del Gobierno de Montero, se había dictado la Ley de Control de Cambios, que sometía al control del Estado todas las operaciones referentes al comercio exterior.

En Diciembre de 1932 se restablece el régimen constitucional con la elección de D. Arturo Alessandri Palma. Mientras tanto, ya al margen de los partidos o, más bien, por encima de ellos, se organizaba en Santiago una milicia civil que se denominó Milicia Republicana. Los sucesos de 1932 habían alarmado a la aristocracia criolla y a muchos otros elementos que no deseaban ver al Gobierno de la República expuesto a nuevos cuarte-lazos; decidieron, pues, organizarse como un cuerpo armado para defender por la fuerza si llegaba el

(5) La aguda caída de las exportaciones del país es impresionante: en 1930 ya habían caído al 58% del nivel del año anterior, y en 1932, su valor había llegado al 12% de 1929. Las exportaciones de cobre y nitratos se derrumbaron. De un promedio anual de 1.674 millones de pesos correspondientes a 1927-29, ellas se redujeron en un 89%, o sea, a 183 millones de pesos en 1932 (del libro: Chile, una economía en transición, de P. T. Ellsworth, profesor de Economía de la Universidad de Wisconsin, EE. UU., pág. 6).

Más adelante el mismo autor da el siguiente interesante dato: «En un cuadro preparado por la Liga de las Naciones que se refería a 39 países «representando cerca del 90% del valor total del comercio mundial», Chile encabezaba la lista que se refiere al porcentaje de disminución, tanto en el valor de las exportaciones e importaciones entre 1929 y 1932».

caso al régimen legalmente constituido. Alessandri apoyó durante su Gobierno a esta organización, que se formó al margen de las leyes y de la Constitución Política del Estado. Se le entregaron armas del Ejército y de Carabineros y los milicianos recibían una instrucción militar constante y montaban guardia permanente en su cuartel de Catedral.

Durante los años en que la milicia existió, las juventudes fueron objeto de una fuerte presión, ya sea a favor o en contra de la organización. En los colegios, liceos y universidades se hacía una activa propaganda para que los jóvenes ingresaran a la Milicia; sin embargo, los comunistas y socialistas se esforzaban en demostrar que ese cuerpo armado no obedecía al deseo de resguardar el orden constitucional, como se pretendía, sino que a los propósitos de la oligarquía de sojuzgar al pueblo, preparando al país para un régimen nazista y de persecución a todos aquellos que pedían una reforma del actual estado de cosas y la liberación del proletariado del yugo capitalista. En las oficinas públicas y privadas, los empleados eran objeto también de una constante presión de sus jefes o empleadores para que decidieran su ingreso a la Milicia; pronto se comenzó a considerar para los ascensos o nombramientos, si el postulante era o no miliciano; la Milicia empezó a adquirir un carácter similar a la masonería.

Es evidente que esta situación no podía durar mucho tiempo, ya que la existencia de ese cuerpo armado civil era vejatorio para nuestras fuerzas armadas. Fue así como, por iniciativa de sus propios jefes y cuando se estimó plenamente restablecido el orden constitucional, las milicias republicanas se disolvieron.

La Administración de don Arturo Alessandri Palma nació bajo el signo de la buena estrella. Comenzaba entonces, en todo el mundo, el movimiento de recuperación económica, adelantado, principalmente, por las oportunas medidas del Presidente Roosevelt en los Estados Unidos de Norteamérica. No hay más que ver cuadros estadísticos mundiales de esos años para comprobar que la recuperación económica—aumento de la producción, mayor actividad del comercio internacional, mejoría de los precios, disminución de la cesantía—no fué un fenómeno sólo de Chile, sino que fué seguido por Chile en un exacto paralelismo con los índices de mejoramiento de los principales países del mundo. Y ello se explica fácilmente, puesto que nuestra economía es fundamentalmente subsidiaria de los mercados extranjeros. Sabemos en qué grado nuestra economía depende de las exportaciones de salitre y cobre, que constituyen alrededor del 80% del total de nuestros embarques al exterior y de nuestras disponibilidades de divisas, y que son, al mismo tiempo, la vida de las provincias del norte, que constituyen, por su lado, un poder comprador necesario para la producción industrial y agrícola del resto del país. Es así que una sustancial reducción de esas exportaciones acarrea todo género de trastornos. Alessandri—y el país, por supuesto—se benefició con el rumbo favorable que desde 1933 comenzaron a tomar los negocios mundiales y el estado económico general del mundo, después de haber vencido a la

más terrible de las crisis (6). Al hacer un análisis de su Gobierno no se puede prescindir de ese hecho: la recuperación económica de Chile no se debió únicamente a la acción de aquél; se debió en un alto porcentaje al movimiento de recuperación económica mundial. No podemos, sin embargo, menospreciar la labor que se cumplió durante la Administración del señor Alessandri, que en muchos aspectos fué brillante. Se adoptaron diversas medidas de emergencia de gran efecto, hubo el suficiente control sobre los gastos públicos como para permitir que el país viviera con sus presupuestos financiados y aun nos pudimos dar el lujo de llegar a un convenio de reanudación del servicio de nuestra deuda pública, ampliamente satisfactorio para los intereses nacionales; se hicieron también numerosas obras públicas—fué uno de los recursos que se utilizó para absorber la cesantía—, de las cuales cabe mencionar por su importancia, en la capital, el Barrio Cívico, el Estadio Nacional y la Escuela de Derecho; sobre todo se puso fin a la inestabilidad política que había prevalecido en los dos últimos años, llevándose seguridad a los negocios privados y consiguiéndose prestigio para Chile en el exterior (7). En lo demás, el país siguió su antigua rutina. La intervención del Estado en los asuntos económicos se limitó al máximo. Se cuenta que al ofrecer el cargo de Comisario General de Subsistencias y Precios, Alessandri le formuló como única exigencia al elegido, que procurara hacer lo menos posible. No se llegó, sin embargo, a la supresión de ese organismo, que ha llegado a constituir la expresión más flagrante del intervencionismo estatal y alrededor del cual se han dado más tarde campañas políticas enteras. Hay que considerar, eso sí, que el firme movimiento de recuperación económica durante la Administración Alessandri y la ausencia de términos bruscos en el movimiento de los precios o de perturbaciones en el movimiento de mercaderías y comercio en general, hicieron prácticamente innecesario adoptar medidas especiales de control, como se ha debido hacer con ocasión de las perturbaciones provocadas en los últimos años por el conflicto mundial.

Durante la Administración Alessandri anotamos los siguientes fenómenos políticos de importancia: surge el partido nazi, dirigido por Jorge González von Marées; la izquierda adquiere unidad y consistencia en la oposición y forma el Frente Popular, y dentro del Partido Conservador, su juventud enfoca con criterio propio, de avanzada social, los problemas del momento, y alcanza libertad de acción.

Los acontecimientos mundiales, especialmente europeos, influyen en nuestro panorama político. Hitler toma el poder en Enero de 1933, como Primer Ministro del Reich, y comienza su gran esfuerzo de rearme, que le permite absorber la desocupación obrera y dar una apariencia de prosperidad económica. Sin embargo, más que los pro-

gresos económicos de Hitler, son sus teorías políticas y sus métodos de acción los que despiertan mayor entusiasmo en ciertos sectores; son ellos, en realidad, los que adquirieron un valor universal. Por otra parte, en Francia y en España se organizan los Frentes Populares, que nosotros no tardamos de copiar.

¡Qué de confusión para un joven en esos años, que recién tiene que adoptar una actitud frente a la política!

Dos grandes experimentos, con ambiciones universales, en su pleno desarrollo: experimentos brutales, que significaban un trastorno total de lo existente; un estado de descomposición en las naciones que debían dar la solución de elegancia y equilibrio—la razón apoyada por la experiencia— y como expresión de una cultura y una civilización que tanto habían dado al mundo y que merecían al menos alguna defensa; en esto último, para ser exactos, hacía excepción Inglaterra, aunque, para extremar la exactitud, Inglaterra no podía significar para nosotros lo que Francia y España. Los Estados Unidos de América nos impresionaban por su grandeza material, pero no nos decían nada al espíritu; el hombre parecía absorbido allí por la técnica y encerrado en una gran máquina de producción; exponente máximo del sistema liberal capitalista, no ofrecía al mundo ninguna formulación que le permitiera abrigar esperanzas de un mejor futuro y que diera a las masas respuesta a sus angustiosos problemas. Los millones de cesantes que había en Estados Unidos parecían estar indicando la incapacidad de esa nación para resolver satisfactoriamente sus asuntos domésticos; mal podía, en consecuencia, dar soluciones para los problemas de los demás. Latinoamérica era un grupo de países de economía semi-colonial, abastecedores de materias primas y sin ninguna industrialización, donde las dictaduras continuaban predominando y actuando en plena libertad los imperialismos extranjeros. Se formulaba así para la juventud, como idea matriz de cualquier política, el anti-imperialismo. En el Perú, el Aprismo parecía haber alcanzado una expresión autóctona, y con ciertas pretensiones continentales, de los problemas económicos sociales. Pero el aprismo giraba en gran medida alrededor del problema indígena, cuyas modalidades eran distintas del problema obrero chileno. Tampoco teníamos nosotros las añoranzas de la Cultura incaica, que hacían valer los peruanos.

En Chile la solución no estaba en los partidos tradicionales, respetables por su tradición democrática y por lo que tenían a su haber en el desarrollo cultural e institucional de la República. No era difícil comprobar que esos partidos no respondían a las necesidades del momento: sus promesas se habían formulado en relación con problemas y realidades de otras épocas y durante treinta años, desde la revolución de 1891 hasta la Administración Alessandri, a pesar de los inmensos recursos que había proporcionado al país el salitre, esos partidos se habían demostrado incapaces de realizar una labor creadora en un sentido de engrandecimiento patrio y que diera satisfacción a las apremiantes necesidades del pueblo. Esos partidos se oponían a cualquier cambio fundamental en el orden existente y en el hecho los partidos Conservador y Liberal no eran otra cosa que la representación política de la aristocracia chilena y de la burguesía capitalista.

El nazismo chileno, presidido por Jorge Gonzá-

(6) El volumen físico de las exportaciones, cuyo índice alcanzó el punto menor de 13 en Noviembre de 1932 (1927-29=100) aumentó extraordinariamente al año siguiente, llegando a 68, en Diciembre de 1933.

(7) Para conseguir mayores entradas, se aumentó la mayor parte de los impuestos. Los derechos de aduana se aumentaron en un 50%, a partir de Marzo de 1933. Como una de las medidas de emergencia a que recurrió el país para absorber la cesantía, merece destacarse lo relativo al funcionamiento de los lavaderos de oro, que en Marzo de 1933 ocupaban 40.474 cesantes. También se estimuló la actividad constructora, mediante una ley que eximía de contribuciones por el término de 10 años a las nuevas edificaciones.

lez von Marées, que había aparecido en Chile en el año 1933, llegó a captar numerosos elementos de juventud, entre los cuales había muchos de gran valía; su actitud fué violenta en contra de la izquierda y también en contra de la derecha; la Universidad fué varias veces sorprendida por verdaderos asaltos de grupos nacistas, que trataban así de desmotrar su decisión de imponerse, aun en los medios en que una mayoría contraria era evidente. Trataban de impresionar así por su arrojo y su espíritu de lucha. Jorge González von Marées, se creía un predestinado. Cuando sus consejeros trataban de disuadirlo de algo que se estimaba erróneo o perjudicial para la marcha del Movimiento, él terminaba sus razones con una sentencia decisiva: «además, es mi intuición». Los sucesos del 5 de Septiembre demostraron el peligro de dejarse guiar por intuiciones y en esa fecha el Partido Nacional Socialista de Chile y Jorge González von Marées como líder político habían dejado de existir.

En cuanto al socialismo, la experiencia que había dejado la aventura socialista de 1932 era bastante para que no se deseara su repetición. Sin embargo, prescindiendo del partido socialista y de sus hombres, todos sabían que éste era el siglo del socialismo y que el socialismo como idea continuaría orientando las reformas económicas.

¡Cómo hemos visto de cambios en tan pocos años! El fracaso de los Frentes Populares en Francia y en España: el triunfo, apogeo, fracaso y ruina del fascismo y el nazismo; la consolidación y triunfo del régimen popular soviético; los partidos comunistas del mundo descubiertos como sectas de una organización internacional, que más que fundirse con los intereses proletarios, se confunde en la actualidad con los intereses del imperio ruso; la destrucción del imperio japonés; la formulación de las teorías continentales y el planteamiento de una política panamericana llevada hasta las últimas consecuencias de la acción práctica; el triunfo del Aprismo en el Perú, sin que ello haya significado un cambio fundamental como se esperaba; la creación de nuevos regímenes dictatoriales en América; el proceso rápido de industrialización, especialmente en Brasil, Argentina y Chile; y en medio de todo eso, un pozo de seis años de sangre y de muerte. Es como si en una decena hubiera transcurrido un siglo, y recién debemos comenzar a actuar para salir de las tinieblas a la luz.

Pero no hagamos deducciones todavía de la hora presente. Estamos en la Administración Alessandri. Es el año 1938, el último año de su Gobierno. Las próximas elecciones presidenciales y la presentación de la candidatura de don Gustavo Ross Santa María—candidato de los partidos de derecha—exacerba las pasiones políticas hasta un grado pocas veces visto en la historia de Chile. El 21 de Mayo de ese año, en la ceremonia de apertura de las sesiones del Congreso se produce un tumulto y diputados izquierdistas son apaleados por la fuerza pública. La lucha política ha adquirido el ardor de la dignidad personal herida. La izquierda se une férreamente alrededor del candidato radical don Pedro Aguirre Cerda y está tan convencida de que es mayoría en el país que se dispone a no dejarse arrebatar el triunfo, llegando, si es preciso, a cualquier extremo para conseguirlo.

El país se veía amenazado por una guerra civil.

Por un lado un candidato profundamente odioso al pueblo, que había hecho gala—a juzgar por las anécdotas que circulaban en esos días—de desprecio a las clases populares y de un tecnicismo económico que sólo ofrecía la frialdad cadavérica de los números, representante genuino de la aristocracia criolla y del gran capital; por otro, el abandonado de las fuerzas populares, pero que aparecía envuelto en una bandera ya desprestigiada—desprestigiada en Francia y en España—: el Frente Popular, cuya formación se atribuía a una consigna internacional comunista.

En esas condiciones llegamos a la fecha trágica y memorable del 5 de Septiembre de 1938.

Eran las doce de la mañana cuando se oyeron los primeros tiroteos. Inmediatamente se extendió por la ciudad la noticia de que había estallado la revolución. El edificio del Seguro Obrero Obligatorio, que queda enfrente de la Moneda, y la Casa Universitaria, ubicada en la Alameda de las Delicias, también a pocos metros de la Casa de Gobierno, habían sido tomados por los facciosos. Al apoderarse del Edificio del Seguro dieron muerte a un carabinero, que estaba de guardia en ese sitio. Desde dentro se defendieron a tiros de las fuerzas de carabineros que pretendían desalojarlos. Pronto apareció un regimiento de ejército. Todo el mundo pensó que venía en ayuda de los amotinados. Esa fué también la creencia de éstos. Pero no, el Ejército venía a defender al régimen constituido y a obedecer las órdenes del Gobierno. A la una los dos centros de rebelión estaban sofocados. Los muchachos de la Universidad fueron trasladados al edificio del Seguro y allí fueron todos masacrados.

Los 53 mártires del Seguro Obligatorio habían sido engañados por su Jefe, Jorge González von Marées, líder del nazismo chileno, quien les aseguró que tenía comprometidas a algunas unidades del Ejército. La verdad es que González, por precipitación, se engañó a sí mismo, y existiendo posiblemente algunas conversaciones informales con jefes militares, creyó que la acción de los muchachos en la Universidad y en el Seguro Obrero determinaría el pronunciamiento militar que él esperaba. De todo, quedó solamente un inmenso crimen impune y un espanto de horror en la conciencia de los chilenos. La represión había sido salvajemente violenta. Los amotinados no habían sido muertos combatiendo; habían sido masacrados una vez rendidos; los que estaban en la Universidad fueron, por lo demás, trasladados al Seguro a la vista de todos, en los trescientos metros que separan a ambos edificios. De éstos, por lo menos, había la plena seguridad de que habían entregado las armas, sometiéndose a la autoridad y las gentes se preguntaban por qué no estaban vivos para responder de sus actos ante la justicia. Conocí a varios de ellos y sé que actuaban movidos por ideales—equivocados—, pero ideales siempre. Vi también cómo reaccionaba la derecha: estaban bien muertos; que sirviera de escarmiento para los demás. ¿Y la justicia, y los derechos humanos, y los principios de humanidad, y el espíritu cristiano? ¡Ah, todo eso eran sensiblerías; el que quería correrse el albur, que pagara las consecuencias! Así llegamos a las jornadas eleccionarias de Octubre de 1938.

En el Partido Conservador, mientras tanto, dentro de su juventud, se gestaba un movimiento que ya había venido siendo conocido por la opinión pública. Querían hacer del cristianismo—inspira-

ción de una acción política—una realidad en el terreno de los hechos y principalmente en la economía. Las encíclicas Rerum Novarum y Quadragésimo Anno daban la pauta. Había que superar la división artificial del país en derechas e izquierdas; el fascismo y nazismo eran tan falsos como el comunismo; a la concepción materialista de la vida oponía la concepción cristiana, espiritualista; las clases trabajadoras debían obtener a toda costa un mejoramiento en sus condiciones de vida; la economía debía organizarse para que los intereses colectivos, y especialmente el de las clases más modestas, estuvieran en todo momento resguardados; querían un ejecutivo fuerte, inspirándose en la tradición portaliana; una depuración de la política; mover las energías nacionales alrededor de grandes objetivos de bien público; y lograr así, unidos todos los chilenos, la grandeza de la patria.

La Falange Nacional condenó los luctuosos sucesos del 5 de Septiembre y, en cuanto a la lucha presidencial, manifestó su disconformidad con la candidatura de don Gustavo Ross, que acentuaba la separación de la ciudadanía chilena, y al efecto propuso a la Directiva Conservadora una quina de candidatos, formada por nombres de indiscutible prestigio, que, según ella, podían salvar decorosamente el momento político.

El Consejo de la Falange no fué, por supuesto, oído por la Directiva Conservadora. Las cartas ya estaban jugadas. El predominio derechista de

los seis años de la Administración Alessandri debía continuar con un Gobierno que les perteneciera aun más íntegramente. Se hacía gran cuestión de las condiciones de financista de don Gustavo Ross, como si en una campaña política en los tiempos que corren se pudiera prescindir de la parte afectiva que mueve a las muchedumbres y a los hombres.

La elección dió el triunfo a don Pedro Aguirre Cerda y ello dió la razón a la tesis falangista. Sin embargo, luego se levantaron voces para responsabilizar a la Falange del fracaso del candidato de la Derecha. En realidad, el margen de diferencia en el número de votos obtenido por uno y otro candidato fué estrecho (8) y se supuso que si los jóvenes conservadores hubieran actuado con mayor decisión y entusiasmo, dicho margen pudo haber sido cubierto. Se decretó la reorganización de la Juventud, sobre la base de quitarles la autonomía en que habían venido desarrollando sus actividades. Esto no fué aceptado por sus dirigentes, quienes declararon la independencia del Movimiento, que en lo sucesivo actuaría con la denominación de Falange Nacional.

(8) D. Pedro Aguirre obtuvo en el primer cálculo general la cantidad de 222.581 votos y don Gustavo Ross, 218.808, lo que significa una diferencia de 3.673 votos. Hay que considerar que la Falange Nacional, después de separada del Partido Conservador, ha demostrado poseer una fuerza electoral superior a 15.000 votos.



PANORAMA INTERNACIONAL

TRIUNFA EL M. R. P. EN FRANCIA

Las elecciones generales realizadas en Francia el 2 de Junio, han tenido un halagador resultado para el Movimiento Republicano Popular, el que ha pasado a ser el movimiento político mayoritario de Francia, con más de 160 diputados.

Este triunfo del M. R. P. adquiere mayor importancia si se considera que en esta oportunidad se presentaba también a la lucha electoral el partido conservador, representante del sector derechista católico, recién reorganizado, bajo el nombre de Partido Republicano de la Libertad, razón por la cual los observadores estimaban que el M. R. P. vería disminuida su representación parlamentaria en relación con la obtenida en las últimas elecciones en las que habría obtenido los votos de aquel sector. Los hechos han demostrado lo contrario, el M. R. P. no sólo no disminuyó su representación, sino que la aumentó sustancialmente, pasado a ser el partido más fuerte de Francia. El Partido Republicano de La Libertad, por su parte, obtuvo poco más de 60 diputados.

Este magnífico triunfo del movimiento que representa las ideas social cristianas en Francia, no es sino una repetición del logrado por este partido al obtener recientemente el rechazo del proyecto de Constitución elaborado por la mayoría socialista-comunista entonces existente en la Asamblea Constituyente. El M. R. P. consiguió evitar en esa oportunidad que, bajo apariencias democráticas, se iniciara en Francia la preparación del camino hacia una dictadura partidista.

El proyecto de Constitución sometido a plebiscito, al establecer el sistema unicameral, despojando de toda autoridad propia y eficaz a los poderes ejecutivo y judicial, significaba prácticamente que, tarde o temprano, uno de los partidos mayoritarios, conquistando la mayoría en la Cámara única, adquiriera el control total y absoluto de la vida del país.

Tal era, a no dudarlo, el objetivo del Partido Comunista al presentar el referido proyecto de Constitución. Confiados en su creciente influencia sobre el electorado, alcanzada mediante su gran disciplina y potente propaganda, los comunistas esperaban alcanzar la mayoría en la Cámara única y convertirse así en los amos de Francia.

La política francesa habría sido de este modo una proyección fiel de las consignas rusas, como sucede en el caso de Polonia, destruyéndose de manera definitiva toda posibilidad de convivencia democrática entre los estados de la Europa Occidental.

No habría sido ello un simple incidente político de gran magnitud; para los pueblos de Occidente habría significado una catástrofe de caracteres insospechados. Francia, con brillo e influencia inigualados, ha sido la conductora del pensamiento humano durante siglos, y para el mundo cristiano representa hoy día, como tantas veces durante la Era Cristiana, la más grande esperanza y la más elevada orientación. Todo esto habría naufragado en una lucha trágica por recuperar condiciones de libertad y de dignidad en la convivencia política.

La misma idea de democracia habría sufrido su más grande derrota moral, pues, en medio de la

lucha de los grandes, los que creen que es posible obtener la justicia sin renunciar a la libertad, miran hacia la gran nación torturada para ver en ella el surgimiento de la verdadera condición del espíritu en el porvenir.

Y Francia no los ha defraudado: el triunfo del M. R. P. es una victoria del ideal cristiano como inspirador de una política popular y democrática, que aspira a realizar la justicia sin negar la libertad. Francia sigue siendo guía de la humanidad.

ALEMANIA EN AGONIA

Nadie puede, en el mundo americano ignorar lo que sucede en Alemania. No sólo en Francia el dinamismo extraordinario de la influencia comunista hace peligrar la posibilidad de toda paz y de toda forma democrática de convivencia humana e internacional.

En Alemania ocupada por los rusos sólo hay clamores de agonía; la pastoral conjunta de los Obispos alemanes y la pastoral de los Obispos de la zona Este, bajo mando soviético, hablan de gigantescas persecuciones brutales en dicha zona, de absoluta ausencia de libertad religiosa, y de un cuadro sólo comparable al más tiránico estado de la opresión nazi.

Algunos gobiernos aliados han pretendido ignorar estas condiciones existentes en la zona alemana ocupada por Rusia, y sólo la Iglesia Católica levanta su voz en estos momentos para reivindicar los derechos ultrajados de millones de hombres y mujeres, entre los cuales hay ciertamente, muchos culpables; pero que en su gran mayoría no son sino muchedumbres de inocentes que han pasado de una dictadura a otra, de una opresión brutal, a otra brutalidad organizada.

Sin embargo, el cable nos enseña que el intento de ignorar estas cosas no puede sino fracasar. Bajo la presión rusa, se ha forzado a los social demócratas alemanes de la zona Este a aceptar su fusión con el Partido Comunista Alemán, en el Socialismo Unificado.

Si los gobiernos occidentales reconocen y aceptan la imposición de tal fusión en sus respectivas zonas de ocupación, sobre todo en la británica, el predominio comunista y la influencia rusa serán incontrarrestables en todo el territorio alemán.

Es así como vemos, sobre las ruinas del nazismo y sobre la agonía de un pueblo, reproducirse con caracteres de mayor peligro el final de la guerra mundial de 1914; porque es imposible que en tales condiciones se encuentre, entre las potencias aliadas y victoriosas, punto alguno de acuerdo honorable para crear la paz.

LAS ELECCIONES EN HOLANDA

En las elecciones efectuadas recientemente en Holanda, triunfó por un amplio margen el Partido Católico, el que obtuvo 32 asientos en la Cámara Baja. El Partido Laborista (Arbeid) obtuvo 29; el Anti-Revolucionario 13; el Comunista 10; la Unión Cristiana 8; el Partido de la Libertad 6; y el del Estado Reformado 2.

El Partido Católico ha demostrado que continúa siendo el más poderoso del país (en la antigua Cá-

mara, elegida en 1937, tenía 31 representantes). Debe, sin duda, este éxito al hecho de que ha tenido el tino suficiente para adaptarse a las variables circunstancias producidas durante la guerra y post-guerra. Así ha evitado implicaciones con la alta finanza y parece más dispuesto a entenderse con la izquierda que con la derecha, como quedó de manifiesto en los debates sobre el problema indonesio, materia en la cual se demostró partidario, junto al Gobierno Laborista, de la igualdad de tratamiento entre Holanda y sus posesiones de ultramar, liquidándose el sistema colonial de la pre-guerra.

El Partido Laborista, formado después de la liberación y que gobernó a Holanda desde entonces hasta estas elecciones, comprende elementos de diversos matices: antiguos socialistas, grupos protestantes de resistencia y elementos católicos, entre los que cabe destacar los de la asociación Christofoor, grupo católico formado durante la resistencia. Los comunistas fueron expresamente excluidos de este partido.

A estos dos partidos conjuntamente, corresponderá probablemente la pesada tarea de formar y dar Gobierno a Holanda en la dura época de la post-guerra. Su composición y la calidad y patriotismo de sus dirigentes, hacen esperar que el éxito los acompañe en su gestión.

LOS DEMOCRATAS CRISTIANOS EN FAVOR DE LA REPUBLICA EN ITALIA

El Partido Demócrata Cristiano, el más poderoso partido autónomo de Italia, ha votado en proporción de tres a uno a favor de la República, en una reciente convención celebrada en Roma como preparación para las elecciones generales y el plebiscito próximos. De 1.061.500 miembros, 730.500 votaron en favor de la República y 252.080 contra ella; se abstuvieron de emitir su voto 53.500.

«Una pérdida en esta batalla electoral por el Partido Demócrata Cristiano significaría no solamente la pérdida de las elecciones, sino también la de la civilización y la cultura del pueblo italiano», afirmó el Premier Alcide de Gasperi, Premier del actual Gobierno Italiano y figura central de la convención.

Al hablar de la lucha del materialismo contra la Iglesia, el Premier de Gasperi dijo: «El marxismo se basa en la dialéctica materialista que niega la concepción de la vida tal como la Iglesia la defiende. No sabemos en qué medida esos principios materialistas inspiran a los partidos del presente. Aunque es cierto que ellos no repiten la frase gastada de que la religión es producto y reflejo de la opresión económica, tampoco podemos estar completamente tranquilos ante las elásticas declaraciones que uno u otro de los partidos hacen en relación a los católicos y creyentes en general. El hecho es que no se sabe hasta qué punto esas declaraciones siguen la línea de las concepciones tácticas de Lenin, tantas veces mencionadas en sus escritos.

«Esperamos de corazón que se hallarán soluciones pacíficas a esos problemas; entre tanto debemos demandar una garantía sólida, y esa garantía únicamente existe bajo el amparo de una Democracia Cristiana, que deseamos triunfe en Italia. Debemos, pues, estar alertas contra la indiferencia de las gentes y más aun de las leyes y de los actos del Gobierno, ante la concepción espiritual de la vida».

De Gasperi rindió, además, un caluroso home-

naje a Luigi Sturzo, fundador del partido, quien prefirió el exilio voluntario a vivir bajo el régimen dictatorial fascista, habiéndose radicado en Estados Unidos desde 1926.

GABRIELA MISTRAL DEFIENDE A ITALIA

Gabriela Mistral, nuestra gran poetisa, ganadora del premio Nobel de Literatura, en un artículo escrito para la revista «People and Liberty», que publica en Nueva York la Asociación Nacional de Italo-Americanos, advierte que Italia, «uno de los pilares del clasicismo europeo», no podrá mantener sus altas enseñanzas si se la reduce a la miseria.

«Las enseñanzas de sus escuelas,—dice,— lo mismo que las enseñanzas de su arte, perecerían en la miseria. Y esto equivaldría a una nueva regresión del humanismo. Los intelectuales de Occidente se aprestan a defender la cultura humanista y cristiana del Viejo lo mismo que del Nuevo Mundo; son muchos los que añelan que Europa abrace el lema del Humanismo Cristiano de Jacques Maritain. Pues bien, para alcanzar ese ideal, la colaboración de Italia tiene importancia máxima».

Afirma la ilustre escritora que es evidente que no se puede culpar a la mayoría de los campesinos y labradores de Italia por el fascismo que avasalló a su patria, agregando: «La obra de Don Sturzo, que busca explicar el contenido social del cristianismo, redime a Italia en gran parte del error de quienes cayeron de rodillas ante el totalitarismo pagano».

«Una mujer que ha sufrido el maltrato de los fascistas, tiene el derecho de lanzar esta advertencia y a hablar en favor de la Italia liberada. Mis palabras son puras. Cuatro o cinco naciones de Latino América han decidido permitir una inmigración en gran escala de Italia, porque creen y confían en el genio grandioso del pueblo italiano, en su facultad creadora».

PARTIDO SOCIAL CRISTIANO TRIUNFA EN ALEMANIA

Las fuerzas social cristianas han logrado una rotunda victoria en la zona americana de ocupación en Alemania, en las últimas elecciones.

La Unión Social Cristiana, apoyada por católicos y protestantes, superó ampliamente a los socialistas y comunistas.

Aunque tanto la Iglesia Católica como la Protestante se mantuvieron oficialmente al margen de la campaña, el Partido Social Cristiano gozaba del apoyo decidido de líderes de ambos grupos que desean ver que, por encima de diferencias confesionales, los principios cristianos prevalezcan en la vida pública.

En las regiones católicas el núcleo del nuevo Partido Social Cristiano está formado por los miembros del antiguo Centro Alemán, que floreció antes del advenimiento del nazismo. El Partido Social Cristiano, al que los comunistas denominan «reaccionario», defiende un programa de reformas profundas, como la propiedad colectiva de ciertas industrias, una legislación social avanzada, y el amplio programa pontificio para la promoción de la paz en las relaciones internacionales.

En estas materias los católicos y los protestantes encuentran su colaboración fructuosa, sin que asomen prejuicios religiosos. Después de haber demostrado la fortaleza que les permitió sobrevivir a la persecución nacional-socialista, los fieles de ambas creencias infunden en el nuevo partido su determinación de no dejarse avasallar por un nuevo totalitarismo de izquierda.

BERTRAND RUSSELL: *Una Historia de la Filosofía Occidental*.

No podía creerlo pero lo he confirmado en dilatada y penosa rebusca a través de 76 capítulos y 895 páginas, después de haber leído el recién aparecido libro de Bertrand Russell: *Una historia de la filosofía occidental. Y sus conexiones con las circunstancias políticas y sociales desde los primeros tiempos hasta hoy día*. Este genial matemático y filósofo inglés que ha escrito unos 50 volúmenes con temas que abarcan desde lo más intrincado de la ciencia hasta el *matrimonio y la moral*, ha hallado la manera de *mencionar a la América Latina una sola vez*, muy de pasada y con tono algo despectivo. Ocupándose de la filosofía política de Aristóteles dice en la página 190, que las «revoluciones eran tan frecuentes en Grecia como hasta hace poco en América Latina», y asocia, en cierto modo, a las dos con el conflicto eterno entre *oligarquías y demócratas*.

No menciona en parte alguna a Bolívar, pero tiene largos párrafos para el general Smuts, de Sud Africa, y otros personajes europeos o británicos de igual trascendencia histórica... El vocablo *Suramérica* aparece tres veces en esta obra que pretende ser una revisión de la historia occidental con énfasis en la filosofía. En la página 538, para decirnos de la época en que *los occidentales europeos* habían conquistado buena parte del mundo, incluso Suramérica. En la página 739, por boca de Hegel, cuando este filósofo alemánísimo predijo que «el peso de la historia del mundo se revelará en América, tal vez en una lucha ENTRE NORTE Y SUR-AMERICA». Y en la página 809 en que usa la expresión geográfica Suramérica para ubicar allí a un personaje (Jones) alrededor del cual trata de explicar el concepto filosófico de Bergson acerca de lo *objetivo* y lo *subjetivo*.

Analizando la *Utopía*, de Platón, hace una referencia, de tres palabras al Imperio de los Incas. Menciona dos veces a *México* y *Perú*, en el prólogo, para decir que los españoles hallaron en esos dos países sistemas parecidos al de Egipto, y en la página 620, cuando afirma que en la pre-colonia hubo en México y Perú emperadores-dioses, como el del Japón. En la página 327 menciona, por cuarta vez, el solo nombre de México diciendo que «la filosofía de John Dewey ha de ser especialmente apreciada por los elementos progresistas de países como China y México». *Brasil* aparece una sola vez, en una enumeración de países donde la monarquía desapareció en determinadas circunstancias. Nada de lo americano que no habla inglés parece tener importancia para Bertrand Russell. Fué una suerte que el día mismo en que cerraba este libro se anunciara que mi gran compatriota Gabriela Mistral había sido honrada con el Premio Nobel de la Literatura; así sabemos que hay alguien en esa Europa de Russell que considera que la América Latina también forma parte del *Occidente* y ha hecho, y sigue haciendo, algún aporte a su cultura.

España no sale mejor tratada en este ensayo ruseiano; pero si se considera lo que España significó en más de 30 siglos de la vida humana es más notoria la menesterosa mención. Parece que para Russell no sólo la Europa, sino que el occi-

dente termina en los Pirineos aunque cruza el Atlántico si a este lado se habla inglés. El descubrimiento y conquista de América no merece capítulo; apenas si hay referencias a esa proeza española como incidente de algún otro tema que tiene mayor importancia para el autor. Ni un solo nombre del arte, la filosofía o la cultura española de todos los tiempos, halla uno en estas páginas.

Ni siquiera Cervantes logró penetrar en este rol de la cultura occidental. En cambio, están ahí Stendhal, Tolstoy, Goethe, Shakespeare y una docena de otros no ibéricos. A Byron lo encontramos elevado al rango de un escritor que es a la vez una filosofía en acción. Hay un capítulo entero dedicado a este Byron filósofo; un capítulo, como lo tienen Bacon, Leibniz, Spinoza, Kant y Karl Marx... Grocio tiene su galardón; pero no se hace mención del español Francisco Vitoria. Carlos V y Felipe II se deslizan en muy modestos sitios, casi a la altura de Alfonso y Fernando II de Aragón, que suben en importancia porque reinaron en Italia... Los españoles más destacados, si uno hubiera de informarse por *Una historia de la filosofía occidental*, serían Avisena y Aberroes, porque hay un capítulo dedicado a la *Cultura y filosofía mahometana* en que, forzosamente, había que ocuparse de España. Santayana es un caso aparte; nació en España pero vivió y enseñó en Estados Unidos y escribe en inglés; tiene, por lo tanto, un sitio de honor. Los fundadores españoles de la Orden de Santo Domingo escaparon al olvido total, así como algunos episodios de la historia española que son parte demasiado integrada en los anales del resto del *occidente* de Russell, tal como la contra Reforma, la Inquisición y el advenimiento de la monarquía absoluta.

Hay, en cambio, pocos libros sobre filosofía en que los Estados Unidos aparezcan más de realce que en éste. Fué sin duda la admiración por John Dewey la que aumentó la curiosidad e interés de Russell por la filosofía americana. La analiza, desde Emerson hasta Dewey, pasando por William James y Santayana, con respeto que no es común en un autor que vacía en este volumen, como en sus otras obras, su inclinación iconoclasta y su juicio sardónico.

De todas manera el libro de Russell es algo monumental; su erudición es inmensa, la exposición clara y amena; tendrá que ser leído, como alguien escribió, hasta por sus muchos enemigos, quiéranlo o no. No he intentado un estudio crítico. Esta crónica sólo quiso señalar algunas extrañas y algo irritantes omisiones; en otro artículo me ocuparé de lo que contiene. Me habría gustado, si se me permite decirlo, que se hubiera publicado bajo un título más exacto. Este por ejemplo: *Una historia de la filosofía occidental según las predilecciones y prejuicios de Bertrand Russell*.

* * *

Todos los filósofos que existieron en los 26 siglos que abarca el bosquejo de Bertrand Russell, se puede dividir en dos grandes categorías: los que procuraron fortalecer los lazos sociales y los que trataron de relajarlos; los primeros podrían denominarse *disciplinarios*, los segundo *libertarios*.

Aquéllos adhieren al dogma y se separan de la ciencia que exige la prueba empírica incompatible con el dogma; la felicidad no está para ellos tanto en lo bueno como en lo noble y lo heroico; han simpatizado con el aspecto irracional de la naturaleza humana, porque les pareció que la razón era destructora de la cohesión social. Los libertarios se inclinan, por el contrario, a lo científico, lo utilitario y lo racional; desdeñan la violencia y se alejan de lo religioso. *La filosofía disciplinaria y la libertaria partieron en conflicto desde Grecia y están en conflicto hoy día.*

Russell, no toma partido entre ellas; cree que las dos son, en parte, correctas y en parte incorrectas. Nos dice en su introducción lo que todos sabíamos: «La cohesión social es necesaria, pero la humanidad no ha logrado jamás imponerla por el mero razonamiento. Toda comunidad está expuesta a dos peligros: de un lado la esificación causada por demasiada disciplina y reverencia por la tradición; del otro, la disolución, o conquista extranjera, producida por el crecimiento del individualismo y de la independencia personal que hace imposible la cooperación».

Según Russell, todas las civilizaciones importantes han pasado por las dos etapas, más un período brillante y genial, en que las dos tendencias se hallan en equilibrio; luego el sistema rígido y supersticioso cede al mal disolvente que lo invade; sobreviene la anarquía y se hace necesaria otra tiranía que «produce una nueva síntesis basada en un nuevo sistema dogmático». Para Russell, el liberalismo que tiene sus simpatías, pero no parece penetrar por entero sus convicciones, constituye el intento humano de *escapar de esa oscilación sin fin*, lo que procura esencialmente es establecer un orden social que no se base en dogmas irracionales y asegurar su estabilidad sin más restricciones que las necesarias para la *preservación de la comunidad*. Russell no está cierto de que ese orden será logrado: «sólo el porvenir lo determinará», escribe.

No sólo respecto del liberalismo abunda Russell en elogio crítica y duda; este hombre con una reputación de ideas netas y definidas, y de verba cáustica para decirlas, no podría ser fácilmente encasillado filosóficamente si uno se atiene a *Una historia de la filosofía occidental*. Acaso sus posiciones más definidas están en su crítica de todas las filosofías que han puesto más énfasis en el hombre que en el universo y en su preferencia por la ciencia frente a la religión. «La teología —dice— genera una especie de impertinencia insolente respecto del universo»; pero no parece advertir que la ciencia también genera una arrogancia impertinente. En verdad Russell trata de definir la filosofía como algo distinto de la teología y de la ciencia colocada entre las dos y con algo de ambas. «Como la teología —dice— la filosofía consiste en especulaciones en materias sobre las cuales hasta ahora no se ha logrado un conocimiento definido; como la ciencia apela más a la razón que a la autoridad llámese ésta tradición o revelación».

Esta filosofía, como cosa distinta de la teología, aparece en Grecia hacia el siglo VI antes de Jesucristo; fué sometida por el cristianismo, que levantó la teología otra vez en un período que llegó hasta la Reforma; en el siglo XVII comenzó la etapa que dura hasta hoy en que es la ciencia la que domina. Russell se ocupa de los «filósofos en relación con los tiempos que los formaron y los que ellos ayudaron a formar». Por eso su libro parece

a ratos más historia de los tiempos que anales de a filosofía. Y en todo él campea el conflicto antes señalado entre la *cohesión social y la libertad individual*. En Grecia esa cohesión se mantuvo por la lealtad y devoción religiosa y patriótica del *ciudadano* a la Ciudad-Estado; en Roma, que no tuvo filosofía, se mantuvo por la fuerza.

Los estoicos de la decadencia griega hablaron de la relación del alma con Dios más que de la del ciudadano con el Estado. Prepararon así el advenimiento del cristianismo que también fué en un comienzo *apolítico*, proclamando que el deber del hombre para con Dios es más imperativo que su deber para con el Estado. Este conflicto fué después el conflicto de la Edad Media entre la Iglesia y el Rey, entre la civilización mediterránea y los bárbaros germánicos. La fuerza estaba con los reyes, pero la iglesia triunfó. Con ella triunfó el concepto de que todo poder emana finalmente de Dios, se impuso la filosofía escolástica, y se buscó la unidad del mundo bajo la Iglesia Romana como había existido bajo el Imperio Romano. Hacia el siglo XV surgen los Estados-Nacionales, vacila la unidad filosófica, viene el desorden de la lucha entre Estados que Russell sintetiza en *El Príncipe*, de Maquiavelo. La Reforma conspiró con el Estado-Nación, según Russell, para destruir la *cohesión social* lograda por el Imperio Romano y la Iglesia Romana; la verdad dejó de ser revelada, el protestantismo entregó la interpretación de la Biblia al individuo, abolió el intermediario terrenal entre el alma y Dios; la verdad debía venir de la meditación, no de la revelación. Rápidamente sobrevino por eso, según Russell, una tendencia hacia la anarquía en política y el misticismo en religión. Frente a la filosofía escolástica única, surgieron tantas filosofías como había filósofos. Lo que se proclamó como liberación del espíritu ahondó el subjetivismo y una especie de aislamiento *personal* contrario a la estabilidad social. Con Descartes la filosofía moderna se edifica sobre la existencia del hombre y de sus pensamientos; para Berkeley, Kant y Fichte todas las cosas emanan del *ego*. «Esto—dice Russell—fué simplemente locura y desde entonces hasta nuestros días la filosofía ha luchado por escapar de esa locura hacia el sentido común».

El subjetivismo en filosofía nutrió el anarquismo en la política y aun en la moral. El culto de la *sensualidad* viene en el siglo XVIII a derribar las últimas barreras; se admira la acción no por su meta moral, sino por la emoción que la inspira; es el culto del héroe que cultivan Carlyle y Nietzsche. El romanticismo acentúa lo insano del subjetivismo mirando a los hombres «no como miembros de la comunidad, sino como estéticamente deliciosos objetos de contemplación... Los exhorta a que se imaginen tigres y cuando lo logra, los resultados no son muy placenteros». La reacción contra este subjetivismo *loco* la marcan en nuestros tiempos dos escuelas: el liberalismo, una filosofía de transacción que aspira a delinear las esferas del individuo y el Estado, y la doctrina que asigna al Estado la posición que el catolicismo atribuyó a la Iglesia, o aun a Dios. Arranca la primera de Locke, que condenó *el entusiasmo* de Carlyle y Nietzsche, y la segunda de Hobbes y Hegel (para encarnar en Cromwell, Napoleón y el fascismo).

Es difícil situar filosóficamente al filósofo Russell después de este bosquejo, en que he seguido estrictamente su propia exposición. De todos los filósofos modernos con el único que se declara en todo

de acuerdo es con John Dewey; pero ocurre que Dewey es un liberal ciento por ciento, mientras que Russell vacila, como hemos visto, ante algunas de las conclusiones liberales. Con regocijado elogio dedica a Dewey todo el penúltimo capítulo de su mastodónico estudio de la filosofía occidental; pero es en el último, *La filosofía del análisis lógico*, donde finalmente expone Russell su propio credo. Es una compleja mezcla de matemáticas, ciencia pura, filosofía y hasta metafísica (de la cual en otros capítulos se muestra agriamente distanciado) que hallo superior a mi capacidad expositiva y a la paciencia de mis lectores. El mérito de esa escuela consiste en haber introducido en la filosofía una virtud y un método que la hacen fructífera. Esa virtud, que es una de las pocas fuerzas unificadoras capaces de oponerse a los fanatismos, es la verdad científica que Russell define como «el hábito de basar nuestras creencias en observaciones e inferencias todo lo más impersonales, y lo más desligadas de partidismos locales o de temperamento, como es posible para los seres humanos».

Carlos Dávila.



PEDRO DE BASALDUA.—*En España sale el Sol.*—
Ed. Orden Cristiano. Buenos Aires, 1946.

Basaldua es católico, es vasco, fué secretario del presidente Aguirre, y, naturalmente, se vió mezclado en la guerra que en 1936 estalló en España y poco después le arrojó al destierro junto con muchos compatriotas.

En la Argentina, donde ahora vive, ha aparecido un libro que, amén de documentos, incluso documentos fotográficos, reúne varios artículos periodísticos que ya había publicado sobre ciertos aspectos particularmente (decir «interesante» sería anodino) graves del problema español.

Este aspecto es el de la participación no sólo de los católicos, sino de la Iglesia Española en el conflicto.

Y, antes de seguir, una advertencia que el autor no olvida: «Hemos procurado guardar no sólo el máximo respeto y la sujeción estricta a la más pura ortodoxia, sino las consideraciones debidas a las personas que encarnan la Jerarquía de la Iglesia, como miembros sumisos que de ésta somos. Pero la crudeza de esas verdades, diremos repitiendo frases de un sacerdote ilustre y amigo, que en otras circunstancias acaso fuera preciso paliar, se hace absolutamente necesaria cuando, como en este caso, se ventilan entre lágrimas, ruinas, fuego y sangre, intereses vitales de la religión».

Según parece, se pueden decir verdades bastante crudas guardando las debidas consideraciones a las personas que encarnan la Jerarquía de la Iglesia... en casos tan graves como éste.

Por lo demás, quien no quiera creerle a Basaldua, no le creerá. Lo de España—¡es tan explicable tratándose de España!—ha provocado una tan apasionada definición de posiciones e hizo brotar por vez primera una confusión de raíces tan profundas, que no será ya un libro escrito con las mejores intenciones y la máxima claridad lo que venga a convencer a quienes han conservado sus «convicciones» desde 1936 hasta la fecha.

Hay que confesar que entre la gran mayoría de los católicos de todo el mundo, el movimiento de rebelión que encabezaba Franco fué seguido con

simpatía. Mussolini también había sido mirado con simpatía y los católicos alemanes votaban en aquel entonces por Hitler. Al menos hasta la última guerra, su «reflejo conservador» ha impulsado a la generalidad de los católicos a sentirse en comunión espiritual con todo régimen que se dijera restaurador de los valores tradicionales y mantenedor de una autoridad fuerte. Es un hecho estadístico. Y el señor Franco llevó la confusión al colmo. La propaganda extremó, simplificó las cosas y, como es lógico, no se preocupó de la verdad. Aparecieron rotulados, por una parte, los «rojos» y, por la otra los «fascistas». Quedó, sin embargo, un hecho irreductible a la simplificación de la propaganda: los vascos—un pueblo católico—pelearon, junto con los «rojos», contra los que decían realizar una «Cruzada», una guerra santa. Con todo, a fuerza de constancia y de cuántas mentiras! los vascos terminaron por quedar más o menos teñidos de «rojos». Pero, «el que viva, verá», y desde entonces se han visto muchas cosas. El cambio operado hace que la voz de un hombre como Basaldua tenga singular autoridad, y ésta se ve aumentada por la solidez de su doctrina, la seriedad de su información y el mesurado tono en que su obra está escrita.

No se trata de negar que los «rojos» hicieran barbaridades. Las hicieron, pero no en nombre de la Cruz. Basaldua presenta buenas pruebas no sólo de las inútiles crueldades cometidas por los franquistas, sino del carácter totalitario y las peligrosas concomitancias de un movimiento que, incluso en su Carta Pastoral de hace un año, (8-V-1945) el Primado Mons. Pla y Deniel califica de «verdadera Cruzada por Dios y por España» y al cual numerosos obispos españoles, reforzando la ya famosa Carta Colectiva, han adherido en forma ostentosa y no menos pública, levantando a la romana una mano consagrada para hacer otro gesto. Es de notar, por otra parte, que el carácter de Guerra Santa le fué negado a la Revolución Española nada menos que por Maritain, en quien el Papa acaba de reconocer al más fiel intérprete de la filosofía católica en la actualidad.

Buenamente cree Basaldua que Mons. Pla y Deniel ha obrado guiado por malos informantes y así debe suponerse. Pero ¿qué responsabilidad terrible echaron sobre sus espaldas los hombres que han embarcado a la Iglesia de España en el mismo inseguro navío que conduce a César y su fortuna?

Por el momento, el porvenir puede parecer asegurado a quienes con criterio farisaico se sienten satisfechos de ver el nombre de Dios en el texto de todas las leyes españolas, la estatua de la Virgen en todas las cárceles (incluso en las que contienen presos políticos) y las comuniones en masa de soldados y funcionarios públicos, al final de procesiones de fastuoso esplendor. Pero el autor de este libro asegura, en virtud de «testimonios irrefutables y serios» que bajo esas apariencias «el excepticismo va minando las conciencias y a veces con el excepticismo el odio y un loco afán de venganza. Tristes y trágicos días se aproximan. Más triste y trágico es que quienes deben ver, permanecen ciegos. Y a veces cuando se abren los ojos del hombre, ya las llamaradas han consumido cuanto había sido dado a su custodia».

Hay quienes creen en la solidez y eficacia del régimen actualmente imperante en España porque bajo él parece comenzar un renacimiento hispánico al irse produciendo esa coincidencia de la vida con una norma heroica, que es el ideal histórico

de la nación del Quijote. Pero Sancho, que era un ladino enredador de refranes, sabía bien que no es oro todo lo que reluce y que al mirar los feos pies de su fortuna se desharía la rueda de su locura.

Alejandro Magnet P.



SERGIO VERGARA V.—*Decadencia o Recuperación*.
Edición del autor, 1945.

No conocemos la fórmula ni los procedimientos en uso en la distribución de los Premios Literarios Municipales de cada año. Pero, cualquiera que ellos sean, es el caso que en 1945 y en el género de «Ensayo», se mostraron acertados sus dispensadores.

No es cosa fácil darle expresión exacta, clara, vibrante y hasta podríamos decir técnica, a una profunda inquietud. Toda inquietud trae consigo un estado anímico difícil de precisar, las más de las veces vago, algo incoherente, no apto para ser definido y explicado. Y más aún cuando se trata de una inquietud que abraza ámbitos muy amplios.

Así sucede con la inquietud patriótica.

Estamos acostumbrados a ser benévolos hasta la exageración con los discursos, proclamas y ensayos que pueden calificarse de «patrióticos» y que, generalmente, son verdaderos modelos de superficialidad, carentes de todo estudio serio y meditado y de toda idea constructiva.

Hasta se ha llegado por este camino a desprestigiar el concepto mismo de lo patriótico...

Sergio Vergara ha hecho suyo el mérito de clavar el patriotismo en la realidad misma de nuestros problemas nacionales. Ha escrito con patriotismo práctico.

«Decadencia o Recuperación» es mucho más que «un trozo de poesía, un raptó lírico, una serie de cantos poemáticos de muerte y esperanza», como alguien que no lo entendió o no quiso entenderlo, lo ha definido. En él hay estudio serio y honda penetración en el análisis de los múltiples problemas que aborda, con cifras y estadísticas si se trata de cuestiones económicas, o con aguda mirada de observador, si de condiciones morales. Y por sobre todo, como impregnando toda la obra, con una profunda intranquilidad de auténtico chi-

leno unida a una inmensa fe en los destinos de la patria.

¿Significa esto que se puede estar de acuerdo en todo con el autor? Indudablemente, no; nos atrevemos a creer que hasta el mismo Sergio Vergara no suscribiría ahora la totalidad de sus propias observaciones. Nos referimos, naturalmente a aquellas que dependen en mucho del «estado de ánimo» en que se encuentre el observador. Por ejemplo, la crítica despiadada, a veces cruel, de nuestra triste realidad ambiental y, en especial, política, ofrece, dentro de un panorama general extraordinariamente valioso, algunas ideas en las cuales nos parece que el autor se dejó llevar demasiado por el deseo de demostrar que todo no es sino mugre, mentira, derrotismo y falta de sentido de las responsabilidades.

Cierto es que inquietud significa inconformismo, avidez de superación, y cierto es también que bueno es exaergerar los males para provocar una mejor reacción, pero de esto a extenderse sólo en las «tintas negras», sin mencionar los reales valores morales que, felizmente, existían, hay un largo trecho que nos habría gustado que el autor no salvara.

Pero, en un libro que nos habla de todas nuestras industrias, de los valores humanos y de las clases sociales; que analiza nuestras inmensas tareas ambientales y nuestra honda crisis educacional y que nos señala la pequeñez de nuestra deleznable «política profesional», para terminar con una serie de meditadas observaciones sobre las medidas que nos pide el porvenir, no es posible detenerse en el detalle y poner lente de aumento a cada frase.

El mérito de la obra está en cada una de sus partes, pero de su verdadera importancia sólo se sabe cuando se la toma en su integridad. Al doblar su última página, Chile «se siente». Más que eso, Chile «duele»...

Y un libro que produce tal efecto, quizás hoy más que nunca necesario, bien merece ser leído por todos los chilenos que se interesan por los destinos del país.

Por esto, es de felicitarse que se le haya otorgado el Premio Municipal, no sólo por el justo estímulo que significa para su autor, sino más bien porque, al hacerlo más conocido, contribuirá a su mayor difusión.

Aquiles Savagnac S.

ACTUALIDAD

INAUGURACION DE LA LIBRERIA «DEL PACIFICO» Y SU SALA DE EXPOSICIONES

En la tarde del Viernes 17 de Mayo, con extraordinario éxito, se inauguró oficialmente la Librería DEL PACÍFICO y su Sala de Exposiciones y Conferencias pertenecientes a la empresa editorial bajo cuyo sello se imprimen nuestros Cuadernos. El acto se vió realizado con la presencia de connotados escritores, artistas, aficionados y conocidas personalidades de nuestro mundo político, intelectual y social.

Jorge Pascal L. Presidente de la Editorial DEL PACÍFICO S. A., al iniciarse el acto, pronunció el siguiente discurso, que fué vivamente aplaudido, como un estímulo a la obra que se propone realizar la Editorial:

«La Editorial del Pacífico, al inaugurar oficialmente en este acto su Librería y Sala de Exposiciones, quiere no sólo ofrecer a sus accionistas la primera realización concreta de sus finalidades, sino poner un nuevo instrumento al servicio de la cultura nacional.

«En esta oportunidad, nos es muy grato expresar la gratitud que debemos a los accionistas de nuestra sociedad, gracias a cuyo aporte ha sido posible este establecimiento, y lo agradecidos que estamos de los escritores, de los artistas y del público que, comprendiendo el carácter de nuestra empresa, nos honran y estimulan con su presencia en estos instantes. El establecimiento conjunto de Librería y Sala de Exposiciones es algo más que una idea original: intentamos crear así una completa organización de difusión de la cultura. Nuestra librería, junto con la Editorial, aspira a ser un centro de inquietudes y elaboración intelectual, del mismo modo que, en un orden semejante, queremos ofrecer en la Sala de Exposiciones una amplia y cordial acogida a los artistas plásticos de nuestro país. Esta misma Sala—esperamos—podrá servir también en determinadas ocasiones, como local de conferencias y para la presentación de música y teatro de cámara. En este terreno hemos hecho ya un ensayo muy satisfactorio. Nuestro más vivo deseo es no permanecer ajenos dentro de lo posible, a ninguna de las manifestaciones de la vida intelectual de nuestro país con el deseo también de contribuir a su mayor desarrollo y elevación. Creemos que el carácter comercial que tiene esta nuestra sociedad anónima no obsta ni puede obstar al servicio de tales actividades que son, en sí mismas, ajenas a todo interés económico. Parafraseando una sabia máxima muy conocida y a menudo olvidada, creemos que,

buscando ante todo el justo reino de la inteligencia y la belleza, lo demás nos será dado por añadidura. Espero que tal política rendirá frutos satisfactorios para nuestros accionistas y nos ganará la confianza y la colaboración de los círculos artísticos e intelectuales de nuestro país, las que desde luego solicitamos, sin dejar de reconocer y agradecer la simpática acogida que hasta ahora hemos encontrado.

«Un comienzo al que da carácter tan auspicioso una reunión como la presente, es para nosotros un estímulo que apreciamos de todo corazón. Por eso, para terminar estas breves palabras inaugurales, no hallo nada mejor que decirles muy sinceramente a todos ustedes, que ésta es su casa».

En la Sala de Exposiciones y Conferencias, —donde ya se había realizado un interesante «FORO» del que dimos una amplia información en nuestro número anterior,—se presentaron las obras más características y de mayor valor plástico del maestro de la pintura chilena: Alberto Valenzuela Llanos. Inoficioso nos parece referirnos a la inmensa obra del gran pintor, cuya reputación excede los límites corrientes para alcanzar contornos verdaderamente extraordinarios. Tanto la Librería como la Sala de Exposiciones han tenido una amplia acogida y la prensa ha prodigado sus comentarios, algunos de las cuales reproducimos a continuación:

«... Ahora, en Ahumada 57, se ha inaugurado la « Librería Del Pacífico. Es un signo alto de luz « el que surge allí, porque esta librería viene a ser « como el islote necesario que surge, de repente, en « el peor mar, en el mar más difícil: el de las mu- « chedumbres; islotes para los escritores que no « irán náufragos por las ondas de las multitudes.

«... La Librería Del Pacífico quisiera constituir- « se en núcleo de nuestra inquietud, ¡bello afán, « afán de corazón bien puesto! Se pretende que en « sus espacios, iluminados por elegancias y por « luces, se disponga la polémica cordial del medio- « día literario y de la noche ilusionada.

«Santiago no es un mundo feraz para los amantes « de la luna espectral de la bohemia. En esta li- « brería se pretende forjar el refugio de los hijos de « las horas duras del reloj: las que van más allá « de las doce del duende, de la inspiración y del « tuteo con los fantasmas.

«El libro chileno precisa que las mejores miradas « le sean dadas por su heroísmo y su contenido. « La Librería Del Pacífico se suma, pues, en oportu- « tunísimo instante, a la lucha en que andan em- « peñados los que no se avergüenzan de llevar un « ponchito encima de su corazón...»

«... Junto a la Librería, los dirigentes de esta
« empresa han inaugurado una Sala de Exposicio-
« nes. Era lo natural, el buen complemento del li-
« bro: hoy los plásticos no andarán de Herodes a
« Pilatos en la búsqueda de una pared para colgar
« sus obras.

« Las salas de exposiciones resultan las mejores
« trincheras de la cultura cromática: ahorran la
« maldición de las reproducciones y colocan la fuen-
« te directa frente a los ojos espectadores.

«... Se ha dado la voz de partida con una expo-
« sición retrospectiva del maestro Valenzuela Lla-
« nos. Ha sido un espléndido bautizo.

« La figura del magnífico impresionista chileno
« preside el camino de esta sala, a la que auguramos
« un sostenido éxito.

« La pintura de Valenzuela Llanos, impregnada
« del aliento terrestre de Chile, no pudo ser mejor
« padrino para esta obra.

RADOMIRO TOMIĆ ROMERO

**TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA
CRISTIANA EN FRANCIA E ITALIA**

SUPLEMENTO AL N.º 12, JUNIO DE 1946

DE

«POLITICA Y ESPIRITU»

www.archivopatricioaylwin.cl

TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN FRANCIA Y EN ITALIA (1)

Señor Presidente, Honorable Cámara: en los dos pueblos latinos de más antigua y noble cultura cristiana, Francia e Italia, acaban de efectuarse elecciones, que, a nuestro modo de entender, tienen una proyección incalculable en el acontecer político europeo y mundial.

Quiero, señor Presidente, en nombre de la Falange Nacional, subrayar este extraño, poderoso, y extraordinario fenómeno que significa que en estos dos pueblos hayan emergido como los partidos individualmente más fuertes, el Movimiento Republicano Popular en Francia, y el Partido Demócrata Cristiano, en Italia.

Ambos grupos son de inspiración cristiana. Ambos grupos, señor Presidente, han roto con esa forma política del pasado que ha confundido por muchos años, la acción cívica de los cristianos, en el plano político, con la Derecha, y en el plano económico, con el capitalismo.

Ambos grupos, que acaban de recibir de un modo impresionante la fe de millones de hombres de Francia y de Italia, que aparecen de una manera súbita a la cabeza de las fuerzas políticas de estas dos grandes naciones, cabezas de la latinidad; pilares del mundo occidental; ambos grupos, digo, representan, a nuestro modo de entender, la nueva concepción de la acción pública, la única posible para los cristianos en los tiempos que vivimos.

La democracia cristiana de Italia, o mejor dicho, el Partido Popular, como se llamaba hace veinticinco años, fué perseguido por el fascismo, clausurados sus locales, disuelta su organización, y desterrados sus grandes líderes, como ocurrió con ese admirable anciano, Dom Sturzo.

El Partido Demócrata de hoy —perdóneme la Cámara que diga esto con aparente inmodestia— está dirigido por personas que han tenido para con nosotros, para con la Falange Nacional, una amistad de largos años, que se ha expresado a través de artículos en nuestra revista, de cartas a nuestro Partido, de estímulos de todo orden, en una hora obscura para ellos, y para nosotros también, aunque haya sido en otra medida.

El Movimiento Republicano de Francia, por su parte, es el mismo Partido de Bidault, que antes de la guerra tenía seis Diputados en la

(1) *Estando ya en prensa este número de POLITICA Y ESPIRITU, Radomiro Tomić Romero, Presidente Nacional y Diputado de la Falange Nacional, —Partido Popular Cristiano— pronunció, en la Cámara de Diputados, en la sesión ordinaria del miércoles 5 del mes en curso, un noble y magnífico discurso, tan revelador de la ruta por donde avanza el destino de los que luchan por la Democracia Cristiana, que creemos un deber incluirlo en nuestros Cuadernos.*

No siendo materialmente posible incorporarlo en las páginas de este número lo ofrecemos a nuestros lectores en forma de suplemento. (N. del D.).

Cámara francesa; del mismo Bidault que fué a las elecciones con el Frente Popular, del mismo Bidault que fué presidente de la Acción Católica francesa, del mismo Bidault cuyo fusilamiento pedía Maurrás durante la lucha de liberación. Este Partido calumniado, perseguido, y envilecido por la Derecha francesa y su prensa, es el mismo Partido que durante la ocupación alemana proporcionó los grandes jefes de la resistencia, y fué combatido por el "petainismo" en los campos de concentración, y "liquidado" por la Gestapo y sus pelotones de ejecución; es el mismo Partido que, al término de la resistencia llevó a Bidault al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, y que define una posición ideológica con el rompimiento de relaciones con el Gobierno de Franco; el mismo Partido que en su programa tiene la nacionalización de los mayores Bancos de Francia y la de determinadas industrias básicas de la economía francesa.

¡No es un Partido de Derecha! Es la nueva voluntad que anima a los cristianos del mundo por hallar, dentro de su propia imagen del hombre y del mundo, nuevas formas de organización económicas y sociales, capaces de dar al hombre común, a los pueblos, a las naciones mismas, una vida más alta y mejor, en el orden material y moral!

De muchos de los jefes del M. R. P. y sobre todo de su inspirador en el plano ideológico, del gran filósofo y modelo de católicos: Jacques Maritain, hemos recibido también reiterados testimonios de comprensión, de amistad, y de aliento en nuestra dura y humilde lucha por iguales ideales.

Yo quiero esta tarde, en la Cámara de Diputados de Chile, rendir un homenaje a estos hombres y a estos Partidos, que supieron a tiempo descubrir lo que hay de permanente, de vital y obligatorio, en la concepción de la vida propia del cristianismo, y supieron, con arrojo y con visión, a la vez, romper las ataduras que han envilecido la acción política de los cristianos individuales, y que les han hecho perder —¡porque no lo merecían!— la confianza de las clases populares, en casi todos los países de la tierra.

El señor SILVA CARVALLO (2).—¿Me permite una interrupción, Honorable Diputado?

El señor TOMIĆ.—No tengo inconveniente en concedérsela.

El señor SILVA CARVALLO.—Para que sea justo en sus palabras, Su Señoría debe añadir que los partidos a que se está refiriendo son también combatidos por los partidos marxistas italianos y franceses.

El señor TOMIĆ.—Quiero replicar al Honorable colega en la importante cuestión que su pregunta plantea.

(2) *Diputado Conservador y mentor de "La Unión" de Valparaíso.*

En el plano ideológico, es evidente que ni los cristianos ni los comunistas se engañan. Cada uno está defendiendo una concepción profunda y distinta del hombre y de la vida. Pero el problema tiene también una clara proyección de orden concreto. Y es que en el terreno de los hechos políticos y de la acción política hay muchos problemas, actitudes y materias que no tienen carácter doctrinario o ideológico.

Su Señoría debería saber mejor que yo, porque es Director de un diario, que de hecho, tanto en Italia como en Francia, el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento Republicano Popular han aceptado el hecho político del Partido Comunista, y sin necesidad de compromisos ideológicos imposibles ni desviaciones doctrinarias inaceptables para ambos, han aceptado la coincidencia concreta en aquello que sirve los intereses concretos de Francia y de Italia.

Hoy mismo Su Señoría sabe que el Movimiento Republicano Popular triunfante en Francia no ha planteado, y probablemente no planteará, otra forma de Gobierno que la de organizar el Poder a base de los tres grandes partidos triunfantes.

El señor SILVA CARVALLO.—Mi observación se refiere a la ideología de esos partidos, que es antimarxista. No me refiero a que ellos acepten "el hecho" de la existencia de otros partidos. Eso es lo natural. El mero reconocimiento de un hecho no significa nada.

Hablo de la posición ideológica de esos partidos y sabe Su Señoría que ella es anticomunista.

El señor TOMIC.—Respecto a la posición ideológica es la misma que hemos expuesto y servido nosotros dentro y fuera de esta Cámara, y que han servido los cristianos en el mundo entero. Es evidente que en el plano ideológico la concepción marxista del Estado es distinta y contraria a la concepción cristiana del Estado. Eso es evidente.

Quiero agregar que con demasiada frecuencia los hombres y la prensa de Derecha se levantan para condenar el materialismo de la Izquierda, el materialismo de los pobres; pero olvidan, Honorables colegas, que hay otra forma de materialismo mucho más envilecedora, que es el materialismo de los ricos y sobre todo, el materialismo de los cristianos que tienen una fe para los domingos y una norma de vida práctica para los otros seis días de la semana.

—APLAUSOS EN LA SALA.

El señor SILVA CARVALLO.—¿Me permite dos palabras?...

Yo he interrumpido a Su Señoría porque sus observaciones son demagógicas. Al exaltar el Movimiento Republicano Popular francés, Su Señoría ha mencionado solamente la persecución de la extrema Derecha francesa, callando el antagonismo que también le profesan los socialistas y comunistas.

El señor TOMIC.—Aquí no hay más demagogia ni más "ocultamientos" que los que han hecho y hacen Sus Señorías.

El señor SILVA CARVALLO.—Su Señoría ha presentado una parte del cuadro, solamente; porque así como el Movimiento Republicano Popular ha recibido el odio de la extrema derecha financiera de Francia, como Su Señoría lo dice,

también ha recibido el combate y la persecución de los partidos marxistas franceses, y eso Su Señoría lo había omitido.

El señor TOMIC.—Yo pido a Su Señoría que reconozca que el problema que trae a colación no tiene nada que ver con lo que yo estoy diciendo.

Es evidente que el materialismo marxista no está de acuerdo con nuestra concepción cristiana, ni aquí ni en Francia...

El señor SILVA CARVALLO.—Pero eso Su Señoría lo silenciaba, así como era tan explícito respecto de alguno de los enemigos del Movimiento Republicano Popular, ha debido también decir que la extrema Izquierda marxista también ha combatido acerbadamente a ese partido.

El señor TOMIC.—He pedido la palabra, Honorable colega, para subrayar el hecho trascendental, a nuestro parecer, de que en Francia y en Italia, el Movimiento Republicano Popular y el Partido Demócrata Cristiano, han demostrado con hechos, y en una escala gigantesca, en los países latinos de mayor importancia, la eficacia política del pensamiento cristiano cuando tiene el valor de romper el cerco secular de la Derecha y del individualismo económico.

El señor SILVA CARVALLO.—Y también de la extrema Izquierda marxista. A Sus Señorías también debe interesarles que han roto con la extrema Izquierda marxista.

El señor TOMIC.—Yo he tenido mucha calma para oír las preguntas de Su Señoría y le ruego, entonces, que escuche de la misma manera mis respuestas, porque no hay debate ni diálogos posibles a base de sólo preguntas.

Lo fundamental es la nueva actitud política de los católicos y cristianos de Francia e Italia, es que han superado la confusión entre ser católico y tener que ser derechista. En Chile, desde hace más de sesenta años, ha ido formándose y ahondando esta extraña perturbación de criterio que confunde en la mente de muchos su condición de cristiano con la de militante obligado de la Derecha y defensor obligado de la estructura fundamental del Capitalismo. Hoy mismo me atrevo a asegurarle a Su Señoría, que de cada diez personas que libremente votan por la Derecha, hay ocho que lo hacen "bajo el peso de la noche", movidos por la rutina mental de creer que porque son cristianos, deben ser derechistas.

Por desgracia, Honorable colega, esa confusión todavía existe en la política chilena y es uno de los grandes y paralizadores obstáculos para realizar en Chile el gran esfuerzo nacional y creador que la Patria y el pueblo necesitan.

Es de vital importancia que los cristianos no aparezcamos como servidores incondicionales de un mundo que se desploma, porque ya no es un mundo que pueda garantizar ni la justicia ni la libertad, y ni siquiera la paz a los hombres y a los pueblos.

Es indispensable que los cristianos no aparezcamos sin otra fe práctica que la fe en la "santidad" del dinero, por encima de la única cosa realmente inmortal, y realmente normativa para la economía y el gobierno de los pueblos: la condición humana, hecha de exigencias espirituales y de necesidades materiales.

El señor SILVA CARVALLO.—¿Me permite, Honorable colega?

El señor TOMIĆ.—Eso no se sirve con palabras, Honorable colega.

Yo estoy seguro de que muchos partidos políticos de América y de Europa, en la época anterior a la guerra, aceptaban en sus programas las mismas declaraciones; pero éstas no valen nada si no se sirven con hechos.

Me interesa recoger la experiencia del Partido Cristiano Popular de Francia y del Partido Demócrata Popular de Italia, que preconizan una política de ruptura efectiva con un mundo viejo, de avance resuelto hacia la confianza de las grandes masas populares, convencidos de que el corazón de los pueblos se entrega a aquéllos para quienes el primer deber público es el amor y la confianza reales en el pueblo, y su servicio con la verdad, la justicia y el valor.

Me interesa para Chile una política de igual sentido cristiano, juvenil, democrático y popular.

El señor SILVA CARVALLO.—Así como a los cristianos les está prohibido confundirse con la Derecha financiera, también les está prohibido identificarse con el marxismo, que tiene un concepto filosófico y político de la vida, totalmente antagónico al suyo.

Las creencias cristianas a que se está refiriendo el Honorable señor Tomić y la palabra autorizada de los conductores del pensamiento católico en Europa y en todo el mundo.

El señor TOMIĆ.—Entendámonos con claridad, de una vez, Honorable colega.

En el plano ideológico, la definición es categórica y no es discutida por ningún cristiano y, en todo caso, por ningún católico. Pero el problema no queda agotado en sus consecuencias prácticas. Por eso le pido que llevemos la cuestión con lealtad hasta el fin.

En el plano ideológico, yo declaro hoy lo que hemos declarado siempre: Una es la concepción cristiana; otra es la concepción marxista, y otra la concepción liberal-individualista.

Filosóficamente la cuestión es clara.

Pero ni usted ni yo estamos aquí como representantes de escuelas filosóficas, cuyo ámbito exclusivo es la investigación de la verdad pura, sino que somos miembros de partidos políticos, cuya función específica es la de resolver problemas concretos de orden temporal, mediante la aplicación de normas o principios. Por lo demás, el país no es tampoco una academia filosófica, ni elige a sus gobernantes para que discutan en el terreno ideológico, problemas que dividen a la Humanidad, y la seguirán dividiendo, desde hace más de dos mil años.

Nosotros, nuestros partidos, la Cámara de Diputados, el Gobierno, los Poderes Públicos en su conjunto, tienen deberes que cumplir de orden real y concreto.

En la acción política concreta, en el cumplimiento de los deberes que competen a partidos, Gobiernos y Poderes Públicos, los hechos reales deben ser considerados a otra luz que la puramente filosófica. Son los deberes de atender a las necesidades de los pueblos, de resolver sus problemas, de proporcionarles un destino.

Ahora, me interesa especialmente recoger la ob-

servación que hiciera denantes Su Señoría cuando no veía "ninguna cuestión dudosa" y reconocía como perfectamente moral, legítimo y razonable que el Movimiento Republicano Popular hiciera "resistencia" junto con los comunistas y haga gobierno después junto con ellos. Igualmente le parece perfectamente razonable que en el Gobierno de Italia hoy día estén los demócratas cristianos y estén también los comunistas. Su Señoría acepta con todo esto, que el problema filosófico y el problema concreto político no son la misma cosa, y que sólo se relacionan en la medida en que la acción práctica no debe comprometer los principios o los valores morales.

Yo ruego a Su Señoría, y a los hombres de su partido, y especialmente a su prensa, que conserven en el futuro la misma claridad para distinguir. Porque aquí en Chile a nosotros se nos ha hecho víctimas persistentemente, por años de años, y esta misma mañana en esta Cámara, por hombres y diarios de Derecha, de una campaña pertinaz que pretende presentarnos traficando con las ideas cristianas, viciando sus normas y principios, y hasta "buscando pegas", como decía un señor Diputado de esos bancos.

Debe saberse de una vez, y ojalá Su Señoría lo mantenga más tarde, que la Falange Nacional en Chile está haciendo lo mismo que en Francia y en Italia han hecho los republicanos populares y los demócratas cristianos. Lo mismo que otros grupos cristianos intentan ahora en Bélgica, en Austria, en Holanda, en Alemania del Sur y en varios países sudamericanos.

Estamos intentando, señor Diputado, encontrar una respuesta propia de contenido cristiano y de proyección irrevocablemente popular, para organizar una economía que se desintegre, dar nueva estructura jurídica a la nación y recuperar la confianza del pueblo en su destino.

Con un corazón humilde, sin atribuirnos la exclusividad del amor por estos nuevos principios, sin creer que sólo nosotros, nuestras personas, pueden venir para darles forma, decimos que las medidas realmente cristianas en Chile no se podrán aplicar dentro del marco de la Derecha y al servicio de sus intereses.

Para que puedan aplicarse con eficacia, para que puedan salvar a nuestra Patria, como ha sucedido en Francia y en Italia, hay que penetrar en el corazón del pueblo, merecer la confianza del pueblo, por las obras y no por las palabras.

Esta tarde, junto con rendir nuestro homenaje al Movimiento Republicano Popular y al Partido Demócrata Cristiano que simboliza esta nueva actitud de los cristianos en el campo de la acción pública, yo ruego a Dios que dé a ellos y a nosotros la fuerza necesaria para mantenernos firmes en el servicio de esta verdad, para soportar con valor la incomprensión, el ataque, la calumnia, y el peso de los intereses creados, porque estoy seguro que en la medida en que nos mantengamos fieles a esta verdad, en la medida en que no perdamos el valor, estaremos sirviendo mejor el prestigio del pensamiento cristiano en Chile y los intereses permanentes del pueblo chileno.

He terminado.

—APLAUSOS EN LA SALA.